



Laura Gay

*La condesa
de las tinieblas*

La condesa de las tinieblas

Laura Gay

Traducido por Carlos Securun

“La condesa de las tinieblas”

Escrito por Laura Gay

Copyright © 2018 Laura Gay

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Carlos Securun

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

PRÓLOGO

París, Torre del Temple, septiembre de 1795

Charlotte abrió los ojos de repente, despertada por un ruido de pisadas.

Odiaba despertarse en medio de la noche, presa de la ansiedad o del terror por cada pequeño susurro. Trató de calmar los latidos furiosos de su corazón: se agarró, acurrucada contra la pared de piedra de su celda, ocultándose aún más con su pesada manta de lana.

Desde hacía unos tres años vivía recluida entre las húmedas paredes, desde que fue detenida junto a su familia por los revolucionarios franceses. Su tranquila existencia había sido interrumpida para dar paso al miedo y al dolor. Uno a uno, sus seres más queridos habían abandonado este mundo: primero su padre, luego su madre, su tía Elizabeth y, por último, su querido hermanito, de sólo diez años. Una lágrima cayó por su mejilla y se apresuró a secarla con la desgastada manga del vestido que llevaba. Antaño, había poseído elegantes prendas, hechas por las mejores costureras parisinas y con los tejidos más finos. ¡Cuán lejano quedaba aquel tiempo!

A veces, tenía la impresión de pensar en su vida anterior como en un sueño lejano, que sólo existiese en su imaginación.

Escuchó de nuevo el sonido de pisadas, y el latido de su corazón se aceleró. Trató de forzar sus oídos, tratando de averiguar si el sonido estaba más cerca ahora, pero el ruido de su propio corazón lo dominaba todo. Se exigió respirar a un ritmo regular. Los pasos se acercaban con una desmesurada lentitud, y empezaba a sentir calambres en brazos y piernas. Aterrorizada, se acurrucó aún más en posición fetal.

En ese momento, los pasos se detuvieron.

Alguien se detuvo frente a la inmensa puerta de madera, y tembló al pensar que habían venido a llevársela.

No quería morir.

La puerta se abrió con un molesto chirrido. Charlotte aguantó la respiración, levantando la mirada sobre la sombría figura que aparecía bajo el umbral. Un guardia se coló en el interior. Era un hombre alto, robusto, de nariz ligeramente aguileña.

—¿Qué queréis? —preguntó Charlotte susurrando, mientras se ponía en pie. La manta cayó sobre las grises piedras del pavimento y ella sintió un

escalofrío, que nada tenía que ver con la temperatura en el interior de la torre.

El hombre se movió hacia ella, los labios doblados en una enigmática sonrisa. La aferró por un brazo, apuntando sobre ella sus famélicos ojos, como los de una bestia.

—¿No te sientes sola en esta celda? ¿Quieres un poco de compañía?

Su aliento apestaba a vino. Charlotte intentó soltarse de su presa, pero el guardia la sujetó, apretándole la muñeca, casi hasta rompérsela. Un grito de dolor le quemó la garganta.

—¡Dejadme!, ¡os lo suplico!

—¿Me lo suplicas? —dijo el hombre divertido—. La hija del difunto rey me suplica a *mí*. Es casi gracioso.

Charlotte se soltó. Estaba aterrorizada. Aquellos ojos insaciables que la observaban la confundían. Habría querido hablar, preguntarle qué tenía intención de hacerle... pero las palabras no quisieron salir.

Él le cogió de la barbilla, levantándola para poder mirarla a los ojos—. Eres una verdadera belleza. Noble, casta e inviolable. Inalcanzable para alguien no como yo, ¿no es cierto?

Charlotte empezó a temblar. No entendía qué quería aquel hombre de ella, pero estaba segura de que no era nada bueno. Luego posó los ojos en su seno, que destacaba por el escote de su vestido. Le empujó contra la pared, apretando sus caderas contra las suyas.

—Tu cándida piel me excita —susurró, rozándole una mejilla con el dorso de la callosa mano—. Es tan blanca... parece la de una muñeca de porcelana.

Ella se sobresaltó, como si le hubiese abofeteado. Aquella mano... sentía asco por lo que le estaba haciendo. Intentó oponer resistencia, pero la presa del guardia se hizo más fuerte aún.

—Dime, ¿cuántos años tienes?

Aquella pregunta la cogió de sorpresa—. Di-dieciséte, señor —balbuceó, confundida.

—Dieciséte. Entonces ya eres mayorcita. ¿No deseas conocer el placer que un hombre puede dar a una mujer?

Charlotte se estremeció. No sabía nada de aquello. A veces, había oído alguna conversación, pero la dinámica del apareamiento seguía siendo para ella un misterio. Sin embargo, creía que era imposible obtener placer de eso. Todo lo que sentía por ese hombre, que presionaba su sudoroso cuerpo contra ella, era asqueroso.

En ese momento sintió algo duro contra sus caderas. Bajó la mirada, con el temor de que él las estuviera amenazando con una espada. Pero no era una espada, se percató con horror.

Tragó saliva—. Os lo ruego...

El hombre tiró de ella, en un intento por aflojar su corpiño del vestido—. Reserva tus oraciones para los santos —se burló. En aquel momento, Charlotte sintió que la tela se desgarraba y que aquellas manos toscas le apretaban los senos. Se agarrotó. Habría querido chillar, pero, ¿quién habría venido en su ayuda en aquella prisión? Desde que había sido encerrada, todos se mofaban de ella. No le guardaban ni el más mínimo respeto: era objeto de burla y escarnio; le dedicaban canciones obscenas e insultos de todo tipo.

Intentó empujarle para liberarse, pero era inútil. Él era demasiado fuerte. De pronto, la abofeteó con tal violencia que la dejó aturdida.

—¡Estate quieta! Te gustará, ya lo verás. Abrirás las piernas para mí, como cualquier ramera. Estoy deseando descubrir como goza una princesa.

Unas silenciosas lágrimas le surcaron el rostro. No era posible que le estuviera sucediendo esto. Su virginidad era el único valor que le había quedado, no podían privarle también de ese bien, tan precioso para ella.

—No, por favor... ¡no!

Riendo vulgarmente, el hombre le levantó las enaguas. Vio cómo se desabrochaba la bragueta de las calzas y se arrojaba sobre ella como un animal. Todo lo que sintió a continuación, fue solo dolor y humillación. El guardia profanó su cuerpo con gestos cada vez más veloces. Charlotte chilló con todo el aire que tenía en la garganta, pero los golpes no cesaron. Tuvo la sensación de que le hubieran desgarrado en lo más profundo, hasta atravesarle incluso el alma.

La sangre empezó a gotearle entre las piernas, manchándole las medias. Pero, ¿qué importaba ya? Se quedó inmóvil, los ojos cerrados e invadidos por las lágrimas, mientras aquel monstruo terminaba de hacer lo que había empezado. Lo sintió temblar y verter su semen dentro de ella. Después se limpió con una solapa de la camisa y se abrochó las calzas, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—No has estado mal, princesa. Tal vez, podría volver a verte una noche de estas, ¿qué te parece?

Charlotte no respondió. Se había quedado sin fuerzas. Se sentía sucia en el corazón y en el alma. Habría querido lavarse, frotarse la piel hasta

arrancársela, aunque supiese que el dolor vivido no habría desaparecido con el jabón. Le atormentaría por el resto de su vida.

Un instante después, oyó la puerta de la celda cerrarse a sus espaldas y se desmoronó sobre el pavimento. Las piernas ya no la sostenían. Volvió a acurrucarse contra el muro, intentando cubrirse con las manos.

Por último, lloró. Lloró todo cuanto pudo.

CAPÍTULO 1

Ámsterdam, diciembre de 1795

Leonardus Cornelius Van der Valck estaba sentado en una mesa de juego, con un vaso del preciado vino de Madeira en una mano, y una baraja de naipes en la otra. Solía pasar su tiempo libre montando juergas con sus amigos. Apuestas, mujeres fáciles y grandes sumas de dinero eran su vida. Y todo ello, para escapar del aburrimiento y de la inquietud que le agobiaban.

—Os toca a vos dar las cartas —le dijo un barón inglés, sentado a su diestra.

Mientras tanto, una fúlgida belleza morena de procaces senos y generoso escote, se le había aproximado, contoneándose y dejando bien a las claras su mercancía.

Probablemente, Leonardus habría terminado por llevársela a la cama, después de algún que otro vaso de vino y una espléndida victoria. Consideró la idea y lanzó una sonrisita.

—No tengáis prisa, Fairfax —respondió al barón—. La noche no ha hecho más que empezar.

Lanzó una fugaz mirada a la morena y comenzó a barajar las cartas, cuando un hombre de sobria elegancia y rasgos aristocráticos le interrumpió.

—¿El señor Van der Valck? —preguntó prudentemente.

Leonardus levantó la mirada y enarcó una ceja, escrutando con curiosidad al recién llegado. Su acento extranjero era bastante marcado. Debía ser de origen austriaco, supuso como experto diplomático. Con certeza, no lo había visto nunca antes.

—¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

El hombre se detuvo a un paso de él, la mirada impenetrable. Parecía desaprobador el lugar y el clima disoluto del que rebosaba. Un tipo bastante aburrido, sin duda.

—Soy el conde Brank, al servicio del Emperador de Austria.

—¿En qué puedo ayudaros, señor conde?

—Se trata de un asunto privado. Si queréis seguirme a un lugar más apropiado, estaré encantado de explicaros las razones que me han traído aquí.

Leonardus aguantó la carcajada. Si ese hombre pensaba arruinarle la velada, se equivocaba de cabo a rabo. Ni nada ni nadie le habría alejado de la mesa de juego y de la complaciente señorita.

—¿Y qué os hace creer que yo esté interesado en conocer tales detalles? Como veis, estoy bastante ocupado en este momento.

El conde se puso firme. Evidentemente no estaba habituado a recibir negativas por respuesta.

—Quizás una conspicua suma de dinero podría aumentar vuestra curiosidad.

—Quizás —admitió Leonardus—. Depende de qué entendáis por conspicua.

—No tengo tiempo que perder, señor —se impacientó Brank—. Queréis seguirme, ¿por favor? Estoy tan ansioso como vos en poner punto final a esta conversación.

Leonardus se excusó con los compañeros de juego y se alzó. Confiaba en que todo concluyese rápidamente, para poder volver con los amigos y la lozana belleza morena. Pero tenía la sospecha de que el asunto fuese complicado y preveía complicaciones.

El conde le abrió camino hasta un reservado —los clubes de lujo como aquel siempre tenían uno— y atendió a que Van der Valck entrase, para cerrar la puerta con un golpe seco.

—¿Y bien? —le animó, visiblemente impaciente—. ¿De qué se trata?

—Es una cuestión bastante seria. Mejor que os pongáis cómodo.

Leonardus resopló. Tomó asiento en una elegante poltrona damascada y esperó a que también el propio interlocutor se sentara, antes de lanzarle una mirada inquisitoria.

Por fin, Brank se decidió a hablar. —Como bien sabréis, el Emperador tiene una prima que ha sido retenida en cautividad por los revolucionarios franceses...

—Id directo al grano, señor conde. No tengo intención de dedicaros toda la velada.

—Se trata de una cuestión diplomática muy seria y delicada que no puede tratarse en dos palabras. Luego, tened la prudencia de callar y permitidme continuar.

Resoplando ligeramente, Leonardus se dispuso a escucharle.

Le contó toda la historia de una desafortunada muchacha de sangre real, que fue encarcelada y puesta en libertad recientemente, a cambio de doce prisioneros de guerra. Se preguntó irritado qué tenía que ver él con todo eso, hasta que se le hizo evidente para él.

—¿Me estáis pidiendo que me encargue de esta muchachita por el resto de mis días? ¿Me habéis tomado por una nodriza, tal vez? —Su tono escandalizado hizo que el conde austriaco se pusiera de pie.

—No soy yo quien os lo pide. ¡Es una orden directa del Emperador!

El asunto se estaba haciendo más complicado y desagradable de lo previsto. Definitivamente, peor que cualquiera de las más oscuras expectativas. Y estaba claro que al Emperador no se le podía dar un “no” como respuesta.

—¿Por qué yo? —se vio obligado a preguntar, incrédulo ante la perspectiva de que semejante infortunio le hubiese sucedido, precisamente, a él.

—Sois la persona más idónea para esta tarea. Ejercéis de diplomático con discreto éxito, sois joven y atractivo y, sobre todo, no estáis casado.

—¿Qué tiene que ver mi condición de hombre soltero con todo esto?

El conde se encendió un cigarro con exasperante lentitud. Lanzó una calada y, por último, continuó. —Se os exige que toméis a la muchacha en matrimonio, señor. Durante el encarcelamiento ha sido ultrajada y ahora espera un hijo. La boda es necesaria para hacer callar las malas lenguas.

Leonardus palideció. Debió haber aceptado el vaso de ron que se le había ofrecido amablemente, y bebérselo de un trago para recuperarse.

—¡Maldita sea! —fue su concisa respuesta.

El carruaje corría rápido por la carretera empedrada que llevaba a la frontera con la Confederación Helvética. Charlotte se asomó por la ventana con aire inquieto y suspiró. Llevaba varias horas viajando y estaba deseando llegar a su destino. Se le había dicho que la meta era un pequeño pueblo fronterizo llamado Huningue. Todavía no estaba seguro con quién se encontraría esperándola en ese lugar, pero esperaba que fuese una presencia amistosa. Estaba tan deseosa de consuelo, después de todas las tribulaciones que había vivido en los últimos años.

—Alejaos de la ventanilla, *madame* —le reprochó la voz ácida de su acompañante. Era una mujer rígida y arisca que Charlotte juzgaba incapaz de sentir el más mínimo sentimiento de afecto. La menos indicada para quien, de afecto, tenía una necesidad absoluta, como ella.

Se dejó caer sobre el asiento y comenzó a jugar, distraídamente, con el borde de encaje del cuello del vestido que llevaba puesto. Era una prenda de una elegancia discreta, de cuello muy alto, mucho más de lo que exigiese la moda, y de una talla superior a la suya, de modo que ocultase la embarazosa redondez de su vientre. El gris oscuro de la tela le atribuía más el aspecto de una institutriz que el de una princesa, y el peinado era, igualmente, austero: le habían peinado el cabello en un rígido moño sobre la nuca. Solo,

accidentalmente, algún rizo rubito había escapado de las horquillas, y ahora, revoloteaba en paz, movido por el viento.

—¿Cuándo llegaremos? —se decidió a preguntar, con tono doliente. Sentía la necesidad de estirar las piernas y de respirar a pleno pulmón el aire de la montaña. A pesar del frío rígido del invierno, ansiaba con todo su ser hallarse al aire libre, y poder, por fin, volver a ver espacios amplios, sin ningún muro a su alrededor.

—Ya falta poco. —Su acompañante cruzó los brazos—. Intentad ser paciente, *madame*.

Habría querido responder que la paciencia la había consumido durante los años de reclusión, pero se mordió la lengua y volvió a mirar por la ventana.

Estaban atravesando la Alsacia y la vista de las extensiones de nieve le relajó un poco.

Por fin, el carruaje se detuvo frente a una construcción de piedra de tres plantas, con el tejado de tejas rojas. El letrero sobre la puerta indicaba que se trataba de un albergue para viajeros, que tenía el nombre de *Hôtel du Corbeau*.

Charlotte se colocó la pesada chaqueta de pieles sobre sus frágiles hombros y atendió a que la portezuela del carruaje le fuera abierto por el cochero, que la ayudó a descender.

Notó con sorpresa que había dos personas esperándola. Un joven alto y delgado estaba de pie frente al carruaje. Su cara tenía algo familiar en los ojos, que se colmaron de lágrimas al ser reconocido.

—¡Louis Antoine! —exclamó, corriendo a lanzarse entre sus brazos—. ¿Sois vos?

El joven de largos cabellos castaños y rostro oval la abrazó por un instante, para a continuación, apartarse y sonreírle azorado.

—Es un placer volver a veros, prima —le dijo. Luego, se giró hacia la otra persona que se había mantenido discretamente aparte.

Charlotte siguió su mirada y se encontró con un par de ojos grises, fríos como el hielo.

El desconocido se aproximó cauto. Tenía un paso decidido que le resultó, inmediatamente, odioso. El cabello era negro y más corto de lo que exigía la moda. El rostro un poco anguloso, pero de una belleza impresionante. Los labios sutiles, en cambio, estaban arqueados, en lo que a ella le pareció una sonrisa forzada, de conveniencia.

Su primo se apresuró a hacer las presentaciones. —Este es Leonardus Van der Valck, un diplomático holandés.

El hombre de los ojos de hielo le cogió la mano y la besó. A Charlotte le recorrió un escalofrío inesperado, mientras un intenso rubor le coloreaba las pálidas mejillas. Retiró la mano, como si se hubiera quemado, e, inmediatamente retiró la mirada. Se preguntó que hacía aquí ese desconocido y se sintió molesta por su presencia.

—Me siento muy honrado de conoceros, *madame* —dijo el hombre, con una voz baja y profunda, pero con un tono que parecía desmentir sus palabras.

Ella le dirigió un leve gesto con la cabeza, y se esforzó por sonreír mientras se dejaba conducir por su primo hacia la entrada del albergue.

—Imagino que necesitáis refrescaros y cambiaros de vestido —dijo Louis Antoine, con tono considerado.

Ella lanzó una última ojeada a sus espaldas, donde Van der Valck se había quedado observándola con una expresión indescifrable en sus ojos grises.

—¿Qué hace aquí ese hombre? —le susurró, confundida. El primo sonrió enigmático mientras le abría la puerta del albergue—. Hablaremos de eso más tarde —le respondió, apresurando el paso.

A Charlotte no le quedó más remedio que seguirle.

En cuanto se hallaron en el interior del *Hôtel du Corbeau*, Louis Antoine le presentó la que sería su sirvienta durante aquella breve estancia. Se trataba de una joven de cabello cobrizo y sonrisa gentil. Al observar su aspecto cansado, se apresuró a acompañarla a su habitación para prepararle un baño caliente.

Igualmente, su acompañante, Madame de Soucy, se había retirado para refrescarse y Charlotte suspiró aliviada. Esa mujer no le inspiraba ninguna simpatía, aun cuando no supiera explicarse el motivo. Tal vez, durante los años de prisión había desarrollado una natural desconfianza respecto al género humano y, ahora, era reacia a fiarse de quien estaba a su lado.

Permitió que la doméstica le ayudase a desnudarse de los vestidos polvorientos y luego se sumergió en la bañera, sintiendo un inmediato alivio. Cerró los ojos mientras era enjabonada cuidadosamente, y volvió a su mente el encuentro con su primo.

Había sido una sorpresa encontrarle esperándola. Louis Antoine era el hijo primogénito del hermano de su padre, el conde de Artois, y desde el día que nació, las familias de ambos habían pensado unirlos en matrimonio. El tema nunca le había disgustado.

Louis Antoine poseía un sinfín de dones: belleza, elegancia y bondad en su corazón. En sus sueños de adolescencia, había encarnado su ideal de príncipe azul que corría salvarla en un caballo blanco para luego conducirla a un castillo, donde habrían vivido, por siempre, felices y contentos. Y precisamente se lo encontraba allí, justo después de su liberación, con su apacible sonrisa y dulce mirada. Por un momento, había deseado dejarse coger en un abrazo y llorar sobre su hombro, para expulsar todos los penosos recuerdos de los últimos años. Sin embargo, no podía olvidar que una verdadera dama, jamás habría mostrado en público tal debilidad.

Dejó escapar un suspiro y tuvo que hacer un esfuerzo para no rendirse al cansancio y caer en los brazos de Morfeo.

Leonardus Van der Valck permaneció observando la puerta cerrada del albergue, una vez que Charlotte se había alejado junto a su primo.

Aún le resultaba increíble que, en muy breve tiempo, se uniría en matrimonio con aquella frágil criatura, de atemorizados ojos. Y qué ojos. No podía negar que se había quedado asombrado ante la simple visión de su profundidad azul que le traían a la memoria los cielos tersos de primavera.

Su cabello, en cambio, era del color de los campos de trigo, un rubio dorado con algunos mechones un poco más claros que lo hacían aún más brillante. Se preguntó que habría sentido al acariciar aquella masa sedosa.

¡Caray! Se estaba adentrando en un terreno peligroso. Sentirse atraído por aquella muchacha era la cosa más equivocada que podía hacer, sobre todo porque su matrimonio habría sido solo una falsa apariencia.

Este era el acuerdo. Le daría su nombre –o para ser más exactos, un nombre falso, ya que también su identidad debería permanecer oculta– pero, con total seguridad, no dormiría en su cama. Cuando el conde Brank le había contado el plan, no se había lamentado en absoluto. No sentía el menor deseo de acostarse con quien, para él, era una perfecta desconocida, es más, un fastidioso estorbo.

Desde luego, no imaginaba que fuera tan bella.

De todos modos, estaba claro que la chica no mostraba hacia él ni la más mínima simpatía. Cuando le había besado la mano, la había retirado apresuradamente, como si hubiera sido mordida por una serpiente. Y la fugaz mirada que le había lanzado no había sido, verdaderamente, alentadora. Bueno, no debería asombrarse. No podía olvidar que era la hija de un rey, mientras él, un humilde diplomático, carente de título nobiliario, aunque, rápidamente, asumiría el de conde. Era más que natural que la chica estuviera

habituada a tratar con hombres bien distintos a él. Hombres más refinados y, seguramente, menos libertinos.

Una sonrisa sarcástica iluminó su rostro. Sin embargo, el gran libertino se casaría con la joven princesa, en secreto. Si lo hubiera contado por allí, nadie le habría creído.

Después del baño, Charlotte fue ayudada a ponerse un vestido limpio. Se trataba de un modelo no muy distinto del anterior, con la única excepción del color, que era de un tono ciruela muy oscuro, y que resaltaba de manera asombrosa, con su tez clara.

Antes, había preferido los tonos más tenues y los colores pastel, pero ahora, ya no le sentaban bien. Había decidido llevar luto por el resto de sus días, y estaba convencida de que, nunca más, llevaría vestidos de colores chillones. Se dio un veloz repaso ante el espejo para colocarse mejor los mechones rubios en el interior del sombrerito con velo, a tono con el vestido.

En ese momento, alguien golpeó la puerta.

A su orden, la sirvienta corrió a abrir y una joven entró con paso firme, para detenerse justo en frente de ella.

Charlotte abrió de par en par los ojos, sorprendida al reconocerla. — Ernestine... ¿sois vos? — La voz le tembló ligeramente, mientras miraba a la que había sido su compañera de juegos durante la infancia.

—Sí, soy yo —, respondió la muchacha que, de un simple vistazo, podía parecerse mucho a ella.

Eran, más o menos, de la misma altura, de cabello rubio y ojos azules. Incluso la edad era la misma. Sin embargo, Ernestine tenía la nariz un poco más pronunciada, su sonrisa parecía forzada y el aspecto más rígido y severo.

Charlotte se le acercó para darle un abrazo fraterno. En el fondo, Ernestine había sido para ella lo más parecido a una hermana. A la muerte de la madre, una criada de nombre Philippine Lambriquet, la familia de Charlotte le había acogido bajo su protección. Había crecido juntas, compartiendo horas de juego y estudiando con los mismos preceptores.

—¿Qué hacéis aquí? —se decidió por fin a preguntar. De todas las personas que se había imaginado encontrar en aquel lugar perdido de la montaña, Ernestine era la más improbable.

—He sido convocada por vuestra familia —respondió ella.

—¡Oh! —Esa sí que era una sorpresa. Tal vez habían pensado que pudiese necesitar de una presencia amistosa, se dijo, conmovida por tal amable pensamiento.

Pero Ernestine borró cualquier hipótesis sentimental—. Vos no proseguiréis el viaje a Viena, como se os ha dicho con anterioridad —aclaró, en un tono frío e implacable.

—¿Cómo? —la voz de Charlotte se quebró de repente. ¿Qué quería decir?

—Seré yo quien prosiga el viaje en vuestro lugar, y seré yo quien vista vuestra ropa en los días venideros.

Los ojos se le salieron de las órbitas a causa del estupor y la incredulidad —. ¿Qué estáis diciendo? Yo...

—Se os ha juzgado como inadecuada para cumplir el papel que os corresponde por derecho —le interrumpió Ernestine, en un tono agrio. Le lanzó una mirada despectiva y le señaló la ligera redondez de su vientre—. Estáis esperando un hijo, ¿no es cierto?

Charlotte se estremeció ante aquella pregunta tan directa. Una verdadera dama nunca se atrevería a mencionar su estado, pero, evidentemente, Ernestine había olvidado las reglas del *Bon ton*.

—Yo... no... —balbuceó confusa, antes de que su interlocutora le interrumpiese de nuevo, con aire desafiante.

—Os daréis cuenta de que vuestra reputación está empañada, mi querida Charlotte. Ya no podéis contraer un buen matrimonio. Ya no servís para nada, ¿comprendéis?

Los ojos de Charlotte se cubrieron de lágrimas ¿Era posible que su familia pretendiese desembarazarse de ella? ¿Qué culpa podía tener si había sido violada? No había sido ella quien había decidido arrojarse en brazos de aquel guardia. Sin embargo, sabía con toda seguridad que, a los ojos de la gente, siempre sería una mujer irremediabilmente perdida, y su hijo un bastardo.

Tampoco Louis Antoine habría podido pasar por alto un hecho semejante. Sin duda, no la querría como esposa. Era más que comprensible.

—Entonces, ¿qué será de mí? —se decidió a preguntar con dignidad.

Ernestine le dirigió una sonrisa de escarnio—. Os casaréis con un diplomático holandés. Ya os ha sido presentado, si no me equivoco —su sonrisa se acentuó mientras añadía—. Se dice que es un libertino sin escrúpulos y un jugador empedernido. Desde luego, no a la altura de una princesa como vos, pero vendrá recompensado espléndidamente, por lo que no se opondrá a la vergüenza de tomar en matrimonio a una muchacha que lleva en sus entrañas al hijo de otro.

Sus palabras le hirieron mortalmente, pero lo que le creó una angustia atroz, fue enterarse de que se desposaría con el tal Leonardus Van der Valck.

La inquietante figura que estaba presente en el momento de su llegada. El hombre con los ojos de hielo.

Se estremeció solo de pensarlo y agitó la cabeza. —No. No puede ser.

Ernestine le dirigió otra mirada triunfante: una sonrisa gélida se dibujó en su cara, mientras la examinaba con odio.

—¿Por qué parece que estéis disfrutando de mi situación? Me han tenido prisionera, no tenéis ni la más remota idea de lo que ha significado, de cómo me han tratado... —el estómago empezó a punzarle solo de pensarlo.

Ernestine no cambió de expresión, ni siquiera por un instante—. Siempre os habéis creído superior a mí, ¿no es verdad? —le atacó rabiosamente—. Me habéis quitado el afecto de mi padre. Él solo tenía ojos para vos, y a mí, solo me concedía las migajas de su cariño. Ahora ha llegado el momento de la redención.

Charlotte la miró confundida. —¿Vuestro padre? No entiendo...

—¿Aún no os habéis dado cuenta? Vuestro padre era también *mi* padre. Somos hermanastras.

Por un momento, tuvo la impresión de vivir una pesadilla. Si lo que sostenía Ernestine era cierto, su padre había sido infiel a su madre. Sin embargo, siempre había parecido el más enamorado de los maridos. A diferencia de sus predecesores, nunca había tenido una amante declarada.

Le sobrevino una imprevista sensación de náusea, solo de pensar en su amado padre en brazos de otra mujer.

Abrió la boca para inhalar aire. Sentía que se sofocaba, como a menudo le sucedía cuando algo le afectaba. Luego, cogió la manilla de la puerta y la abrió. Huyó por el corredor con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 2

Leonardus estaba subiendo las escaleras para llegar a su habitación, cuando divisó una débil figura que corría en su dirección. Parecía trastornada, hasta tal punto que no se percató de que estaba a punto de terminar entre sus brazos. Intentó apartarse, pero no tuvo tiempo. En un instante se le vino encima, con la fuerza de un huracán.

Solo cuando sintió el impacto, Charlotte alzó los ojos velados de lágrimas y le reconoció.

—Monsieur Van der Valck...

—Estáis llorando —notó él, asombrado—. ¿Qué os ha pasado? —Verla en ese estado le había impactado profundamente.

Charlotte, después de un momento de perplejidad, estalló en amargos sollozos, apoyando el rostro visado contra su pecho.

—¡Maldita sea! —imprecó, en voz baja. Detestaba a las doncellas lloronas, pero esta vez, fue presa de la emoción. La muchacha había sufrido demasiado. Había perdido a sus seres más queridos, vivido en prisión y sufrido un estupro. De repente, deseó poder servirle de apoyo, solo que no tenía ni la más mínima idea de cómo se consolase a una mujer.

—Vamos, vamos, no lloréis —murmuró, levantándole el rostro hasta encontrarse de nuevo con sus ojos azules. Parecía tan inocente y pura que casi le dolía el corazón al mirarla.

Charlotte respiró profundamente y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Pe-perdonadme —balbuceó disgustada—. Os he manchado la camisa...

Van der Valck esbozó una sonrisa—. No os preocupéis por eso. Tomad—. Le ofreció un pañuelo que la muchacha aferró con su manita, mientras aún temblaba a causa de los sollozos.

—¿Por cuál motivo lloráis? ¿Alguien ha sido descortés con vos?

Charlotte se agarró. Recordó las palabras de Ernestine: muy pronto se vería obligada a desposarse con ese hombre. De pronto se arrepintió de haber estallado en lágrimas delante de él. No habría debido mostrarse débil, sobre todo, porque para Van der Valck ella no era más que un lucrativo negocio.

Ernestine había sido clara: había aceptado tomarla como esposa por dinero. Probablemente, luego de haber obtenido lo que deseaba, la apartaría

en una rica mansión, olvidándose hasta de su existencia. No era tan boba para creer que su relación estaría basada en el cariño.

De pronto, el estómago se le contrajo de rabia, y sus dedos comenzaron a apretar convulsivamente el pañuelo—. ¿Qué os importa a vos? —respondió con rencor.

Leonardus la examinó desconfiado. Había sentido el repentino cambio de humor, pero no comprendía el motivo. Quizás, ¿le había sido comunicada la noticia de su matrimonio? ¿Por eso era que se encontraba llorando? Desde luego, no podía reprochárselo. Ninguna inocente muchacha desearía desposarse con un demonio como él. Sin embargo, esa idea le molestó—. Mi tarea es asegurar vuestro bienestar. Por eso me pagan, *madame*.

La alusión al hecho de que, para él, toda aquella situación fuera solo un trabajo, la hirió profundamente. Se mordió el labio inferior y se liberó de aquel inoportuno abrazo.

—No os preocupéis —le respondió gélidamente—. No perderéis vuestras ganancias por mi culpa. No debería haber estallado en llantos, pero como bien sabréis, he perdido a mi familia y he sido presa de un momento de desesperación. Sin embargo, no os aburriré en el futuro con mis problemas. Excusadme.

Se alejó antes de que él pudiera replicarle de algún modo. Leonardus la miró marchar altiva y fue presa de una instintiva irritación. ¿Cómo osaba aquella condenada criatura tratarlo de ese modo? Si esas eran las premisas de su vida en común, las perspectivas no eran, en absoluto, de color rosa. Hastiado, chasqueó la lengua, y continuó subiendo las escaleras.

Mientras tanto, Charlotte había salido al exterior del albergue, intentando calmarse. La nieve había comenzado a caer, y soplaba un viento gélido que le penetraba hasta en los huesos. Pero prefería tal tiempo inclemente a la compañía de Van der Valck o Ernestine.

Estaba convencida de haber dejado a sus espaldas los días más duros de su propia existencia, pero, en aquel momento, ya no estaba tan segura. Le esperaba un matrimonio con un hombre al que despreciaba, y acababa de descubrir que tenía una hermana que la odiaba. ¿Podía empeorar aún más la situación?

Oyó pasos a su espalda y se giró, con el rostro lívido. Su primo se le había acercado y ahora la observaba atentamente.

—Madame Lambriquet me ha dicho que ha hablado con vos —empezó, inseguro—. Habría preferido ser yo quien os diera la noticia.

Ella arqueó una ceja—. ¿Habría cambiado algo? ¿Pensáis, tal vez, que habrías logrado endulzarme el golpe?

—Charlotte...

—Callad, os lo ruego. No hay nada que podáis decir o hacer para calmarme. He sido vendida a ese diplomático holandés y nadie se ha tomado la molestia de preguntarme qué pensaba sobre el asunto.

Louis Antoine suspiró. Su prima tenía toda la razón, y lo reconocía. Pero era por su bien que se había tomado tal decisión.

—Charlotte, no había otra solución, por desgracia. En vuestro estado... —carraspeó nerviosamente al aludir a su embarazo—. En vuestro estado no habrías podido aspirar a un matrimonio mejor. Además, las vejaciones que habéis tenido que soportar, os han turbado en demasía. Si ahora fuerais conducida a Viena, os veríais obligada a asumir un papel político importante, en el ámbito de las cortes europeas. ¿Pensáis que estáis preparada para todo esto?

Charlotte inclinó la cabeza confundida. No, no estaba en absoluto preparada. Pero tampoco lo estaba para aceptar un matrimonio con alguien que no amaba.

—No me habéis dejado ninguna posibilidad de elección —dijo, con la voz rota por la emoción—. Nunca podré perdonároslo.

—No ha sido una decisión mía, prima —replicó Louis Antoine, exasperado—. Ahora estáis bajo la tutela de vuestro primo, el emperador. Es él quien ha dispuesto todo.

Ella le miró con desprecio—. Pero no habéis hecho nada para que cambie de opinión. ¿No es así?

—¿Qué habría podido hacer? —Su tono se hizo cada vez más irritado. Probablemente, su primo consideraba la discusión una pérdida de tiempo y estaba convencido de que ella debía aceptar dicha disposición sin rechistar, permitiendo que fueran los hombres de su familia quienes decidieran en su lugar. Antes, habría aceptado su destino sin inmutarse, pero ahora... ¡ahora era distinto! Quizás los mismos revolucionarios habían logrado desmoronar los sólidos principios que le habían sido enseñados desde niña, convirtiéndola en una rebelde.

Charlotte le miró fijamente, agarrotada por el frío y la indignación—. Podíais ofreceros desposarme en lugar de Van der Valck. Esa era la voluntad de nuestros padres, ¿lo habéis olvidado?

Louis Antoine enrojeció—. La situación ha cambiado, lo sabéis bien.

La muchacha aguantó las lágrimas y apartó la mirada—. Ahora ya no soy digna de vos, ¿verdad? —preguntó provocadora, pero no recibió respuesta alguna. El primo se alejó, dejándola sola con su dolor.

Louis Antoine estaba furioso, cuando volvió al calor del *Hôtel du Corbeau*. Furioso con Charlotte, pero, igualmente con Ernestine que había hablado a la hermana, desobedeciendo sus órdenes.

¿Qué pasará por la cabeza de esa maldita chica? Se preguntó, mientras subía a las plantas superiores. Siempre había mostrado una mala predisposición con respecto a Charlotte, y no dudaba del hecho que no se hubiera esforzado, mínimamente, por hacerle las cosas más fáciles.

De golpe, la furia se apoderó de cualquier pensamiento racional. A toda costa, ¡tenía que desahogar su ira con alguno! Recorrió a grandes zancadas el corredor de la segunda planta, hasta toparse con la puerta de la habitación de Ernestine.

Golpeó insistentemente, sin obtener respuesta—. Ernestine, soy Louis Antoine. Abrid, ¡maldita sea!

Una voz imperturbable respondió—. Solo un instante.

Si no se hubiera enfadado tanto, habría aguantado sin mostrarse molesto, pero en ese momento no era capaz de tener paciencia—. ¡Abrid inmediatamente esta puerta o ateneos a las consecuencias!

Oyó un ligero ajeteo en la habitación, luego el sonido de la cerradura que se abría. Un instante después, una criada le miró perpleja. *Madame* no puede recibiros ahora, os ruego que...

Louis Antoine hizo un gesto de fastidio y empujó a un lado a la criada para poder pasar. Luego, volvió la puerta a sus espaldas, cerrándola. Cuando posó una mirada feroz sobre la frágil figura de pie delante de la cama, le costó un segundo darse cuenta que vestía únicamente la ropa interior.

¡Maldición!

Un gentilhomme habría retirado, inmediatamente, la mirada, y pedido excusas por la intrusión, para a continuación, poner pies en polvorosa. Sin embargo, él no logró, literalmente, moverse. Como si se hubiera quedado petrificado.

Ciertamente, no era la primera vez que veía una mujer desvestida. Aunque con suma discreción, como cualquier otro varón de normal apetito sexual, había tenido un suficiente número de amantes.

A pesar de ello, la visión de Ernestine en *déshabillé* le dejó, literalmente, sin respiración.

Para su enorme sorpresa ella no chilló, ni le ordenó que saliera, en medio de un ataque de histeria. Le miró fijamente frunciendo el ceño y dijo, sin la menor incomodidad—. ¿Entonces?

Él trago saliva—. Quizás sería mejor que volviese en un momento más oportuno. Perdonadme, no imaginaba que estuviéseteis... —dejó sin terminar la frase, sin siquiera lograr dejar de devorarla con la mirada.

Ernestine le dedicó una sonrisa maliciosa—. ¿Que yo estuviera desvestida? Bueno, esto es la habitación de un albergue y es casi la hora de la cena. Cualquier dama se cambia de ropa para la cena, especialmente después de un largo y fatigoso viaje.

Su tono tuvo el poder de irritarlo aún más—. Bien, ¡cubrios al menos!

—¿Por qué debería hacerlo? En el fondo no es la primera vez que me veis sin ropa.

Louis Antoine se sobresaltó. —¿Perdón?

—¿Lo habéis olvidado?

Su voz, ligeramente ronca, le estaba haciendo enloquecer. Le evocaba imágenes lujuriosas que, en ese preciso instante, habría sido mejor ignorar—. No logro entenderos, Ernestine.

—¿No recordáis el baño que nos dimos en una fuente, en Versalles? Nos habíamos quitado los vestidos para jugar dentro del agua, como dos golfillos. Pero valió la pena, ¡fue tan divertido!

Louis Antoine ignoró su sonrisa maliciosa y se secó la frente cubierta de sudor, con un pañuelo—. ¡Éramos niños! ¡Diantre, no es lo mismo!

—¿Decís? De todos modos, si debo tomar el puesto de mi hermana Charlotte, en seguida os convertiréis en mi marido. Podéis considerarla como una prueba de la noche de bodas, cuando me desnudaré para vos...

—¡Basta! —Louis Antoine estaba a punto de perder la paciencia. La idea de ella, desnuda para él, le había excitado sobremanera. No estaba seguro de lograr soportar largo rato esa tortura.

Luego recordó el motivo que le había traído a esa habitación. —¿Cómo se os ha ocurrido hablar con Charlotte del cambio de persona? —vociferó, en el intento de transformar la frustración sexual en rabia.

Ella posó una mirada inocente sobre él—. ¿Por qué no habría debido decírselo? Tenía todo el derecho de saber a qué podía aspirar.

—Ella esperaba que yo se lo comunicase, lo sabíais bien.

—Oh, ¡qué descuidada! ¡Se me ha olvidado!

—Estáis mintiendo, Ernestine. Vos lo habéis hecho adrede para humillarla. ¿Cuándo dejarás de pelear con vuestra hermana? Antaño, podía entender vuestra envidia, ella era la hija legítima y vos... —se detuvo a tiempo, pero Ernestine le lanzó una mirada glacial.

—¿La bastarda? ¿Es eso lo que ibais a decir?

No debería haberlo dejado escapar, pero sí... eso era exactamente lo que iba a decir. En un intento por salir de esa desafortunada situación, aclaró su voz y añadió con tono amenazador—. Que sea la última vez que tomáis iniciativas sin consultármelo, ¿queda claro?

Ernestine le sonrió con aire desafiante—. Como deseáis. —Luego continuó desabrochándose el corsé delante de él.

En ese momento, debería haberla detenido de alguna manera, pero no tuvo fuerzas. Ella liberó sus pechos, grandes como melones maduros, y le miró intensamente a sus ojos. Un momento después, el corsé cayó al suelo, con un ligero crujido.

—No es una buena idea —dijo él bruscamente.

Ernestine, con estudiada lentitud, se retiró las horquillas que le sujetaban el cabello en un rígido moño. La larga melena rubia cayó por encima de su espalda, como una cascada de espirales.

—¿Por qué no? —avanzó hacia él, liberándose igualmente de las enaguas. Ahora vestía solo las medias de seda, que le superaban las rodillas, y los zapatos.

Louis Antoine tragó saliva mientras ella le tendía una mano para acariciarle el pecho, a través de la camisa de lino.

—Por esto —respondió, con voz ronca. Con un movimiento rápido le sujetó la muñeca y le apretó la mano sobre su erección. Su pene estaba duro y se prolongaba pegado a su vientre, hasta tal punto, que los calzones que llevaba puestos se estiraban en dicha zona.

Levantó la mirada al rostro de Ernestine, arqueando una ceja. Debería haber vislumbrado temor y vergüenza en sus ojos, pero ella continuó desafiándolo.

—Esto, querido primo, es un buen motivo para continuar. ¿No os parece? —Su sutil mano le acarició a través de la tela.

—¿Estáis loca? —El estupor y el deseo que sentía le cortaron la respiración—. ¿Deberíais huir asustada, en vez de provocarme!

Una risa áspera y gutural, la enardeció. —No soy tan ingenua como creéis, Louis Antoine.

Él se sobresaltó.

¿Qué diantre...? ¿Quiere decir que ya no es virgen?

La sola idea le provocó una ola de ira irrefrenable. Habría matado con sus manos a cualquiera que se hubiera atrevido a ponerle las manos encima.

Pero Ernestine, que evidentemente había intuido sus pensamientos, le tranquilizó. —No, nadie me ha tocado nunca, primo. Me he guardado para vos.

—Entonces, ¿cómo...? —Las palabras le brotaban con dificultad. Casi había agotado su autocontrol mientras la cándida golfilla continuaba acariciándolo, arriba y abajo.

—Cuando aún vivía en Versalles, un día vi a dos criados que copulaban. Yo estaba en una sala y me escondí, cuando los vi llegar. Ellos no me descubrieron. Fue... instructivo.

Louis Antoine no podía creerlo—. ¿Os quedasteis a mirarlos? —Su voz había asumido un tono chillón que era antinatural para él.

Ernestine se rio. —¿Os molesta este hecho? No entiendo por qué vosotros, los hombres, queréis mantenernos en la más absoluta ignorancia. ¿No sería mucho mejor tener a una mujer experimentada en la cama?

—¡No digáis tonterías!

En ese momento, la mano de Ernestine dejó de acariciarlo y comenzó a desabrocharle la bragueta del pantalón. Louis Antoine apretó los dientes, recordándose a sí mismo, que existían muy buenas razones que le impedían llevársela a la cama. Todavía no se había redactado ningún contrato matrimonial, y no podía, ciertamente, desvirgarla y largarse. No, no lo haría.

Sin embargo, aquellas manos... oh, cielos, aquellas manos le estaban haciendo enloquecer. Ahora le estaban acariciando la piel desnuda. Para ser sinceros, en ese momento no estaba seguro de recordar cuáles eran aquellas razones.

—Quizás deberíais dejar de controlaros, primo —le sugirió ella dulcemente.

Ya. Quizás debería. Podía tomarse su momento de respiro y olvidarse de las consecuencias. ¿Hasta ese momento no había actuado así? ¿Se había preocupado alguna vez de la honra de las mujeres que se llevaba a la cama? Pero se trataba de prostitutas, en la mayor parte de los casos. Ernestine era distinta. Ella... ¡basta!

En el límite de su paciencia, extendió su brazo para sujetarle las muñecas y detener el roce de sus manos, antes de que se llevaran por delante lo poco que quedaba de su propio autocontrol.

—Lo dejamos aquí —susurró—. Este es un juego peligroso para ambos.

Para él no fue fácil alejarse de la tentación que ella representaba. Sin embargo, maldiciendo en voz baja, salió de la habitación. La puerta se cerró a sus espaldas con un golpe seco.

Sola en su cuarto, Ernestine agarró una horrible figura de una pastorcilla de cerámica y la arrojó contra la chimenea. Era el primer objeto que le había caído entre sus manos y, ciertamente, nadie habría notado su ausencia. Sin embargo, estaba demasiado furiosa para preocuparse por eso.

Cuando Louis Antoine había entrado como una furia en su habitación, su corazón había empezado a latir más rápido. Por un momento, había deseado que él la tomara entre sus brazos para besarla. Después de todo, ¿ahora era su prometida!

En cambio, había tomado la defensa de aquella mosquita muerta de su hermana. La sola idea le hacía hervir la sangre en las venas y nada habría podido aplacar su cólera. Había sofocado durante toda su vida la atracción que sentía por el duque de Angulema, sabiendo que desde su nacimiento estaba destinado a otra. No había sido fácil verlo todos los días y no poder revelarle los sentimientos que alimentaba por él; mirarlo desde lejos, consciente del hecho de que nunca sería suyo.

Luego las cosas habían cambiado. Cuando le había sido comunicado que asumiría la identidad de Charlotte, su primer pensamiento había sido para él, para aquel fascinante duque que conseguía hacerla temblar solo con una mirada. En aquel instante, había comprendido que la rueda de la fortuna había empezado a girar de su lado, y que su sueño más grande estaba a un paso de realizarse.

Los recuerdos de su infeliz infancia, siempre a la sombra de Charlotte –mimada y adorada por todos–, lentamente, habían sido sustituidos por imágenes, más placenteras, de ella y Louis Antoine juntos. Había empezado a soñar en su matrimonio, en sus suaves labios que se posaban sobre ella, y la sensación de una trepidante expectativa le había asaltado.

Pero ahora, miles de dudas se deslizaban en sus pensamientos. Quizás, él amaba a Charlotte. Siempre había pensado que era únicamente el deseo de la familia unirlo a la odiada hermana, pero, ¿y si estaba equivocada? La había defendido con tal ímpetu como para dejarla herida y consternada. Tampoco sus provocaciones habían servido para gran cosa. Probablemente, él no sentía la menor atracción por ella, dado que no poseía aquellos ojitos llorones que siempre hacían caer a los hombres como si se tratasen de soldaditos de plomo.

Las dos tenían el cabello rubio, pero mientras el de la hermana era parecido al color de la miel, el suyo era más oscuro y no poseían el mismo brillo. Por no hablar de la nariz. ¡Odiaba su prominente nariz! Hacía los rasgos de la cara más angulosos, quitándole cualquier encanto.

No era de extrañar que Louis Antoine no la quisiera. ¿Y si se negara a casarse con ella? No, no podía. Ella no lo permitiría.

Con un suspiro se sentó al lado de la cama y llamó a la criada. Haría cualquier cosa por parecer provocativa y deseable. Él sería *suyo*. Sólo *suyo*.

Aquella noche, Charlotte no quiso bajar a la cena. Ordenó avisar al primo que tenía una fuerte jaqueca, y se encerró en su habitación, con el único deseo de estar sola.

Por lo tanto, Van der Valck cenó con Ernestine y Louis Antoine, que aprovechó para definir los términos últimos del cambio de persona y de la inminente boda.

Leonardus estaba de un pésimo humor mientras escuchaba a aquel vanidoso. No lograba dejar de pensar en Charlotte. Seguía teniendo en el recuerdo, sus lágrimas y su expresión de consternación, algo que no le gustaba bajo ningún concepto. No estaba acostumbrado a preocuparse así por una mujer, pero no podía evitarlo. Apenas probó la sopa de guisantes y tomó unos bocados de faisán asado, tras lo cual, pidió permiso para irse.

¿Qué diablos le pasaba? Solamente debería haber experimentado amargura por esa mocosa que le estaba causando todos esos problemas. No sólo debería casarse con ella —él, que siempre había evitado el matrimonio como la peste—, sino que también debería ocuparse de ella, de sus necesidades y de sus caprichos. Debería protegerla y mimarla, sin olvidar, bajo ningún concepto, la importancia de su encargo para las cortes europeas.

Llegó a su habitación y cerró la puerta nada más entrar, dejándola golpear. A partir de ese momento, su vida estaría bajo el constante control del emperador de Austria y de los herederos al trono de Francia que, aunque depuestos en su país natal, todavía no habían renunciado a la idea de restaurar la monarquía y de derrotar a los revolucionarios. A él le tocaría la ingrata labor de mantener oculta la identidad de Charlotte, pero eso no era lo que deseaba hacer de su vida.

¡Diantre!, ¡se había imaginado una carrera diplomática deslumbrante! Y en vez de eso, a partir del día siguiente, sería el conde Vavel de Versay y Charlotte —a quien en público tendría que llamar Sophia— se convertiría en su

esposa. Si alguien le hubiera dicho algo así un mes atrás, se habría reído de él a carcajadas, tomándolo por loco.

Se dejó caer sobre un sillón, en el saloncito que hacía de antecámara, y se sujetó la cabeza entre las manos. Hasta ese momento, los únicos intereses de su vida habían sido el trabajo, el juego y las mujeres hermosas. ¿Cómo podría dedicarse a la felicidad y al bienestar de aquella muchacha, él que no tenía ni la más remota idea de cómo hacer feliz a una esposa, salvo en el lecho conyugal? Y puesto que la enseñanza de las alegrías del sexo a esa altiva rubia le quedaba excluido —en ese punto el conde Brank había sido rotundo—, ¿qué debería hacer con ella?

¿Sería prisionero de dicho matrimonio de conveniencia para siempre? Solo la idea le aterrorizaba y, de repente, comenzó a comprender mejor las lágrimas de Charlotte. No le asombraba el hecho de también ella estuviera aterrorizada ante la idea de desposarlo. Por ejemplo, ¿se le había dicho a ella que él no la tocaría? ¿Que entre ellos no existiría ninguna intimidad conyugal? ¿O estaba convencida de que él abusaría de su cuerpo, como le había sucedido durante la prisión?

En ese instante, solo deseó tranquilizarla. Quería borrar el rastro de aquellas lágrimas que le habían surcado las mejillas, solo hacía unas pocas horas.

—Por todos los diablos, ¡me estoy volviendo imbécil! —murmuró, dándose cuenta del cariz que habían tomado sus pensamientos. En el fondo, ¿qué importancia tenía si ella no deseaba aquel matrimonio? Tampoco lo deseaba él, ¡maldita sea!

Acostada sobre la enorme cama con dosel de la habitación que le había sido asignada para esa noche, Charlotte dio rienda suelta a toda su frustración. Nunca se había sentido tan indefensa. También se le había negado la posibilidad de decidir su propio destino. Se secó una lágrima y se percató, en ese mismo momento, que, el pañuelo que sujetaba convulsivamente entre las manos, era el que le había dado Van der Valck.

Se preguntó si había actuado bien al tratarlo de tal modo, pocas horas antes. En el fondo, él había manifestado una afectuosa amabilidad con ella. Se había preocupado de su estado de ánimo y le había ofrecido su pañuelo. Tal vez el suyo, no había sido únicamente sentido del deber: tenía que admitir que ese era el único gesto, realmente amable, que se le había dirigido, desde que había sido liberada de la prisión francesa.

Hasta su primo, su tan amado Louis Antoine, la había tratado con afectada cortesía y poco más. Estaba claro que la consideraba un lastre del que debía deshacerse en el menor tiempo posible.

Trató de imaginarse su futura vida: encerrada entre los muros de una lujosa mansión o, incluso, un castillo –todavía no sabía, a ciencia cierta, dónde la llevaría Valck después de la boda– sin la posibilidad de establecer amistades sinceras o de poder confiar a alguien las propias penas. ¿A quién podría hablar de su familia y de las personas que había amado, si, de ahora en adelante, interpretaría el papel de otra mujer? ¿Con quién podría recordar su infancia transcurrida en Versalles, si su verdadera identidad debía permanecer oculta? Por ironías del destino, el único que sabría quién era realmente, sería el diplomático holandés. El hombre que la desposaría. Lo que más le aterraba era el hecho de no conocer absolutamente nada de él. ¿De qué familia provenía? ¿Qué experiencias había vivido? ¿Mostraría buenos modales con ella? O bien, una vez desposados, ¿sería un déspota? En sus ojos había leído una frialdad tal, que le había infundido un incontrolable temor.

Con Louis Antoine, todo sería distinto. Le conocía desde que nació. Habían crecido juntos y siempre había demostrado con ella un apego y un afecto incondicional. Estaba convencida de que a su lado sería feliz. Además, el joven duque sabía todo de ella: qué le divertía, sus comidas preferidas, las lecturas que amaba y, sobre todo, había conocido a sus padres y a sus amados hermanos.

Podrías llorarlos junto a él, en vez de tener que fingir que jamás habían existido.

Mientras reflexionaba sobre su triste destino, el cansancio acumulado durante la semana de viaje, desde la prisión del Temple hasta el perdido albergue entre las montañas, la invadió, haciéndola caer en un sueño pesado y agitado. Se durmió apretando entre sus manos el pañuelo de Van der Valck.

Leonardus tragó otro vaso de licor, dejando que el ardiente líquido le atravesara la garganta, quemándole la sangre de las venas. Habría querido embriagarse hasta no recordar siquiera su nombre. En cambio, tenía que permanecer lúcido, ya que de él dependía la seguridad de la joven de sangre real que dormía en la habitación vecina.

La imagen de ella acostada sobre una cama y con el cabello largo y rubio, tendido sobre la almohada, le causó un extraño malestar. Tal vez, simplemente, necesitaba una mujer. ¿Desde cuándo no se acostaba con una prostituta, o con una amante? Probablemente demasiado. Tendría que remediarlo después de la

boda, cuando, por fin, se habría deshecho de la presencia de ese presumido del duque de Angulema y de la otra muchacha, que continuarían su viaje a Viena.

Estaba ya pensando en cómo hallar lo más rápido posible una digna compañía femenina, cuando un grito escalofriante le despertó de las propias reflexiones. El chillido provenía de la habitación adyacente a la suya, la de Charlotte. Se puso en pie, y se apresuró a llamar a su puerta.

—Madame, soy yo... Van der Valck. ¡Abrid!

El corazón le latía furiosamente en el pecho, mientras se preguntaba qué le habría pasado.

No obtuvo respuesta, pero no tenía alguna intención de esperar. La puerta estaba cerrada con llave, así que tomó impulso y le dio un empujón. Falló en el intento. Sintió un dolor en el hombro y dejó escapar algún exabrupto. Era una puerta sólida. Sin embargo, no era la primera vez que derribaba un: en el ejército ya le había sucedido. Arremetió otra vez. Con el rabillo del ojo controló, que entre tanto, no hubiese aparecido alguien, atraído por el ruido y los gritos. Pero, al parecer, el corredor estaba desierto.

Empujó la puerta una tercera vez y, por fin, la madera cedió. Se precipitó en el interior, dirigiéndose, sin dudar, hasta la enorme cama con dosel. Charlotte estaba acurrucada en una esquina, con los ojos abiertos de par en par a causa del miedo.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó alarmado.

Los ojos de ella parecieron ensancharse, mientras las mejillas se ruborizaron. Él siguió su mirada y se percató de no encontrarse presentable a los ojos de una dama.

La mirada de la joven parecía absorta en sus esculpidos abdominales, mostrados por la camisa abierta. No había pensado en rehacer su precaria vestimenta, y ella le estaba clavando los ojos, atónita.

Charlotte jamás había visto un hombre semidesnudo. Incluso, el guardia que había abusado de ella, se había limitado a desabrocharse, velozmente, las calzas, sin desnudarse por completo. Primero, lo escrutó fascinada, pero luego, el terror se apoderó de ella. ¿Por qué se encontraba este hombre aquí? ¿Qué pretendía hacerle? El recuerdo de la violencia sufrida se apoderó, de pronto, de ella, procurándole una sensación de nauseas.

—Salid inmediatamente de aquí —le ordenó, retirando la mirada del pecho desnudo e imponente.

Van der Valck debería haberle obedecido al instante, pero continuó mirándola fijamente, a la espera de una respuesta—. ¿Por qué diantres no me habéis abierto la puerta cuando os lo he ordenado?

Charlotte se quedó inmóvil. ¿Cómo osaba dirigirse a ella en ese tono?

—No tenéis por qué darme órdenes, *monsieur* Van der Valck —dijo, en un tono de gélido desprecio—. Y no estáis autorizado a entrar en mis habitaciones, como acabáis de hacerlo. Aún no soy vuestra esposa, luego refrenad vuestros instintos animales y marchaos de aquí, inmediatamente.

—Mis instintos... ¿qué?

Él abrió los ojos de par en par, y la miró fijamente, con la boca abierta, sin proferir palabra. permaneció embelesado unos instantes, antes de recobrar la voz.

—¿Por qué diantres habéis chillado?

—Yo... —Charlotte trató de taparse con la sábana. Vestía un camisón de algodón, tan fino, que no era difícil conseguir ver a través de la tela. Nunca se había sentido tan incómoda, pensó irritada.

—Debo haber tenido una pesadilla. Pero esto no os autoriza a derribar la puerta de mi habitación, y a presentaros en ella medio desnudo.

Él le dirigió una gélida mirada y bramó, acercando su rostro al de ella—. Es mi obligación ocuparme de vos y protegeros, *madame*. Por tanto, os estaría agradecido si, de ahora en adelante, evitarais encerraros con llave. Debo poder entrar en vuestra cámara en cualquier momento, ¿queda claro? Y no os preocupéis por vuestra reputación. Mañana se celebrará nuestro matrimonio y nos darán habitaciones contiguas.

Charlotte tembló ante su mirada airada. Luego, le vio darle la espalda y alejarse.

Antes de atravesar la puerta, se volvió una última vez. —Y, para que quede claro, no debéis temer que yo os toque siquiera solo un dedo. No sucederá. Ni ahora, ni después de la boda. Buenas noches.

Le vio lanzar un vistazo a la puerta derribada y lanzar un improperio en voz baja. Luego, desapareció por el corredor, bajo su mirada incrédula.

Sola, Charlotte tuvo que realizar un gran esfuerzo para contener la irritación. Le había dicho que nunca le tocaría, ni siquiera después del matrimonio. Debería haberse sentido más tranquila y, en cambio, solo experimentaba humillación y frustración. ¿También él la consideraba sucia porque había sufrido una violación? ¿Sentía repugnancia por la sola idea de compartir el lecho conyugal con ella? Y, ¿Por qué todo esto la hería

profundamente? No debería haberle importado un bledo lo que él pensara de ella.

Quizás, deseaba que la trataran como una persona. Recibir afecto y comprensión. ¿Qué había sido de aquellos días, cuando siempre tenía a su lado, una presencia querida? En ese momento deseó con todo su ser, que su padre hubiera estado allí y la hubiese abrazado. Siempre había velado por ella desde el día de su nacimiento, cuando toda la nación había quedado desilusionada por el hecho de que no hubiera nacido un varón, el tan esperado heredero al trono. Pero él no. Su padre había afirmado sentirse muy feliz, y había transcurrido, jornadas enteras, agachado sobre la cuna para mirarla dormir, como solamente un padre enamorado de su hija puede hacer.

Para ella, nunca había sido un rey, sino, únicamente, un padre bueno y afectuoso. Y ahora le extrañaba mucho.

Perdida en sus recuerdos, se movió inquieta en la cama. Ahora estaba segura de que ya no conseguiría volver a dormirse.

Leonardus salió del albergue, completamente despreocupado del gélido viento que soplaba de manera impetuosa. Necesitaba tranquilizarse. Experimentaba sentimientos encontrados que le dejaban desconcertado: rabia y excitación sexual, un matrimonio devastador.

Cuando había visto Charlotte vistiendo aquel fino camisón, había sentido un fuego líquido recorrerle las venas. Sus senos presionaban la ligera tela. Eran pequeños y redondos, con deliciosos pezones oscuros. Un escalofrío le atravesó solo al recordarlo. ¡Válgame el cielo!, qué esfuerzo había tenido que realizar su voluntad para no alargar la mano y acariciarlos. Por un instante, habría deseado besar y chupar aquellos tiernos pezones, hasta hacerlos hinchar. ¡Se estaba volviendo loco!

Se arrodilló en medio de la nieve y dejó que el frío penetrara en sus huesos, desterrando esa loca ansiedad que le había asaltado.

Se dio cuenta de que la convivencia con Charlotte no sería, para nada, fácil, y no solo por su irritante carácter. ¡Diantre!, él la deseaba como raramente había deseado una mujer.

Sin embargo, desde luego no era su tipo. Normalmente prefería mujeres maduras y expertas. Siempre había evitado relaciones sentimentales con jovencitas como ella, que terminaban enamorándose, y creándole nada más que complicaciones.

Suspiró y cerró los ojos, esforzándose por borrar su imagen de la mente. Probablemente, el hecho de que le viniera prohibida cualquier posibilidad de

conquista, era lo que más le excitaba. Solamente ese podía ser el motivo: siempre había amado los desafíos imposibles.

Pero esta vez evitaría caer en la tentación. No quería complicaciones con el emperador y, sobre todo, le alarmaba el tipo de poder que la muchachita empezaba ya a ejercer sobre su persona. La mantendría a distancia. A partir de ahora, sellaría sus emociones y la trataría con una educada frialdad, nada más.

CAPÍTULO 3

Inmediatamente después de que Van der Valck saliera de escena, el cuarto de Charlotte se había convertido en un revuelo de gente que, atraída por los gritos y el ruido sordo de la puerta derribada, se había asomado para ver lo que había pasado. La chica tuvo que dar explicaciones convincentes a su primo, a Ernestine, a Madame de Soucy e, incluso, al dueño del alojamiento.

Louis Antoine le había prometido tener unas palabras con el diplomático holandés, después de su breve relato de los acontecimientos. Atraer la atención de la gente era lo último que se le pedía, y entre sus deberes no se contemplaba la tarea de romper puertas, al menos, según el primo. Charlotte había intentado defender a Van der Valck, aunque se le escapase el motivo de tan diligente predisposición para con ella. Probablemente, solamente se sentía culpable por haberle atraído a su habitación con los gritos; nada más. Sin embargo, ni ella misma terminaba de creerse tal débil excusa. Y ahora, después de una noche tan agitada, el alba la cogió por sorpresa.

Permitió que la sirvienta la ayudara a ponerse el vestido para la ceremonia, que tendría lugar en breve, y suspiró. Se lo había imaginado de otra manera el día de su boda. Pensaba que se sentiría eufórica y emocionada. En vez de eso, era presa del terror.

Hasta el vestido que había elegido no era el de sus sueños, sino un simple vestido azul noche, más adecuado para un funeral que para una ceremonia nupcial. No se sentía bien dejando el luto por la que para ella era, simplemente, una imposición.

La sirvienta le recogió su largo cabello rubio en lo alto de la nuca, sujetádoselo con una cinta de seda del mismo color del vestido. Luego la ayudó a colocarse el sombrerito con velo que ocultaría su rostro de miradas indiscretas. Por su parecido con la madre era mejor que no la viese nadie: las probabilidades de ser reconocida serían demasiado elevadas. Eso fue lo que le había indicado su primo durante la breve charla que había mantenido con ella, esa misma mañana.

Cuando se miró al espejo, tuvo la impresión de tener delante una desconocida. No se reconocía en aquella rígida criatura, sin el menor atisbo de una sonrisa. Tiempo atrás, había sido jocosa y dicharachera, dispuesta a

dispensar a cualquiera, un sinfín de sonrisas. Pero el peso que portaba en el corazón, le impedía entregarse a cualquier actitud de laxitud.

Alcanzó la carroza, que le esperaba a la puerta del albergue, con pasos lentos e inseguros. Luego, fue ayudada a subir por su primo, mientras Ernestine ya se había acomodado en el interior del vehículo. Distraídamente, Charlotte notó que su hermana se había puesto uno de sus vestidos, y lucía el mismo peinado. Entendió que ya había comenzado a interpretar el papel que le había sido asignado y, por un momento, aquella idea la entristeció.

Desde ese día, ya no sería ella misma. Habría perdido hasta su propia identidad.

Se preguntó si Ernestine no había tenido dudas y si no sufría el peso de la responsabilidad, al menos en una mínima parte. Pero su cara era inescrutable y no mostraba ninguna emoción.

El trayecto del albergue a la pequeña iglesia fue bastante breve. Charlotte terminó dando el brazo a Louis Antoine en el recorrido por la nave central, para a continuación, detenerse al lado de Van der Valck que le esperaba delante del altar.

Trató de evitar su mirada y examinó el entorno, en un intento de ocultar su nerviosismo. La iglesia estaba desierta, si se excluía la presencia de Ernestine y su primo. Unos jarrones con flores habían sido puestos al pie del altar, para darle una nota alegre al matrimonio de conveniencia. Un conjunto de rosas y lirios, notó Charlotte apesadumbrada. El lirio, o flor de lis, era el símbolo de la monarquía francesa y —por un instante— le volvió su padre a la mente. Se preguntó que habría pensado de la boda, si hubiese estado vivo. Probablemente habría sufrido, pero era inútil dejarse arrastrar por tales pensamientos en ese momento. Ya era demasiado tarde para volver atrás.

Permitió que Van der Valck le cogiese la gélida mano y, juntos, pronunciaron los votos nupciales. Luego, se intercambiaron los anillos y les presentaron los documentos que tenían que firmar.

—Recordad usar el nombre de Sophia Botta —le susurró Louis Antoine, en seguida.

Ella asintió, pero la mano le tembló imperceptiblemente, mientras ponía la firma con un nombre que, en realidad, no le pertenecía. Van der Valck estuvo más desenvuelto. No mostró la más mínima emoción o duda, y firmó con el nombre de Vavel de Versay, sin vacilación.

Por últimos se volvió a ella y, mientras el sacerdote le invitaba a besar a la esposa, le levantó el velo para posar sus labios sobre los de ella. Fue un

beso breve, pero suficiente para emocionar a Charlotte que, hasta entonces, nunca había sido besada. La boca de Van der Valck era tan cálida y suave que, prácticamente, resultaba una invitación. Recibió ese ligero roce con un sobresalto y le miró, con sus grandes ojos azules que exprimían temor, pero al mismo tiempo, cierta curiosidad. Un violento ardor le recorrió las extremidades. Cerró los ojos y abrió ligeramente los labios, casi esperándose que él habría profundizado el beso. En cambio, ya había dado un paso atrás, mirándola fijamente con un destello de malicia. Por un instante, la muchacha se preguntó qué habría sentido si hubiera recibido de él un beso de verdad, pero, probablemente, jamás saborearía tal alegría.

Bajó la mirada con timidez, ruborizándose por la vergüenza. A continuación, salieron rápidamente de la iglesia y subieron al carruaje. Charlotte apenas tuvo tiempo de despedir a su primo con un abrazo apresurado, antes de que él, finalmente, la confiara al cuidado del diplomático holandés.

—Cuidad de ella —dijo, con una sonrisa forzada a Van der Valck. Un segundo después, ya se había girado para irse, mientras la joven esposa se encerraba en un obstinado silencio.

En cuanto el carruaje se puso en marcha, Leonardus comenzó a estudiar el perfil aristocrático de su esposa. Parecía rígida y tiesa. ¡Dios!, ¡Cuánto le habría gustado espabilarla! ¿Qué se creía? ¿Que era la única víctima de aquella desagradable situación? En seguida notó que no se apoyaba en el respaldo, sino que mantenía la espalda recta, en una posición innatural que tenía que resultar, francamente, muy incómoda. Sin embargo, no daba muestras de incomodidad. Mantenía los ojos agachados, y sus cejas rubias proyectaban una sombra sobre las mejillas, ligeramente sonrosadas.

—Nuestro matrimonio no es válido —soltó de repente, sorprendiéndolo.

—¿Cómo?

—Hemos firmado los documentos con nombres falsos —precisó ella, la voz reducida a un susurro—. Por tanto, ante Dios, nos estamos verdaderamente esposados.

La lógica de su explicación no dejaba lugar a dudas. Sin embargo, Leonardus no pudo evitar realizar un gesto de irritación.

—¿Y qué? —Su seca respuesta le sonó desagradable a él mismo, pero no había podido contenerse.

Ella alzó sus cristalinos ojos azules y apretó los labios en una irritante mueca—. ¡No dormiré junto a vos, Van der Valck!

Tratando de mantener la calma, Leonardus le devolvió la mirada en silencio. Por fin, respondió—. Ya lo hemos discutido antes, si no me equivoco. No, no dormiré en vuestro lecho. Y no porque me importe un bledo los papeles que hemos firmado. Si os desease, eso no me impediría teneros.

Ella se sobresaltó. Casi parecía asustada y esto lo animó a continuar—. Pero no os deseo ni lo más mínimo, luego podéis estar tranquila. No mancharé vuestra *real pureza* —y subrayó las últimas palabras, en tono sarcástico.

—Una cosa más... —añadió a continuación—. El nombre con el que deberéis llamarme de ahora en adelante es Vavel de Versay. Intentad no olvidarlo.

Ella apartó la mirada. Por un momento, a él le pareció apreciar en sus ojos un brillo extraño, como si estuviera a punto de llorar. Pero solo fue un momento.

Él se puso firme, y continuó mirándola con una torpe y mal disimulada irritación. Normalmente, las mujeres caían a sus pies. Solo esa arrogante princesa continuaba rechazándolo. Pero, en el fondo, ¿y a él qué le importaba? En cualquier caso, nunca podría ser verdaderamente suya.

Concluyó que el único motivo por el que se sentía atraído, era el hecho de que tenía prohibido cualquier posibilidad de conquista. Cerró los ojos y disimuló estar a punto de caer dormido, porque la visión de ella, tan bella etérea, le estaba haciendo enloquecer. Y el viaje era, además, largo.

Charlotte se giró hacia la ventanilla y continuó observando el paisaje mientras una rabia incontrolable se apoderaba de ella, haciéndola casi temblar. No quería que él notara cuánto le había dolido y estaba segura de que, si le hubiera permitido mirarla a los ojos, habría sido difícil ocultarle su estado de ánimo. *¡Odio a este hombre!* Se dijo mordiéndose el labio inferior. Pero entonces, ¿por qué había experimentado ese sentimiento de desilusión al pensar que él que no la deseaba? Desde niña estaba acostumbrada a oír decir que era hermosísima. ¿Tal vez el tiempo en prisión le había quitado su habitual belleza? ¡Parecía que a sus ojos fuera solo una insignificante y vulgar muchacha!

En realidad, hasta entonces, nunca se había preocupado por su aspecto físico o de cómo la viesen las demás personas. Nunca le había parecido importante conquistar la aprobación de los demás, y, tal vez, era porque estaba acostumbrada a obtenerla sin problemas. Sin embargo, se estaba abriendo camino en su interior una nueva sensación. Se dio cuenta de desear la admiración de aquel hombre frío y esquivo, aunque el motivo aún no le

resultaba claro. Quizás el suyo era solo un sentimiento de revancha. Le gustaría tener a ese hombre a sus pies para pisotearlo, hacerle sentir –al menos en parte– la misma humillación que experimentaba ella ahora.

Mientras el carruaje corría veloz sobre la senda, terminó pensando en lo absurdo de su matrimonio: él la despreciaba y ella no soportaba su presencia. ¡Jamás dos personas habían sido tan incompatibles! Se preguntó si Louis Antoine se había dado cuenta, cuando la había entregado a aquel hombre para que se convirtiera en su esposa. ¿Cómo era posible que su familia se ocupara tan poco de su bienestar? ¿Representaba para ellos solo una incómoda carga de la que deshacerse en el más breve espacio de tiempo posible?

Cada vez más irritada por sus melancólicos pensamientos, apretó las manos y suspiró. Tampoco sabía cuál era el destino de ambos, se había olvidado de preguntarlo. Podría hacerlo ahora, pero preferiría morir antes que dirigirle la palabra a tan odioso hombre. Cerró los ojos, e intentó calmarse. Si el viaje era largo haría mejor en reposar. Se deseó que el leve traqueteo del carruaje le ayudara a abandonarse a un sueño reparador, alejándola de esos pensamientos sombríos y molestos.

El joven duque de Angulema observó a Ernestine subir al carruaje, seguida de Madame de Soucy. Aquella mujer no le inspiraba ninguna confianza: tenía un aspecto hosco y cruel que la hacía parecerse más a un guardián que a una dama de compañía. Él mismo habría querido acompañar a la prima a la corte austriaca, pero su tarea terminaba ahí, y, en seguida, debería retomar su propio viaje a Verona, donde se había refugiado, temporalmente, para huir de los revolucionarios franceses.

Suspiró, con los ojos dirigidos a la carroza que se alejaba cada vez más, por el sendero nevado. Se preguntó cuándo podría volver a ver a Ernestine. Una vez en Viena, estaría bajo la tutela del emperador y podrían mantenerse en contacto, solamente, a través de una esporádica correspondencia.

¡Diantres!, ¿qué le estaba sucediendo? ¿Por qué no lograba dejar de pensar en ella?

Desde que la había visto, prácticamente desnuda, y con aquel aire provocador y rebelde en la mirada, ya no había conseguido quitársela de la cabeza.

La quería.

La deseaba ardientemente. Y no era para él.

En realidad, Ernestine siempre le había gustado, desde que era una niña pecosilla. Pero siempre había conseguido ignorar aquella atracción,

consciente de que se trataba de una pulsión irrealizable.

Sin embargo, ¡ahora no lograba pensar en otra cosa!

Aguantó una imprecación y se obligó a apartar la mirada, para subir, a su vez, al carruaje que la esperaba a pocos pasos de distancia. Ni siquiera la idea de que ella se hubiera apoderado de la identidad de su hermana, asumiendo por derecho propio el papel de su prometida, le tranquilizaba. Ni siquiera estaba claro que se celebraría el matrimonio. Ahora que su tutor era Francisco II de Habsburgo, todo podría cambiar en cualquier momento.

Este era, en definitiva, el motivo por el que no la había tomado en la habitación del albergue, cuando le había dirigido aquella mirada descarada, aflojando los lazos del corsé y permitiéndole admirar la plenitud de sus senos, en todo su esplendor. Una tentación, hasta demasiado difícil de ignorar, para ser honestos. Y, sin embargo, se había alejado como el perfecto gentilhombre que era, y desde aquel instante no había hecho más que soñar con acercar sus labios a aquellos frutos maduros, y degustar su dulzura. Si la hubiera poseído en aquel momento, se habría arriesgado a estropearlo todo. ¿Qué habría sucedido si el emperador hubiera decidido otro esposo para ella? Solo la idea le colmaba de una rabia fría y feroz que jamás habría esperado experimentar. Pero, no había que excluir nada. Comprometerla no habría servido más que para convertirla en una perdida ante los ojos de todos, exactamente, como tiempo ha, había acaecido a la madre.

No, para Ernestine quería un destino mejor. Estaba dispuesto a sofocar la propia lujuria para concedérselo.

Charlotte y Van der Valck llegaron a Gelfingen por la noche, luego de una jornada entera de viaje. Se trataba de un pueblecito suizo que surgía sobre el lago Baldegg y contaba con no más de doscientos habitantes.

El carruaje atravesó la localidad bajo las curiosas miradas de la gente del lugar, y tomó un sendero que conducía a una cierta altura, donde, un imponente castillo dominaba sobre todo el valle.

—Es el castillo de Heidegg —le explicó Van der Valck, al notar la expresión de interrogación de la muchacha—. Nos alojaremos aquí durante un periodo. Espero que lo consideréis digno de una persona de vuestra importancia.

No había logrado evitar su enésima pulla, pero Charlotte pareció ignorar su sarcasmo y sonrió—. ¡Es bellissimo!

Contra su voluntad, Leonardus se encontró pensando en lo bellissima que era *ella*. Un insólito entusiasmo iluminaba los rasgos de su rostro

aristocrático, convirtiéndola prácticamente en un ángel. No tuvo más remedio que apartar la mirada para no quedarse embobado observándola.

Entre tanto, el cochero se había apresurado a abrir la puerta del vehículo para ayudarla a descender. Él la siguió, contento de poder desentumecer las piernas, y se detuvo a observar su reacción de asombro, ante el escenario que se abría frente a ellos: jardines, bosques, prados y viñedos circundaban la propiedad, dándole un aspecto casi de fábula.

Charlotte abrió los ojos y se echó a correr a lo largo del camino arbolado que conducía a la antigua fortaleza. Parece una niña, pensó Van der Valck, ocultando una sonrisa divertida. De pronto, la irritación que había experimentado durante todo el viaje se desvaneció, dejando en su lugar, una sensación de felicidad que le sorprendió. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien como en aquel momento. ¿Era posible que la muchacha le hubiese contagiado su alegría?

Marchó detrás de ella acelerando el paso y, cuando alcanzaron la entrada principal, el enorme portón de madera se abrió de par en par. Un criado salió corriendo a recoger sus equipajes, y guiarlos por el interior de la casa señorial.

—Bienvenido, señor conde —exclamó el mayordomo, introduciéndolos en una enorme sala adornada con estucos y frescos.

Leonardus aguantó una sonrisita burlona, al oírse llamar con título al que no estaba acostumbrado. Luego, con un tono distinguido dijo—. La condesa y yo deseamos ver nuestras habitaciones. Estamos muy cansados del viaje.

—Oh, por supuesto. Vengan. Se las muestro ahora mismo.

Subieron una rampa de escaleras de piedra hasta alcanzar una planta superior, donde estaban situados los aposentos para los huéspedes. El corredor era largo y estrecho, y los muros, probablemente, recién restaurados, estaban completamente revestidos de una tapicería color crema. Cuadros con representaciones de caza o naturaleza muerta, embellecían las paredes. Van der Valck se detuvo a admirar uno, particularmente bien realizado, que representaba a un cazador en el acto de disparar a un ciervo. En los ojos del animal brillaba el terror del que está acorralado y no tiene escapatoria. Se estremeció y, apresuradamente, apartó la mirada, justo a tiempo de notar que el criado había abierto de par en par una elegante puerta tallada, con el pomo dorado. Lo alcanzó con la indolencia típica de los aristócratas de rango, y se halló en el interior de una sala privada.

Charlotte entró con paso temeroso y se quedó impresionada por la riqueza del mobiliario. Por un instante le pareció estar de vuelta en su amada Versalles.

Un diván estilo Luis XV estaba situado frente a la chimenea, en la que ardía un fuego crepitante. Junto al diván, sobre una mesa de caoba, se encontraba una cesta con fruta de temporada. Sólo en ese momento se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Durante el viaje se habían detenido para una breve parada, y había comido, únicamente, un poco de caldo y un trozo de pan.

Se ruborizó, al sentir que su estómago gruñía —lo que se adecuaba bastante poco a una señora— y se giró a Van der Valck que le sonreía divertido. Seguramente se estaba riendo de ella y del comportamiento indecoroso, pensó agarrotándose.

Él no pareció molestarse por la tensión que le había asaltado y se dirigió gentilmente al criado—. Mi esposa y yo querríamos que nos fuera servida la cena en nuestro aposento, si no representa ninguna molestia.

—Ninguna molestia, señor conde. Aviso en seguida a la cocinera.

El hombre desapareció al instante, inmediatamente después de una breve reverencia de despedida, y Charlotte se dio cuenta de que estaba a solas con él, y que, a los ojos de todos, era su marido.

Presas de un imprevisto nerviosismo, se mordió el labio y apartó la mirada.

Él continuó mirándola con su irritante sonrisa y, finalmente, habló, en tono burlón—. Como podéis observar, nos han dado dos dormitorios separados, pero comunicados. —Indicó las dos puertas, una al lado de la otra, e hizo una pausa antes de proseguir—. Agradecería que no os encerraseis con llave, como sucedió en el *Hôtel du Corbeau*. No tengo por costumbre derribar puertas, y, ni mucho menos, llamar la atención de la servidumbre. ¿Entendido?

Ella asintió, ruborizándose de nuevo. Sintió que el latido de su corazón se aceleraba, mientras Van der Valck la estudiaba atentamente.

—Se está sonrojando —le hizo notar, con los ojos grises clavados sobre ella—. Me pregunto si vuestras mejillas acostumbran a tomar ese color también en la intimidad del dormitorio.

La respiración de Charlotte se detuvo. ¿Cómo conseguía decir tales indecencias con aquella calma e imperturbabilidad? Por un instante, temió que se abalanzase sobre ella para obtener sus derechos conyugales. En cambio, mantuvo una expresión inescrutable, y se le aproximó para ayudarla a despojarse de la pesada capa que la envolvía.

Charlotte sintió su cálido aliento sobre el cuello y fue presa de una sensación para ella desconocida. Por un breve instante, se halló deseando un contacto físico más íntimo. Cosa bastante asombrosa, ya que había sido ella misma, precisamente, quien había puesto cierta distancia entre ellos. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué aquel hombre tenía el poder de confundirla, y hasta tal punto?

Aguantó la respiración, y él se alejó unos pasos para colocar la capa sobre el diván.

—Imagino que deseareis refrescaros un poco antes de que sea servida —le dijo a continuación—. Ordenaré que suba vuestra doncella, así os ayudará a desvestiros.

Le dedicó una mirada intensa, antes de añadir en tono divertido. —Yo mismo lo haría de buen grado, pero temo que no encontraría vuestra aprobación.

Charlotte tembló imperceptiblemente. La imagen de él que la desnudaba, se le apareció en la cabeza, causándole una alteración aún mayor. Le observó en silencio mientras sonaba la campanilla para llamar a la servidumbre, fingiendo una indiferencia que no sentía.

Irritada consigo misma por el tono indecoroso que habían tomado sus pensamientos, se refugió en su propia habitación y cerró la puerta.

Lo último que oyó fue la risa divertida de Van der Valck, en la antecámara.

CAPÍTULO 4

Viena, 9 enero de 1796

Ernestine se asomó por la ventana de su habitación y contuvo un grito de rabia; estaba disgustadísima por la acogida que le había sido preparada en la corte del emperador. Se había imaginado que sería recibida con todos los honores que se concedían a una pariente próxima, pero había tenido que cambiar de opinión: de hecho, solo había notado frías miradas y palabras de desprecio, casi como si fuera considerada una enemiga. Luego, se le había concedido un vasto aposento, elegantemente amueblado, pero que parecía más una jaula dorada que un lugar en el que se podría sentir como en su propia casa.

Apretó los puños hasta que sus nudillos se emblanquecieron, y se volvió hacia el que le acompañaba y que la observaba en severo silencio. Se llamaba De Gavre y tenía como misión cuidarla por parte del emperador. De él solo sabía que era un noble estrechamente vinculado al poderoso gobernante, y que ejecutaba sus órdenes con prontitud.

—Louis Antoine me sacará en seguida de aquí —dijo de pronto, desafiándolo con la mirada.

—Discúlpeme, *Madame Royale* —le respondió De Gavre, que la observaba con sus ojos de color avellana, reducidos casi a dos hendiduras—. Creo no haber entendido bien.

Su tono de voz calmado le irritó. Estudió su rostro con atención, y se percató que la sonreía, pero su sonrisa no era nada amistosa. Más bien, parecía que se reía de ella.

—No me quedaré aquí para siempre. Mi primo vendrá a por mí. Nos casaremos y...

De Gavrele interrumpió al instante—. No seáis ingenua, *madame*. Será el emperador el que decida quién será vuestro marido. Parece que la elección haya recaído sobre su hermano, el archiduque Charles, ¿no habéis sido informada? No, ¡qué tonto soy!, ¡acabáis de llegar a la corte!

A Ernestine le entró el pánico. ¿Qué decía ese hombre? No podía ser cierto.

—Estáis mintiendo... —añadió, en un amargo susurro—. Era voluntad de mis padres que me esposara con el duque de Angulema...

—Vuestros padres han muerto. Ahora es el emperador el pariente más próximo a vos, no lo olvidéis.

Ernestine miró su imponente figura, casi atemorizada. Era alto y macizo, con brazos y piernas musculosas. Le habría encantado abofetearlo, pero se contuvo, consciente del hecho de que nunca habría podido salir vencedora en un encuentro físico con semejante energúmeno. Pálida y temblorosa se limitó a exclamar—. Quiero ver al emperador. En seguida.

De Gavre le dirigió una sonrisa diabólica. Su rostro aristocrático parecía bastante corriente; incluso las anchas patillas que llevaba, eran muy comunes en la corte austriaca. Sin embargo, cuando sonreía se transformaba: parecía que de sus sutiles labios emanara una feroz maldad.

—Vos no veréis a ninguno, *madame*. Ni al emperador, ni a nadie. No se os ha concedido recibir visitas. Es fundamental para que vuestra identidad se mantenga oculta.

—¿Me estáis diciendo que debo considerarme una prisionera? —La voz le salió chillona, mientras una mortal palidez le demudó el rostro.

—No usaría un término tan drástico —respondió el hombre, en tono melifluo—. En el fondo, es por vuestro bien. Estáis tan conmocionada por las tribulaciones vividas en Francia... es natural que deseéis manteneros alejada de la vida mundana de Viena. Pero no debéis preocuparos, yo me ocuparé de garantizaros la paz y la soledad que necesitáis.

Ernestine se acercó a un sillón y con un gesto de rabia lo volteó al suelo, bajo la divertida mirada de De Gavre. Nunca obtendría de ella su lado más amable. Lucharía con todas sus fuerzas, hasta el punto de borrarle esa irritante sonrisa de los labios.

Francisco II de Habsburgo escuchó atentamente el relato de De Gavre y agitó contrariado la cabeza. Esa estúpida chica que había puesto en el lugar de su prima no le gustaba. Había pensado que habría sido fácil someterla a su voluntad, agradecida de poder asumir un papel que jamás le habría correspondido por nacimiento. En cambio, había comenzado a crear problemas desde su llegada a la corte.

—Parece que esperaba desposarse con el duque de Angulema —dijo su informador, con los labios doblados en una sonrisa irónica—. Sostiene que fuera el deseo de su familia.

El emperador frunció el ceño, conteniendo un gesto de rabia—. ¿Su familia? Si no me equivoco su madre era una humilde sierva. Una mujerzuela

que ha tenido la fortuna de dormir en la cama del rey de Francia, y de quedarse encinta. Solo es una bastarda y ¿pretende desposar el duque?

De Gavre se aclaró la voz y añadió en voz baja—. Tal vez no sea el caso... —, miró alrededor con circunspecto—. hay espías por todas partes, vos lo comprenderéis...

Francisco hizo un gesto con la mano, como si quisiese aplastar un molesto insecto, y continuó—. Por lo que parece, ha asumido muy bien el papel y se cree realmente *Madame Royale*. Bien. Yo me ocuparé de ponerla en su sitio. A partir de ahora, hará solamente lo que *yo* haya decidido para ella.

—Sí, Majestad. Podéis contar con mi ayuda.

—En lo referente a mi prima... la verdadera... deseo que recojáis información sobre ella. Desconfío de Van der Valck y no quiero problemas. Si se hiciera pública la historia del cambio de persona nacería un escándalo que resultaría difícil de dominar. No puedo permitirme errores en tal sentido.

—Por supuesto. También me ocuparé de esto, Alteza.

Francisco asintió y se perdió en sus pensamientos mientras De Gavre esperaba en un riguroso silencio. Quizá su plan era arriesgado, pero no podía actuar de otro modo. Cuando le había llegado la noticia de que Charlotte había sido violada durante la reclusión, comprendió que ya no podría utilizarla con moneda de cambio y darla como esposa a nadie. ¿Quién habría aceptado una doncella que ya no era virgen?

Había sido necesario disponer de una sustituta. ¿Y quién mejor que su hermanastra podría tomar su puesto? Se parecían y habían crecido juntas en la corte de Versalles. Habían tenido las mismas nodrizas y los mismos enseñantes. Conocían a las mismas personas... sí, había tomado la decisión correcta y ya no podía volverse atrás. Con un suspiro, deseó que todo marchara como había acordado.

Gelfingen, castillo de Heidegg

Van der Valck cerró el libro que tenía entre las manos, con un golpe seco. No conseguía dormir y ni siquiera la lectura parecía ser capaz de calmarlo. Quizás lo que necesitaba era una preciosa y complaciente mujer en la cama. Desde que el conde Brank le había dado la tarea de proteger a la prima del emperador, ya no había tenido compañía femenina, y sólo Dios sabía lo extraño que resultaba esto para él.

Se alzó del sillón sobre el que se había desplomado y se puso la camisa con gestos nerviosos. En el castillo había un montón de criadas que podían

satisfacer sus necesidades. Algunas de ellas le habían dejado claro que estaban dispuestas a ello. ¿Por qué no aprovecharlo, entonces?

Salió de la habitación, advirtiendo el frío metal de la manilla al contacto de la palma de su mano. En ese momento, Charlotte gritó. Sintió su corazón latirle en la cabeza y conteniendo una imprecación, salió corriendo hacia su puerta. Rezó para que estuviera abierta y golpeó con su rodilla en la pierna, mientras trataba de agarrar el pomo: la puerta se abrió con un ligero chasquido. La muchacha continuaba chillando, agitándose entre las sábanas. Esta vez, el improperio le salió de lo más profundo, en un silbido. Corrió a un lado del dosel, se sentó en el borde de la cama y la observó, inseguro sobre cómo actuar. Charlotte tenía la frente cubierta de sudor y estaba pálida y extenuada.

—Charlotte, ¡despertaos! —La agitó con decisión y, finalmente, ella abrió los ojos. Miró confundida ante sí, hasta que se fijó en su imagen. Se frotó los ojos un par de veces y se estremeció.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con una sombra de pánico en la mirada.

—De nuevo estabais gritando en sueños.

Durante la última semana ya había pasado en tres ocasiones. ¿Tendría fin ese tormento, tarde o temprano?

—¡Oh! —Charlotte se movió en su cama, en un intento por calmar el enloquecido latido de su corazón—. Siento mucho haberos despertado.

Tenía un aire tan afligido que le produjo ternura—. No os preocupéis. No estaba durmiendo.

Ella le dirigió una mirada de asombro. Tal vez se estaba preguntando qué diantre estaba haciendo todavía despierto a una hora tan tardía. De todas maneras, sus ojos exprimían con total claridad el terror sentido, y, repentinamente, se llenaron de lágrimas, mientras se lanzaba entre sus brazos.

—He tenido un sueño horrible. Solo sé que es el mismo que me atormenta todas las noches, pero cuando me despierto, ya no recuerdo nada.

—Shhh... estad tranquila —le dijo, apretándola contra su pecho—. No pasa nada.

No pudo evitar aspirar de lleno el perfume de su piel. ¡Era tan embriagador! Prácticamente sin percatarse, besó su cabello, acariciándole la espalda. Ella no opuso la más mínima resistencia y, empujado por una fuerza irresistible, se encontró recorriendo con sus labios, hasta la base de su aterciopelada cabellera. Desprendía un olor a violetas recién recogidas y, de golpe, imaginó un prado florido, mientras un sentimiento de asombro lo

envolvía. Sabía que era una absoluta locura, pero deseaba ardientemente sus labios: tan frescos y suaves. El recuerdo de las veces que se habían rozado durante el día de la ceremonia, aún estaba vivo en su interior, y le inducía a desearla otra vez.

Se aproximó hasta casi tocarla, como si fuera presa de un loco hechizo. Pero luego se frenó, volviendo a su ser. «Dios mío. ¿Qué estoy haciendo? — masculló. Era consciente del hecho de que la sangre corría más veloz en sus venas. Deseaba, desesperadamente, catar esa boca sonrosada, pero no podía. La miró fijamente, descompuesto, durante un fugaz instante, y después apartó la mirada. Charlotte era tan atractiva con los ojos cerrados y sus mejillas sonrosadas. Se dio cuenta de que ella había extendido los labios, como si deseara, igualmente, ser besada. Pero ese juego, tenía que terminar inmediatamente.

—Perdonadme, Sophia —dijo, usando adrede su nuevo nombre. Sabía que crearía una cierta distancia entre ellos, y, asimismo, parecía que también ella parecía volver a su ser repentinamente.

—Es tarde y vos, seguramente, querréis reposar. —se alzó de golpe, sobresaltándola. A continuación, se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Su instinto le apremiaba a huir inmediatamente de allí, como si un terrible peligro se cerniese sobre él. Antes de atravesar el umbral de la puerta, lanzó una última mirada a la joven que le observaba, pálida como la sábana que apretaba entre sus dedos.

—Buenas noches —le dijo, con una reverencia de la cabeza.

Un momento después, se hallaba en el corredor del castillo, directo hacia una meta desconocida. Lo único que le importaba era alejarse de esa mujer lo más rápido posible.

Charlotte se quedó mirando a Van der Valck mientras huía, como si le persiguiera el mismísimo diablo. No lograba entender qué había pasado. ¿Habías estado a punto de besarla o solamente se lo había imaginado? Y ella, no solo no se había opuesto, ¡sino que había deseado que lo hiciera! Aún se sentía terriblemente conmocionada, y tenía la sensación de que todo un ejército de mariposas le bailara en el estómago. Quería descubrir qué gusto tenían aquellos labios, hasta tal punto, que casi se sentía frustrada por su imprevista marcha. ¿Qué le estaba sucediendo? Desde que había sido ultrajada, durante su prisión en el Temple, siempre había pensado que el contacto próximo de un hombre la disgustaría. Pero no era disgusto lo que sentía por Van der Valck.

Respiró profundamente, en un intento de tranquilizarse. ¿Cómo había podido comportarse de un modo tan desconsiderado? Aquel hombre era un libertino. Un experto en seducir mujeres, para luego abandonarlas. Hasta aquel momento, jamás se habría arriesgado a concederle tal libertad a un hombre de esa calaña. ¿Qué cambio había realizado en ella aquel diplomático sin escrúpulos? Profundamente avergonzada de su fea conducta, se juró mantener a distancia a aquel hombre en los días sucesivos. No sería nada fácil, porque era obvio que él se las arreglaría para debilitar su habitual compostura, haciéndola desear algo desconocido para ella. Pero todo eso le estaba prohibido. Definitivamente prohibido. Con un suspiro se colocó sobre las almohadas y cerró los ojos, con la esperanza de olvidar los sucesos de aquella noche.

Todavía descompuesto por lo sucedido, Leonardus se hizo ensillar un caballo y partió al galope, directo al pueblo. Continuaba maldiciéndose a sí mismo por haber cedido así al loco deseo que sentía por Charlotte. Desde luego, ¡ya era el momento de buscarse compañía femenina, antes de cometer cualquier acto irreflexivo!, el corazón le batía a toda velocidad en el pecho, mientras atravesaba el estrecho y poco iluminado sendero que conducía a la única posada del lugar. Parecía un local infame, frecuentado solo por borrachos y mujeres de mal vivir. Perfecto para él, por lo tanto, que arrastraba una extrema necesidad de ahogarse en alcohol y sexo.

Volvió a recordar los labios de Charlotte en el instante en que casi los había rozado. Le habían parecido tan suaves y cautivadores como para atraerle como un imán. No entendía qué le estaba sucediendo. Hasta ese momento, la idea de besar a una inocente criatura, le habría parecido ridícula. ¿Por qué Charlotte ejercía sobre él dicha potente atracción? Y, sobre todo, ¿por cuál motivo no le había obligado a apartarse? Desde luego, se había dado cuenta que estaba a punto de besarla. Estaba encolerizado con ella, más que consigo mismo. ¿Por qué no había intentado eludir su abrazo o incluso, golpearlo? Sin duda se lo habría merecido. En cambio, había parecido tan cálida y afectuosa, al contacto de su cuerpo. La sola idea le perturbaba.

Una vez en la posada, desmontó del caballo y se lo confió a un mozo de cuadra que había venido a su encuentro. Un muchachito enjuto y paliducho – probablemente hijo de una de las prostitutas del lugar– que ganaba para vivir ocupándose de la caballeriza de los clientes de un cierto rango. Clientes como él y que tenía dinero que gastar, eran irremediabilmente disolutos. Una sonrisa amarga le ensanchó las comisuras de la boca. Nunca cambiaría, ni siquiera

con un título nobiliario a sus espaldas. Era parte de la chusma y en ella acabaría. Seguramente no era digno de una criatura frágil e indefensa como Charlotte, por mucho que la muchacha supiese mostrar su genio cuando lo hacía falta. Sonrió al recordar la conversación mantenida en el carruaje, después de la boda, cuando ella le había puesto en su sitio, avisándole de su intención de permanecer alejada de su cama. Sin embargo, aquella noche le había dado otra impresión.

Apenas entrado en el humeante local, una tufarada de vino, cuero y sudor le atrapó de repente, produciéndole náuseas. Se dirigió con paso decidido hasta la mesa más cercana y se dejó caer sobre un banco de madera, lanzando una ojeada a la camarera con ropa andrajosa que pasaba a tomar la comanda. Le hizo un gesto para que se acercase y en cuanto estuvo delante de él, le dijo, de manera muy arisca—. Tráeme algo fuerte.

La joven —no tendría más de dieciséis años— le escrutó asombrada. No estaban habituados a clientes tan elegantes por aquellos lares.

—Yo sé quién sois... —exclamó, estirándose para poner por delante su poderosa mercancía que se vislumbraba a través del audaz escote. Era una muchacha regordeta, de voluptuosos senos. Leonardus la examinó atentamente, antes de lanzarle una mirada interrogativa.

—Vos... —continuó la camarera, nerviosa—. Habéis llegado hace poco al pueblo, ¿no es cierto? Os he visto descender de un elegante carruaje junto a una señora elegante, vestida de negro.

—Sois muy observadora. —Su mirada mostró vagamente curiosidad, y la joven se apresuró a añadir—. Oh, pocas cosas suceden por aquí, así, cualquier novedad es conocida por todos. La mujer vestida de negro, ¿es vuestra esposa? Parecía una criatura espectral, con el rostro cubierto por el velo oscuro.

Van der Valck se habría echado a reír, si no hubiese estado de tan humor irritable. Pensó que Charlotte era la criatura menos espectral que conocía, y el único motivo por el que llevaba el rostro cubierto era que no deseaba ser reconocida. Pero no podía revelar nada de todo eso, por lo que se limitó a exclamar, seriamente—. Traedme algo de beber, en vez de perder el tiempo en chismorreos. He venido aquí para divertirme y no para ser molestado.

La criada se ruborizó, herida en lo más hondo. Luego, adivinando lo que realmente pretendía con la palabra “divertirse”, le señaló una mujer a su diestra que se lo estaba comiendo con los ojos.

—Esa es Giselle —advirtió alegremente—. Si es diversión lo que buscáis esta noche, no os defraudará.

La sirvienta se alejó riendo, y él examinó a Giselle con interés. Se trataba de una muchacha que mostraba solo algún año más que la anterior. Era alta y delgada, con una espesa melena pelirroja y carnosos labios. El corpiño del vestido que llevaba era tan escotado que no dejaba nada a la imaginación. Cualquiera se sentiría atraído por ella, pero, ante sus ojos continuaba apareciendo la figura de un ángel rubio, y con grandes ojos azules. Charlotte. Intentó apartar su imagen, bebiendo con avidez del vaso que le trajeron un momento después, pero no fue suficiente.

—Camarera, tráigame otro —exclamó de repente, batiendo la mano sobre la mesa impaciente—. Mejor, ¡la botella entera!

Esa noche se agarró la borrachera más fuerte de su vida.

Un par de horas más tarde, Leonardus se hallaba tumbado en una cama de una de las habitaciones de la parte superior. Recordaba vagamente haber subido con Giselle. Ella se había desnudado riendo, pero su cuerpo desnudo no le había excitado del mismo modo que el de Charlotte, cubierto por un fino camisón. A la postre, la había echado y debía haberse quedado dormido.

Se apoyó sobre un codo, intentado recuperar un mínimo de lucidez. La cabeza estaba a punto de estallarle. ¿Cuánto había bebido? Tenía la impresión de que los ojos le fueran a saltar fuera de las órbitas de un momento a otro. Los cerró y se llevó una mano a la cabeza, masajeándose las sienes. La imagen de Charlotte invadió de nuevo sus pensamientos. En vano, había intentado alejarla, aún estaba allí, tan atractiva y sensual. Ninguna prostituta podría tomar su lugar.

Gimió, sintiendo como su pene se endurecía dentro de sus apretadas calzas.

¡Maldición!

A este paso, enloquecería.

Desde el día de la boda, tenía la sensación de haber pasado la mayor parte del tiempo con el miembro en erección. No hacía más que pensar en ella, en su rostro angelical, en la piel lisa y suave, en el cuello, largo y blanco. Incluso le parecía oler su perfume. Tal vez ya estaba loco.

Se llevó una mano a la ingle, con una mueca de dolor en la cara. Su pene estaba tan duro, y ansioso por ella, que le hacía daño, ceñido entre las calzas. Se desabrochó la bragueta para aliviar la fastidiosa sensación, y apretó con la mano su pene, pensando en Charlotte: su largo cabello rubio, los labios

sonrosados, sus senos, pequeños y delicados. No le resultaba difícil imaginarla desnuda sobre la cama, los ojos encendidos de deseo, y las piernas abiertas para él.

Diantre, ¿cuántas noches se había excitado solo de pensar en hacer el amor con Charlotte?

Empezó a acariciarse, arriba y abajo. La fantasía sobre ella y su pequeño cuerpo delgado le proporcionaba un intenso placer, dulce y amargo al mismo tiempo.

Casi tenía la impresión de que ella estuviese realmente allí, en esa cama. Que fueran sus manos la que le tocaban, hasta conseguirlo.

Casi.

En realidad, ni siquiera lograba imaginar cómo sería dejarse acariciar así por ella. Desde luego, no habría nada igual a eso.

Pero se contentaría.

Se acarició más rápido. Cada vez más, apretando los ojos cerrados y con los labios abiertos, perdidos en el éxtasis. Podía oír su corazón latir, hasta explotar. Ahora los brazos de Charlotte le sujetaban y la respiración se hacía irregular mientras la penetraba.

Era tan suave y escurridiza. Hundirse dentro de ella era puro placer, aunque se tratase únicamente de un sueño. Imaginó que le separaba las piernas para sumergirse aún más.

¡Estupendo!

Apretó la mandíbula, mientras imágenes de ella con sus delgadas piernas que le sujetaban, le cortaban la respiración. Le pareció sentirla, húmeda y caliente, gimiendo debajo de él. Era casi imposible de soportar.

Una sucesión de sobresaltos recorrió su columna vertebral, mientras su pene se hinchaba en la mano.

Cuando se corrió, lo hizo de manera impetuosa y violenta, expulsando abundante semen. El placer era tan intenso que parecía casi doloroso, y, de repente, tuvo vergüenza: desde la adolescencia no obtenía placer de tal modo. No había tenido necesidad, siempre había estado rodeado de mujeres sensuales y complacientes.

También habría podido encontrar una esa noche, en cambio, había terminado deseando solo a ella, solo a Charlotte.

¿Qué le estaba sucediendo?

Se alzó, tambaleándose, y se limpió rápidamente con un paño que encontró en una silla, junto a la cama; probablemente dejado allí, precisamente para ese

fin. Por último, suspiró, encaminándose hacia la puerta. Mientras salía casi chocó con un hombre que apenas se tenía sobre sus piernas. Evidentemente estaba más borracho que él.

—¡Eh!, ten cuidado, ¡cabrón! —le dijo el desconocido, escupiéndole a sus pies.

Probablemente si hubiera estado de mejor humor, habría hecho caso omiso de él. Pero estaba condenadamente nervioso.

Demasiado.

—¿Puedes repetirlo, paleta? No he oído bien —le provocó, mientras un grupo de personas se aproximaban picadas por la curiosidad.

Solo necesitaba animar un poquito la noche, porque estaba furioso. Y, sobre todo, sentía la imperiosa necesidad de alejar el incesante recuerdo de un ángel rubio que le estaba haciendo perder la razón.

CAPÍTULO 5

Charlotte abrió los ojos, confusa, mientras en el corredor sonaban rumores de pasos y puertas que se batían. Permaneció inmóvil un instante, todavía aturdida por el sueño. Luego fue todo oídos. Parecía haber alboroto en la habitación vecina a la suya. Los primeros rayos de sol traspasaban las pesadas cortinas: debía de ser ya el alba. Seguramente, demasiado temprano para levantarse, de todas formas. Pero, y entonces, ¿por qué todo ese guirigay?

Se alzó para sentarse, bastante curiosa. Percibió algunas voces, probablemente de criadas empeñadas en sus labores. Intento captar el significado, pero no lograba escuchar bien. Al final, decidió levantarse, se puso una bata de lana para protegerse del frío matutino.

La chimenea estaba aún apagada, y de las altas ventanas se colaba el aire que le hizo estremecerse.

Bajó de la cama y, con los pies descalzos, llegó a la puerta que abrió con cautela. Echó una ojeada al exterior y distinguió a una joven criada que salía de la habitación de Van der Valck con una camisa ensangrentada entre sus gráciles brazos. El corazón se le paró. ¿De dónde procedía toda esa sangre? ¿Estaba Van der Valck tal vez herido?

—Eh, tú, ¡detente!

La muchacha se detuvo y se giró para mirarla atemorizada. Desde su llegada al castillo, se había dado cuenta de que la servidumbre la observaba de un modo extraño, pero no le dio importancia. En ese momento, solo le apremiaba saber qué estaba pasando.

—¿Le ha sucedido algo a mi marido? Eso es sangre, ¿no es cierto?

La criada dudó. Miró a su alrededor, antes de mascullar—. El señor conde ha vuelto hace poco, y con una herida muy fea en el brazo. Parece que ha tenido una riña en la taberna, pero no sé nada más.

—¿En la taberna? ¡Pero si es casi el alba! ¿Qué hacía en una taberna a esas horas?

La joven se ruborizó y apartó la mirada—. Perdonadme, *madame*. Tengo que llevar esta camisa a la lavandería.

Se alejó de prisa, como si el diablo en persona le persiguiese. Charlotte se encaminó hacia la puerta de Van der Valck, con la duda de si llamar o no,

cuando la voz de otra mujer le pilló por sorpresa. Se trataba de su doncella, una mujer escultural, con largas trenzas rubias y un cara redonda y rubicunda.

—*¡Madame!* ¿Por qué no me habéis mandado llamar? No debéis vagar por el corredor en bata. ¡Os agarraréis un resfriado!

Charlotte se alejó de pronto de la puerta de Van der Valck, casi como si le hubieran pillado con las manos en la masa—. He oído decir que mi marido está herido... y me preguntaba si, quizá, me necesitaba.

—Vuestro marido está en excelentes manos. Un médico le está visitando en este momento y vos no podéis, bajo ningún concepto, presentaros en camisón. Venid, me ocuparé yo de vos. ¿Qué vestido deseáis poneros hoy?

Charlotte suspiró. Desde luego, no podía recibir al doctor en bata; no era su intención provocar un escándalo. Al final, se dirigió a su doncella en tono resignado—. Vale, Grétel. Me has convencido. —volvió hacia su habitación, obligándose a apartar la mirada de la puerta de Van der Valck, e ignorando la sensación de pesar que le había asaltado en el preciso instante en que había visto la camisa ensangrentada. No sabía por qué se preocupaba tanto de ese odioso hombre. Probablemente, era porque no habría sabido a quién dirigirse, en el caso de que él también hubiera desaparecido de su vida.

Leonardus permitió que el médico del lugar le examinara la laceración del brazo y contuviera el dolor. Era como si muchos alfileres se le clavaran en la carne en cuanto se movía, pero había aprendido a soportar el dolor y esa era solo una herida superficial, como le apresuró a aclarar el doctor.

—Sois afortunado —dijo el hombre, dedicándole una mirada penetrante. Su desaprobación era palpable. Entornó los ojos, ligeramente hundidos, antes dejarle libre el brazo y retomar un tono severo—. El corte es de poca importancia. Bastará limpiar bien la herida y vendarla. Veréis que, en el plazo de pocos días, vuestro brazo estará como nuevo. Sin duda, podía haberos ido peor.

Van der Valck sofocó un gruñido. Sabía que había sido un incauto. Cuando en la taberna, se había aproximado a aquel energúmeno en busca de líos, no se había echado atrás. Jamás lo hacía. Siempre aceptaba los desafíos, hasta los más difíciles, y derribar a un labrador ebrio —por muy musculoso que fuera— habría sido para él un juego de niños. Sin embargo, no había previsto la posibilidad de que el contrincante estuviera armado. Durante el cuerpo a cuerpo, le había visto desenfundar un gran cuchillo y, a causa del embrutecimiento de los sentidos por todo el alcohol consumido, no había logrado evitarlo a tiempo. Volvió a mirar al médico y suspiró. Era un

hombrecillo bajo y con una buena barriga, los ojos pequeños y privados de alegría. Después de todo, no tenía que haber nada de divertido en salir de la cama al amanecer para asistir a un gentilhombre envuelto en una pelea de la taberna del pueblo. No había por qué asombrarse si lo miraba con aire feroz.

Le observó acercarse al barreño repleto de agua que la criada había traído poco antes, y lavarse cuidadosamente las manos. Al menos hacía su trabajo escrupulosamente, pensó, no sin un cierto alivio.

—Os daré también un poco de láudano para poder dormir —dijo el doctor, sin mirarle—. Necesitáis reposar para recuperar las fuerzas. Ordenaré a la servidumbre que no os molesten en las próximas horas.

—Os agradezco la premura, pero no necesito láudano.

—Os rogaría que no discutieseis mis decisiones. —los pequeños ojos del hombre se posaron de nuevo sobre él—. Más bien, tratad de evitar más líos. Este pueblo, siempre ha sido tranquilo. Sería muy desagradable si con vuestra llegada las cosas cambiaran.

Leonardus se agitó sobre la cama, y el repentino movimiento le causó otro espasmo de dolor. Imprecó en voz baja, antes de estallar—. A mí no me ha parecido un lugar tan tranquilo. O, tal vez, ¿es una usanza de vuestros campesinos, la de salir con un cuchillo oculto en las calzas?

El hombrecillo de la tripa prominente le observó en silencio durante un largo instante, con los ojos convertidos en dos hendiduras—. Herbert ha perdido a su mujer la semana pasada y está descompuesto. La pobre mujer ha muerto en el parto, dejándolo solo con tres hijos que cuidar. Antes de la desgracia, nunca había sido un pendenciero y no merecía la lección que le habéis dado.

Van der Valck sabía que se estaba refiriendo al hecho de haberle roto el brazo, nada más haberlo desarmado—. Simplemente me he defendido. Vos, ¿qué habríais hecho si os hubiesen colocado un cuchillo en la garganta?

El médico se encogió de hombros—. Yo, en vuestro lugar, me habría ahorrado involucrarme, ignorando sus provocaciones. Y me mantendría alejado de esa taberna, si tengo que seros sincero. He oído decir que tenéis una mujer joven y muy bella. Dedicadle a ella vuestra atención, en vez de emborracharos hasta la extenuación.

Leonardus sonrió—. Es, precisamente, mi mujer el problema.

Después de haberse puesto presentable, Charlotte esperó ansiosa a que el médico saliera de la habitación de Van der Valck. En cuanto lo vio cruzar el

umbral de la puerta, lo alcanzó, intentando librarse de la ansiedad que la atenazaba.

—¿Vos sois el doctor Klein, no es cierto? ¿Cómo está mi marido?

El hombre la escrutó con curiosidad, dedicándole una sonrisa complacida—. Imagino que vos sois la condesa Sophia. No os preocupéis, el conde de Versay está en excelentes condiciones. Le he dado láudano para hacerle dormir. Ha perdido mucha sangre y es mejor que repose mucho tiempo. Confío en vos para que se cumplan escrupulosamente mis prescripciones.

Charlotte se percató de que, hasta ese momento, había aguantado la respiración. Devolvió la sonrisa al médico y le agradeció por su solicitud, abrumándole de preguntas sobre el incidente producido en la fonda.

El médico parecía avergonzado. Le vio cómo apartaba la mirada para quedarse observando un punto perdido en su chaqueta. Por un momento, Charlotte pensó que no le respondería. No era una novedad que a las mujeres se les mantuviera ocultos asuntos como las peleas de taberna, y estaba dispuesta a resignarse y contener su curiosidad, cuando los ojos del hombre se volvieron a posar sobre ella—. Pues bien, parece que el conde ha tenido un desagradable encuentro con un campesino de la zona que, últimamente, empuja demasiado el codo. Es un buen hombre, pero luego de la pérdida de su esposa, no está en sus cabales: pasa las noches en la taberna, y se ha convertido en un camorrista. La persona que ha venido a buscarme, después del incidente, me ha informado que vuestro marido ha reaccionado a algunos insultos que le habían sido dirigidos, y de esta forma, ha comenzado la pelea. Desgraciadamente, su adversario tenía un cuchillo y le ha herido de refilón en un brazo, pero no debéis preocuparos. El conde se repondrá en seguida. Ahora, si me lo permitís, me temo que tendré que dirigirme a casa del otro herido.

Charlotte frunció el ceño—. ¿Ha habido otro herido?

—Sí señora. Vuestro marido le ha roto un brazo al campesino. Durante una temporada no podrá realizar su trabajo, y esto para Herbert es un verdadero drama, ya que tiene tres hijos que alimentar.

—¡Oh! —dijo Charlotte, temblorosa. No le cabía en la cabeza cómo Van der Valck había logrado salir tan bien parado ante un hombre armado con un cuchillo. Quizás las voces que circulaban sobre la peligrosidad del joven diplomático de los ojos de hielo eran ciertas.

Despidió al médico distraídamente, y se dirigió hacia la puerta de la habitación del marido, asaltada por una profunda inquietud. La abrió, tratando

de no hacer ruido, puesto que no era su intención disturbar su sueño. Solo deseaba cerciorarse de sus condiciones, y, a continuación, le dejaría reposar. Sin embargo, cuando le vio tumbado en la cama, con el rostro blanquecino y demacrado, no pudo dejar de tener un gesto de compasión con él.

Se aproximó con pasos lentos e inciertos y permaneció observándolo, mientras dormía. Tenía el cabello desgredado y el aspecto vulnerable de un niño. Charlotte sonrió ante esa estúpida idea: no debía olvidar que, en realidad, Van der Valck era un hombre fuerte y temible. Si se hubiera mostrado más dulce con él habría corrido el riesgo de resultar herida, y esto no podía permitirlo.

Tomo una silla que estaba al pie de la cama, y la movió a un lado. Velaría a su lado un tiempo, se dijo sentándose. Después de todo, podía despertarse y necesitar algo. Hacía ya mucho tiempo que no cuidaba a nadie, y se dio cuenta de que sentirse útil era una sensación placentera. Tal vez, Van der Valck no era el marido que había soñado, pero se estaba dedicando a ella con entrega, desde que habían llegado al castillo. En más de una ocasión se había aproximado a su cabeza, despertado por sus gritos nocturnos. Nunca se lo había agradecido, pero le estaba profundamente reconocida por la ayuda que le daba. Ahora había llegado el momento de devolverle su gesto.

Permaneció largo tiempo estudiando su rostro y el ritmo de la respiración. Era lento y regular, casi hipnótico. Luego, su mirada se sintió atraída por la boca, ligeramente entreabierta. Se ruborizó al recordar cuando sus suaves labios se habían acercado a los suyos. Terminó casi por lamentarse que no la hubiera besado, en aquella ocasión. Quién sabe cómo sería un beso de verdad. No como aquel fugaz que se habían intercambiado durante la ceremonia de boda, sino un beso profundo y apasionado. ¡Cielo santo!, ¡sus pensamientos estaban tomando un cariz ciertamente embarazoso! Y ella no se solía entregar a tales elucubraciones.

De repente, él se movió en sueños. Parecía agitado y tenía la frente empapada de sudor. Charlotte se percató de que un mechón de cabello se le había caído sobre el rostro, e instintivamente, se apresuró a retirárselo, pero en cuanto sus dedos le rozaron, la mano de él le sujetó de la muñeca como si fuera una tenaza, arrastrándola hacia la cama. En un instante, se halló catapultada sobre el colchón. Sus cuerpos rodaron sobre la cama, con él encima de ella, lanzándole una mirada hostil. Los ojos de hielo estaban clavados sobre los suyos; los párpados caídos, y los rasgos contraídos de rabia. Charlotte percibió su respiración agitada contra su piel. ¿Quería

golpearla? Gritó, mientras su corazón se aceleraba velozmente. Podía sentir sus alocados latidos, como las alas de un pajarillo que intentaba echar a volar.

En ese momento, él pareció recuperarse. Soltó un poco la presa y la miró desconcertado—. ¿Qué diantre estáis haciendo?

Su tono brusco tuvo el poder de irritarla—. ¿Qué creíais que estaba haciendo? Os cuidaba, desde el mismo momento que habéis vuelto a casa con un brazo ensangrentado.

Van der Valck seguía estando por encima de ella, aprisionándola con su cuerpo, duro y musculoso. De pronto se dio cuenta de lo fuerte que era, con sus anchos hombros y el fuerte tórax, como si fuese el de una estatua de mármol. Pensándolo bien, tal vez no era tan absurdo que hubiera logrado despedazar un brazo al campesino que le había herido.

Charlotte se pasó la lengua por sus consumidos labios. Sentía la boca seca, hasta casi no poder hablar. Los musculosos muslos de Van der Valck la sujetaban firmemente, y, de pronto, recordó a otro hombre que la había sometido contra su voluntad. Un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo, de pies a cabeza.

—¡Soltadme! —gritó agitándose, con la intención de liberarse. Intentó morderle, darle patadas, pero cualquier tentativa fue inútil.

La mirada de Van der Valck se tornó divertida: la indefensa muchachita se estaba convirtiendo en una furia—. ¡Quieta! —chilló, intentando dar a sus palabras una entonación severa.

Charlotte tragó saliva. Estaba aterrorizada. Esperaba que él la tomara por la fuerza, pero no sucedió. En cambio, se quedó mirándola de un modo extraño, como si estuviera manteniendo una lucha interior. Luego la dejó marchar, entre imprecaciones. Le vio masajearse el brazo herido, con un gesto de dolor impresa en su rostro.

—No era mi intención haceros mal, ¡maldita sea!

Ella no le creyó. Se alejó de un brinco, y alcanzó la puerta. Y solamente cuando estuvo segura de tener una vía de escape, ante la posibilidad de que él la hubiera asaltado de nuevo, se volvió a mirarlo, con expresión decidida en los ojos.

—Entonces, ¿qué pensabais hacer?

Leonardus se preguntó si estaba destinado a encontrarse en situaciones comprometedoras con la muchacha: primero lo sueños nocturnos de ella, y ahora esto. Cuanto más alejado intentaba estar de ella, más se acercaba ella a él. ¡Era terriblemente irritante! La observó mientras se levantaba de la cama,

alejándose unos pasos, como si quisiera poner una cierta distancia entre ellos. Halló el asunto un poco ridículo, ya que estaba herido y no tenía humor para seducir a una joven indefensa. Sin embargo, en sus ojos percibió un agudo deseo de huir. Se dispuso a sentarse en la cama, colocó los almohadones en el respaldo, apoyándose en estos. Luego volvió a observarla.

—¿Os he asustado?

—N-no. Es solo que no me gusta que me agarren y me zarandeen sobre una cama, como si fuera un objeto de placer.

Charlotte no devolvió la mirada. Había bajado los ojos y clavaba la mirada en un punto delante de ella, sobre el pavimento de mármol. Temblaba imperceptiblemente. ¡Diantre, otra vez asustada! La tenía aterrorizada. De pronto, sintió la necesidad de tranquilizarla. Él no era un bruto que se divertiera amedrentando a muchachitas inermes.

—No os habría zarandeado sobre la cama, si vos no me hubierais tocado. ¿Nadie os ha enseñado a estar alejada de un ex soldado mientras duerme?

Ella frunció el ceño en una expresión casi cómica—. Sólo quería apartaros un mechón de pelo que había caído sobre vuestro rostro. Desde luego, ¡No os he asaltado mientras dormíais!

—¿Queríais hacer qué? —leonardus estaba desconcertado.

—Exactamente lo que he dicho. ¿Estáis acostumbrado a agredir a quien os roce mientras dormís? Debe ser extremadamente molesto para las mujeres que se acuestan con vos. Se arriesgan a ser atacadas sin motivo.

Una lenta sonrisa le curvó los labios—. No tengo la costumbre de dormir con las mujeres que me llevo a la cama.

—¿No? —La expresión sorprendida de ella le divirtió.

—No. Prefiero obtener mi placer y largarme.

—Oh. —Ella se ruborizó y apartó la mirada.

—¿Por qué motivo queríais apartarme ese mechón de cabello del rostro? —Su tono se había suavizado, mientras la miraba fascinado.

Charlotte tragó saliva—. Pensaba que podía meterse en los ojos.

Leonardus se apoyó sobre el codo del brazo sano, en un intento de colocarse mejor. En ese momento, se percató de no estar, bajo ningún concepto, presentable: le habían quitado la camisa y no llevaba nada que le cubriese el pecho desnudo. Una sonrisita le surgió de entre los labios: en el fondo, no era la primera vez que ella le veía con poca ropa. Volvió a estudiarla con atención. Casi estaba conmovido por la gentileza de la joven

damisela. Nadie, hasta ahora, había mostrado jamás un pensamiento tan gentil y desinteresado con él.

—Pues bien, os agradezco por la premura. De todos modos, en el futuro, tratad de evitar tocarme así, de repente. Tengo un sueño muy ligero y no sé cómo podría reaccionar.

Ahora en los ojos de Charlotte intuyó una pizca de curiosidad—. ¿Alguien os ha hecho daño? ¿Por eso reaccionáis de ese modo, si os sorprenden durante el sueño?

Leonardus suspiró. No le gustaba desvelar sus propias debilidades, pero la había dado un susto de muerte, y sentía que le debía una explicación.

—Durante el periodo que serví en el ejército francés, fui capturado por los prusianos. Viví durante mucho tiempo en una celda húmeda y maloliente, en compañía de otros prisioneros, no siempre afables. Fue entonces cuando desarrollé la capacidad de dormir y estar alerta.

—Entiendo.

En los ojos de Charlotte leyó una verdadera comprensión. Solo en ese momento recordó que ella también había sido encerrada en una prisión. Debía haber vivido momentos de terrible angustia, sola, a merced de hombres que podían abusar de ella en cualquier momento, y como en realidad había sucedido. Por un instante, sintió afinidad con la joven.

—Bien —dijo, con un tono más brusco de lo que deseaba—. Ahora dejadme solo, por favor. Deseo reposar un rato más. Si necesito algo, no dudaré en llamar a la servidumbre.

Ella asintió en silencio. Antes de abandonar la habitación, se giró una vez más para mirarlo, luego él la vio desaparecer por detrás de la puerta y se desplomó sobre la cama agotado.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Leonardus fue despertado por el ruido de la puerta que se abría y se volvía a cerrar. *Seguramente una criada*, se dijo. Giró de lado, arrastrando consigo parte de la sábana. Sintió una extraña sensación en las sienes. Se frotó los ojos con los dedos, y lanzó un vistazo por encima de su hombro. Se sobresaltó: Charlotte le estaba observando.

—Al parecer, no tenéis la intención de dejarme tranquilo. —Su voz sonó un poco ronca, mientras trataba de sentarse. Uno de los almohadones se cayó al suelo y ella lo recogió con prontitud, para luego volver a colocárselo detrás de su espalda.

—Tengo que cambiaros el vendaje. El doctor Klein nos ha ordenado tenerlo siempre limpio y...

—Para eso es suficiente la ayuda de una sirvienta —estalló fuera de sí. No la quería ver cerca de él. La muchacha tenía el poder de ponerlo nervioso.

Le vio tensarse y ella le lanzó una mirada de reproche—. Solo deseo seros útil. No tengo nada que hacer en esta casa y me aburro terriblemente.

Él frunció el ceño mientras continuaba mirándola un poco desconcertado. Por costumbre, las impecables hijas de los nobles tenían un único fin en la vida: desposarse, dar a luz herederos y pasar el resto de su existencia entre bailes y recepciones. Por ese motivo, siempre las había despreciado. ¿Por qué ella se obstinaba en perder su tiempo con él? Intentó sujetar la jarra de agua colocada sobre una mesilla junto a la cama, pero esa imprevista torsión del busto, le despertó el dolor en el brazo. Imprecando entre dientes, renunció a la empresa y volvió a mirar a Charlotte.

—¿Queréis beber? —En los ojos de ella brillaba una luz divertida que le irritó profundamente. Sin esperar una respuesta, la muchacha sirvió un poco de agua en un vaso, colocado junto a la jarra, y le ayudó a saciar su sed, manteniendo el vaso con una mano y pasándole un brazo detrás de la cabeza. Podía sentir su embriagador perfume y la ligera respiración, mientras ingería a grandes tragos. Cuando bebió lo suficiente, Charlotte le ayudó a colocarse sobre los almohadones, y luego se alejó unos pasos.

—Entonces..—. Le desafió con la mirada—. ¿Queréis que me vaya?

Él siguió estudiándola en silencio, indeciso entre lo que le sugería su parte racional y el loco impulso de retenerla aún un poco más.

—No. Quedaos.

Charlotte asintió y volvió a acercarse a la cama. Le pasó una mano por la frente y él se sobresaltó por el leve contacto—. El médico me ha rogado que me asegure de que nos os suba la fiebre.

Leonardus cerró los ojos. Sus dedos se sentían frescos sobre la piel. Por un momento se preguntó qué efecto habría tenido sobre él las caricias de aquella joven mujer. Tenía las manos cuidadas y suaves, con los dedos muy finos. No llevaba ni anillos, ni pulseras en su estrecha muñeca; no necesitaba baratijas que hicieran sus manos llamativas. Eran perfectas en su simplicidad y condenadamente sensuales. Se preguntó si ella se daba cuenta de ello, mientras le acariciaba la frente suavemente. Cuando retiró la mano casi le disgustó. Le vio colocarse un mechón de cabello que se había escapado del peinado y bajar la mirada, como si, a su vez, estuviera turbada.

—He decidido ir a visitar al campesino que le habéis roto el brazo — afirmó ella de improviso.

—¿Cómo? —leonardus le dirigió una mirada de incredulidad—. Debo haberos entendido mal...

—No habéis entendido mal. Ese hombre necesita ayuda: tiene tres hijos pequeños y ha perdido a su mujer hace poco. Además, no puede trabajar con un brazo roto. ¿Cómo logrará alimentar a esos pobres niños?

—No es problema vuestro. Os prohíbo categóricamente alejaros del castillo, ¡cualquiera podría reconocerlos!

La mirada que ella le lanzó, habría podido reducir a cenizas toda la habitación. Leonardus la observó mientras apuntaba sus pies hacia el suelo y enderezaba su espalda, como si se preparase para una dura batalla. Su voz se había reducido a silbido cuando dijo—. Dudo que un granjero pudiera reconocerme. No creo que nunca haya sido huésped en Versalles y lo mismo vale para su familia. Sin embargo, mantendré mi cara cubierta y no permitiré que nadie me vea. ¿Es suficiente para tranquilizaros, *monsieur*?

—Maldita sea, ¡no!

Charlotte arqueó una ceja, evidentemente escandalizada por su lenguaje. Sus nobles oídos no debían estar habituados a exclamaciones tan expresivas, pero él no tenía la más mínima intención de excusarse, y, sobre todo, porque ella le sacaba de sus casillas de continuo.

—Si os aburrís, ¿por qué no probáis pasatiempos más acordes a vuestra condición? Podríais bordar, o bien, tocar un instrumento, o pintar. ¿No es esto lo que hacen las damas de la alta sociedad?

Le vio ponerse tiesa, y comprendió que había herido sus sentimientos. Otra vez. Parecía que estuviesen destinados a pelearse como perro y gato, y esta reflexión le provocó una insólita perturbación. No era él de preocuparse por los sentimientos ajenos. ¿Cuándo había empezado a hacerlo? Y, en particular, ¿desde cuándo se preocupaba por los sentimientos de la joven princesa?

Charlotte temblaba de ganas de empezar a tortas con ese hombre, pero no podía arremeter contra un hombre herido; su código moral se lo impedía. Se limitó a suspirar impaciente—. ¿De veras pensáis que nosotras, mujeres, estamos hechas solo para bordar, tocar o pintar? ¿No servimos para nada más?

La vio esbozar una sonrisa picarona, pero no se percató de haberse adentrado en un terreno peligroso hasta que no le escuchó replicar—. Oh, no. Hay muchas otras cosas que podéis hacer para dar placer a un hombre. ¿Deseáis que os sugiera alguna?

Su rostro se ruborizó al instante. ¿Cómo podía ser tan irreverente? Y vulgar. Desde luego, ningún gentilhombre se dirigiría jamás a una señora de ese modo tan irrespetuoso.

Suspiró de nuevo, esforzándose por mantener la calma. Empezó a repetirse mentalmente que no estaba allí para litigar con él, sino para limpiar su herida y cambiarle el vendaje. Tenía que concentrarse en eso, si no quería perder, por completo, la paciencia. Se aproximó a la cama, mientras él continuaba estudiándola divertido.

—Quitaos la bata.

Su voz había tomado un desagradable tono agudo, pero no se preocupó mientras observaba el rostro de Van der Valck con despiadada resolución. Se percató que la sonrisa irrisoria de sus labios se había apagado, en un solo instante, y ahora le devolvía la mirada de un modo extraño. Sus ojos se habían vuelto más cálidos, y a muy a su pesar, se sentía atraída por la insólita luz que leía en su interior.

—¿Perdón? —le respondió, con voz seca.

—Os he pedido que os quitéis la bata.

Obviamente, llevaba puesta una después de su encuentro de la mañana anterior. Era de seda de color amaranto, y hacía resaltar, de manera impresionante el gris de sus ojos. Charlotte también había notado que estaba recién afeitado, señal evidente de que su criado se había preocupado del él, antes de dejarlo reposar un poco más.

Van der Valck se aclaró la voz. Parecía agitado, particularidad del todo nueva para alguien como él, siempre calmado y seguro de sí.«No tengo

ninguna intención de contentaros. Llevo puesta esta bata, precisamente para evitar hallarme en la desagradable situación de ayer, ya que habéis adquirido la costumbre de presentaros en mi habitación sin ser invitada. Normalmente duermo desnudo.

Un desagradable rubor tiñó de nuevo sus mejillas. Al parecer, aquel hombre se divertía poniéndola en aprietos. Pues bien, ¿no le permitiría que continuase con sus juegucitos—. ¿Cómo puedo cambiaros el vendaje del brazo, si no os quitáis la bata?

—¿El vendaje del brazo? —Su expresión era de sorpresa.

—Sí señor. ¿Por qué pensabais que os había pedido...? —inmediatamente se detuvo, deseando, al instante que fuera tragada por el suelo de mármol. Él había creído que ella... solo la idea le resultaba inaceptable. Le lanzó una mirada indignada, en un intento de recuperar la voz.

—¡Santo cielo! ¿Esas eran vuestras intenciones? —Una risita se escapó de su boca—. Por un momento he pensado que habíais tomado en serio mis provocaciones. Deberíais poner más atención en lo que decís, *madame*. Podríais crear un malentendido.

Charlotte abrió y cerró la boca bruscamente. Dio un segunda y profunda respiración, antes de lograr hablar. Van der Valck tenía la capacidad de hacerle perder la paciencia más deprisa que nadie. Era como si sintiera un placer perverso en hacerle perder la paciencia.

—Solamente un depravado como lo sois vos, podría equivocarse en la intención de mi frase.

Él se encogió de hombros—. Soy simplemente sincero. No me gustan las falsedades ni los dobles sentidos. Ni soporto a los vanidosos aristocráticos que se comportan como estatuas de mármol, solo porque están en presencia de una señora.

—¡Esto es más que evidente!

Van der Valck empezó a toquitear el cinturón de la bata. La soltó con gestos nerviosos y torpes, presumiblemente a causa del dolorido brazo. Durante una fracción de segundo pensó en ayudarle, pero al final decidió permanecer quieta donde estaba. Él podría decirle cualquier desagradable insinuación y no estaba segura de cómo reaccionaría a un posterior insulto por su parte. Además, sentía una perversa satisfacción al verle sufrir. Esperó a que se despojara de la bata, dejándola caer desordenadamente. Tenía hombros amplios y musculosos que le hacían parecer un dios griego. Era tan viril que,

por un momento, el corazón comenzó a latirle locamente, mientras lo estudiaba con una curiosidad casi embarazosa.

—Podéis proceder, ahora.

La voz repentina de él, la trajo bruscamente a la realidad—. ¿Có-cómo? —Sus ojos se clavaron nerviosos, pasando desde sus abdominales esculpidos hasta los músculos de los brazos. Aquel hombre parecía duro como una roca. Se humedeció los labios, mientras él le dirigía una perezosa sonrisa.

—Podéis cambiar el vendaje. ¿No estáis aquí para eso? —El tono era ligeramente burlón, pero se obligó a ignorarlo. Con las manos temblorosas rozó la venda sobre el brazo y se concentró en su trabajo. No tenía que pensar en su torso desnudo y en lo seductor que se mostraba, si no perdería el control de sus nervios. Mientras quitaba cuidadosamente la gasa, con gestos suaves y lentos, la respiración se le hizo irregular. Se preguntó si también el resto de su cuerpo, el oculto bajo las sábanas, era tan sólido y granítico. Al instante, se arrepintió de sus licenciosos pensamientos. ¿Qué le estaba pasando? ¿Bastaba la simple proximidad de ese hombre para transformarla en una mujer de moral relajada? Ya casi no se reconocía. De repente, la voz de Van der Valck la sobresaltó.

—¿De verdad es tan importante para vos ir a visitar a ese campesino?

Levantó la mirada y se encontró observando sus ojos grises que la estudiaban atentos—. Sí, lo es.

—Entonces os acompañaré. No puedo permitir que marchéis sola, soy responsable de vuestra seguridad.

Una ola de felicidad la invadió—. ¿Lo decís en serio? ¿Y cuándo?

—A la tarde, si a vos os parece bien.

Charlotte habría querido abrazarlo, pero se dio cuenta que no habría sido un gesto oportuno. Aunque en teoría Van der Valck era su marido, para ella era aún un perfecto desconocido.

—Gracias. —se limitó a responder, con un hilito de voz.

Leonardus no sabía por qué le había hecho esa concesión. La muchacha era, al mismo tiempo, terriblemente irritante y atractiva. Cuando le había pedido que se quitase la bata, casi la había dejado boquiabierta: la idea de que ella se metía en su cama le había cogido por sorpresa, y se había encontrado con la incomodidad de tener que ocultar una imprevista erección.

Diantre.

Jamás le había sucedido de excitarse con tal facilidad. Se había sentido como un niño novato, y esto le había molestado mucho. Luego, cuando había

comprendido el significado real de la frase, se calificó de memo. Estaba claro que Charlotte no pretendía aludir a nada escabroso. La muchacha era la inocencia personificada y, probablemente, tampoco se había percatado del efecto que habían tenido sobre él sus palabras. Cuando se había quitado la bata, lo había hecho con la intención de provocarla y castigarla: se esperaba que huyera de la habitación con lágrimas en los ojos. En cambio, se había quedado y ni siquiera sus burlas le habían desalentado. Había creído que la irritación le habría inducido a hacerle daño: casi se esperaba que retirase la veda con gestos bruscos y rabiosos. Por eso, su delicadeza le había desconcertado. Había percibido el ligero roce de sus manos sobre él, y la parte de su cuerpo que, afortunadamente, se mantenía oculta bajo la sábana, se había hecho tan dura como para provocarle un intenso dolor físico.

Y, sin embargo, ella había continuado trabajando con la dulzura de un ángel, con el ceño fruncido, debido a la concentración, y sobre sus labios una tímida sonrisa. Era condenadamente hermosa. Y adorable. Nadie se había preocupado nunca por él con tanta ternura y entrega. Y considerando, que había intentado de todo por irritarla, era, como poco, increíble. Quizás había sido por eso que le había propuesto acompañarla a visita al borrachín pendenciero que le había herido en el brazo. Había intuido que, para ella, tenía cierta importancia preocuparse de los demás, como ella estaba haciendo con él, y, ¡maldita sea!, en ese momento no habría sido capaz de negarle nada.

Volvió la mirada sobre ella, entregada en la cuidadosa limpieza de la herida, y se sorprendió al experimentar un cierto afecto por la joven enfermera.

—¿Duele? —La voz de ella lo despertó de sus pensamientos.

—He sufrido dolores peores que este —le respondió arisco—. Y no será un condenado arañazo en el brazo el que acabe conmigo.

La sonrisa que ella le dirigió casi le resquebrajó el corazón. La vio volver a vendar la herida con un vendaje limpio, y, por último, volver la mirada sobre él.

—Bien. Por hoy he terminado.

Leonardus le gruñó como respuesta e hizo ademán de levantarse, pero se detuvo a tiempo, al recordar que se hallaba completamente desnudo bajo la sábana.

—¿Os importaría salir de la habitación? Me gustaría vestirme y vuestra presencia es inoportuna.

Ella asintió avergonzada—. ¿Queréis que avise a vuestro criado para que os ayude?

—Si no es mucha molestia.

Charlotte suspiró suavemente. Era evidente que su descortesía le estaba irritando, pero en ese momento él solo deseaba poner cierta distancia entre ambos.

—Ninguna molestia.

Con pasos ligeros se dirigió a la puerta, y un instante después, estaba fuera de su vista. Por desgracia y muy a su pesar, no se quedó en absoluto aliviado.

La mañana pasó rápidamente, y a primera hora de la tarde, Charlotte se preparó para la visita al campesino y su familia. Se puso un pesado vestido negro de lana, una capa bordada de piel del mismo color y un sombrero sobre el que había fijado un velo oscuro, que le cubría el rostro por completo. Al observarse en el espejo, se percató de que parecía más una lúgubre viuda que una joven esposa, y una risita nerviosa se le escapó de los labios. ¡Qué boba! En realidad, bajo ningún concepto era una joven esposa, salvo en la ficción. No debía olvidar que solo era una mujer violada, que esperaba un hijo que era, a todos los efectos, un fruto del pecado. Si se analizaba su vida desde esa perspectiva, el vestido que había elegido era el más idóneo.

Cuando Van der Valck llamó a su puerta para saber si estaba lista, dio un largo suspiro y se dirigió a ella. Por un momento, había temido que él habría reconsiderado la promesa de acompañarla; en cambio, había mantenido su palabra. Aunque el brazo debía dolerle aún mucho, se lo encontró esperándola en el pasillo, envuelto en una capa gris oscura. Llevaba un par de calzas hasta la rodilla de color crema, y botas de piel a las que, por lo visto, acababan de darles brillo. Su aspecto era impecable, se quedó pensando, no sin una pizca de admiración.

—Entonces, ¿vamos? —le dijo él impaciente. Probablemente, la idea de volver a ver al hombre con el que había peleado en el exterior de la posada no le llenaba de júbilo. A pesar de ello, allí estaba, decidido a acompañarla. Dándose cuenta que le miraba a la espera de una respuesta, asintió y tomó la delantera, bajando la escalera que conducía a las plantas inferiores. Los tacones de sus botines de ante resonaron sobre el suelo, en el sepulcral silencio que los acompañaba.

—Imagino que para vos representará una molestia acompañarme, ¿no es así? —le preguntó directa, más por romper el silencio que por simple curiosidad.

La voz de él le llegó a su espalda rígida y altiva—. Considerado el hecho de que ese hombre no merece, ciertamente, nuestra piedad, sí, supongo que tendré que considerarla una molestia. Pero no me achantaré si es eso lo que teméis.

—¿Por qué? —Charlotte se volvió de improviso y se encontró con sus ojos. Parecían duros y fríos, como lagos helados de montaña.

—¿Cómo?

—¿Por qué habéis decidido contentarme?

Van der Valck se detuvo sobre un escalón, y pareció sopesar su respuesta—. Me han contratado para resolver cualquier capricho vuestro y es eso lo que estoy haciendo —respondió, retomando su camino hasta llegar a la planta baja—. ¿Más preguntas? —Su tono era molesto y Charlotte intuyó que era mejor no provocarle más. Además, ¿qué más motivos podía haber? Dudaba completamente de que un hombre así, pudiese tener sentimientos de misericordia o altruismo.

Acelerando el paso, superó el portón de madera que uno de los criados había abierto de par en par para ellos. Van der Valck la siguió con indiferencia, y le ayudó a subir al carruaje que los esperaba en la entrada, ofreciéndole la mano. El contacto era cálido y reconfortante. Ambos llevaban guantes de piel, sin embargo, ella lo percibió con una fuerza que le sorprendió. Se ruborizó y se apresuró a colocarse en la esquina más alejada, como queriendo subrayar su intención de mantener las distancias. Van der Valck pareció percibir el mensaje y se sentó con calma en el lado opuesto del carruaje, estirando sus largas y musculosas piernas, en el intento de hallar una posición más cómoda. No le dignó ni una mirada durante todo el trayecto. Y por su parte, ella fingió no darse cuenta de su presencia.

Cuando llegaron a las casas destinadas a los campesinos, Charlotte casi no creyó lo que veían sus ojos. Ante ella se extendían un número impreciso de cabañas de madera, tan destartaladas, que parecía un milagro que incluso se mantuviesen en pie. Fuera de las casuchas en ruinas, sobre un terreno fangoso, un grupo de niños, sucios y desnutridos, jugaban a perseguirse.

Charlotte se quedó ojiplática, y una exclamación de angustia salió de sus pálidos labios.

—¿Qué esperabas? —se burló Van der Valck, con lo que a ella le pareció una sonrisa maligna—. ¿No os esperabais hallar tanta miseria? ¿Cómo imaginabais la vida de los campesinos?

Ella se puso firme y no respondió. En realidad, no estaba preparada para *eso*. En Versalles, había acompañado a menudo a su madre al *Trianon*, una parte del parque de propiedad de la reina, que esta había destinado a granja. Estaba convencida de que quien cultivaba la tierra vivía en un lugar parecido a aquel. Nada más equivocado, evidentemente. En el *Trianon*, la hierba venía segada de manera ordenada, y el ganado estaba limpio y ordenado. Igualmente, los campesinos vestían de modo simple, pero digno. Ella misma se había disfrazado de campesina, divirtiéndose en ordeñar las cabras que se soltaban para que pastasen en libertad. Lo que tenía delante en ese momento era, como poco, ¡espantoso!

De nuevo la voz de Van der Valck la devolvió de sus pensamientos—. ¿Queréis iros? Aún estamos a tiempo, si es vuestro deseo.

—No. —El tono seco con el que había hablado la sorprendió, en primer lugar, a ella misma—. No deseo irme. —Había afrontado cosas mucho peores que esa, se dijo mientras las puertas del carruaje se abrían para que pudiese descender. Lograría superar, igualmente, este acontecimiento.

Los niños, sorprendidos por la llegada del elegante vehículo, se detuvieron incrédulos. Casi parecían asustados, mientras la observaban como si fuera una criatura sobrenatural. Se esforzó por sonreír y próxima a ellos, preguntó con cautela—. ¿Alguno de vosotros sabría indicarme la casa del señor Herbert?

Un chavalín andrajoso y cubierto de mugre, dio un paso adelante titubeante—. Herbert es mi padre, señora. Nuestra casa es aquella de allá. —Indicó una cabaña un poco apartada de las demás. También era de madera y con un techo inclinado, al que le faltaban tejas. Sin la menor duda, necesitaba una reparación urgente. Charlotte se preguntó cómo conseguían que no lloviese dentro, durante los días de mal tiempo. Luego volvió a prestar su atención al niño. Debía tener, aproximadamente, unos siete años y estaba delgadísimo, como si no comiera desde hacía días.

—Yo soy la condesa Sophia —se presentó, sin dejar de sonreír—. Tú, ¿cómo te llamas?

—Hugo, señora.

—Bien, Hugo. ¿Querías acompañarme con tu padre? —Le tendió la mano, sin separar la mirada de él. Era importante mantener el contacto visual, si quería tranquilizarlo. Era más que evidente que el crío no se fiaba de ella: su postura era tensa y sus ojos la estudiaban con atención. Parecía estar a punto

de huir, si ella se hubiera arriesgado a acercarse demasiado. Al final, se relajó. Dio unos pasitos atrás y le cogió la mano.

—Venid, condesa. Por aquí.

Leonardus se había apartado para observar la escena. En un primer momento, había pensado que Charlotte no estaría a la altura de la situación. No hacía falta una gran inteligencia para comprender que no era ducha en frecuentar lugares como aquel, dominados por la miseria y el hambre. Estaba casi seguro de que se arrepentiría de sus propósitos y que volvería subir al carruaje a los pocos minutos. En cambio, le había visto sonreír al niño cubierto de mugre con tal dulzura, que hasta él mismo se había quedado prendado. Luego, con suave voz le había preguntado cómo se llamaba, y le había tendido la mano. Esa mano cándida, con largos y finos dedos. La misma que le había acariciado la frente hacía solo unas pocas horas. Y, cosa aún más sorprendente, el niño se la había cogido, y se había dejado conducir hasta la cabaña en ruinas que él llamaba *casa*.

Caminando lentamente detrás de ellos, la había observado mientras acariciaba con infinita ternura el cabello sucio y, probablemente, lleno de piojos del niño. Cualquiera otra señora de alta alcurnia, se habría mostrado disgustada ante la sola presencia de un ser sucio y maloliente. Pero ella no. Ella continuaba hablándole en tono amable mientras él le escuchaba atentamente.

Cuando la puerta de la cabaña se abrió, Charlotte pareció acordarse de su presencia y se volvió en su dirección. Mientras tanto, el niño había entrado, anunciando la llegada de la visita.

—Papá, no te lo vas a creer. ¡Hay una condesa que desea verte!

Leonardus y Charlotte lo siguieron dentro de la barraca, intentado ignorar el tufo a suciedad, sudor y miseria. En una esquina, sentado en una mesa de madera, un hombre alto y robusto con aspecto amenazador.

—¿Qué diablos habéis venido a hacer aquí?

Charlotte se sobresaltó, pero no retrocedió ni un solo paso. Estaba demostrando un valor notable al afrontar la situación y Van der Valck no pudo evitar sentirse fascinado por la pequeña y joven damisela, con la fuerza de un tigre.

—Mi marido y yo hemos pasado a ver cómo estabais —exclamó Charlotte, con una sonrisa titubeante—. El doctor Klein nos ha informado que tenéis un brazo roto.

El hombre escupió al suelo, como signo de desprecio—. Fue vuestro marido el que me rompió el brazo, condesita. Vuestra presencia aquí no es grata. ¡Idos! —se puso en pie de un salto tan inesperado, que Van der Valck se colocó ante Charlotte, para protegerla.

—Fuisteis vos quien me agredió, y bien que los sabéis. No estaríais en esta situación si os hubierais limitado a apartaros.

—Por favor, ¡olvidadlo! —La voz de Charlotte resonó decidida a sus espaldas. Parecía determinada a evitar un conflicto entre ellos y, muy a su pesar, Leonardus trató de calmarse.

—Mi esposa está sinceramente preocupada por vuestros hijos —dijo, en un tono más conciliador—. Sería una grave descortesía por vuestra parte, no permitirle socorremos.

El campesino vaciló, entre el deseo de sacarlos fuera a puntapiés o el más razonable de escuchar lo que tenían que decirle. Al final, optó por la opción más razonable.

—De acuerdo. Acomódense, si lo desean. —Indicó un par de sillas de madera, en mal estado, colocadas en torno a la mesa. Leonardus se apresuró a disponer una para Charlotte y dejó que se sentara. Él prefirió permanecer de pie, dispuesto a defenderse si hubiera sido necesario. Aquel hombre no le inspiraba la menor confianza, y no quería correr riesgos. Por lo que, comenzó a estudiar con atención el ambiente circundante: pretendía memorizarlo todo, como un general listo para una retirada estratégica.

Había una única estancia y bastante pequeña, visto que en ella vivían cuatro. De la única ventana, entraba un molesto aire que no contribuía, ciertamente, a proteger del frío a los habitantes de aquella morada. Las sillas y la mesa no estaban muy limpias, al igual que el suelo de madera.

En la esquina opuesta a donde se encontraban, había un lecho de paja al que sería atrevido calificar como *cama* y que estaba cubierto por una manta de lana, que daba la impresión de estar infestada de pulgas. Se preguntó qué pensaría Charlotte de todo esto, y si no desearía, en realidad, huir de aquel horrible lugar.

Instintivamente, se giró a mirarla. Estaba sentada firmemente en la silla, pero mantenía su sonrisa angelical grabada en su rostro. Por un instante, Leonardus se sintió molesto por el hecho de que la sonrisa estuviese dirigida hacia el campesino ebrio, y no a él.

Demasiado absorto en estudiar la barraca, se percató de no haber escuchado lo que la joven estaba diciendo. Algo respecto a los niños, quizás.

Vio que señalaba a una niñita de uno cinco años que se mantenía sentada a una cierta distancia, y que sujetaba de la mano al hermano mayor. Un poco apartado, en lo que debía ser una cuna, un recién nacido berreaba como un poseso.

De pronto, Charlotte se alzó y se aproximó a la niña para ofrecerle un dulce que había sacado de su bolsito—. ¿Tienes hambre, bonita? —preguntó, siempre sonriente.

La pequeña aferró el dulce, devorándolo con una sorprendente voracidad. Luego, Charlotte dio uno al hermanito, que lo aceptó con gratitud. Parecía que acababa de ganarse el afecto de los dos, hasta el punto de que, un momento después, se sentaban sobre su regazo, mientras ellas les contaba una fábula.

Leonardus estaba realmente impresionado. Jamás había conocido a nadie capaz de saber tratar tan bien a los niños. Se vio hipnotizado por su voz melodiosa, mientras narraba el cuento. Sus sonrosados labios se movían, rimando las palabras. ¡Dios!, lo que habría dado por besarle en ese preciso instante. La sola idea de estar en público le impedía arrojarse sobre y besarle. ¡Nunca se había sentido tan frustrado!

Fue la voz de la niña la que le despertó de sus indecentes pensamientos. Había alargado una manita hacia el velo que cubría el rostro de Charlotte y estaba tratando de quitárselo a la fuerza.

—¡Quiero ver vuestro rostro! —exclamó con la curiosidad típica de los niños—. ¿Por qué lleváis el velo? ¿Y por qué vestís toda de negro?

Leonardo se tensó instantáneamente y por poco, no se precipitó sobre la niña, para arrancársela de sus brazos. Fue su mirada vehemente la que le bloqueó. De algún modo debía haber intuido sus intenciones y le estaba comunicando un mensaje silencioso: ¡no os entrometáis donde no os llaman!

¡Al diablo con esa irritante mujer! Era su obligación salvaguardar su identidad y no tenía ninguna intención de ceder en ese punto. Sin embargo, ella fue más veloz. Sujetó la mano de la pequeña y se la llevó a los labios, como haría una madre cariñosa.

—Visto de negro porque estoy de luto. He perdido a personas muy queridas para mí, por desgracia.

—¿Han ido al cielo como mi mamá?

—Sí, tesoro. Como tu mamá.

Leonardus notó que el padre de los niños había bajado la mirada y se estaba secando una lágrima de su cansado rostro. Debía haber amado mucho a su esposa, pensó en un momento de conmoción. Él nunca había sentido un

sentimiento como el amor. Incluso, en muchas ocasiones, lo había despreciado. Sin embargo, en ese momento, se sintió confundido frente al evidente dolor que se reflejaba en los ojos del campesino.

Al final, Charlotte se puso en pie, dejando en el suelo a los dos niños. Se acercó al hombre lentamente, con una expresión de muda complicidad.

—Entiendo lo que está pasando, *monsieur* Herbert. Pero debéis ser fuerte. Por vuestros hijos, sobre todo. Ellos os necesitan.

El corpulento campesino le dirigió una mirada de sorpresa. Tal vez, no se esperaba un discurso tan franco de una desconocida. Una aristocrática, para colmo. En realidad, no se lo esperaba ni siquiera él.

Con pasos decididos, ella se dirigió hacia la cuna y tomó entre sus brazos el cuerpecito alterado por las lágrimas del recién nacido.

—Llora porque tiene hambre —dijo, mirando al padre roto por el dolor—. ¿No hay una mujer que pueda hacer de nodriza por aquí? —Su tono preocupado indujo a Leonardus a creer que, si hubiera podido, lo habría amamantado ella misma. Nada más increíble: ¿una princesa que alimentaba al hijo de un campesino! Pero sería capaz, de esto no tenía dudas.

—¿Y con qué dinero podría permitirme una nodriza? —Las palabras del hombre salieron mordaces, sin que lograra controlarlas—. Una vecina lo ha amamantado los primeros días, pero no tiene suficiente leche para él y su hijo, a la vez. Somos gente pobre, condesa.

Leonardus vio a Charlotte clavarle sus ojos azules sobre él, sin pestañear. En ese momento, era lo más parecido a una reina.

—Yo me ocuparé del dinero. Vos hallad una nodriza.

Luego, después de haberle dado un suave beso en la frente al recién nacido, lo volvió a colocar en la cuna.

Mientras regresaban al castillo, Leonardus estudió a su joven esposa con atención. Aquella muchacha era para él un verdadero enigma—. Creo no haber conocido jamás a nadie como vos.

Ella respondió con una sonrisa irónica—. ¿Lo debo tomar como un cumplido?

—Sin duda. Pensaba que los aristócratas no se preocupaban por los más débiles. Si hacen obras de beneficencia, normalmente, es más por ostentación que por verdadero altruismo. Vos sois distinta.

Charlotte, de improviso, se puso melancólica—. Fue mi madre quien me enseñó a cuidar de los demás.

—¿Vuestra madre? —leonardus estaba perplejo—. Perdonadme, pero me resulta difícil creerlo. De ella he oído decir muchas cosas, pero nunca que fuese caritativa. —Además, no era una casualidad si había sido ejecutada por *madame guillotine*, con el consentimiento del pueblo francés.

La vio apretar las mandíbulas, con los ojos que enviaban destellos de indignación. Era más que evidente que, en ese momento, sentía por él algo muy cercano al odio, pero no por eso se calló. No estaba acostumbrado a fingir. Jamás.

—Imagino que para vos es más fácil creerse los chismorreos, ¿no es cierto? Os sorprendería saber que mi madre no fue la criatura disoluta y sin corazón que todos retratan, sino simplemente una mujer, con sus defectos y sus virtudes.

—Habladme de ella.

—Ahora no.

La observó encerrarse en un obstinado silencio, y comprendió, que no tenía sentido insistir. Una vez más, había levantado un muro de absoluta indiferencia entre ambos, y Leonardus se preguntó si era el momento de alegrarse o no. Después de todo, no quería su simpatía.

Sin embargo, algo había cambiado en su interior aquel día. Se dio cuenta de sentir un respeto, completamente nuevo, por su gélida esposa.

—Seréis una buena madre —susurró. Pero ella no le escuchó.

CAPÍTULO 7

Castillo de Heidegg, seis meses después.

Charlotte apartó su labor de costura y se levantó. Estaba bordando unos pañuelos que le iba a regalar a Herbert y a sus hijos: había seguido visitándolos, aunque sin la compañía de Van der Valck. Su comentario respecto a la frivolidad de su madre la había irritado. Sin embargo, no había sido el único motivo que le había aconsejado tomar cierta distancia de ese hombre imposible: ¡su comportamiento la confundía continuamente! Era capaz de lances afectuosos y, prácticamente al instante, se hacía odioso con una lengua afilada como la lama de un cuchillo. No tenía intención de someterse a sus juegos, ni caer víctima de su encanto, para luego darse cuenta que solo había sido una necia ilusa.

Por otro lado, su supuesto marido ni se había molestado en buscar la reconciliación. Había tomado la costumbre de ausentarse de casa todas las tardes, y de aparecer por el castillo cuando ya amanecía, y, para colmo, con un fuerte olor a alcohol y a perfume de mujer. Habían comenzado a difundirse innumerables rumores y cotilleos en su haber. Inesperadamente, y sin ningún tipo de lógica, eso le molestaba. Y no tenía por qué sorprenderse: ¡siempre había sabido que aquel hombre era un libertino y un jugador!

Se puso a caminar por la habitación, hasta llegar a la ventana. Era una tarde bastante fresca para ser el comienzo del verano, y el sol, en su ocaso, había teñido de rosa la gran fuente de mármol, situada en el centro del jardín. Un espectáculo delicioso, pero que nunca lograba serenarla.

Suspiró. Un mechón de su cabello se había soltado del peinado e intentó recolocarlo, de manera que no le tapase los ojos. En ese momento, alguien llamó suavemente a la puerta; probablemente la criada. Charlotte se volvió.

—Entra, Grätel.

La mujer avanzó, lanzándole una mirada indagadora—. Habéis llorado de nuevo, ¿no es así?

Charlotte había deseado que no se diese cuenta. Esbozó una sonrisa y se dirigió al tocador—. Es solo un poco de melancolía. Les pasa a todas las púerperas, ¿no es verdad?

Grätel asintió pensativa, como si no estuviera convencida del todo. Pero no objetó nada y esperó a que ella se sentase delante del espejo para soltarle

el cabello, como todas las noches. Dejarse peinar el cabello por Grätel se había convertido en una agradable costumbre. Uno de los pocos momentos en los que lograba relajarse y no pensar.

—También ha salido esta tarde.

No hacía falta que la mujer especificase a quién se refería. Charlotte se agitó en el sillón y se esforzó por seguir sonriendo—. Sí.

—Desde luego, ¡no entiendo a vuestro marido! En vez de permanecer con vos en un momento tan delicado, en cuanto tiene ocasión, corre a la taberna. ¡Tendría que considerarse un hombre afortunado por tener por esposa una mujer tan hermosa como vos!

Charlotte carraspeó. En realidad, no se veía nada hermosa. Durante los últimos meses, su vientre había crecido desmesuradamente. ¿Qué hombre con una pizca de cerebro la habría deseado, ahora que estaba próxima al parto?

Cerró los ojos y dejó que Grätel comenzase a peinarla con movimientos lentos y delicados.

—Estáis pálida, mi niña —dijo la mujer con tono de reprobación. Le había cogido mucho cariño, y, en ocasiones, se dirigía a ella con términos afectuosos, como una madre con su hija. A Charlotte le gustaba. Tenía la impresión de ser amada.

—Solo estoy cansada. Ya falta poco.

—¿Tenéis miedo del parto?

—Un poco. Me asusta la idea de dar a luz lejos de las personas que amo. ¡Me siento tan sola!

Se mordió el labio, percatándose de haber hablado demasiado.

—Pero vos no estáis sola. Tenéis un marido.

Charlotte alargó una mano hacia el tocador y cogió un collar de perlas colocado en la repisa. Comenzó a jugar con la preciosa joya, mostrándose indiferente. ¿Cómo explicarle que el suyo fue un matrimonio de conveniencia? El hijo que estaba esperando fue solo el fruto de la humillación que había sufrido. No podía esperarse que Van der Valck se comportara como un padre.

—Mi madre solía contarme que, el día de mi nacimiento, la casa estaba llena de gente —dijo, para cambiar de tema. Era una usanza francesa la de permitir a cualquiera asistir al parto de la reina, y aquel día, el palacio de Versalles estaba atestado. Los súbditos esperaban con ansia la llegada del tan deseado heredero al trono, y, se decía que habían acudido de todas partes—. A decir verdad, tal vez es mejor que dé a luz yo sola. Mi madre arriesgó su vida por la presencia de todas aquellas personas.

Vio a Grätel cómo abría los ojos incrédula, y sonrió. En efecto, su pobre madre había sido obligada a traerla al mundo delante de una muchedumbre bulliciosa, sin ningún tipo de privacidad. Se estremeció de solo pensarlo.

—¿No me crees, Grätel? —preguntó, volviéndose hacia ella—. Y, sin embargo, fue precisamente así. Después del parto, mi madre tuvo un desfallecimiento, y la asistencia se retrasó por todo aquel gentío. Mi padre se asustó hasta tal punto, que, cuando nacieron mis hermanos, se prohibió semejante concurrencia.

Grätel le hizo girar de nuevo hacia el espejo y continuó peinándola—. Bueno, bueno, ¿no me estaréis tomando el pelo? ¿Quién habría hecho entrar tanta gente en el lugar de un alumbramiento? Normalmente, hasta los padres quedan al margen, en el momento del nacimiento. Es una cosa que nos corresponde afrontar solas, con la ayuda de la comadrona.

Charlotte se encogió de hombros. Era inútil insistir. En el fondo, no podía decirle que su madre era una reina y que, las reglas para ella, habían sido muy distintas. De pronto, una aguda punzada, le sacudió. Aguantó la respiración por un momento, y aferró los reposabrazos del sillón con toda la fuerza que tenía.

—¿Os encontráis bien, *madame*? —le preguntó Grätel, mirándole con ojos penetrantes.

—Solo un pinchazo. Nada de lo que preocuparse —le respondió para quitarle importancia.

La criada dejó el cepillo sobre la mesa, y observó su larga melena rubia. También Charlotte se miró en el espejo, satisfecha. Había hecho un buen trabajo, como siempre.

—¿Deseáis que os lo recoja de nuevo?

—No, esta noche déjalo suelto. Creo que ordenaré que me lleven la cena a mi habitación. No tengo ganas de bajar al comedor. —Además, ¿qué sentido tenía? En cualquier caso, habría comido sola.

Grätel obedeció. Le dirigió una última mirada preocupada, y se dirigió hacia la puerta.

—Llamadme si me necesitáis.

Charlotte se esforzó por sonreír—. Lo haré.

Las punzadas volvieron a sentirse a intervalos regulares. Al principio, cada media hora, luego se hicieron más frecuentes y dolorosas. Charlotte se preguntó si debería mandar un criado para que llamase a la comadrona, pero al carecer de experiencia en estos asuntos, temía molestar a alguien

inútilmente. Tal vez solo se estaba dejando llevar por el ansia. La última vez que había recibido visita, le habían dicho que aún faltaría un par de semanas para el parto. Era demasiado pronto para tener las contracciones.

Se alzó del sillón en el que estaba sentada y recogió el libro que estaba leyendo en una mesita. Aquella noche había comido poquísimo. El apetito parecía haberla abandonado, y de este modo, había intentado pasar el tiempo sumergiéndose en la lectura. Fuera de la ventana, el cielo ya estaba oscuro, y ahora las estrellas brillaban luminosas, como fuegos artificiales. No sabía qué hora era, pero, con toda probabilidad, muy tarde. Desestimó la opción de llamar a Grätel: no quería que se preocupara, y la idea de despertarla, de repente, no le agradaba. Probablemente, también ella debería acostarse, pero estaba demasiado agitada, y pensó que le vendría bien caminar un poco. Por lo que, luego de haber cogido un candelabro de su mesilla, salió de la habitación y se aventuró por los corredores del castillo.

Inesperadamente, oyó ruidos abajo, que venían de las escaleras. Era poco probable que fuera alguno de la servidumbre: a aquella hora, ya se habían retirado a sus dormitorios. Con el corazón en un puño, decidió ir a controlarlo. Se agarrotó por otra repentina punzada, que casi le corta la respiración, y espero que el dolor pasase, antes de comenzar a descender la escalinata, lentamente. Las manos le temblaban, y la luz de las velas se reflejaba en ondas que oscilaban sobre los muros. Ya casi había llegado al final, cuando una voz la sobresaltó.

—¿Qué diantre hacéis aquí levantada a estas horas? ¡Parecéis un fantasma!

Charlotte apuntó el candelabro en la dirección de la que provenía la voz y se encontró con la mirada glacial de Van der Valck: acababa de regresar de sus excursiones nocturnas. ¡Qué tonta! Debería haber imaginado que sería él.

Tragó saliva—. Podría haceros a vos la misma pregunta.

—No os lo aconsejo, si buscáis de mí una respuesta de gentilhomme — Vio una luz pícara atravesarle la mirada. ¡Era propio de él un comportamiento tan desagradable!

—¿Entonces? ¿Qué hacéis aquí en las escaleras?

—N-no conseguía dormirme.

Un nuevo dolor agudo la inmovilizó. El candelabro se le escapó de las manos de improviso, mientras un chorro caliente le descendía entre las piernas.

¡No!, pensó, ¡Ahora no!

Luego de haber intercambiado unas pocas palabras con Charlotte, Leonardus la vio, de pronto, empalidecer mientras dejaba caer el candelabro sobre el pavimento de mármol. ¿Qué le había pasado? Estudió su rostro con temor, a la luz de la única vela que tenía en la mano. Parecía consternada. O quizás horrorizada. Se había tomado varios vasos de whisky, en la taberna, y, seguramente, tenía un aspecto desaliñado y maltrecho. ¡Diantre, apestaba como una mujerzuela!

—¿Qué os sucede? —preguntó, mientras comenzaba a subir los primeros escalones.

—Manteneos alejado —, la escuchó pronunciar. A continuación, Charlotte se llevó una mano al vientre, aguantando un gesto de dolor.

Van der Valck frunció el ceño y dio otro paso hacia ella, junto cuando su joven esposa se desplomaba, con un gemido ahogado. Solo en ese momento, se percató de que la falda de su vestido estaba mojada. ¿Sangre? No, no era sangre, afortunadamente. Soltó un suspiro de alivio y volvió a mirar su sufrido rostro.

—¡Ordenad que venga la comadrona! —dijo Charlotte, con un hilo de voz.

—¿Ha llegado el momento? ¿Estáis segura? —¿Qué pregunta tan idiota! Había roto aguas, ¿no? No es que supiera mucho de estas cosas, sin embargo, era bastante evidente que los dolores habían comenzado. Su corazón empezó a latirle furiosamente, mientras ella le lanzaba una mirada impaciente.

—¡Daos prisa!

Leonardus se movió veloz: la sujetó, levantándola entre los brazos. Luego, dando órdenes a la servidumbre, continuó subiendo las escaleras corriendo. Al percatarse de que ninguno aparecía, se volvió impacientemente hacia el ala de los domésticos.

—Pero, ¿hay alguien en este condenado castillo? —El pánico estaba a punto de asaltarle. La sola idea de que pudiera pasarle algo terrible a Charlotte, le sobresaltó.

Por fin, uno de los criados apareció a la carrera, con expresión de perplejidad en el rostro. Y se lo encontró intentando colocarse la ropa, casi como si sintiera avergonzado al mostrarse de aquel modo ante los dueños.

—Mandad llamar en seguida al doctor Thiolier.

El hombre le miró asombrado—. El doctor Thiolier, ¿decís? ¿No será el doctor Klein?

Leonardus sintió un agudo deseo de emprenderla conta él, pero se aguantó. Le lanzó una mirada, y continuó subiendo con el cuerpo exangüe de Charlotte

entre los brazos—. Haced como os he dicho. Inmediatamente. Encontrad al doctor Thiolier en el Hotel Waldstätterhof.

Había sido el conde Brank quien le recomendó ponerse en contacto con Claude Joseph Thiolier, en el momento del parto. Al parecer, fue el médico personal de la madre de Charlotte. Nada extraño, por tanto. Era probable que su esposa deseara una presencia familiar que la asistiera.

Llegó con diligencia a la habitación de Charlotte y abrió la puerta de una patada. Otra punzada de dolor le había arrancado lamento. La sintió estremecerse contra su cuerpo, y, por un momento, deseó poder hacer cualquier cosa para evitarle tal sufrimiento.

En un momento, la colocó en la cama. ¿Qué se hacía en esos casos? ¡Maldita sea, no sabía nada de eso! Esforzándose por mantener la calma, tendió sus temblorosos dedos hacia ella, y comenzó a soltarle el vestido.

—¿Qu-qué hacéis? —balbuceó ella confundida.

Van der Valck se pasó una mano por entre el cabello y tragó saliva—. Os ayudo a desvestiros. No podéis permanecer con toda la ropa puesta.

Observó cómo se ruborizaba, y lanzó una mirada aprensiva en dirección de la puerta—. Preferiría que fuera Grätel quien lo hiciera.

Entre colérico y preocupado, Leonardus le replicó—. Pero como Grätel no está aquí, seré yo quien se ocupe. ¿Tenéis algo en mi contra?

—¡Por supuesto! No puedo permitirlo... os lo ruego...

Él ignoró las súplicas, pero Charlotte no parecía dispuesta a resignarse. Agarró un joyero de la mesilla y se lo arrojó, que él logró evitarlo a duras penas.

—¡Calmaos, por el amor de Dios! —la reprendió, agachándose mientras una estatuilla de cerámica estaba a punto de estrellarse contra su cabeza—. ¡Maldita sea, Charlotte! Vuestro comportamiento es terriblemente infantil... no, ¡dejad inmediatamente ese abrecartas!

Ella apretó entre sus manos el objeto afilado, como si se hubiese tratado de un arma—. ¡Alejaos de mí! —le chilló completamente decidida.

Él se apartó un instante y lanzó una mirada fulminante a la puerta—. ¡Traedme al doctor! —gritó, cada vez más encolerizado.

Por fin, por la puerta apareció una criada. Venía con la respiración agitada, signo de que se había lanzado a la carrera en cuanto se había enterado de la emergencia. Van der Valck la miró furibundo durante un instante, para después indicarle a su esposa tumbada en la cama—. Ocupaos de ella. Hay que desnudarla y...

Grétel asintió, precipitándose sobre su ama, pero Charlotte no parecía, para nada, calmada—. Hacedle salir, por favor —suplicó, con lágrimas en los ojos.

Refunfuñando y muy contrariado, Leonardus se dirigió a la puerta—. De acuerdo. Esperaré fuera —le concedió, impaciente—. ¡Pero basta de inútiles caprichos!

Charlotte yacía en la cama presa de las contracciones. La habían desnudado y ayudado a vestirse un camisón, pero del médico aún no había noticias. La criada cogió un trapo humedecido y le refrescó la frente, empapada de sudor. Pero no sintió alivio alguno. Su respiración se había vuelto jadeante y se quejaba de cada contracción, presa de un loco temor. En ese momento, mientras la puerta se abrió de par en par, un hombre alto, de cabello ralo y barba espesa, entró en la habitación. Tan pronto como lo reconoció, Charlotte emitió un suspiro de alivio.

—Doctor Thiolier, ¿sois vos?

El anciano gentilhomme se le acercó con una amable sonrisa—. Sí, *madame*. Soy yo. Me ocuparé de vos, si me lo permitís.

Los ojos de la muchacha rompieron en lágrimas, mientras él la levantaba los bajos del camisón para examinarla. Charlotte dependía de su asistencia, confiada. Parecía haber agotado todas sus energías, mientras el dolor se había vuelto cada vez más insistente. Tenía la cara cubierta de sudor y la ansiedad no quería abandonarla.

—Saldrá todo bien, ¿verdad doctor? —preguntó con un hilito de voz, antes de que otra contracción le arrancase un gemido.

El hombre —que mientras tanto se había enrollado las mangas de la camisa y lavado meticulosamente las manos— se le acercó para examinarla de nuevo—. Ya casi estamos, *madame*. Un último esfuerzo.

Charlotte, con la cara enrojecida por el cansancio, le cogió del brazo con fuerza—. ¿Qué tengo que hacer?

—Empujad, niña mía. Con todas vuestras fuerzas, valor...

Hizo como se le había ordenado. Empujó con tal fuerza que casi se quedó sin respiración, para a continuación, dejarse caer sobre los almohadones, jadeante. El cabello se le había pegado al rostro mojado, pero se sentía tan extenuado que no lograba retirárselo. Luego llegó otra contracción, se concentró otra vez. Continuó un rato, entre gemidos y empujones. Por fin, la voz eufórica de Thiolier le pidió—. Así, *madame*. Ánimo, ¡el último empujón!

El menudo cuerpo de la muchacha se tensó hasta la extenuación, arrancándole un último grito de dolor. Luego, en la habitación se difundió el llanto de un recién nacido y los ojos de Charlotte se cubrieron de lágrimas.

Thiolier cogió en brazos la criatura y le echó una mirada tranquilizadora—. Es una niña —, murmuró, pasándosela a la criada para que la lavara—. Una niña en perfecto estado de salud.

Charlotte sonrió exhausta y cerró los ojos.

—Ahora, debéis reposar —le ordenó el médico.

—No, esperad... quiero verla. Dejadme tenerla entre los brazos, os lo ruego.

Pero Thiolier fue inflexible—. Más tarde.

Leonardus estaba sentado en la biblioteca del castillo con los ojos cerrados, y, entre las manos, una botella de brandy bastante mediocre. Se la llevó a la boca e ingirió un largo trago que, prácticamente, le abrasó el esófago. Era lo que más necesitaba en aquel momento.

En la planta superior, Charlotte seguía gritando. ¡Jamás en su vida se había sentido tan impotente! Le habría gustado ayudarla, aliviarla de cualquier forma. Habría querido... ¡maldito sea! ¿Desde cuándo se había convertido en un ser tan patético? Estaba prendado de ella como un pobre idiota.

En los últimos meses, no había hecho otra cosa que pensar en aquel ángel rubio. La deseaba desesperadamente: en la cama, en un sofá, ¡incluso en el suelo! Soñaba con poseerla en docenas de maneras distintas, y cuanto más trataba de alejarla de su mente, más aparecía ella en sus pensamientos. Se embrutecía con el alcohol todas las noches, para no ceder a la tentación de acabar en su dormitorio y hacerla suya. Pero todo era inútil. Ni siquiera la compañía femenina que disfrutaba en la taberna le proporcionaba alivio alguno. Había tratado de poseer los cuerpos de las diversas muchachas disponibles, pero en cada ocasión, el recuerdo de la única mujer que deseaba, se lo había impedido: no había conseguido apagar el fuego que sentía en su interior, y a la postre, hasta había dejado de frecuentar las prostitutas.

Se pasó una mano por el cabello, y echó otro largo trago de brandy, con la idea de aplacar su cólera. Charlotte había sido extremadamente clara: no le quería tener cerca. ¡Aquella muchachita le había aplastado como a un insecto fastidioso! Pero, ¿qué se esperaba? Él no era el padre de la criatura, no tenía ningún derecho sobre él.

Abrió los ojos, mientras otro gemido se propagaba por los desérticos corredores. ¿Cuánto tiempo hacía falta para traer un hijo al mundo? ¿Cuánto

duraría esta tortura? Se dio cuenta de que tenía un terror ciego a que algo pudiera salir mal. ¿cuántas parturientas perdían la vida durante el parto? ¿Y si le hubiera sucedido a ella? Ante esa remota idea, se sentía sofocar. Experimentaba la necesidad de protegerla, de mantenerla a salvo. Por el contrario, se veía obligado a permanecer apartado en aquella opresora biblioteca. Se llevó otra vez la botella a la boca, y bebió hasta vaciarla. Tuvo la impresión de que la cabeza estaba a punto de estallarle. Mezclaba las ideas, y los párpados empezaron a pesarle. Charlotte le pedía ayuda, pero él no conseguía moverse. Luego todo se puso oscuro.

El anciano médico se volvió hacia la doméstica, secándose la frente empapada de sudor. Charlotte se había dejado caer, exhausta, entre los brazos de Morfeo, y la recién nacida había sido lavada y vestida cuidadosamente. Era el momento perfecto para actuar.

—Grétel, id a coger una manta pesada con que la envolver a la pequeña.

Ella le dirigió una ojeada asombrada—. ¿Una manta, *monsieur*?

—Sí, una manta. Apresuraos, ¡maldición! Debemos sacar de aquí a esta criatura antes de que la madre se despierte.

Vio a la criada sobresaltarse, pero no se preocupó. Esas eran las órdenes que había recibido: deshacerse de la niña, después del parto. Para el emperador de Austria aquella neonata no era otra cosa que un estorbo. Había sido concebida en el pecado y, con toda probabilidad, sería un alivio para la misma madre deshacerse de ella y de todos los dolorosos recuerdos que le acarrearía.

—¿Entonces? ¿A qué estáis esperando?

La mujer parecía reflexionar—. ¡No podéis hacerlo! Mi señora enloquecerá de dolor. ¿Y cómo pensáis huir del castillo? El señor conde estará esperando que le llevéis a su hija. Ciertamente no os permitirá...

Thiolier resopló impaciente—. Ese hombre no es el padre de la niña. Seguramente, estará tan ansioso como yo por librarse de esta incómoda criatura.

La sirvienta siguió mirándolo horrorizada. Desde luego, era extremadamente fastidioso tener que vérselas con un servicio tan recalcitrante.

—Vamos, ¿queréis moveros? ¿O debo ser yo quien vaya a llamar al conde de Versay? Ciertamente, no querréis perder vuestro puesto de trabajo, ¿no es verdad?

La vio vacilar, pero, al final, se dirigió hacia la puerta. Thiolier dejó escapar un suspiro de alivio: ¡había jugado la carta correcta! Un instante

después, la mujer salió y volvió con la que le había pedido. Luego envolvió a la pequeña bastarda en la manta y se la entregó.

Leonardus despertó a duras penas, de un sueño agitado, con las primeras luces del alba. El tímido sol que penetraba a través de las cortinas le molestaba la vista y se vio obligado a tornar los ojos inmediatamente. Tenía un terrible dolor de cabeza y la boca pastosa.

Trató de alzarse, pero un imprevisto mareo le obligó a dejarse volver a caer sobre el sofá. Por un momento, no recordó cómo diablos había terminado en aquella habitación y por qué. Luego le volvió a la mente el rostro térreo de Charlotte, mientras gritaba con todas sus fuerzas.

Afinó el oído a la espera de un llanto, pero la casa estaba sumergida en el más absoluto silencio. Por fin, un grito rompió la penumbra de aquella mañana gris, y Van der Valck reabrió los ojos aterrorizado. ¿Las contracciones del parto continuaban? ¿Cuántas horas habían pasado desde que se había dormido tan vergonzosamente? Sin embargo, había percibido algo extraño en aquel grito. No parecía provocado por los dolores de las contracciones. Tenía algo de trágico y sobrecogedor.

Intentó de nuevo ponerse en pie, y se dirigió tambaleante a la puerta de la biblioteca. La abrió en el mismo instante en que otro grito rasgó el aire. Se sobresaltó, como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el estómago. Por último, un llanto desesperado resonó por los corredores del castillo.

Era el llanto de Charlotte, pensó Leonardus aterrorizado. Dejó de respirar durante un segundo mientras un escalofrío le atravesaba la espalda. Despreocupado del hecho de que a duras penas se mantuviese en pie, subió las escaleras a la carrera, hasta alcanzar la habitación de ella. Abrió la puerta de golpe, y se quedó casi aturdido cuando se percató de que el médico ya no estaba.

—¿Adónde ha ido el doctor Thiolier? —preguntó a la sirvienta que trataba de calmar a su señora.

—Se ha ido después de haber dado a luz a la niña, señor conde.

—¿La niña? —Luego el parto ya terminado, reflexionó asombrado. Pero entonces, ¿por qué motivo Charlotte seguía lamentándose?

Le lanzó un vistazo perplejo y observó que tenía los ojos cubiertos de lágrimas y gemía presa de la angustia más profunda.

—¿Qué diantre...? —empezó a preguntar, cuando los ojos vidriosos de ella se posaron sobre él.

—Vos, demonio sin corazón, teníais la tarea de protegerme. ¿Dónde demonios habéis estado hasta ahora? ¿Dónde estabais cuando se la han llevado?

—¿A quién se han llevado? —preguntó, cada vez más confundido. ¿Qué estaba sucediendo en la casa? ¿Habían enloquecido todos?

—¡Mi niña! —exclamó Charlotte con un ronco gemid—. ¿Dónde está mi niña? ¿Adónde la habéis llevado?

Horrorizado —ya que empezaba a comprender—, Van der Valck lanzó una mirada interrogativa a la criada que se dispuso a explicarlo con voz temblorosa—. El doctor Thiolier se la ha llevado, señor conde. Ha dicho que ese era el acuerdo establecido.

Una última y gélida mirada por parte de Charlotte lo atravesó como la hoja de una espada.

—Vos lo sabíais. Por eso lo habéis mandado llamar, ¿no es verdad? ¡Para que se llevase a mi niñita recién nacida! Sois el peor de los demonios. ¡Os odio!

Leonardus se sintió clavado al suelo. Él no sabía nada. Probablemente había sido el emperador el que había ordenado a Thiolier arrebatarse a la madre su criatura, y no se habían molestado en informarle de sus planes. Pero ella nunca le habría creído, ¡maldita sea!

Sin la más remota idea de cómo defenderse de aquella acusación infundada, se giró y abandonó la habitación en el más absoluto silencio.

Una semana después

Leonardus estaba sentado en el comedor y jugueteaba con un vaso de madera entre las manos. Ante él, el puesto de Charlotte estaba vacío. Suspiró. En el castillo, los días pasaban con exasperante lentitud y la joven se había encerrado en su dolor: no quería ver a nadie y se negaba a comer. La cocinera había hecho de todo para prepararle deliciosos manjares, pero Grätel siempre había devuelto la bandeja intacta.

Prestó atención a la criada que le estaba informando de que, tampoco este día, su esposa bajaría a acompañarle.

—Os juro que lo he intentado todo para convencerla —sollozó, preocupada—. Se niega a comer y a beber. Continúa repitiendo que quiere recuperar a su hija. ¿Qué tengo que hacer?

Un rayo de cólera atravesó la mirada de Van der Valck. Esto era demasiado. ¡Si continúa así, morirá de inanición!

Se levantó de pronto, dejando el vaso en la mesa con un gesto impaciente.

—Yo me ocuparé de eso —sentenció, serio. A continuación, con pasos decididos, salió de la habitación y subió las escaleras de dos en dos, hasta encontrarse ante la habitación de Charlotte. No perdió el tiempo en llamar a la puerta, y entró como una furia. La habitación estaba inmersa en la penumbra, ya que, desde el día del parto, su joven esposa no había querido que se filtrase ni un solo rayo de sol y había hecho correr las cortinas.

Cada vez más impaciente, se acercó a las altas ventanas y descorrió las cortinas, antes de volver a mirar, de manera hostil, el cuerpo de Charlotte, hundido en la cama.

Ella no se movió, pero emitió un agudo lamento—. ¡Cerrad las cortinas! —, ordenó, pensando, probablemente, que tenía en frente a la criada—. Esta luz me ciega...

Van der Valck no se descompuso—. Levantaos, y cerradlas vos misma — dijo, fríamente—. Pero os advierto que no os permitiré que os sepultéis en esta habitación. Necesitáis luz y aire. ¡Aquí dentro no se respira!

Charlotte levantó fatigosamente su cabeza, hundida en el almohadón, para dirigirle una mirada cansada—. Si os parece que el aire de aquí dentro está viciado, nadie os obliga a quedaros. ¡Marchaos!

Él se colocó frente a ella, con la mirada amenazadora—. No. No lo haré.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Qué queréis de mí?

—Quiero que os levantéis, os vistáis, y vengáis conmigo al comedor.

La joven se quedó confundida por un instante. Luego dejó caer la cabeza sobre el almohadón, como si el solo acto de tenerla levantada le fuese insoportable—. No tengo hambre —respondió, en un susurro.

En ese momento, Van der Valck se le aproximó y apartó el montón de mantas bajo las que estaba sepultada—. Lo mío no es una petición. Es un orden: os quiero allí abajo en veinte minutos exactos.

En sus ojos apáticos brilló una luz de desafío—. ¡He dicho que no tengo hambre! —respondió, más decidida.

—Vos comeréis. Y si hace falta, yo mismo os daré de comer, como se hace con una niña caprichosa. ¿Me habéis entendido bien?

—¡No! —gritó como respuesta, con el rostro torcido por un odio profundo.

Por lo menos ha reaccionado, pensó Leonardus optimista, para a continuación sujetarle por lo hombros y agitarla—. No me hagáis perder la paciencia.

Mientras la sujetaba sintió sus frágiles huesos entre sus dedos. Había adelgazado muchísimos y tenía un color de la tez pálido y enfermizo.

Algo se desencadenó en su interior, más allá de la impotente rabia. Le cogió los labios en un beso furioso y apasionado, sujetándola firmemente contra él, e ignorando sus intentos de defensa.

Charlotte probó a soltarse, a golpearle y a arañarlo, pero no logró nada. Sus labios continuaron moviéndose con fuerza sobre los suyos, que se abandonó entre sus brazos. La boca de Charlotte se abrió bajo la suya, como en una muda invitación. Descubrió con placer lo que era el beso de un ser inocente, en su primera experiencia. A pesar de que ya no fuese virgen, no debía haber besado jamás antes. Esa idea le hizo hervir la sangre de las venas. Enfatizó el beso, recorriendo la boca con la lengua y ella emitió un pequeño gemido. Con enorme sorpresa, Leonardus sintió que se excitaba y que respondía. La sangre se le subió a la cabeza. Su sabor y su perfume le causaron un intenso deseo, casi primitivo. Por un momento temió perder el control, pero logró reaccionar y evitar aquel remolino de emociones pudiesen atraparlo. Cuando se separó de ella, ambos temblaban y respiraban afanosamente.

—Escuchadme —dijo él más calmado—. Hagamos un pacto.

Ella dudó. Parecía profundamente turbada—. ¿Qué pacto?

—Ahora, vos os levantáis de la cama, y permitís a Grätel que os lave y os vista. Luego, bajad al comedor, como os he pedido y yo, a cambio, os prometo que haré cuanto esté en mi poder para devolveros a vuestra hija.

Los ojos de Charlotte se iluminaron de esperanza mientras respondía, insegura—. ¿De verdad lo haréis?

—Os doy mi palabra.

La vio dudar mientras su mente trabajaba febrilmente, tal vez, preguntándose si podía fiarse de él. Luego la escuchó preguntar con un hilillo de voz—. ¿Por qué?

—¿Por qué?, ¿qué?

—¿Por qué hacéis esto por mí?

—Porque es mi deber preocuparme por vuestro bienestar.

CAPÍTULO 8

Sola en su habitación, Charlotte siguió mirando la puerta, confundida. Van der Valck le había besado, y ella no solo se lo había permitido, sino que también había correspondido con una pasión que la había sorprendido. Él le había mostrado una parte de sí misma que le resultaba desconocida: un lado ardiente y salvaje que rompía con su racionalidad y su innata timidez.

Cuando la boca de Leonardus se había apoderado de la suya, la primera sensación había sido la de miedo. Había intentado apartarlo, luchar contra él con todas sus fuerzas, pero había sido inútil. Luego, el calor de sus labios y la fuerza que emanaba de su masculino cuerpo excitado habían realizado el milagro: había abierto la boca para él, aceptando su exigente lengua. Después de un primer momento de desconcierto, ya no había tenido ningún temor por lo que pudiese sucederle. No habría sabido definir la sensación vivida, pero, seguramente, era muy próxima al deseo: un insólito calor la había envuelto. ¡Ay!, ¡había sido delicioso! Se sonrojó solo de volver a recordarlo, mientras alguien llamaba a la puerta.

—¡Entrad!

Grätel avanzó titubeante. Tal vez, temía que la echasen de malas maneras, como le había sucedido en los días anteriores. Pero el pacto que Charlotte había sellado con Van der Valck le impedía rebelarse. Además, ella no se dejaba doblegarse por el dolor. Tenía que reaccionar, ¡de algún modo!

Permitió que la criada se ocupase de ella: le preparó un baño caliente y luego la vistió y peinó cuidadosamente.

—Deberíais haceros vestidos nuevos, *madame* —le aconsejó Grätel mientras le cerraba el corpiño del vestido, tirando de las cintas de la espalda con movimientos decididos—. Ahora estos son demasiado anchos.

Comprendió que no se refería solo al hecho de que hubiese perdido peso durante los últimos días. Los vestidos que había llevado hasta aquel momento habían sido confeccionados, exclusivamente, para una mujer encinta, pero, ahora que había dado a su hija, había vuelto a ser delgada como un junco.

¿Qué pensaría Van der Valck de su forma recuperada? ¿La consideraría demasiado flaca y carente de atractivo? Se ruborizó de nuevo, asustada ante lo absurdo de sus pensamientos. ¿A ella qué le importaba la opinión que ese hombre pudiese tener de ella? Sin embargo, se había dejado besar por él, de

un modo, que solo podía calificarse de indecente. Por un momento, había olvidado todo su sufrimiento y había vuelto a la vida. Se sintió casi culpable por haber deseado que la besase una y otra vez, hasta embriagarla. ¿Qué le había pasado? Debería odiar a Van der Valck por haber permitido que le quitaran a su pequeña. En cambio, cuando estaba con él, se hallaba a merced de emociones encontradas que la confundían y la aterrorizaban.

¡Basta! De ahora en adelante, tenía que concentrarse en una única cosa: la recuperación de su hija. Nada más tenía importancia. Observó su propia imagen en el espejo y asumió una expresión decidida. Obligaría a Van der Valck a mantener su promesa, aunque fuese la última cosa que hiciera.

Cuando la vio aparecer bajo el umbral del comedor, Leonardus se puso en pie y le saludó inclinando ligeramente la cabeza. Luego le movió la silla para permitirle sentarse y se colocó frente a ella.

—Así estáis mucho mejor, Sophia —dijo, sin apartar los ojos de ella. Estaba delgada y palidísima, pero tenía en los ojos una luz nueva que le fascinaba.

Ella le devolvió una mirada escéptica—. En realidad tengo que estar horrible. Pero no importa. Lo que cuenta es que vos me ayudéis a localizar a mi hija.

—¿Dudáis de mi palabra?

—Dudo que logréis mantenerla. ¿Cómo podéis estar seguro de...?

Él la silenció con una mirada—. Hablaremos de esto después. Ahora vos debéis mantener la palabra que me habéis dado. ¿Recordáis nuestro pacto?

—Aquí estoy, *monsieur le comte* —respondió, con una pizca de ironía—. ¿No es una prueba del hecho que yo haya respetado nuestro pacto?

Él continuó observándola con severidad y movió un plato en su dirección—. Debéis comer, Sophia. Esto es muy importante. Desde luego, no será de gran ayuda a vuestra niña si renunciáis a alimentaros hasta consumiros. Necesitáis manteneros con fuerza para cuando la tengáis de nuevo entre vuestros brazos.

Los ojos de Charlotte se cubrieron de lágrimas, pero se los secó con un gesto de rabia, casi como si se avergonzara por ceder a tal debilidad en su presencia. Sobre su rostro, lograba distinguir emociones contrastadas: recelo, esperanza y algo más que no conseguía definir. Atracción, ¿quizás? ¿Era posible que se sintiese atraída por él? Le había devuelto el beso, pero se había tratado de una debilidad momentánea. Ambos estaban enfadados, y claramente excitados. Aquel beso no significaba nada.

Se obligó a ignorar el impulso de verificar hasta qué punto le había gustado, y continuó observándola en silencio. Le vio sujetar con los dedos temblorosos la cuchara y llevarla a la boca con una lentitud exasperante. A duras penas, tomó la crema de puerros. A continuación, se sirvieron estofado de pato y *strudel* de miel.

Van der Valck se aseguró de que no dejase siquiera una miga en el plato, despreocupado ante las miradas impacientes que ella le lanzaba de vez en cuando. Era necesario que se alimentara, si quería recuperar las fuerzas. En ese tema no estaba dispuesto a ceder.

—La encontrareis, ¿no es cierto? —La voz de ella le cogió por sorpresa. Había tragado el último bocado y ahora le miraba con aire desafiante—. Juradlo.

Él le respondió con una sonrisa de satisfacción—. Lo juro. Pero ahora debéis hacer algo más por mí.

—¿Qué?

—Saldremos a dar un paseo.

Charlotte abrió los ojos de par en par—. Pero sabéis de sobra que me está prohibido...

—¡Me importan un bledo las órdenes del emperador! —explotó él, dando un puñetazo sobre la mesa. Luego, con un tono más calmado y conciliador añadió—. Lo que cuenta, más que cualquier otra cosa, es vuestra salud. Y vos necesitáis salir al aire libre. Hoy hay un sol estupendo, ¿no deseáis contemplarlo? Nos quedaremos en el interior del jardín y nadie os verá, os lo prometo.

Charlotte se encaminó al lado de Van der Valck a lo largo de un sendero que bordeaba un pequeño lago artificial. El verano ya estaba a las puertas, y la temperatura era mucho más agradable. En los jardines que circundaban el castillo, flores perfumadas y de vivos colores daban una bella muestra de sí mismas. Se detuvo a recoger una rosa, aspirando su perfume. Se sentía eufórica ante el idílico escenario que se abría delante de sus ojos.

—Tened cuidado con las espinas —le ordenó Van der Valck. Pero en vez de irritarla, su franco interés la sorprendió. ¿Era posible que se preocupara por ella, y que no estuviera animado únicamente por el sentido del deber? ¡Era de tontos solo pensarlo!

—Pareéis mi nodriza, *monsieur*. Ya no soy una niña, ¿lo sabíais?

Él sonrió y le indicó un banco de mármol a pocos pasos del lugar donde se encontraban.

—Sentémonos allí —propuso, ignorando su velado reproche—. No debéis fatigaros en exceso.

En esta ocasión, Charlotte no tuvo nada que replicar. Se sentó a su lado, aspirando una buena bocanada del saludable aire de la montaña.

Entre ellos se hizo el silencio. Charlotte sujetó la rosa entre los dedos y miró de reojo a Van der Valck, que tenía la vista fija en un punto impreciso delante de sí, absorto en sus pensamientos. Ella se sentía incómoda: no estaba habituada a estar en compañía de aquel hombre enigmático. En los últimos meses, habían vividos existencias separadas, y para ella continuaba siendo un perfecto desconocido. ¿Quién se escondía detrás de aquella apariencia seria y distante? ¿El desenfrenado libertino que todos dibujaban, o bien, el hombre amable que tanto se interesaba por su salud?

—Habladme de vos —dijo de pronto curiosa.

Él se volvió para mirarla, asombrado—. ¿Qué deseáis saber, *madame*?

—Por ejemplo, ¿por cuál motivo habéis aceptado el encargo de protegerme? ¿No tenéis una familia que os espera en algún lugar?

Van der Valck pareció dudar, antes de responder. Se mostraba reacio a confiarse con ella.

—Por supuesto. Mis padres viven en Colonia. Mantengo con ellos una abundante correspondencia. Por lo demás, mi trabajo como diplomático me llevaba a viajar a menudo, antes también.

—Pero seguramente, no es lo mismo. Imagino que os será difícil volver a casa ahora que debéis ocuparos de mi persona. ¿Os han ofrecido tanto dinero como para convenceros de olvidar todo vínculo familiar?

Leonardus dejó escapar una ronca carcajada. «No fue solo el dinero el que me convenció.

—¿No? ¿Y qué entonces?

—Dudo que se pueda negarle nada al emperador. Habría podido destruir por completo mi carrera por un simple rechazo. He trabajado duro para obtener esta posición de prestigio y por nada del mundo habría tirado todo por la borda.

—¿Pretendéis decir que habéis aceptado vivir bajo una falsa identidad, apartado en este castillo, solo para no perder vuestro prestigio como diplomático?

Esa pregunta pareció irritarle. Le vio ponerse tenso y apretar las manos—. Vos no lo podéis comprender. Provengo de una familia de comerciantes caída en desgracia. Mi padre perdió toda su fortuna en el juego, y tuvo que hacer

innumerables sacrificios para permitirme estudiar. El único modo que tengo para devolvérselo es rehabilitando nuestro nombre. Es cierto, soy un hombre ambicioso. ¿Hay algo malo en ello?

Ella reflexionó un instante sus palabras—. No, supongo que no. No es justo que el hijo de un hombre caído en desgracia, se vea obligado a vivir en la vergüenza, sin poder obtener una redención. encuentro digno de elogio que hayáis intentado mejorar vuestra posición.

—Sin embargo, desaprobáis mi decisión, ¿no es así?

—No comprendo cómo se puede decidir renunciar a lo que se es, borrar los vínculos familiares, las amistades y todo lo demás, solamente por prestigio y poder.

—Imagino que, para quien siempre ha tenido desde su nacimiento, prestigio y poder, estos sean valores de poca importancia.

Entonces, ¿él la consideraba una frívola aristócrata acostumbrada a vivir entre algodones? Esas palabras la hirieron.

—Y yo imagino, *señor*, que quien posee aún una familia no logre percibir su importancia como para quien ya no la tiene.

Van der Valck palideció. Evidentemente, se había dado cuenta de haber cometido una *torpeza*. Pero ella ignoró su mirada arrepentida. Estaba demasiado irritada para olvidarlo.

—Daría todo lo que tengo por poder pasar solo una hora con mis padres y mis hermanos. Me amarga pensar que vos hayáis renunciado con tanta facilidad a vuestros afectos, para apropiaros de un título nobiliario.

El hombre suspiró. Lo vio ponerse en pie y pasarse una mano por el cabello, alborotándolo—. Tal vez, la mía no haya sido una familia cariñosa como la vuestra —le respondió inquieto, volviendo a sentarse. Sus ojos se cruzaron por un instante, y Charlotte leyó en ellos un dolor profundo que, sin embargo, se desvaneció de improviso. ¿Solo se lo había imaginado, o por un momento, él le había mostrado algo que le atormentaba?

—Perdonadme.—. dijo Charlotte, susurrando—. No tengo ningún derecho a reprobaros en vuestras decisiones. Solo lamento que os veáis obligado a trascurrir todo vuestro tiempo en compañía de una persona que despreciáis.

Él se sobresaltó, incrédulo—. Yo no os desprecio en absoluto. ¿Cómo se os ha ocurrido eso?

Ella continuó jugueteando nerviosamente con la rosa. Agachó la cabeza, mientras su rostro se cubrió de un intenso rubor.

—Desde que vivimos aquí, no habéis hecho más que evitarme. Transcurris todas las noches en la taberna del pueblo, y yo pensaba que... —no terminó la frase, dominada por la vergüenza.

Van der Valck le arrancó la rosa y le cogió sus manos, en un gesto que le daba consuelo y, al mismo tiempo le ocasionaba un profundo desasosiego.

—Miradme, Charlotte. —Ella levantó la mirada, asombrada por el hecho de que hubiese usado su verdadero nombre. Los ojos de Van der Valck ardían de una pasión que para ella era desconocida—. Que evite vuestra compañía no significa que os desprecie, ¿no lo habéis comprendido?

No. En realidad no lograba comprenderlo. Le miró fijamente, insegura, mientras él acercaba la boca a sus labios. Solo al final se dio cuenta de que estaba a punto de besarla. Otra vez. La boca de Leonardus rozó la suya y su cuerpo reaccionó inmediatamente al contacto. Los latidos de su corazón se aceleraron enloquecidos, y advirtió una extraña sensación en la boca del estómago. La lengua de él se deslizó sobre el labio inferior mientras los dientes mordisqueaban su suave carne, suscitando en ella una reacción que le costaba comprender. La cabeza empezó a darle vueltas como en un remolino, y casi sin darse cuenta, le puso los brazos en el cuello, acercándose. El beso se hizo más intenso. Sus lenguas se entrelazaron en una danza sensual y erótica, hasta que él se apartó, dejándola aturdida y jadeante.

—¿Comprendéis ahora por qué transcurro todas las noches lejos de aquí? ¿Comprendéis el deseo que me abrasa cada vez que os miro? —Van der Valck posó sus labios temblorosos sobre el cuello de ella, arrancándole un gemido apagado. Luego, Charlotte cerró los ojos para abandonarse a sus inflamados besos. Se sentía extraña. Los senos le dolían mientras se apretaba más a él, y entre las piernas percibía una extraña languidez. Por último, él la apartó, con los ojos oscurecidos por la pasión.

—Idos —murmuró, con un tono duro que le sorprendió.

—¿Cómo? —Charlotte no sabía si lo que había oído eran sus palabras o se las había imaginado.

—Idos u os tomaré aquí sobre este banco, ¡maldita sea! —respondió Van der Valck, levantándose de pronto y alejándose de ella.

Charlotte también se levantó y le miró asombrada durante un instante. Él estaba de pie, con los puños cerrados y le daba la espalda. ¿Por qué había reaccionado de esa manera? Profundamente afectada, se volvió y se marchó.

Una vez solo, Leonardus se acercó, a paso nervioso, al pequeño lago artificial. Se arrodilló, sumergió las manos en la fría agua y se lavó la cara,

permitiendo que el agua corriera a lo largo del cuello le refrescara el almidonado cuello de la camisa.

Una vez más, no había logrado su ardiente ánimo. Se habría merecido una buena azotaina por su desconsideración. Sus salidas nocturnas no le habían producido ningún alivio, reflexionó amargamente. Había buscado el olvido en el alcohol y en las mujeres de costumbres relajadas, pero la atracción que sentía por esa muchacha inocente no había disminuido en absoluto, incluso... Charlotte se había transformado para él en una obsesión de la cual no conseguía liberarse. Tal vez era precisamente su inocencia la que le atraía: sus ojos limpios y confiados y la bondad de su corazón que se manifestaba en su mirada cristalina.

Él, que era un alma condenada, deseaba ardientemente perderse en aquellos dos lagos azules, a la busca de una pureza, que había perdido hacía tiempo. Charlotte tenía razón: era un hombre ambicioso y sin escrúpulos. Justamente, igual que su padre.

Desde la infancia, se le había enseñado a codiciar riqueza y poder, y a obtenerlos incluso por medios ilícitos. En tiempos, su familia había gozado de un discreto bienestar, pero más adelante, su padre había contraído fuertes deudas, y, a la edad de 12 años, Leonardus se había visto obligado a trasladarse junto a sus familiares a otra ciudad, para evitar a los acreedores.

Aquellos habían sido años difíciles para la familia Van der Valck, pero él, en seguida había dado buena prueba de una marcada inteligencia y una actitud especial para el estudio. A la edad de 17 años, había frecuentado el renombrado Instituto de Colonia, donde se había diplomado con la máxima nota. Su padre había confiado en él para subir los peldaños en la escala social, y le había empujado a desear más, siempre más. Si hacía memoria de aquel periodo, recordaba no haber tenido tiempo para juegos, como los otros chicos de su edad. Pasaba jornadas enteras entre libros, y si no se aplicaba con constancia, su ambicioso y ávido padre le golpeaba sin piedad. No había motivo de asombro si no sentía por él el apego afectuoso que, normalmente, un hijo otorga al propio padre. Para él solo existían el deber y el estudio, de manera que así estos pudiesen garantizar a su familia las comodidades que tanto anhelaba.

Y lo había conseguido. Luego del Instituto, había sido aceptado en la facultad de derecho de Colonia, que, sin embargo, tuvo que abandonar al año siguiente por no haber cumplido plenamente su plan de estudios. Más adelante, se había licenciado en leyes en la universidad de Gotinga, y se había

trasladado a París, donde había frecuentado los grupos más importantes de la juventud aristocrática. Había sido allí, durante aquel periodo, que había descubierto el placer del juego y las bellas mujeres, pero la familia no había apreciado su debilidad, y para hacerle sentar la cabeza, su abuela le había dado el dinero necesario para comprarse un puesto de oficial en el ejército francés. Una vez obtenida la licenciatura, y siempre gracias a las amistades de la abuela, había emprendido la carrera diplomática con gran éxito.

Su padre aún se vanagloriaba ante amigos y conocidos de lo lejos que había llegado su hijo. Sin embargo, a él le habían faltado el afecto y el cariño de una familia, y quizás, precisamente por eso, nunca había creído en el amor, que consideraba una boba fantasía femenina.

El dinero y el poder le habían garantizado el acceso a los ambientes aristocráticos más exclusivos, entre otras cosas. También las relaciones con el sexo débil se habían visto facilitadas por su cuenta en la banca. Las mujeres se lanzaban a sus pies con la tentativa de conquistar lo que consideraban un buen partido, hecho que había agigantado en él la mala opinión que ya tenía del género femenino. Para él, las mujeres solo eran hábiles manipuladoras. Por este motivo, prefería buscar el propio placer entre los brazos de las cortesanas, antes que dejarse embaucar por una dama de la alta sociedad. Estaba seguro de que nunca se enamoraría, pero en cambio... ¿era amor lo que sentía por Charlotte? Desde luego, era algo que jamás había sentido por ninguna otra. Se llamó estúpido por enésima vez: tenía que hacer todo lo posible por olvidarla. Probablemente, la promesa de encontrar a su hijita desaparecida le serviría de ayuda. Tenía una desesperada necesidad de una distracción. Se dirigió hacia el castillo, sintiéndose más tranquilo.

Ajena a los pensamientos que agitaban la mente de Van der Valck, Charlotte había vuelto a su habitación y se había echado en la cama envuelta en lágrimas. Se sentía confundida. Si Leonardus afirmaba desearla, ¿por qué la había rechazado? ¿Había sido tan torpe e inexperta como para alejarlo? ¿Era por ese motivo que él anteponía las prostitutas a ella? Le habría gustado tener el encanto y el atractivo de una dama sofisticada, pero los años de prisión la habían transformado en una chica esquiva y tímida. ¿Cómo podría conquistar a un hombre de mundo como él?

Solo en ese momento se percató de la importancia que había adquirido Leonardus en su vida. Ya solo el hecho de que hubiese empezado a pensar en él, simplemente como *Leonardus*, era buen indicativo. ¿Cómo había podido ser tan necia de enamorarse de él? Aquel hombre le rompería el corazón y se

lo reduciría a cenizas. ¡Desde el inicio había sido advertido de que se trataba de un libertino sin escrúpulos!

Se secó las lágrimas con un gesto de rabia, y luego se sentó sobre la cama. La misma cama en la que había dado a luz a su pequeña. De ahora en adelante, debería pensar solo en cómo hallarla. Entregarse al amor era una cosa ridícula, además de inútil. Nadie podría amarla. Solo pensarlo era estúpido. Solo su niña podría darle ese afecto que tanto deseaba, pero por desgracia, se la habían arrebatado de sus manos.

—Te prometo que te encontraré, pequeña mía —dijo con un hilito de voz—. Aunque tenga que recorrer el mundo entero, tú volverás con tu madre.

CAPÍTULO 9

Leonardus observó el imponente edificio que se levantaba ante él y entró. En seguida, se le escapó un silbido de admiración de sus labios entreabiertos. Del exterior, el Hotel Waldstätterhof tenía el aspecto de un castillo medieval, pero su interior estaba decorado con gusto y delicadeza: alfombras orientales, sillas y sillones de brocado y, en el fondo del hall, el mostrador de madera del *conçierge* estaba tan reluciente que casi se podía uno reflejar en él. De manera espontánea, se preguntó por qué motivo se había construido con semejante esplendor, en un lugar olvidado de la mano de Dios como aquel. Quizás el arquitecto estuviese ebrio y pensara que tuviese que rivalizar con la elegancia de los palacios franceses. Por tanto, no había por qué asombrarse si el doctor Thiolier había decidido alojarse precisamente allí.

Después de mirar cuidadosamente a su alrededor, se acercó al mostrador, en el que dejó caer un saquito de moneda. El *conçierge*, un joven alto y desgarbado, con el cabello de un tono rubio tan claro que parecía blanco, le sonrió con expresión interrogativa.

—¿Deseáis una habitación, señor?

—No, deseo cierta información.

El joven frunció el ceño; los ojos se clavaron en el saquito de monedas que estaba a la vista.

—¿Qué tipo de información? Las reglas del nuestro hotel son muy claras: no estoy autorizado a...

—Un cierto doctor Thiolier ha sido vuestro huésped, la semana pasada — continuó Leonardus, ignorando las objeciones del *conçierge*—. Querría saber si cuando ha abandonado el hotel, llevaba consigo una recién nacida.

El rubio *conçierge* abrió la boca para a continuación, cerrarla bruscamente, casi al instante. Sacó del bolsillo de los calzones un pañuelo de lino y se secó la frente cubierta de sudor. Mientras tanto Leonardus empezaba a impacientarse: posó ambas manos sobre el mostrador, con un golpe.

—No he escuchado vuestra respuesta... —el otro se humedeció los labios y volvió a pasarse el pañuelo por su rostro amarillento.

—Una extraña pregunta, la vuestra. ¿Por qué os interesa saber si nuestro huésped...? —en un instante, Van der Valck levantó al joven por el cuello de la camisa, con los ojos finos como alfileres.

—Oídmeme, mi hija fue raptada la noche de su nacimiento, y fue ese médico francés quien asistió a mi mujer durante el parto. Ahora bien, o decidís colaborar, o bien me veré obligado a patearos hasta que me deis toda la información que os he pedido. ¿He sido lo suficientemente claro?

No se preocupó de haber mentado, al sostener que era el padre de la niña. ¡Diantre!, aunque no lo fuera desde un punto de vista biológico, él *era* el padre de la criatura. ¡Charlotte era, a todos los efectos su esposa! El *conçierge* palideció aún más y tragó saliva un par de veces. Leonardus apretó aún más la presa, rechinando los dientes.

—Está bien —suspiró el joven—. Si se trata de una cosa tan grave, dejadme que controle en nuestro registro. Si el médico del que habláis tenía consigo una niña, sin duda, tiene que estar registrada.

Leonardus asintió y le dejó marchar, sin por ello, perderle de vista. Le vio aferrar un libro colocado en el mostrador y hojearlo cuidadosamente. Pasó algunas páginas, siguiendo las líneas con un dedo, hasta que encontró lo que buscaba. Entonces golpeó con una mano sobre la hoja, exclamando—. ¡Aquí está! La semana pasada se registró un cierto Thiolier, acompañado por su esposa y la hija adoptiva.

—¿Perdón?

El rubio *conçierge* se tocó la frente con la mano—. ¡Ahora recuerdo aquella pareja! El nombre no me decía nada, pero estoy seguro de que se trata de un hombre y una mujer de una edad ya avanzada. Me contaron su desdichada historia: desde hacía mucho tiempo deseaban un hijo, pero su unión no había sido bendecida con la llegada de un heredero. Antes de abandonar el hotel, han adoptado una niña, que fue bautizada en la iglesia del pueblo con el nombre de... esperad, lo controlo en el registro... aquí, sí, Anne Marie Josephine de Plataret Thiolier.

Leonardus cerró los ojos. No sabía si sentirse aliviado o furioso. Era un alivio el hecho de que el médico francés hubiera decidido retener la pequeña, en vez de confiarla al emperador: no estaba seguro del fin que podría tener en las manos de aquel hombre sin escrúpulos. Al mismo tiempo, le habría encantado matar con sus propias manos a Thiolier por haberse apropiado de una hija que no le pertenecía.

Una sonrisa tensa curvó las comisuras de la boca, cuando su mirada se posó de nuevo en el *conçierge*.

—Os agradezco vuestra ayuda —murmuró con un hilito de voz. Luego se dirigió hacia la salida, hecho una furia. Solo quedaba por descubrir adónde se

había llevado el matrimonio Thiolier a la pequeña, tarea nada fácil.

Segundos después, Leonardus alcanzó el landó que había dejado estacionado fuera del hotel. Tomó asiento en el pescante y espoleó los caballos a todo galope, en dirección del castillo de Heidegg. Solo tenía una idea en mente. ¿Qué podía decirle a Charlotte? Ciertamente, no le sería fácil aceptar el hecho de que su hija había sido adoptada, sin su permiso.

En el camino, pasó por delante de una serie de pequeños negocios, entre otros, una sastrería. Pensó que, tal vez, Charlotte podía necesitar vestidos nuevos, y se detuvo. Sentía el impulso de cubrirla de regalos, con la esperanza de distraerla de los últimos acontecimientos. Por tanto, descendió del carruaje y entró en el negocio.

Una dependienta de mediana edad, de rostro redondo y sonrisa sincera, se le aproximó amablemente—. *Bonjour monsieur*. ¿Qué deseáis?

—Buenos días. Querría ver vestidos para mi mujer. Necesita renovar por completo su vestuario con ropa elegante y refinada. ¿Creéis que podríais serme de ayuda?

La mujer se colocó mejor las gafas en su rostro mofletudo y movió ligeramente la cabeza—. Necesitaría tomar las medidas de la señora —dijo con un suave acento francés—. ¿Por qué no la acompañáis a mi negocio? Estaré encantada de confeccionarle nuevos vestidos a la moda y con las mejores telas.

Van der Valck se rascó la cabeza. ¿Cabía la posibilidad de que aquella mujer —de origen indudablemente francés— pudiese haber visto alguna vez, en persona, a la reina de Francia? ¿Sería capaz de reconocer a su propia hija? Desde luego, no podía arriesgarse ante semejante posibilidad.

—Desgraciadamente, mi mujer es delicada de salud, y no se aleja nunca del castillo —aclaró, recorriendo con la mirada el interior del negocio. Había varios maniqués con vestidos de una exquisita hechura. Algunos de ellos podrían ser aptos a la débil figura de Charlotte.

Mientras tanto, la mujer se había llevado las manos a la cintura, con aspecto circunspecto—. No puedo confeccionar ningún vestido si no conozco las medidas de vuestra esposa, *monsieur*. Si ella no se puede mover de casa, puedo ir yo a hacerle una visita. Normalmente no realizo servicio a domicilio, pero puedo hacer una excepción en el caso de vuestra esposa.

Van der Valck le dirigió una mirada gélida, que habría que habría descorazonado a cualquiera que hubiese actuado contra sus disposiciones—. No hay razón para que os molestéis, *madame* —respondió—. Conozco de

memoria las medidas de mi esposa; puedo daros todos los detalles que preciséis. Y vendrían bien vestidos ya confeccionados. Tengo cierta prisa.

La mujer se ruborizó ante la decidida mirada. La velada insinuación de sus palabras le habían provocado un repentino sonrojo de sus mejillas y Leonardus esbozó una sonrisita. ¡Si hubiese sabido que Charlotte y él jamás habían compartido el lecho conyugal!

—*Oui, d'accord* —exclamó, tratando de ocultar sus ardientes pensamientos—. ¿Por qué modelo queréis comenzar? ¿Vestidos para paseo, de equitación, de noche?

—Para comenzar, querría ver vestidos para paseo. Voy a necesitar, por lo menos, una decena. Además, tres vestidos de noche. Mi esposa y yo no tenemos una gran vida social, pero para cualquier contingencia... me harán falta calzas, zapatos, sombreros...

—¿Y ropa interior? —Sugirió maliciosamente la modista.

Van der Valck le siguió la corriente y le devolvió una mirada cautivadora—. ¿Por qué no? ¿Tenéis algo que sugerirme?

—*Certainement!* Tengo corsés de encaje, verdaderamente deliciosos, *monsieur*. ¿Deseáis verlos? Y, además, un estupendo camisón de seda. Caeréis a sus pies, cuando lo lleve puesto.

Van der Valck se abstuvo de observar que no necesitaba verla con ropa refinada para caer rendido a los pies de Charlotte. Era ya, irremediablemente, víctima de su hechizo. Sin embargo, solo imaginarla con aquel camisón de seda le provocó una incómoda ansiedad que se apresuró a disipar. ¿No había decidido quitársela de la cabeza? Entonces, ¿por qué había terminado en un *atelier* de moda, para comprarle ropa interior? Por primera vez en su vida se sintió incómodo haciendo compras para una mujer. Jamás le había sucedido cuando acompañaba a sus amantes a las sastrerías de moda.

Con un suspiro frustrado devolvió su atención a vestidos más sobrios—. También necesitaría un equipo completo de equitación, *madame*...

—Tissot. Podéis llamarme *madame* Tissot.

Charlotte se quedó con la boca abierta cuando le llegó la marea de paquetes del *atelier* de *Madame* Tissot. Abrió nerviosa las cajas, y casi no podía creer lo que veía al desenvolver vestidos, corpiños, combinaciones y corsés de encaje. Y además zapatos, medias de seda y sombreros de moda. Lanzó una mirada de asombro a Grätel que le sonrió cariñosamente.

—Regalos de vuestro marido, condesa —precisó. Parecía satisfecha, como si hubiese sido ella la que había recibidos todos aquellos presentes—.

El conde está completamente loco por vos, si ha decidido gastar tanto dinero en haceros feliz.

Ella se ruborizó y apartó la mirada, volviendo a examinar los vestidos guardados en las cajas. Van der Valck tenía un gusto exquisito, tenía que admitirlo. Este hecho, sin embargo, le causó una punzada de celos: ¿a cuántas mujeres había hecho regalos así? Apartó esa molesta idea. Su marido se había comportado muy gentilmente; incluso había respetado el luto que llevaba, comprándole solo vestidos de tonos oscuros. Solo el camisón había sido confeccionado con finísima seda, color marfil. Jamás había poseído una prenda como aquella: ¡sensual y provocadora! Un ligero escalofrío le recorrió de arriba a abajo, mientras imaginaba el efecto que produciría en Leonardus, el verla vestida con semejante ropa. Era terriblemente licenciosa.

Con manos temblorosas, lo apartó y pasó a examinar un vestido de noche morado. Era de cintura alta, como lo exigía la moda del momento, y con amplias mangas dolmán. La combinación, de encaje negro, le confería a la prenda un toque elegante.

—¡Me pondré esa! —exclamó decidida—. Ayúdame a prepararme para la cena, Grätel.

La mujer asintió. Tenía una mirada divertida en los ojos, como si le hubiera contagiado su alegría.

—Estaréis hermosísima, madame —le respondió, apresurándose a ayudarla—. El conde se quedará fascinado con vos, estoy segura.

Charlotte trató de ignorar la profunda satisfacción que aquellas palabras le provocaron, y se limitó a responderle a la criada con una tímida sonrisa. Luego, se dejó ayudar a cambiarse de vestido, y, cuando se volvió a mirar en el espejo, la imagen que vio reflejada le pareció pertenecer a otra mujer: el vestido morado viola se ajustaba perfectamente a su cuerpo, envolviéndola como una segunda piel y resaltando sus sinuosas curvas. Durante los últimos días, había recuperado un poco de peso y —aunque pareciese aún muy delgada y menuda— el efecto era bastante satisfactorio.

Sus senos, pequeños y redondos, se transparentaban por el atrevido escote, si se estiraba la tela del vestido en ese punto. También destacaba la sutil cintura, e igualmente, las curvilíneas caderas. La moda más reciente había suprimido el uso de tontillos y miriñaques, por lo que hacía falta confiar en las propias dotes físicas, para presumir de unas nalgas redondeadas.

—Me gustaría saber cómo habrá hecho mi marido para adivinar, de una manera tan precisa, mis medidas —se preguntó, admirando su propia figura.

Grétel dejó escapar una risita maliciosa—. Evidentemente, el señor conde tiene ojo de experto en estas cosas.

Charlotte se sobresaltó y, un improvisado rubor coloreó sus mejillas. Sí, indudablemente, Leonardus sabía cómo hacerlo. En el fondo, ¿no era un conocido libertino? Aquella idea, le provocó un ligero malestar, y cuando se lo encontró en el comedor, estaba tensa como la cuerda de un violín.

Leonardus estaba de pie, frente a la venta del comedor cuando oyó un suave ruido de pasos a sus espaldas. Se volvió y casi se le cortó la respiración: ¡Charlotte estaba hermosa como una diosa!

El vestido le quedaba como un guante, y el color morado resaltaba su cutis de alabastro, mientras que sus sonrosadas mejillas le conferían un atractivo irresistible. Se preguntó si habrían asumido el mismo color durante el encuentro amoroso y tuvo que reprimir un gemido apagado solo de pensarlo. Tenía las manos sudadas, mientras su mirada recorría la sutil figura de su esposa, para terminar, posándose en el escote. Se resistió a la tentación de secarse las palmas en las calzas, y se irguió. Su tonta reacción era la misma de un chico inexperto, la primera vez que se encontraba delante de una mujer desnuda. ¡Y ella estaba completamente vestida! ¿Qué efecto le produciría desnudarla?

—Os debo agradecer vuestra premura, *monsieur* —dijo Charlotte, plegando sus labios en una sonrisa—. Los vestidos que me habéis regalado son fabulosos. Hacía tiempo que no vestía prendas tan estupendas.

Él se esforzó por apartar la mirada de sus labios. Parecían pétalos de rosa y la tentación de probarlos era tan fuerte, que resultaba un incordio.

—No tenéis que agradecermelo —respondió, intentando mantener un tono de voz firme—. Es mi deber ocuparme de todas vuestras necesidades.

—¿Decís de *todas* mis necesidades?

¿Se equivocaba o le había dado a su frase una entonación cargada de malicia? Debía estar a punto de enloquecer. Tragó saliva y se acercó a la mesa ricamente servida, apartándole la silla y permitiéndole tomar asiento.

—Ciertamente, Sophia —dijo, con un tono de voz demasiado apagado.

Ella recorrió la distancia que les separaba con paso decidido, la falda crujía a cada movimiento suyo. Se detuvo al lado de él, y, mientras se sentaba, le lanzó una mirada que le hizo hervir la sangre en las venas. A su vez, Van der Valck se acomodó en su sitio, y uno de los mayordomos se apresuró a servir los platos.

Cenaron en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Cuando llegaron al postre, Leonardus la miró nuevamente, y dijo—. Hoy he preguntado por el doctor Thiolier, en el pueblo. Parece que haya dejado su hotel apresuradamente, con su esposa y una recién nacida.

Charlotte dejó caer la cuchara con la que estaba degustando su ración de tarta bávara de fresas, y palideció—. ¿Mi hija?

—Así parece ser.

—¿Pensáis que la tenga consigo?

—Es muy probable.

—¿Como puedo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí?

Van der Valck tenía en la cabeza mil formas distintas, pero apartó sus lujuriosas ideas y se concentró en el dulce servido en su plato.

—No espero ningún agradecimiento por vuestra parte. Vuestra felicidad me es suficiente.

CAPÍTULO 10

Viena, junio de 1796

Los ojos del emperador vagaron por la habitación hasta toparse con los de De Gavre, a la espera delante de él. Se encendió la pipa—. ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Sí, Majestad. Me han informado de que Van der Valck ha hecho preguntas a la gente sobre el doctor Thiolier y la niña desaparecida.

—¡Maldición! —Francisco aspiró otra bocanada de humo. Normalmente, la pipa tenía el poder de calmarlo, pero en aquella ocasión, no produjo ningún efecto sobre él—. ¿Qué cree que hará ese hombre? ¿Osará desafiarme?

De Gavre se secó unas gotas de sudor de la frente—. Tiene que haber una explicación, Majestad. Van der Valck es de los nuestros. Jamás se opondría a vuestra voluntad.

—Entonces, ¿por qué está investigando sobre la hija de mi prima? Debería haber entendido que mi voluntad es separarla de la madre.

El emperador se alzó del sillón en el que estaba desplomado, y recorrió la estancia con un andar nervioso. No se fiaba del todo de aquel holandés. Todos decían que era un inmoral, interesado solo en el dinero y el placer. ¿Quién le aseguraba de que le fuera fiel a él en vez de a Charlotte? Su prima era una mujer, y bastante hermosa. No se habría asombrado de que se hubiera acostado con él para obtener lo que quería. Además, no era la primera vez que se abría de piernas, la bastarda que acaba de nacer era un perfecto ejemplo. Aquella chica no había dudado en seducir a un guardia, durante su reclusión. ¿Qué le impedía hacer exactamente igual con Van der Valck?

—Quiero que el conde Brank se ponga en contacto con el holandés —exclamó, apretando las manos—. Que le quede claro que la niña debe desaparecer de la vida de Charlotte. Cumpliré mis órdenes, y actuará de manera que mi prima no sepa nada más de ella, ¿de acuerdo?

—¡Sí señor! —De Gavre se puso en posición de firmes.

En ese momento, se oyó un ruido en el pasillo—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó el emperador, volviéndose hacia la puerta entornada.

De Gavre rechinó nervioso los dientes—. Probablemente sea solo una criada. No debéis preocuparos.

—Y sabéis que todo lo que se ha dicho debe permanecer entre nosotros.

—Por supuesto, Majestad.

Francisco se movió cauteloso y abrió las puertas de par en par para asegurarse. No había nadie. Los pasillos del palacio imperial estaban desiertos.

Ernestine dobló a la derecha y se coló en lo que parecía una biblioteca. Afortunadamente, había logrado alejarse sin ser vista. ¡A saber qué habría pasado si la hubieran sorprendido espiando! Se estremeció y volvió a recordar a su hermana: sin duda, era de ella de quien estaban hablando. Solo había captado unas pocas palabras, pero le había quedado claro que Charlotte había sido separada de su propia hija, según los deseos del emperador. Sin embargo, algo no debía haber salido del modo esperado. Francisco le había parecido nervioso e irritado. Sonrió. ¡Lo qué habría dado porque los planes de ese presuntuoso fracasaran!

Se acercó a la ventana y apartó la pesada cortina para hacer filtrar un poco de luz en aquella tétrica estancia. Si la hubieran descubierto allí, siempre habría podido decir que había entrado para coger prestado un libro. En realidad, odiaba leer, pero ¿quién podía saberlo? Desde que había llegado a la corte de los Habsburgo, nadie había tratado de conocerla mejor. Solo era un personaje incómodo, mantenido prisionero entre aquellas paredes. ¡Y tenía tantas ganas de hacérselas pagar a todos!

Se dejó caer en un sillón tapizado de brocado de color ciruela y suspiró. Sería divertido contactar con Charlotte. Ciertamente, no había llevado con resignación los planes del primo. Tal y como la conocía, habría hecho cualquier cosa por las personas que amaba y, aunque aquella niña fuese el fruto de una violación, sospechaba que ella deseaba tenerla consigo. Una áspera carcajada le sacudió: la de problemas que podía crear una madre encolerizada. Francisco, seguramente, perdería un poco de su arrogancia, si ambas se unieran contra él.

Cogió un abrecartas de la mesita colocada junto al sillón y jugueteó con él, mientras reflexionaba sobre cómo actuar. No sería fácil. Debía actuar con astucia. Si jugara la carta adecuada, quizás tendría alguna posibilidad de conseguirlo. Probablemente, también podría convencer a su hermana para deshacerse de la protección de aquel holandés sin escrúpulos, solamente para estropear los planes del emperador. La idea de ver derrotado a aquel hombre odioso le hizo temblar de excitación. Dejó el abrecartas y se levantó alisándose la falda del vestido carmesí. En el palacio, habían querido hacerle respetar el luto, pero detestaba el negro, y en cuanto le era posible, se ponía

vestidos de colores chillones. A fin de cuentas, ¿quién podía verla si vivía recluida? Con pasos silenciosos se acercó a la puerta y la abrió despacio. En el corredor no había nadie y podía escabullirse sin ser vista. Llegaría a sus habitaciones para reflexionar en paz. En el fondo, ¡tenía a su disposición todo el tiempo que quería!

Gelfingen, un mes después.

Charlotte se colocó un sombrero negro con velo, de manera que nadie lograra distinguir sus ojos. Luego, ocultó sus labios con el abanico. Era una de las contadas ocasiones en que Van der Valck la llevaba al pueblo: le había convencido para que le acompañase a la iglesia donde dirigir a Dios sus plegarias. ¿En quién podía confiar, si no en el Omnipotente? Él guaría sus pasos y le restituiría a su hija raptada. La esperanza era lo único a lo que podía encomendarse durante los momentos de más dura desesperación.

Mientras su marido intercambiaba unas palabras con el párroco, Charlotte se mantuvo apartada, evitando cualquier contacto con los lugareños. Seguía las instrucciones de Leonardus al pie de la letra, consciente del hecho de que todas las restricciones que le venían impuestas, eran para proteger su seguridad. Se apartó unos metros del carruaje, a la espera de que fueran conducidos hasta la iglesia.

Era una calurosa y soleada mañana de julio, y el paisaje circunstante era estupendo: amplios valles, cielo despejado y verdes prados. Todo en aquel lugar era fuente de paz. Habría deseado correr por aquellos inmensos campos, como cuando era niña y jugaba con sus hermanos en el parque de Versalles. Pero se daba cuenta de que ya era adulta y que debía mostrar el comportamiento de una señora.

Unas carcajadas a sus espaldas le cogieron por sorpresa, y se giró, encontrándose con dos jóvenes campesinas con cestos repletos de fruta. Discutían en voz alta, y en seguida se percató de que estaban hablando de ella, lo que le ocasionó un gran trastorno.

—¿Esa es la *Condesa de las tinieblas*, no es cierto? —dijo una de las dos chicas. Tenía un físico robusto, con las mejillas sonrosadas a causa del calor. La otra, más delgada y desgarbada, volvió a reír y le dirigió a Charlotte una mirada fugaz—. Sí, es ella justamente. También hoy viste de negro, ¿lo has notado?

—Más parece una viuda de luto que una mujer felizmente casada.

—Seguro que es una aristócrata estricta y severa. No me sorprende que el marido prefiera pasar las noches en la taberna del pueblo, antes que estar a su

lado.

La joven más regordeta dejó escapar una sonrisita maliciosa—. Lástima. Él es tan fascinante... dicen que le atraen más las putas que ella misma.

Ante esas palabras, Charlotte se sobresaltó y apartó rápidamente la mirada. Sentía una gran tristeza. Los cotilleos de la gente no debían haberle afectado, y, sin embargo, imaginar a Leonardus en brazos de aquellas mujeres disolutas le resultaba insoportable.

Intentó convencerse de que el suyo no era un verdadero matrimonio. Que era natural que un hombre joven y vigoroso como él, buscara el placer en otras mujeres, ya que ella se lo negaba. Sin embargo, una vocecita interior le decía que su razonamiento era solo una excusa. Tenía celos.

Mientras intentaba recuperar el control de sus propias emociones, Van der Valck se le acercó, premuroso como siempre.

—¿No os encontráis bien, Sophia? —le preguntó preocupado.

Charlotte se dio cuenta de que empezaba a odiar ese nombre. Sophia Botta. ¡Esa mujer no era ella! Al igual que él no era el marido afectuoso y amable que quería ser. Toda su vida estaba basada en la mentira.

—Sí, he tenido una indisposición —mintió, para justificar la palidez de su rostro.

Últimamente, había recuperado el sonrosado color de su tez y un poco de peso. Una alimentación regular y sustanciosa, junto a largos paseos por el jardín que circundaba el castillo, habían sido para ella una panacea. En poco tiempo, había vuelto a su forma física habitual; solo el corazón seguía sangrando.

—¿Deseáis volver a casa?

Casa. Cómo le habría gustado considerar como “casa” aquel encantador lugar. En cambio, se sentía una extraña entre las paredes del castillo. Una mujer señalada y temida por todos.

—Sí, por favor —murmuró, con un suspiro—. Vendré a rezar en otra ocasión.

Van der Valck asintió, y sin añadir nada más, la ayudó a subir al carruaje. Sintió su mirada caer sobre él, pero la ignoró. Él no tenía por qué preocuparse de su malestar, y, sobre todo, no debía percatarse de los sentimientos que se agitaban en su interior.

Cuando llegaron al castillo, Charlotte se apresuró a salir del carruaje antes de que él la pudiese ayudar a bajar. Ignoró su mirada perpleja y corrió al interior de la gran mansión. El corazón empezó a martillearle el pecho,

mientras comenzaba a subir las escaleras, seguida de su criada que se hallaba en el atrio esperándola.

Nada había cambiado entre ella y Leonardus. Él siempre estaba distante. Ella estaba cansada de su mirada condescendiente y de la escasa consideración que tenía por ella.

Se puso firme y se mordió el labio, confiando canalizar la agitación que sufría en su interior. Inspiró, con las manos cerrada y la espalda estirada. Por último, se dirigió a Grätel que la observaba en silencio, con el ceño fruncido —. Ayudadme a ponerme el conjunto de equitación.

—¿El conjunto de equitación? ¿Vuestro marido tiene la intención de llevaros a dar un paseo a caballo?

—No, Grätel. Iré sola.

Necesito estar sola, añadió en silencio, arrojando el sombrero sobre la cama.

Grätel dudó—. Estáis segura de..—. murmuró titubante, pero una mirada glacial le hizo callar de golpe.

Charlotte sabía en qué estaba pensando. Se estaba preguntando si no era mejor advertírselo a su marido. ¡Santo cielo!, ¡no tenía ni siquiera el derecho de tomar la más pequeña decisión! Hasta un simple pestañeo era ordenado por Van der Valck.

—No te he pedido consejo, Grätel. Quiero ir a montar a caballo sola, y lo haré. Con o sin tu aprobación.

—Sí señora.

Grätel le ayudó a desvestirse y a ponerse el conjunto que el conde le había regalado. En el fondo, si le había encargado el vestido, significaba que no habría nada que objetar si se decidía a montar a caballo.

Cuando estuvo preparada, Charlotte lanzó un vistazo fugaz al espejo, y, después de haber cogido la fusta que le había ofrecido la criada, salió de la habitación de inmediato.

Prácticamente, descendió las escaleras a la carrera, ante el temor de que Van der Valck pudiese verla y prohibirle salir a caballo. Estaba harta de sentirse siempre y constantemente prisionera. Harta de que se decidiese qué era lo mejor para ella. Había momentos en los que sentía que le faltaba aire, y estaba oprimida por un fuerte desasosiego.

Solo frenó el paso cuando se acercó a las caballerizas. El relinchar de los caballos la calmó y hasta llegó sonreír, mientras el mozo de cuadra, un chaval pelirrojo y con el rostro cubierto de pecas, se acercaba a ella asombrado.

Charlotte siempre había amado los caballos. Cuando era niña, su padre en alguna ocasión, le había llevado a montar a caballo, sin decírselo a la madre, que, sin duda, lo habría desaprobado. Era su secreto.

Igualmente, habría querido participar en las batidas de caza que su adorado progenitor tanto amaba, pero jamás se la habían permitido. Se había contentado con los paseos a caballo, conservando ese recuerdo en el corazón, todos aquellos años.

—Ensilladme una yegua —ordenó al mozo, ya de vuelta a la realidad con un tono decidido y autoritario.

El joven le devolvió una mirada nerviosa. Tal vez, también él pensase que debía pedirle permiso al conde, antes de permitirle subir a cualquiera de esos caballos. Sin embargo, ella no se permitió duda alguna y le apremió—. ¿Me habéis oído? Quiero salir a caballo, y en seguida. ¿Me tengo que encargar yo de todo, quizás?

—Oh, no condesa. Por supuesto que no.

Más tranquila, Charlotte le observó realizar su trabajo. El animal que había elegido para ella era, ciertamente, un ejemplar excelente: una yegua con un lúcido pelaje blanco y unos ojos muy dulces. Le parecía tranquila, pero capaz de correr veloz como el viento, si se la espoleaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó acercándose con cautela. No quería asustarla. Era necesario que aprendiera a confiar en ella, antes de nada.

—Se llama *Princesa* —le respondió el muchacho, permitiéndole que la acariciara—. Tiene un aspecto tan regio, que creímos que no existía un nombre mejor para ella.

Princesa, murmuró mentalmente Charlotte. Estaba convencida que se entenderían a las mil maravillas.

A continuación, el mozo la ayudó a montar a la silla. Era embriagador sentirse de nuevo libre, igual que durante los días de su infancia. Murmuró unas palabras dulces al oído del animal, antes de espolearlo al galope.

Sentir el viento sobre su rostro, mientras montaba la yegua a través de los prados de la finca, era emocionante. ¡Desde cuándo no sentía semejante escalofrío de excitación! Si se excluía cuando Leonardus le había besado. Esa tonta idea bastó para irritarla. ¿Era posible que aquel hombre estuviera siempre en sus pensamientos? Ningún otro, hasta entonces, había tenido ese poder sobre ella. Ni siquiera su amado primo. ¿Desde cuándo ya no pensaba en Louis Antoine? A veces, le parecía no recordar, siquiera, su cara. Sin embargo, estaba convencida de haberse quedado prendada de él. Ahora, en

cualquier ocasión que cerraba los ojos, era el rostro de Van der Valck el que le aparecía delante. Un rostro burlón e irónico, pero lleno de fascinación.

Nerviosa por el cariz que habían tomado sus pensamientos, espoleó la yegua, aumentando la velocidad. Sabía que no debería haberlo hecho. Aún no había cogido confianza con el animal, ya que lo montaba por primera vez. Para colmo, hacía varios años que no cabalgaba, y había perdido un poco de soltura. Sin embargo, la embriaguez experimentada en aquel instante, la envalentonó a seguir. Quería olvidar a Van der Valck, la dulzura de sus besos, la pasión que había vivido entre sus brazos. Quería sentirse, de nuevo, feliz y despreocupada.

De improvisó, observó un seto. Habría debido saltarlo, pero a esa velocidad, corría el riesgo de hacerse daño de verdad. Evidentemente, también *Princesa* era del mismo parecer porque, en vez de prepararse para el salto, se detuvo bruscamente, clavando las extremidades anteriores hacia adelante. Charlotte cayó de la silla, rodando sobre la hierba. De golpe, se hizo la oscuridad.

Leonardus clavó los ojos en Grätel con rabia. Su esposa no se había presentado a la hora de comer, y había pedido a la servidumbre que fueran a buscarla. Nadie había logrado encontrarla. Por eso, había convocado a su doncella que, necesariamente, tenía que saber dónde se hallaba.

—¿Dónde diantre ha ido la condesa?

No tenía ninguna intención de arrollarla de tal modo, pero cuando se trataba de Charlotte, la paciencia se le agotaba.

La mujer se mordió el labio inferior—. Ha salido a caballo.

El corazón de Leonardus se sobresaltó—. ¿Sola?

—Sí señor conde.

—¡Deberíais haberme mantenido al corriente de esta locura! —estalló, pasándose una mano sobre el cabello—. Mi esposa no tiene permiso para salir sola. Bajo ningún concepto. Creía haber sido claro.

—Pero señor conde...

—Callad, hacedme el favor. —Casi fulminó a la doncella con la mirada, pero se contuvo. En el fondo, aquella pobre mujer no podía comprender la importancia del aislamiento de Charlotte. Ninguno de los criados estaba al corriente de la verdadera identidad de su esposa, y Leonardus sabía que a menudo, se preguntaban por qué no le estaba permitido salir o por qué portaba siempre vestidos oscuros. Le habían apodado *la condesa de las tinieblas*. En numerosas ocasiones, les había oído llamarla de ese modo, y hasta le había

hecho gracia. En realidad no había, precisamente, nada de tenebroso en ella. Charlotte era de una dulzura infinita.

Se acercó con andar nervioso a la ventana que daba al parque. Unas enormes nubes negras estaban oscureciendo el cielo que poco antes estaba despejado y limpio. Parecía que estaba a punto de llegar una tormenta veraniega, y Charlotte estaba allá fuera, en algún lugar; sola. La ansiedad le consumió las entrañas, mientras sombríos pensamientos de ella, bajo la lluvia, colapsaban su mente.

—Ensillad mi caballo —ordenó a su criado que, mientras tanto, había acudido—. Inmediatamente.

Ninguno osó contradecirle y, un momento después, estaba galopando por los jardines que circundaban el castillo, a la busca de huellas que pudieran conducirlo a Charlotte. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que parecía a punto de brotarle del interior. Los ojos observaban nerviosos a lo largo del paisaje. Deseó que la joven no se hubiera alejado de la finca, sabiendo que corría el riesgo de ser reconocida.

Tampoco sería fácil encontrarla en el interior de la propiedad, al ser muy vasta y no tener ni la más mínima idea de adónde se había dirigido. Pero no tenía intención de rendirse, ¡maldición!

Llegado a un descampado, a pocas millas de distancia del edificio principal de la finca, distinguió las huellas de un caballo. Bajó de la silla para observarlas mejor e, inclinándose, alargó una mano para apreciar la consistencia de la tierra. Las huellas eran recientes, sin duda alguna. Volvió a montar al caballo y las siguió con el corazón en un puño. A lo lejos vio un relámpago rasgar el cielo, y unos segundos después, el estruendo de un trueno que casi le sobresaltó. ¡Tenía que encontrarla lo antes posible!

Charlotte intentó abrir los ojos. Sentía los párpados pesados, mientras la oscuridad la envolvía y una mezcla de sonidos le taladraban el cerebro, aturdiéndola. Por fin recuperó el conocimiento y se encontró completamente desorientada, mirando el paisaje que la rodeaba. La cabeza le daba vuelta y sentía un terrible dolor en el tobillo derecho. Debía habersele hinchado, a causa de la caída.

A su alrededor, no había rastro de la yegua. Probablemente debía haberse asustado de los truenos y se había escapado.

¡Maldita sea!

En esas condiciones, le resultaría imposible volver al castillo a pie, y muy pronto, comenzaría a llover. Su idea de salir a caballo se estaba convirtiendo

en un fastidioso contratiempo.

Trató de levantarse, pero el tobillo le hacía demasiado daño y se dejó caer en la hierba. Justo en ese momento, oyó a alguien que gritaba su nombre: era la voz de Van der Valck.

—¡Estoy aquí! —gritó, esperanzada de que la oyesen.

El hombre apareció montado en su silla sobre un alazán negro. Le pareció terriblemente atractivo mientras su mirada preocupada se posaba en ella. Van der Valck descendió de su montura de un salto, y se precipitó a su lado en un par de zancadas.

—¿Os habéis herido? ¿Dónde está vuestro caballo?

Charlotte dejó escapar un suspiro de alivio—. He salido despedida de la silla y mi tobillo derecho está hinchado. La yegua tiene que haber huido, asustada por la tormenta que se avecinaba.

Le oyó imprecarse en voz baja y farfullar—. Habríais podido romperos el hueso del cuello. ¿Cómo se os ha podido ocurrir salir sin mi permiso?

Esas palabras tuvieron el poder de exasperarla—. No soy una prisionera y no debo pedir a *vos* permiso para dar un paseo a caballo.

—Pues bien, os equivocáis. Estáis bajo mi protección y *yo* debo estar informado de cualquier asunto que os concierna. ¿Por qué habéis querido hacer una cosa tan estúpida?

—¿Estúpida? Solo quería cabalgar un poco. O, ¿tal vez penséis que una mujer no es capaz de...?

—Lo que yo piense no tiene importancia, *madame* —afirmó Leonardus, con una expresión oscura que asustaba—. Por otra parte, habéis demostrado sobradamente vuestra habilidad de amazona, ¿no os parece?

Su tono mordaz era odioso, pero se tragó la rabia y se esforzó por mantener un comportamiento digno. Mientras tanto, Van der Valck se había agachado para observar el estado de su tobillo. Ella sintió el roce de sus dedos, a través de las delgadas medias, y se sobrecogió de dolor.

—¿Os hace daño?

Asintió. Se daba cuenta de que había sido una imprudente, ¡pero nunca lo habría admitido delante de ese presuntuoso!

Una gota de agua cayó sobre su rostro. Luego una segunda y al cabo, la tercera.

—Está empezando a llover —dijo Van der Valck—. En breve, habrá una tormenta.

Sus musculosos brazos la sujetaron, levantándola como una pluma. Un intenso perfume a tabaco y agua de colonia penetró en su nariz: el perfume de la piel de Van der Valck. Un escalofrío le recorrió toda la espalda, mientras se agarraba a él como si fuera su tabla de salvación.

La lluvia se intensificó. A su alrededor, el terreno se estaba haciendo fangoso y resbaladizo, pero Leonardus se movía con soltura, aun con ella entre los brazos.

—Aquí cerca debería haber una cabaña —dijo, dirigiéndose hacia su caballo—. La he visto durante uno de mis paseos. Nadie la usa ya, pero al menos, estará seca y nos ofrecerá cobijo durante la tormenta.

Charlotte, muy a su pesar, se relajó apoyada contra su cuerpo. Se sentía segura, y era una sensación tan comfortable que cerró los ojos, intentando no pensar en nada.

Leonardus la izó sobre el caballo. Luego montó a su vez, detrás de ella, y cogió las riendas. Otro rayo cruzó el cielo, aclarándolo, y Charlotte se agarró desesperadamente a su salvador. Era extremadamente miedosa a las tormentas.

Después de unos minutos de marcha, alcanzaron una pequeña *dépendance*. Se trataba de una encantadora construcción de piedra, en los límites del bosque. El tejado, a dos aguas, estaba cubierto de hierba y flores, como si un duendecillo travieso hubiera hecho crecer un pequeño jardín.

—Me han contado que fue mandado construir por el propietario del castillo, en honor de su esposa —explicó Leonardus, ayudándola a descender de la silla, y prestando atención para que su tobillo hinchado no tocara el suelo. Los cuerpos de ambos se volvieron a rozar y Charlotte aguantó la respiración, al sentir su solidez. Sentía su calor incluso a través de la ropa, ya completamente empapada.

—¿De veras? —se atrevió a preguntarle un poco aturdida—. Debía estar muy enamorado para hacerle un regalo tan hermoso.

—O era solo asquerosamente rico —sentenció él, de mal humor.

—Ah. Para vos todo es cuestión de dinero, ¿no es cierto?

—Casi siempre.

—Pero el dinero no puede comprar el amor.

Una sonrisa fulminante se le escapó de los labios—. El amor no existe. Es una invención de los poetas para alegrar a un espíritu romántico como el vuestro, Charlotte. Existe el sexo, el deseo. Pero no el amor.

Ella se quedó mirándolo, incierta. ¿De verdad estaba convencido de lo que decía? Entonces, ¿jamás había estado enamorado en su vida? Por un instante,

sintió el deseo de lograr conquistar su corazón, pero sabía que era imposible.

—Esperadme un momento —dijo de repente Van der Valck, dejándola apoyada junto al tronco de un árbol y apartándose de ella. Se dirigió hacia la cabaña y abrió la puerta de madera de una patada. Luego volvió a donde la había dejado y la cogió de nuevo entre sus poderosos brazos.

Charlotte se dejó llevar al interior de la casita y observó todo con atención, antes de ser depositada. El ambiente circundante era bastante acogedor: había una chimenea en la habitación principal y una piel de oso cubría el suelo, ofreciendo una imagen de calurosa intimidad.

¿Y si el propietario y su esposa hubiesen pasado noches de pasión sobre aquella piel, frente al fuego? Charlotte se ruborizó repentinamente ante tales licenciosos pensamientos. ¿Qué le pasaba? Nunca se había dejado llevar por semejantes fantasías... hasta ahora.

—Si está deshabitada, ¿cómo es posible que esté tan ordenada? —preguntó, para apartar sus inoportunos pensamientos.

Van der Valck echó un rápido vistazo a la habitación—. El jardinero del castillo viene aquí todas las semanas. Tiene la obligación de limpiar la cabaña, e incluso me atrevería a decir que ha hecho un buen trabajo.

A continuación, se acercó a un viejo sillón desgastado, colocado en frente de la chimenea. Se inclinó y asentó a Charlotte cuidadosamente entre los cojines. Luego se desabrochó la chaqueta y se la quitó, colocándola en la silla de madera que estaba al lado.

—Será mejor que os quitéis toda esa ropa mojada si no queréis cogeros una pulmonía —le dijo, mirándole de reojo.

Ella enrojeció—. ¿De-debo hacerlo? —tartamudeó avergonzada—. No puedo desvestirme sin la ayuda de una doncella.

Él dejó escapar su enésima imprecación y se acercó a ella con paso decidido—. Dejadme que lo haga yo. —Después de haberle dirigido una mirada torva, añadió—. ¡Y esta vez no aceptaré excusas de ningún tipo!

La ayudó a levantarse y le quitó la chaqueta de amazona, dejándola caer al suelo. Luego cogiéndola por los hombros, la obligó a girarse, y luego de haberle echado a un lado el cabello mojado, comenzó a desabotonar los minúsculos botoncitos que le cerraban por la espalda el corpiño del vestido, sus dedos se movían con increíble agilidad, y Charlotte acabó preguntándose cuántas veces había desnudado a una mujer con anterioridad. Luego pasó a los lazos del corsé. Estaban tan ajustados que, a duras penas, le permitían respirar; sin embargo, los desenredó en un instante.

—Bien —, le oyó murmurar a regañadientes—. Así debería bastar. Podéis seguir sola, ahora.

Con dedos temblorosos, Charlotte se quitó lo que le quedaba de ropa, quedándose solo con la camisa. Se volvió a sentar, mientras Leonardus se acercaba a la chimenea para colocar leña y encender un pequeño fuego con lo que tenía a su disposición. Sin lograr apartar la mirada de él, Charlotte observó sus musculosos muslos pegados a las calzas mojadas.

¡Santo cielo!

Tragó saliva, volviendo a ruborizarse como una escolar.

En cuanto las llamas estallaron cálidas y reconfortantes, Leonardus también se quitó la camisa para ir a ponerla donde había dejado la chaqueta. Luego, recogió del suelo la ropa que ella había dejado caer y la extendió delante de la chimenea para que se secase.

Cuando se giró en su dirección, la dejó sin aliento: tenía el cuerpo seco y los abdominales esculpidos, probablemente fruto del duro ejercicio que hacía todas las mañanas. Las criadas murmuraban que se ejercitaba varias horas con el florete, en la sala de esgrima.

—¿Algún problema? —le preguntó bruscamente. Ella calló. No le parecía apropiado permanecer medio desnudos frente a la chimenea, como si no pasara nada. Aunque para todo el mundo ella era su esposa, ¿cómo podía olvidar los límites que se habían impuesto? Pero los temblores provocados por el frío que la sacudían, triunfaron sobre su pudor, y al final, se rindió ante la engorrosa situación, guardando por otra parte, una debida distancia con respecto a él.

¡Como si eso fuera suficiente!

En realidad, ella era demasiado consciente de su cercanía. Su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un violín y sentía que le ardía la piel. Probó a apartar la mirada de él, pero sus ojos eran como imanes desde su poderosa complexión, iluminada por el resplandor dorado del fuego.

De pronto, Leonardus se volvió de nuevo hacia ella, con sus ojos desprendiendo una luz —no supo decir si de rabia o de excitación—, y su voz, de un tono más bajo de lo normal, exclamó—. Todavía no me habéis dicho por qué habéis salido a caballo tan repentinamente, sin avisarme.

Ella inclinó la cabeza y se miró la punta de los pies. Aún calzaba los botines mojados y embarrados. No se había atrevido a quitárselos, ya que el tobillo le hacía tanto daño que habría visto las estrellas, con solo moverlo.

—Deseaba estar sola —dijo susurrando—. ¿A vos nunca os apetece estar a solas? No, claro. Si no, no saldríais de noche en busca de... —se detuvo, percatándose de que se había metido en un terreno peligroso, y se ruborizó profundamente.

—Terminad lo que estabais diciendo, os lo ruego —le replicó burlonamente. Había intuido su profundo malestar y ahora quería aprovecharse para atormentarla.

Pero Charlotte no tenía intención de darle la satisfacción de verla en un compromiso. Levantó la mirada y se topó con sus ojos grises que la escrutaban con interés.

—¿Entonces? ¿De noche iría a en busca de qué?

Ella levantó los ojos al cielo—. ¡Lo sabéis perfectamente!

—Os referís a mis incursiones a la posada del pueblo. ¿No es cierto?

Charlotte asintió, esforzándose por no mostrar cuánto le hacía sufrir. Se habría reído de ella si hubiera admitido que envidiaba las mujeres que lo acompañaban.

Su voz ronca la espabiló de improviso—. ¿Y tenéis idea de los motivos que me empujan a buscar refugio en ese lugar de perdición?

—Yo no... —Charlotte no lograba creer lo que escuchaba. ¿De verdad le había hecho semejante pregunta? ¡La conversación estaba tomando derroteros muy incómodos!

—Pues bien, *madame*, si durante la noche huyo, es solo culpa vuestra.

—¿Mía? —Charlotte se quedó ojiplática. ¡Eso ya era verdaderamente el colmo! ¿Ahora le acusaba de ser la única responsable de su libertinaje?

Leonardus tragó saliva.«Exactamente. —se acercó a ella, llegando casi a rozarle el rostro—. Vos me hacéis enloquecer, Charlotte. Sueño que os cojo entre mis brazos y que os beso hasta la extenuación. Deseo tocar vuestros pechos y acariciarlos hasta hacerlos gemir de placer. Suspiro con el pensamiento de entrar dentro de vos y... —, tragó saliva de nuevo—. hay momentos en los que temo ceder a mis deseos y me veo obligado a huir de vos, si quiero recuperar un poco de lucidez.

Ella lo miró con la boca abierta, mientras un calor intenso se apoderaba de sus extremidades entumecidas. ¿Estaba hablando en serio? No, no era posible. Se estaba burlando de ella claramente.

—¿Os pensáis que soy una ingenua? —respondió, llena de indignación.

Leonardus frunció el ceño—. ¿Una ingenua? No, *madame*. Os encuentro hermosa, atractiva, excitante, pero no ingenua.

—No obstante, solo una ingenua creería vuestras palabras. ¿Yo, hermosa y atractiva? De sobra sé que no ejerzo ninguna atracción sobre vos, y, desde luego, no puedo competir con las voluptuosas mujeres de la posada. Soy tan flaca e... insignificante.

Pronunció la última palabra en un susurro. ¡Era tan humillante afrontar ese tema con él! Se secó las lágrimas y suspiró, intentando mantener la compostura.

—¡No podéis creer de veras que seáis insignificante! —exclamó Leonardus, casi como si se sintiera contrariado. Le dirigió una mirada insegura mientras ella trataba de no responderle a la mirada. Era perfectamente consciente del hecho de que la camisa mostraba incluso demasiado de su cuerpo. Se llevó los brazos al pecho, en un gesto instintivo de pudor. Pero Van der Valck la sujetó de repente, con los ojos oscurecidos por algo que no lograba definir. ¿Deseo, tal vez?

—No os cubráis —murmuró—. Mostraos tal y como sois en realidad.

Se sentó a su lado, cogiendo con decisión los bajos de la fina camisa. Trató de quitársela por la cabeza. El pánico se apoderó de ella. Empezó a forcejear y a gritar como un animal herido.

—Shh —intentó tranquilizarla—. De verdad, no quiero haceros daño. —La dulzura de su tono tuvo el poder de calmarla. Le dirigió a Leonardus una mirada insegura, y en sus ojos grises leyó una serenidad que la sorprendió—. Permittedme que os desnude, Charlotte. No me aprovecharé de vos. Os lo juro.

Sabía que no debía concederle semejante libertad, pero una parte de su ser sentía curiosidad y temblaba por el deseo de experimentar sensaciones que, hasta ese momento, le había sido prohibidas.

Alzó los brazos para facilitarle la labor, y dejó que él quitase la camisa. El corazón le latía velozmente, como si acabase de correr.

Luego, Leonardus le hizo recostarse sobre el sofá y él se tumbó sobre ella —. ¿Lo veis? Tenéis un cuerpo espléndido, Charlotte. Vuestra piel parece hecha de porcelana y el rubor que os sonroja las mejillas, es un poderoso afrodisíaco para un hombre.

Le rozó una mejilla suavemente, prácticamente un instante. Su mano bajó por el cuello, provocándole escalofríos de excitación por todo el cuerpo. Cada vez se sentía más confundida. Era víctima de sentimientos encontrados: miedo y turbación, duda y deseo. ¿Qué tenía que hacer?

La voz de Leonardus se hizo, cada vez, más seductora—. Vuestro cuello, en cambio, es puro terciopelo bajo mis dedos —. Parecía concentrado, como

si no existiera nada más hermoso en el mundo que mirar. Charlotte se sintió hipnotizada por su mirada: no conseguía moverse. La mano de Leonardus se posó sobre uno de sus senos, consiguiendo que Charlotte se estremeciera.

—¿Y puede existir algo más deseable que esto? Vuestros senos son perfectos. No muy grandes, pero redondos y firmes.

Charlotte se había quedado sin aliento. Los dedos de Van der Valck le rozaron el pezón que se hinchó. En ese instante sintió una sensación extraña en la parte baja del abdomen, una urgencia para ella desconocida, pero tan poderosa como para hacerle temblar.

—¿Y esto? —continuó Leonardus, pellizcándolo ligeramente—. Es néctar para mis labios —y se inclinó para morderlo con la boca.

Ella cerró los ojos extasiada e incrédula al mismo tiempo. *¿Qué le estaba haciendo?* Se sentía presa de emociones que nunca había pensado que pudiese probar.

—Os lo ruego..—. susurró, sin ni siquiera darse cuenta de qué deseaba. *¿Qué se detuviera? Oh, Dios mío, ¡no!*

Leonardus tomó su súplica como una invitación a continuar. Su mano recorrió su vientre plano, parándose cerca del ombligo—. Tenéis una tripita deliciosa. ¿Nunca os lo han dicho?

—N-no. Nunca.

Luego, Charlotte percibió que le tocaba los muslos. Instintivamente, trató de cerrarlos y así impedirle el acceso, pero Leonardus fue más veloz. Con firmeza le separó las piernas, mientras su seductora voz le convencía a no oponer resistencia.

—Relajaos, Charlotte. Confíad en mí. No os haré daño.

Sintió que jugueteaba con el vello que le cubría en esa zona. Era de un rubio ligeramente más oscuro que el de su cabello, le dijo Van der Valck, que continuaba alabando su belleza.

Charlotte empezaba casi a creérselo, mientras los dedos de Leonardus le acariciaban entre las piernas con movimientos circulares, llegando a rozar el punto más sensible. Jamás había sentido algo parecido. ¿Dónde estaba el dolor? ¿La repulsión? Creía que esas eran las únicas sensaciones que un hombre habría provocado en ella. En cambio, era víctima de un placer tan envolvente e irrefrenable que parecía casi irreal. Leonardus le metió dentro dos dedos, moviéndolos arriba y abajo. Era... agradable. Terriblemente agradable. la respiración se hizo dificultosa y la sangre empezó a circular más rápida por las venas. Cerró los ojos extasiada mientras el mundo que le

rodeaba se disolvía, explotando en olas de placer que le arrancaron un gemido ahogado.

—Dios mío —exclamó en un susurro incrédulo. Sus ojos se toparon con los de él, y unas lágrimas silenciosas empezaron a surcar sus mejillas. Desconocía por qué razón estaba llorando. Se sentía lánguida y apagada, pero, antes de que pudiese hablar, Van der Valck se apartó de ella, conteniéndose de soltar una imprecación.

A Charlotte le habría gustado retenerlo, suplicarle que la sujetara aún más entre sus brazos, pero el encanto del momento se había hecho añicos y no tenía el coraje de expresar sus propios deseos. Cogió su camisa y se la puso con gestos torpes, y a continuación, se encerró en un obstinado silencio.

Por su parte, Van der Valck no le dirigió ni una sola palabra durante todo el tiempo que transcurrieron en la cabaña. Se limitó a, de vez en cuando, reavivar el fuego y a mantenerse lo más alejado posible de ella. Charlotte llegó a pensar que él se hubiese arrepentido de lo que le había dicho. Probablemente, no pensaba de verdad que fuera hermosa y deseable y se lo había hecho creer era solo porque a él le daba pena. Para él, era una joven sola, que había perdido trágicamente su familia y, además, había sido abandonada de sus parientes más próximos. Su buen corazón le había sugerido mostrarse gentil con ella, pero ahora temía que ella se hiciera extrañas ideas sobre su boda.

Todo lo demás para él siempre había estado claro: su matrimonio no había sido consumado. Nunca. E incluso, a su ojo inexperto, no se le había escapado el detalle de que él había evitado poseerla. Si la hubiese deseado de veras, habría hecho el amor con ella. En cambio, se había limitado a unos momentos de placer, para luego retirarse a un mutismo embarazoso. Hasta incluso se había sentido asqueado de la intimidad que había compartido con ella. Comparada con otras mujeres, sabía de sobre que era bien poca cosa. De lo contrario, Louis Antoine no la habría dejado escapar y habría honrado la memoria de sus padres, desposándola. ¿Qué le hacía pensar que para un hombre mundano como Van der Valck fuera distinto?

Profundamente herida, le observó mientras se colocaba de nuevo la camisa, ahora ya seca, y la chaqueta de terciopelo.

—Será mejor que volvamos al castillo —dijo él bruscamente—. Nuestra ropa ya está seca. Además, ha dejado de llover y querría aprovechar el tiempo.

Charlotte lanzó un fugaz vistazo a la ventana. Era cierto. El tiempo había mejorado y la tormenta ya solo parecía un recuerdo lejano. El sol había vuelto a aparecer detrás de las nubes, aclarando con sus destellos rojizos el entorno.

—Es un precioso atardecer, ¿no os parece? —preguntó tímidamente.

Van der Valck se limitó a asentir, antes de añadir—. Querría estar en el castillo antes de que anochezca, si no os importa. ¿Creéis que podréis caminar?

Ella se examinó el tobillo. Afortunadamente, tenía mejor aspecto y ya no le hacía el daño de antes.

—Sí, ahora está mucho mejor —respondió, con evidente alivio. Luego, con la ayuda de Van der Valck, se vistió.

Cabalgaron a un paso constante, sin dirigirse ni una palabra. Leonardus se esforzaba por mantenerse indiferente, pero estaba a punto de desmoronarse por su impaciencia. Sentada delante de él, la cadera de Charlotte chocaba continuamente contra su abdomen, y así, la muchacha se había convertido en una agradable tortura.

No solo lo había excitado de manera excepcional mientras se hallaban en la cabaña. Cuando la había sentido en su poder, bajo el toque de sus expertos dedos, prácticamente había caído en la tentación de tomarla. Quería entrar dentro de ella y poseerla salvajemente. Su vagina, caliente y húmeda, era tan atrayente: una tentación irresistible. Se había frenado solamente porque la había visto llorar y se había arrepentido de las libertades que se había tomado con ella. No debía olvidar que estaba tratando con una princesa y no con una vulgar mujerzuela de la posada. Pero, ¡diantre!, ¡cómo la deseaba! Y prueba de ello era la terrible erección que presionaba contra sus calzas. Por desgracia, se había comportado como un imbécil y lo había estropeado. Ahora ella lo despreciaba, incluso más que antes, al haberse dado cuenta de su absoluta carencia de moral.

Cuando llegaron al castillo lanzó un suspiro de alivio. Necesitaba alejarse de aquella mujer que le embrujaba cada vez más. Y, más que nada, le hacía falta un baño frío, para lograr hacer callar sus ardores y recuperar el control de sus sentimientos.

Detuvo el caballo frente a las caballerizas y descendió de la silla con un gesto veloz. Luego, dejó que fuera el mozo de cuadra quien ayudase a Charlotte, y él se dirigió con paso veloz hacia la entrada principal de la residencia. Solo se quedó paralizado cuando vio a un hombre acercársele con el ceño fruncido en el rostro. Lo reconoció al instante: era el conde Brank.

—¿Dónde demonios habéis estado? —lo preguntó vehemente el recién llegado, sin la más mínima cordialidad. Desde luego, tampoco se esperaba un gesto cordial de ese hombre.

—Nos hemos visto sorprendido por una tormenta y hemos tenido que buscar refugio en una cabaña cercana —respondió Leonardus, cautamente—. Sin embargo, la condesa Sophia goza de una estupenda salud.

—¿Cómo se os ha podido ocurrir sacarla a montar a caballo? ¿Queréis que alguien la vea y la reconozca? ¿Así es cómo cuidáis de ella?

—No nos hemos alejado de la propiedad —se defendió. El conde Brank le irritaba profundamente. Ya desde la primera vez que lo había visto, había sentido por él una profunda antipatía, y ahora era su actitud hostil la que no hacía más que confirmar sus impresiones iniciales.

Se volvió para observar a Charlotte que le seguía, cojeando, a cierta distancia. Rezó para que el conde no notase el aspecto desordenado y el rubor de sus mejillas, signos inequívocos de un lance amoroso. Y si además hubiera posado la vista en sus calzas, que a duras penas ocultaban su deseo incumplido, verdaderamente se habría visto de lleno metido en problemas.

Por suerte para él, Brank no pareció notar nada de todo esto. Se limitó a conminarle a seguirlo a regañadientes. Mientras tanto, Charlotte se había acercado y observaba atentamente al recién llegado con clara curiosidad.

—Permitidme que os presente al conde Brank —dijo, serio Leonardus. A continuación, se dirigió al conde—. Mi esposa, la condesa Sophia.

El hombre se inclinó ligeramente y dirigió a la joven una sonrisa adulatoria.

—Encantado de conoceros, condesa. Si no es molestia, querría intercambiar un par de palabras con vuestro marido.

Charlotte asintió distraídamente—. Adelante —dijo, atravesando el umbral del castillo—. Con vuestro permiso, me retiraré a mis aposentos.

Van der Valck la vio subir a la planta superior y lanzó un suspiro de alivio. Por lo menos, uno de sus problemas acababa de desaparecer. Ahora, solo le quedaba afrontar al conde Brank.

—¿Qué diantre creéis que estáis haciendo, Van der Valck? —preguntó el enviado del emperador mientras se dejaba caer en un sillón de la biblioteca del castillo. Cruzó las piernas y dejó escapar un suspiro.

Leonardus se quedó de pie observándolo, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿A qué os referís? —respondió con tono aburrido.

Brank se movió en el sillón y observó a su alrededor, como si quisiera estudiar el ambiente. Luego de un largo momento de silencio volvió a poner su atención en él, mirándole con abierto desprecio.

—Corre el rumor de que hacéis preguntas inoportunas por ahí.

Leonardus frunció el ceño—. Preguntas, ¿de qué tipo?

—Sobre el doctor Thiolier y su hija.

—Sabéis mejor que yo que el doctor Thiolier no tiene hijos. Esa niña es...

—¡Callad! —El rostro del conde Brank enrojeció de rabia. Parecía a punto de estalla de un momento a otro—. El emperador ha querido que esa niña fuera confiada a Thiolier. Esto debería desanimaros a entrometeros en asuntos que no os competen.

—¿Asuntos que no me competen? —El tono de Leonardus se tiñó de sarcasmo—. Sophia es mi esposa y esa niña le ha sido arrancada de sus brazos sin su autorización. Le habéis destrozado el corazón, ¿no os dais cuenta?

Leonardus dudaba de que un hombre frío y calculador como el conde Brank pudiera conmoverse ante la desesperación de una madre. Sin embargo, no había conseguido frenar a tiempo la rabia que lo atormentaba.

—¿Y vos os dais cuenta de las implicaciones que tal hecho podría tener? La identidad de esa que definís como vuestra esposa, debe permanecer oculta.

—Y eso, ¿qué tiene que ver con la niña? ¿Por qué arrancarle su único consuelo?

Brank titubeó un instante—. Porque esa criatura es una bastarda, generada de un coito vergonzoso y amoral, y el emperador no desea que, un día, dicha criatura pueda reclamar derechos por su condición de heredero directo de la hija del difunto rey de Francia. Será criada por Thiolier, sin que tenga conocimiento de cuáles son sus orígenes. Esto es lo que ha decidido el emperador, y vos le debéis obediencia absoluta. ¿Queda claro?

Las manos de Leonardus ardían de ganas de emprenderla a puñetazos, pero se aguantó.

—¿Debo deducir, por tanto, que al emperador no le importa nada el sufrimiento de su prima?

—A vos no se os paga para hacer deducciones. En lo que respecta a la felicidad de la condesa Sophia... pues bien, depende de vuestra habilidad de diplomático, ¿no os parece? Hacedlo de manera que olvide a esa niña y se dedique a otros pasatiempos.

En ese instante Brank se alzó, poniendo fin a la conversación. Se dirigió hacia la puerta y, solo antes de cruzarla, se volvió una última vez para mirarle.

—A propósito de pasatiempos, evitad los paseos por los bosques. Y no olvidéis que la muchacha es vuestra esposa solo en los documentos. No estáis obligado a mantener con ella ninguna relación sentimental, ¿me he explicado bien?

Leonardus tragó saliva y apretó las manos, bajo la mirada indagadora de Brank. ¿Había adivinado sus sentimientos por Charlotte?

—No lo olvidaré —dijo, con el rostro enrabiado. Un momento más tarde, el conde abandonó la estancia.

CAPÍTULO 11

Ernestine colocó en un rincón el bordado en el que había estado trabajando, y suspiró. ¿Había hecho bien en confiar a su doncella una carta escrita a su hermana para que esta la enviase? ¿Podía, de veras, fiarse de ella en semejante nido de víboras? Lanzó una mirada ansiosa en dirección a la puerta. La tercera en los últimos diez minutos. ¡Santo cielo! ¿Por qué el tiempo transcurría tan lento?

Se alzó, retorciéndose las manos, y se dirigió a la ventana. Era una mañana oscura y lluviosa que reflejaba muy bien su estado de ánimo.

De improviso, oyó unos pasos apresurados en el corredor y la puerta se abrió de par en par, dejando entrar a un furioso De Gavre, acompañado por madame de Soucy y la doncella lloriqueando.

Un feo presentimiento la sobresaltó. Su mirada se trasladó de la muchacha en lágrimas a De Gavre que agitaba una carta, y sus ojos encendidos de indignación.

—¿Habéis escrito vos esta misiva? —le interrogó el hombre, sin quitarle la vista de encima.

La doncella empezó a llorar más fuerte y sollozó—. Lo siento, *madame*. Me han descubierto...

—¡Callaos! —dijo De Gavre, lanzándole una mirada incendiaria. Luego se dirigió nuevamente a Ernestine que comenzó a temblar. Aquel hombre tenía el poder de hacerla estremecer.

—¿Y ahora qué? ¿Os ha comido la lengua el gato?

—Sí, yo he escrito la carta —confesó, preguntándose a qué consecuencias tendría que enfrentarse—. Mi doncella no tiene la culpa. Yo le he pedido que la enviara.

El hombre la escrutó con semejante desprecio, que la obligó a retirar la mirada. Instintivamente, clavó los ojos en sus zapatos, cuando oyó de nuevo su fulminante voz—. No estáis autorizada a comunicaros con la condesa Sophia, lo sabéis de sobra, ¿no es así?

Ernestine asintió, apretando los labios.

—Sobre todo teniendo en cuenta que en dicha carta se nombran hechos que el emperador no desea que sean divulgados. ¿Cómo estáis al corriente de ellos?

Ella parpadeó los ojos confundida—. ¿La habéis leído? —preguntó bastante ingenuamente.

De Gavre hizo caso omiso de su pregunta y alzó el tono de voz—. Os he preguntado cómo os habéis puesto al corriente de los detalles concernientes al nacimiento de la hija de la condesa. ¿Habéis estado espiando las conversaciones del emperador?

Ernestine notó que el hombre seguía refiriéndose a Charlotte como a la condesa Sophia. Eso significaba que, si en la corte austriaca era tan importante mantener secreta la verdadera identidad de la hermana, entonces ella estaría a salvo. Ahora, a los ojos de todos, ella era la prima del emperador. Nadie se atrevería a hacerle daño. Al recuperar parte de su seguridad, alzó la mirada para responderle—. No es costumbre mía espiar, señor. He escuchado, de pura casualidad, algunas conversaciones. Quizás, el emperador y vos deberíais ser más cautos, si no queréis que os oigan.

De Gavre se puso firme y avanzó unos pasos hacia ella, hasta hallarse frente a ella. De repente, la abofeteó tan fuerte que le hizo temblar. Incrédula, Ernestine se llevó la mano a la mejilla dañada, que palpitaba a causa del bofetón recibido.

—¿Cómo osáis? —le gritó, mientras unas lágrimas ardientes le cubrían el rostro.

—¿Cómo osáis *vos* entrometeros en los asuntos de la corte! ¿Aún no habéis comprendido cuál es vuestro papel en todo esto?

—¿Cuál sería mi papel? —le desafió ella, ocultando el temor que De Grave le causaba.

—El de obedecer ciegamente las órdenes del emperador. No estáis autorizada a tomar iniciativa alguna, ni a mantener correspondencia escrita con la condesa Sophia. Cada una de vuestras cartas será examinada por mí, a fin de evitar que contenga información confidencial. En cuanto a vos... —hizo una breve pausa para lanzarle una última mirada—. En cuanto a vos, permaneceréis encerrada en esta estancia bajo la vigilancia de Madame de Soucy. Solo saldréis de ella cuando os halléis preparada para representar vuestro papel del mejor modo.

—¡No podéis mantenerme prisionera! —protestó ella vehementemente, pero nadie le prestó atención.

De Gavre salió, precedido de la acongojada doncella y de Madame de Soucy. Ernestine oyó cerrar la puerta con un ruido sordo y el sonido de la

llave que giraba en la cerradura. Apretó los puños en un gesto de dolor. Ahora sí que estaba metida en un verdadero lío.

La noche había caído sobre el castillo de Heidegg y Leonardus se sentía más inquieto que nunca. Después de la cena, se había despedido de Charlotte con una excusa banal y se había refugiado en su habitación para reflexionar. ¿Cómo debía comportarse? Por un lado, estaba una joven mujer —por la que experimentaba sentimientos contradictorios— que esperaba su ayuda. Por otro, el emperador y toda su corte de chichisbeos que exigían su absoluta obediencia. Maldijo el día en que había aceptado el encargo, empujado por su desmesurada ambición. ¿En qué se había convertido su vida? En una lucha continua entre el deseo y el sentido del deber. El primero no podía satisfacerse de ningún modo, y el segundo le hacía sentirse encadenado.

Ni siquiera tomó en consideración la idea de acercarse a la posada para olvidar sus penas con el vino, porque aún tenía en sus labios el sabor de Charlotte y nada habría conseguido borrarlo. Si cerraba los ojos la volvía a ver como aquella tarde en la cabaña: desnuda y bellísima, mientras se contorcía presa de un placer devastador. Y saber que él había sido el artífice de su goce, le hacía saltar el corazón a la boca. Habría querido más. Perderse dentro de ella hasta alcanzar el alivio que él mismo tanto necesitaba. Pero no podía.

Con gestos nerviosos se despojó de la camisa y la tiró sobre la silla, junto a la cama. Luego se sentó para despojarse de las botas. Dudaba de que lograría dormir esa noche. Sin embargo, dejarse atormentar por sus propios pensamientos no sería de gran ayuda.

Estaba a punto de quitarse las calzas cuando la puerta de la habitación se abrió repentinamente, y una delicada figura femenina, cubierta de un fino camisón, se coló en el interior, renqueante y aterrorizada.

—Charlotte, ¿qué diantre...?

Pero no logró terminar la frase. La joven se arrojó en sus brazos, sin darle tiempo a formular la pregunta. Temblaba como hoja.

—¿Qué ha pasado? —logró a duras penas preguntarle, después de un instante de desconcierto.

Ella levantó su rostro asustado y susurró—. He tenido otra pesadilla.

Van der Valck dejó escapar un suspiro. La situación estaba comenzando a ser frustrante. Verse en la obligación de tener que tranquilizarla durante la noche, cuando llevaba puesto un camisón tan transparente que dejaba todo al descubierto ante sus ardientes ojos, era una hermosa y buena tortura.

Ella se apretó a él como una tenaza—. Esta vez lo puedo recordar...

—¿Qué? —Van der Valck dijo sobresaltad—. ¿Qué podéis recordar?

—El sueño... ha sido horrible.

—¿Os sentís con ganas de contármelo?

Ella asintió y Leonardus le hizo sentarse en la cama. Notó que le temblaban las manos y sintió el impulso de cogerla nuevamente entre los brazos para darle un poco de apoyo. Lógicamente, no lo hizo. Se encontraba en una situación más bien delicada, y el deseo que mantenía por Charlotte no le habría servido de gran ayuda, en ese preciso instante. Era de ingenuos alimentar el fuego que ardía dentro de él, y, sobre todo, peligroso. Se dispuso a prestar atención, y luego de lo que le pareció un tiempo interminable, Charlotte empezó a contar con voz débil—. Me hallaba en la prisión del Temple, en París. Estaba oscuro, y todo a mi alrededor era un angustioso silencio. luego, de repente, escucho pasos en el pasillo. Yo sabía que eran los pasos de un guardia, y que iba a entrar en mi celda... —el temblor en sus manos se incrementó. Suspiró, pero Van der Valck no le presionó—. Yo no quería que entrara. Tenía miedo porque... —se detuvo nuevamente para llevarse una mano a los labios, casi como si no pudiera continuar.

—¿Por qué teníais miedo? —leonardus se esforzó por mostrarse calmado y tranquilizador. Era obvio que Charlotte aún estaba muy afectada. Sus ojos exprimían todo su tormento, como un espejo del alma.

—Porque sabía lo que pretendía hacerme. Aquel hombre quería... él...

En ese momento Van der Valck la abrazó. No hacía falta que continuara para comprender el significado de su sueño. Cada noche, Charlotte revivía la pesadilla de la violación. ¿Cómo era posible que no lo hubiese adivinado antes? Una rabia ciega se apoderó de él. Habría matado a ese hombre con sus propias manos, si lo hubiera tenido a su alcance.

Mientras tanto, ella había estallado en lágrimas. Un llanto largo y liberador. Leonardus le daba cariñosos golpecitos en la espalda, como se le habría hecho a una niña.

—¿Por qué? —dijo al final Charlotte, entre sollozos—. ¿Por qué me hizo tanto daño?

Él blasfemó para sus adentros. ¿Cómo explicarle la crueldad que albergaban los seres humanos? ¿Podía un ser puro e inocente como Charlotte llegar a comprenderlo? En ella solo había una infinita dulzura.

—Llorad, niña mía —le dijo, con un tono muy suave—. Desfogaos. Os hará bien.

Ella obedeció, dando rienda suelta a todo su dolor. Luego, de repente, clavó sus ojos azules sobre los de él. Leonardus sintió que le faltaba aire. Era tan hermosa. Hermosa y vulnerable.

—No imaginaba que fuera tan horrible ser poseída por un hombre. ¿Cómo puede un acto de amor ser tan humillante y doloroso? ¿Cómo puede soportarlo una esposa?

De pronto, él comprendió sus temores—. Eso no fue un acto de amor, Charlotte. —Le acarició una mejilla, mirándola con ternura—. Aquel guardia era una bestia. Él... —se detuvo como si quisiera hallar las palabras adecuadas. Mientras tanto, ella seguía observándolo atenta—. Hacer el amor es una cosa muy distinta. No tiene nada que ver con lo habéis padecido. ¿Me comprendéis?

Ella asintió con la cabeza y, de pronto, volvieron a su cabeza las lágrimas, después de que él la hubiera acariciado y besado, esa misma tarde.

—¿Recordáis lo que ha pasado en la cabaña? ¿Lo habéis hallado doloroso o humillante? ¿Por eso os habéis echado a llorar? ¿Os he molestado de algún modo?

Con la sola idea de haberle causado un trauma, se sentía asaltado de fuertes sentimientos de culpabilidad. En el fondo, se había comportado del mismo modo que aquel guardia. Se había aprovechado de la inocencia de aquella dulce muchacha.

—Oh, no. —Charlotte negó con convicción—. No me habéis hecho ningún mal. No sé por qué me he echado a llorar, pero ha sido hermoso. Os lo aseguro. Solo que...

—Continuad, os lo ruego.

Charlotte se ruborizó violentamente—. Vos no habéis...

—No os he penetrado. ¿Es eso lo que estabais tratando de decir?

Ella asintió avergonzada. Era extraño hablar con él de esas cosas. Sin embargo, comprendió que se estaba instaurando entre ellos una relación tan íntima, que era casi natural confiarle sus temores de mujer.

—No, no lo hecho —admitió tranquilamente Van der Valck—. Pero incluso, si lo hubiese hecho, no os habría causado ningún dolor. Lo juro por mi honor. Nunca podría haceros daño.

—¿Queréis decir que no siempre es doloroso para una mujer?

—Puede serlo la primera vez. Pero, incluso en esta ocasión, depende de la capacidad del hombre. Él puede hacerlo todo más fácil.

—¿Vos podríais hacerlo más fácil para mí?

Su última pregunta le descolocó. ¿Qué le estaba pidiendo?

Charlotte dudó. Comenzó a jugar con su cabello, enrollándose un mechón en un dedo—. Temo que mis reiteradas pesadillas sean causadas por mis miedos. Mi primer encuentro con un hombre fue terrible y continúa atormentándome en sueños. El único modo de poder expulsar mis temores es revivir la misma experiencia, pero de una manera positiva. ¿No os parece?

Leonardus tragó saliva. Sentía la garganta seca y el corazón le latía como si estuviera poseído.

—Me estáis pidiendo que...

—Sé que no queréis consumir el matrimonio —le respondió velozmente Charlotte, mirándole con arrojo—. Pero esto podría ser el único modo para librarme de mis pesadillas. Yo confío en vos, y en la cabaña, vuestras caricias y besos no me han dado asco. Me han gustado. Creo que vos sois la única persona capaz de ayudarme.

Lo dijo con una desarmante simplicidad que Leonardus siguió mirándola aturdido. Solo reaccionó cuando ella añadió, más tímidamente—. Y además estamos casados, ¿no?

—Un matrimonio no válido. Lo habéis dicho vos, ¿lo recordáis?

—Es cierto. No es válido porque hemos firmado los documentos con nombres falsos. No obstante, hemos pronunciado los votos nupciales ante Dios. ¿No creéis que esto baste ante sus ojos?

Leonardus se sentía muy confundido. La mujer que deseaba locamente se le estaba ofreciendo sin ningún pudor. Hacía que todo pareciera tan fácil. Tan fabuloso. Pero su conciencia le impedía aprovecharse de la ocasión. ¿Y si luego ella se arrepintiera?

Mientras él reflexionaba sobre qué hacer, Charlotte se quitó el camisón por la cabeza, arrojándolo a los pies de la cama. En ese momento comprendió que estaba perdido. Observó su cuerpo desnudo, iluminado por la tenue luz de las velas, y todas sus defensas cayeron. Le puso una mano detrás de la nuca y se la acercó para posar sus temblorosos labios sobre los de ella.

¡Dios!, su sabor era tan embriagador. Besar a Charlotte le bombeaba la sangre más veloz en las venas. Ella era tan dulce y dócil, entre sus brazos, como para hacerle daño en su corazón.

Le sujetó la barbilla con la mano y le inclinó la cabeza de lado para hacer más intenso el beso. Cuando le rozó los labios con la lengua y ella le alentó, entregándose a él, casi no podía creerlo. Unió las bocas de ambos, apoderándose de la de ella. Sabía muy bien: a inocencia pura.

Al abrazarla, casi temió que huyera repentinamente, le hizo que se tumbara sobre la cama, aprisionándola bajo su cuerpo, mientras continuaba besándola cada vez más intensamente. El corazón le retumbaba en las orejas. Estaba excitadísimo, y simplemente le había besado. No se atrevió a pensar cómo sería entregarse por completo a ella y perderse en su ardor. Sentía enloquecer con la sola idea. Sus labios se separaron de los de Charlotte, solo para alcanzar su aterciopelado cuello. Lo rozó con nariz, aspirando su perfume.

Delicioso.

Comenzó a besarlo, saboreando su piel suave y delicada. De improviso, sintió cómo temblaba de manera casi imperceptible, y sus senos se erguían al ritmo de la respiración, con los pezones endurecidos.

—¡Dios!, ¿tenéis idea de lo que me estáis haciendo? —susurró Leonardus con voz ronca.

—N-no. Me temo que este es un terreno extraño para mí—. Le respondió ella vacilante.

Leonardus frunció el ceño. Charlotte parecía, verdaderamente, no entender el efecto que producía sobre él, que la hacía aún más atractiva. Se puso de rodillas, a jugar con el cierre del pantalón. ¡Cielos!, tenía que quitárselo en seguida: tenía el pende duro y erecto, y deseoso de librarse de su reclusión. Mientras se lo soltaba, no apartó los ojos de Charlotte. Tenía que darle la posibilidad de detenerlo, de pensárselo.

Ella no lo hizo.

Gracias a Dios, porque estaba tan excitado que se habría muerto.

Cuando las calzas cayeron de sus caderas, sus inmensos ojos azules se quedaron sorprendidos. Charlotte no hizo nada por disimular su sorpresa, pero no profirió palabra. Se limitó a mordisquearse el labio inferior, en un gesto que a él le pareció muy erótico.

Después de haber arrojado sus calzas al suelo, Leonardus volvió a su lado sobre la cama, rozándole el labio con la punta de un dedo.

—Eres tan hermosa, Charlotte.

Ella tragó saliva. Podía percibir su temor, pero no se atrevió a detenerlo cuando se apoderó de nuevo de su boca, penetrándola con la lengua. Enrolló los dedos en sus sedosos rizos rubios y un débil gemido de aprobación le surgió de la boca mientras ella le devolvía el beso con igual pasión.

Aprendía deprisa. Bien.

Los dos se habían quedado sin aliento cuando se apartó de ella. Su erección le oprimía dolorosamente, y Leonardus no veía el momento de estar

dentro de ella.

Sabía que tenía que actuar con cuidado.

Charlotte había vivido una experiencia terrible y necesitaba alcanzar el clímax con calma y dulzura. Pero no estaba seguro de si podía soportarlo.

La mirada de Charlotte se volvió hacia su pene erecto, pegado a su estómago. Parecía recelosa. No, aterrorizada. Con un movimiento cauto y lento, le sujetó una mano y la posó en la misma erección.

—No debéis tenerle miedo —le susurró con dulzura.

Ella se sobresaltó, pero no retiró la mano. Sus finos dedos vacilaron al abarcar su miembro, como si quisiesen estudiar su consistencia.

—Es grande —dijo, volviendo a morderse el labio.

Leonardus dio un suspiro mientras ella apenas lo ceñía. Luego le dirigió a ella una mirada seria.

—No os haré daño. Os lo juro.

Charlotte parecía desconfiada. ¿Cómo no estarlo? Cualquiera, después de haber sufrido una violación, lo estaría. No obstante, siguió con su exploración, acariciándolo en todo su esplendor.

Se estaba volviendo muy difícil controlarse. La respiración se le hizo más dificultosa, como si hubiera corrido. Ella tuvo que haberse dado cuenta porque se detuvo y lo escrutó incierta—. ¿Os estoy haciendo daño?

Leonardus enmascaró la carcajada. Su ingenuidad era desarmante.

—Todo lo contrario: es muy placentero.

¿Placentero? ¡Estaba, literalmente a punto de explotar!

Charlotte frunció el ceño y soltó un gran suspiro—. Continuemos —dijo, como si estuviera preparada para una batalla; lo que le empujó a Leonardus a sonreír.

La tomó de nuevo entre sus brazos, de manera que quedase tumbada de espaldas, y él encima de ella, apoyado sobre sus codos. Debía actuar con calma. No quería asustarla más de lo debido. Empezó a acariciarle suavemente un pecho, lamiéndole el pezón.

Otro suspiro, esta vez de puro placer.

Animado a seguir, se entregó al otro seno, tocándolo por igual con las manos que con la lengua hasta la punta del pezón.

Esta vez, fue a ella a quien se le escapó un pequeño gemido.

La tocó por todo su cuerpo, mezclando caricias con dulces besos y palabras susurradas al oído. Le lamió con la lengua la muñeca de la mano derecha, recorriendo todo su brazo y arrancándole más suspiros. Luego le

cogió con la boca el dedo meñique, y, uno a uno, los demás dedos, para luego pasar a la otra mano.

La exploración le estaba haciendo enloquecer. Su piel ardiente se restregaba contra la de ella, igualmente calurosa, y Leonardus sentía más imperiosa la necesidad de sumergirse en el centro de su feminidad.

Sin embargo, prosiguió su viaje: la lengua se deslizó por el liso vientre de Charlotte, hasta insinuarse entre sus muslos para rozarle su sexo vibrante.

En ese momento, ella se tensó.

Maldición.

—Tranquila —le dijo dulcemente—. No sentiréis dolor. Os agradará, os lo prometo. Debéis estar húmeda para poder disfrutar de la relación sexual.

—Pero... —ella pareció dudar.

—¡Decidme! Contadme vuestras dudas.

Charlotte tragó saliva—. No estoy segura de que una señora deba permitirle a un hombre que le haga cosas como estas, incluso si es su esposo.

Las palabras le habían brotado con una desarmante sinceridad, y, esta vez, Leonardus no logró evitar que se le escapara una sonora carcajada—. No tenéis ni idea de qué le permiten las *señoras* a un hombre, en una cama.

Charlotte abrió los ojos, pero le dejó continuar. Leonardus siguió chupando y mordisqueándola, hasta que el cuerpo de Charlotte se sacudió de deliciosos temblores, y sus dedos sujetaron los cabellos de Leonardus, en un gesto instintivo. Bien. ¡Estaba apreciando sus atenciones!

Se detuvo un instante, clavándole sus ojos en los de ella.

—¿Estáis completamente segura de querer llegar hasta el final? —le preguntó, odiándose por su sentimiento de culpabilidad. Su cuerpo anhelaba perderse dentro de ella, ahora era ya un deseo irrefrenable. No obstante, sabía que habría debido detenerse, si Charlotte hubiese cambiado de idea.

Ella le devolvió la mirada con confianza y algo que habría confundido con un sentimiento de amor si no lo hubiera creído imposible—. Sí, estoy segura.

Entonces, le abrió aún más las piernas, y le introdujo su pene en la húmeda hendidura, extraordinariamente estrecha.

Pillada por sorpresa, Charlotte emitió un gemido agudo, que le obligó a detenerse.

—¿Os he hecho daño? ¿Queréis que lo deje?

Su mirada alarmada le arrancó una sonrisa—. No, de verdad. Todo va bien. Es solo que me siento un poco nerviosa. Os pareceré tonta, pero...

Instintivamente, él le capturó sus labios con un beso lleno de ternura. Era tan sensible y delicada, que resultaba irresistible para alguien como Leonardus, acostumbrado a prostitutas o a mujeres superficiales y profundamente egoístas. Mujeres de las que conseguía el propio placer, pero que no lograba penetrar en su corrompida alma. Charlotte, en cambio, le había penetrado dentro como un huracán.

Mientras la besaba, sintió que inclinaba aún más las caderas, como si quisiera dejarle entrar, incluso más profundamente, dentro de ella. Ese leve movimiento le cortó la respiración.

—Santo cielo —murmuró, convencido de estar a punto de explotar.

Ella, que parecía haber encontrado una posición más cómoda, se agarró a su cuello, y continuó observándolo, con esa mirada cristalina que a él tanto le fascinaba.

En ese momento, Leonardus empezó a moverse lentamente. Arriba y abajo, con movimientos cada vez más decididos. Sintió hundirse dentro de ella, y perdió toda referencia de tiempo y espacio. Era como un náufrago a merced de las olas, mientras el placer era cada vez más intenso y envolvente.

Con enorme sorpresa se percató de que también ella había comenzado a moverse al mismo ritmo, como empujada por un instinto primordial.

Leonardus sepultó el rostro entre sus cabellos dorado y sintió cómo se estremecía, presa de un potente orgasmo. A continuación, también él alcanzó el ápice del placer, retirándose, apenas a tiempo, para no eyacular su semen dentro de ella. No quería correr el riesgo de embarazarla. No después de los sufrimientos que había padecido cuando había traído al mundo a su niña. En cuanto al emperador y sus órdenes, poco le importaban en aquel momento. Pero la sola idea de obligarla de nuevo a soportar las contracciones y dolores del parto, le causaban una profunda angustia.

Cuando todo terminó la cogió entre sus brazos. Estaba sudado y jadeante, pero jamás se había sentido mejor en toda su vida.

—¿Estáis bien? —le preguntó a Charlotte, apoyando la frente en la suya.

Su sonrisa dichosa era ya de por sí una respuesta—. Oh, sí. No pensaba que fuera así. Recordaba rabia, dolor, disgusto. En cambio, he experimentado sensaciones nuevas, extremadamente placenteras.

Charlotte se alzó sobre un codo, sin dejar de mirarlo. En aquella posición parecía la encarnación de la feminidad.

—Gracias —murmuró, antes de acurrucarse en posición fetal a su lado.

A los pocos minutos se durmió. Leonardus la miró mientras se dormía, tratando de grabar en su memoria la dulzura de su rostro. Aún le resultaba inverosímil lo que había pasado. Y aún más, lo que había sentido. En el pasado, había poseído un gran número de mujeres, muchas de ellas fascinantes y llenas de malicia. Mujeres apasionadas y expertas en el arte de dar placer a un hombre.

Sin embargo, nunca hasta entonces se había sentido tan satisfecho luego de una noche de amor. Moverse dentro de ella, le había provocado sensaciones tan vivas y poderosas que le habían dejado confundido y perplejo.

¡Dios es Cristo!

Todavía la deseaba.

Si Charlotte no hubiese tenido necesidad de descansar, la habría tomado de nuevo. Le habría hecho el amor durante horas, sin cansarse jamás. Pero no debía olvidar el verdadero motivo por que ella se había entregado a él. No por amor o deseo. Simplemente, tenía la necesidad de borrar el doloroso recuerdo de la violencia que había sufrido, y sustituirlo con algo más placentero.

Leonardus habría dado todo lo que poseía por tener el amor de una mujer como Charlotte. Sin embargo, ella era demasiado para alguien como él. La cubrió mejor con la sábana para evitar que se enfriase, y suspiró. En ese momento se juró a sí mismo, que encontraría a su niñita y se la devolvería a su madre. Al diablo el emperador y todos los reinos de Europa. La felicidad de la joven era para él mucho más importante.

—Duerme, ángel mío —, le susurró sin apartar la mirada de ella—. Duerme tranquila. Ninguna pesadilla volverá a turbar tu sueño. Te lo juro.

CAPÍTULO 12

El sol penetraba a través de las espesas cortinas de las ventanas, cuando Charlotte abrió los ojos. Se sentía gratamente entumecida entre sus piernas, mientras se movía en la cama, tapándose con la mano un sonoro bostezo.

Hacía años que no dormía tan bien. Desde la época en la que vivía en Versalles, más exactamente. Aún atontada por el sueño, se preguntó qué había producido ese cambio en ella.

Luego lo recordó.

Volvió a ver las manos de Leonardus sobre ella, mientras la acariciaba. Recordó sus apasionados besos, el recuerdo ardiente que le habían dejado sobre la piel. E incluso el calor de su cuerpo unido al suyo, mientras se movía dentro de ella, suscitando olas de vibrante placer en todo su ser.

Se ruborizó, y no se atrevió a mirar a su lado. ¿Estaría aún ahí? ¿O se habría ido a otra estancia para dejarla dormir en paz, luego de haberla poseído de un modo tan turbador de hacerle parecer todo aún irreal? Entonces, ¿era eso lo que se sentía al ser amada por un hombre? ¡Y ella había sido tan ingenua para creer que era un acto abominable y repugnante!

De pronto, oyó su cálida y profunda voz a sus espaldas—. ¿Habéis dormido bien, condesa?

Por primera vez, no le irritó que la llamara con ese título. No le disgustaba en absoluto interpretar el papel de la condesa Sophia, y fingir que estaba realmente desposada con el hombre del que se encontraba perdidamente enamorada.

Se giró a mirarle y se topó con su sonrisa socarrona—. Sí, gracias. ¿Y vos?

—Yo no he dormido nada. Estaba demasiado ocupado mirándote. —Era la primera vez que se dirigía a ella de esa manera informal.

—¡Oh!, ¿por casualidad os he causado alguna molestia? Me he quedado dormida en vuestra cama. Podrías haberme despertado si...

Él frunció el ceño en un gesto que ya empezaba a serle familiar—. ¿Molestia? Para nada. Ha sido un placer compartir la cama contigo.

Un caluroso sofoco la invadió. Sentía su mirada sobre ella y empezó a temblar imperceptiblemente. Dios mío, cómo deseaba que él la besara de nuevo y la abrazase con sus fuertes brazos. Quería su lengua ahí, sobre esa

parte del cuerpo que jamás pronunciaba. Solo el pensamiento la hacía estremecerse de excitación.

La expresión de Leonardus se volvió cada vez más seria mientras apartaba la sábana para mirarla, a la luz de la mañana—. Eres tan hermosa.—. murmuró, absorto en sus pensamientos.

La sangre empezó a fluirle más veloz por las venas. ¿Sería posible que él aún la deseara? Estaba convencida de que lo que había hecho con ella esa noche, había sido solo un intento de complacerla. Él estaba allí para encargarse de ella. Para protegerla. Y cuando le había pedido que le mostrara cómo podía ser el acto de amor entre un hombre y una mujer, para exorcizar el brutal recuerdo que tenía de la única relación sexual mantenida —ahora mismo—, él no se había echado atrás. Era demasiado gentilhomme como para declinarle su ayuda, en aquel momento.

Y, sin embargo, sus ojos parecían brillar de una luz particularmente intensa, mientras recorría con la mirada su cuerpo. Eran como ascuas producidas por un fuego interior.

Charlotte permitió que los labios de Leonardus se posasen, deseosos, sobre los suyos. Abrió la boca para permitir a su lengua que la penetrara, y fue como ser arrastrada por un remolino de sensaciones.

Su cuerpo se unió instintivamente al de él. Sentía el sexo excitado de Leonardus que le oprimía entre sus muslos, y fue presa de una súbita excitación. Solo una parte de su cerebro le sugería ser cauta. Él no le amaba. Tal vez, podía llegar a desearla, pero nunca habría sentido por ella un sentimiento real de amor. Habría sido una tonta si hubiera creído lo contrario.

—Creo que no deberíamos.—. dijo, llena de dudas—. Es ya de día.

—Mmm.. —fue la única respuesta que recibió, antes de que él volviera a besarla con más pasión. «¿De verdad? Es escandaloso hacer el amor con la propia esposa a la luz del día, ¿no es cierto? —añadió él, pegándole la boca a la suya.

Al oír la palabra *esposa*, el corazón de Charlotte se detuvo por un instante. Era tan dulce ese sonido en sus labios. Si solo hubiera sido cierto. Si solo...

De pronto, alguien llamó a la puerta.

Van der Valck contuvo una imprecación y se apartó de ella. Le vio agitar la cabeza, como si estuviese intentando recuperar el control, y levantarse para, rápidamente, vestirse las calzas, abandonadas en el suelo. Charlotte suspiró. Se había salvado por los pelos.

De buen grado, Leonardus habría ignorado aquella irritante interrupción, si no hubiera sido por el insistente martilleo a la puerta, como si se tratase de una cuestión de vida o muerte.

Cuando abrió, tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no fulminar con la mirada a quien le había interrumpido en un momento tan inoportuno. Vio que era la doncella de Charlotte, presa de un ataque de pánico.

—¿Y bien? —le preguntó, aguantado a duras penas la irritación.

—La condesa Sophia no está en su estancia, señor —respondió la mujer, entrando precipitadamente—. He llamada a la puerta para preguntarle si quería que le ayudara a prepararse para el desayuno y no me ha respondido nadie. Entonces he entrado y...

Solo en ese instante la mujer pareció percatarse de que él estaba medio desnudo y, mientras apartaba apresuradamente la mirada, notó la frágil figura de la joven en la cama. Charlotte trató desesperadamente de cubrirse con la sábana, lo que ocasionó una sonrisa de Leonardus.

También la doncella estaba avergonzada. Su rostro se enrojeció al instante, nada más reconocer a su señora—. Oh, discúlpenme... yo no pensaba... no...

Grätel salió apresuradamente, como si hubiera visto un fantasma, y Leonardus no logró aguantar la carcajada—. Creo que acabamos de enojar a tu doncella —dijo, cerrando la puerta a sus espaldas y avanzando hacia ella.

Charlotte le respondió con una tímida sonrisa. Estaba tan hermosa, tumbada en la cama. Desnuda.

—Mmm... en este momento, eres una pura tentación, querida.

No pudo apartar la mirada de su cuerpo voluptuoso, mientras se tumbaba de nuevo a su lado.

Ella abrió los ojos de par en par y se mordió el labio.

—Te estás mordiendo los labios. Me encanta cuando lo haces.

—Oh. —Charlotte se ruborizó. Luego lanzó un suspiro y murmuró: «¿Qué pensará Grätel? Tal vez, tendría que hablar con ella, explicarle...

Leonardus explotó con una carcajada sonora—. No te preocupes —le respondió burlón—. Todos los habitantes del castillo nos creen una pareja casada normal y no ven nada malo en que marido y mujer duerman en la misma cama, ¿no te parece?

Se acercó a ella, con la intención de retomar lo que habían interrumpido, cuando Charlotte le frenó—. ¡No! no lo hagáis.

Él se detuvo de golpe. ¿Qué demonios le pasaba?

Charlotte volvió a atormentarse el labio. Deseaba a Leonardus con todo su ser, pero tenía miedo. Miedo de unirse demasiado a aquel hombre enigmático y peligroso. Miedo de no lograr frenar el caudal de emociones que sentía cuando se encontraba entre sus brazos. ¿Qué pasaría cuando él se hubiese aburrido de ella? ¿Y cuando hubiera recuperado sus escapadas nocturnas a la posada? Se sentiría hundida, eso era seguro. Reviviría la misma angustia que sintió cuando había perdido, uno a uno, a todos sus familiares.

Y ya no quería sufrir más de aquel modo. Jamás.

Hizo un enorme esfuerzo por recomponerse y se volvió a él en un tono deliberadamente formal—. Os agradezco vuestra amabilidad, Van der Valck. Sin embargo, nosotros no somos una pareja. No en el sentido literal de la palabra. Creo que es mejor reconducir las cosas a como estaban antes de que... —se interrumpió avergonzada, odiándose por lo que estaba diciendo.

Luego Leonardus la observó con la misma mirada de hielo que ella le había dirigido la primera vez que se habían visto. Su corazón se sobresaltó por el hielo que leyó sus profundos ojos grises.

—No os preocupéis, *madame*. Os entiendo perfectamente, y, yo también pienso que sea lo más correcto. Deseo haberos servido de ayuda, y que vuestras pesadillas nocturnas no vuelvan más a angustiaros.

Cogió su camisa y se la puso con gesto nervioso y apresurado, con el rostro convertido en una máscara indescifrable. Por último, pasó la puerta de la estancia diciendo—. Os enviaré a la doncella para que os ayude a vestiros.

Y se alejó, sin dirigirle una sola mirada.

Viena, esa misma mañana.

Louis Antoine avanzó lentamente a través de los corredores del palacio imperial. Sus pasos retumbaban en el sobrecogedor silencio que le rodeaba, mientras el embajador francés le abría camino a la sala de audiencias, donde sería recibido por el emperador.

No le agradaba la idea de hallarse en tierra austriaca. Durante siglos, su país y el imperio de los Habsburgo habían sido acérrimos enemigos, y, solo gracias al matrimonio entre su tío Luis XVI y la hija de la emperatriz María Teresa, se había llegado a una suerte de alianza.

Pero los austriacos seguían siendo extranjeros y esto le bastaba para desconfiar de ellos. Sin contar que, desde el día de su llegada al *Hofburg* vienés, su prima había dado poquísimas noticias de sí misma. Su padre le había hecho leer las cartas recibidas de ella, y había resultado bastante evidente que no se sentía libre de expresar sus verdaderas impresiones sobre

lo que se había convertido su casa. Había declarado sentirse espiada, y él quería llegar hasta el final.

Este era el primer motivo de su viaje: cerciorarse de las condiciones de vida de Ernestine. Últimamente, no hacía más que pensar en ella. Al principio, se había dicho que se trataba de un estúpido encaprichamiento y que habría bastado tener cualquier mujer complaciente en la cama para olvidarla. Pero no había resultado así. La imagen de la prima desnuda, en la habitación del *Hôtel du Corbeau*, aún le atormentaba. Continuamente, aparecía ante sus ojos las formas procaces, que invadían sus sueños, todas las noches. Desde niño había fantaseado con aquel cuerpo, deseando acariciar sus duros senos, o la tierna carne de entre sus muslos. Si hubiera logrado desposarla, ¡todo aquel regalo de la naturaleza habría sido completamente suyo!

Y este era el segundo motivo de su presencia en Viena.

De sus cartas, en realidad, resultaba claro que Francisco II tenía otras miras para ella. Ernestine había declarado querer seguir la voluntad de sus padres, desposándole con él, en vez de con hermano del emperador, pero él temía que no fuera libre de tomar sus decisiones en total libertad. Sospechaba que Francisco de Habsburgo haría cualquier cosa por imponerle como marido a su propio hermano.

Por fin, llegaron ante la pesada puerta dorada y el embajador lo introdujo en el interior de una amplia estancia de paredes blancas y acabados en oro macizo.

Una enorme lámpara de araña de cristal de Bohemia colgaba del techo, pero Louis Antoine no se dejó impresionar de la riqueza que le rodeaba. Hasta hacía pocos años, había vivido en la opulencia de la corte de Versalles, y nada podía igualar a lo que había sido el palacio real francés.

De frente ante el trono imperial, el duque de Angulemahizo una ligera reverencia y esperó que le fuese dirigida la palabra, según las reglas de la etiqueta.

Francisco II le lanzó una breve ojeada y exclamó—. Bienvenido a Viena, querido duque. ¿Qué dicha os trae por estos lares?

Su tono informal no le agradó. Tuvo la impresión de ser observado y sopesado mientras se aprestaba a responder—. Os agradezco vuestra hospitalidad, Alteza. Es para mí un honor presentaros mis respetos y los de mi padre, el conde de Artois.

Miró nerviosamente a su alrededor. La sala estaba atestada de aristócratas, pero la persona que más le apremiaba ver no estaba—. No veo a Charlotte —,

se apresuró a exclamar, cuidándose mucho de no llamarla Ernestine en público —. Confiaba en que estuviese presente a mi llegada.

El emperador se pasó una mano por el cabello, jugueteando con él. Su mirada resultaba indescifrable. Sin embargo, en seguida recuperó su imagen de superioridad, mientras respondía con una sonrisa hueca—. Mi adorada prima lleva unos días indispuesta. No recibe visitas, pero le trasladaré vuestros saludos.

El joven duque se puso tenso—. ¿Está enferma? ¿Por qué motivo no he sido informado?

—Oh, no se trata de nada grave —, respondió el emperador negando con una mano con indiferencia—. Por desgracia, los días de prisión han repercutido negativamente en su salud. Es más que natural que una mujer que ha sufrido de privaciones y abusos, ahora lleve una vida retirada, ¿no os parece?

Louis Antoine no estaba en absoluto convencido. Conocía a Ernestine y sabía que no era la persona frágil e insegura que él retrataba. Más aún cuando ella no había sufrido privación alguna, y al ser, en realidad, la hermana quien había sido recluida en el Temple.

—Si no os disgusta querría verla yo mismo —afirmó con tono decidido—. Estoy seguro de que para un familiar querrá hacer una excepción. He venido exclusivamente por ella desde Inglaterra, y no me iré hasta que no la haya visto.

Un silencio cargado de tensión se apoderó de la sala. Evidentemente, el emperador estaba valorando si echarlo de malos modos —suscitando así un escándalo— o bien, atender a su petición.

—Sea pues, mi querido duque —le respondió luego de una atenta reflexión—. Madame de Soucy os acompañará a los apartamentos de nuestra común prima.

Ernestine estaba tumbada sobre la cama, con los ojos hinchados por las lágrimas derramadas. Habría querido salir de la estancia en la que permanecía prisionera, aunque solo fuera para dar un paseo al aire libre.

Y pensar que, cuando le habían propuesto asumir la identidad de la hermana, había creído que su vida habría tomado un diverso cariz. Se había imaginado con vestido elegantes recibiendo a las máximas autoridades europeas, cortejada por príncipes y reyes; había soñado con participar a bailes y recepciones, y, sobre todo, con lograr conquistar el corazón de Louis Antoine. Nada de todo eso había sucedido.

Se hallaba confinada entre cuatro paredes, sin posibilidad de recibir visitas, ni de comunicarse libremente con sus seres más queridos. Sus cartas se examinaban cuidadosamente, antes de ser enviadas; motivo por el que se sentía aún más afligida. De pronto, una idea que jamás le había recorrido la mente, le impactó como un puñetazo: ¿también su hermana se había sentido tan sola y abandonada durante los años de prisión? Hasta ese momento, no había hecho otra cosa que odiarla por los privilegios que siempre había tenido, pero, ¿era de verdad una privilegiada? Si reflexionaba con atención, a Charlotte siempre le había faltado la libertad de la que ella había gozado también en la corte de Versalles. Ser la hija de un rey comportaba numerosas obligaciones y deberes sobre los que hasta ahora, jamás se había detenido. Desechó esos pensamientos insidiosos, que no eran propios de ella, y suspiró. Sus reflexiones le habían hecho recuperar sus propósitos de venganza con respecto al emperador. Debía, urgentemente, ponerse en contacto con su hermana. Pero, ¿cómo? La respuesta le llegó inesperadamente cuando, de improviso, oyó la puerta que se abría, y Madame de Soucy entró con su habitual rostro serio y severo.

¡Cómo odiaba a esa mujer!

—Tenéis visita —anunció ácidamente, lanzándole la enésima mirada de desaprobación.

Ernestine la observó cansinamente—. No me están concedidas las visitas, y si se trata de De Gavre, no quiero verlo.

—El duque de Angulemaha preguntado por vos. Pero si no deseáis recibirlo...

—¡No! Esperad. —Al oír nombrar el nombre de su primo, Ernestine se había alzado como un resorte—. ¿Qué habéis dicho? ¿Louis Antoine está aquí?

Le costaba creer que el hombre de sus sueños hubiera venido a liberarla. Que estuviese aquí por ella.

—Es lo que os acabo de decir, *madame*. ¿Queréis recibirle o no?

—Por supuesto que sí. Hacedlo entra, por favor.

Madame de Soucy abrió de nuevo la puerta y permitió pasar al duque. Seguramente, esa bruja desearía quedarse para escuchar su conversación y luego referírsela al emperador, pero Louis Antoine, al entrar, le lanzó una mirada incendiaria y le ordenó dejarlos a solas.

Murmurando irritada, la mujer se alejó a grandes pasos, y, solo entonces, Louis Antoine se decidió a cerrar la puerta a sus espaldas. Ernestine se secó apresuradamente las lágrimas.

Cuando el duque posó los ojos en Ernestine se percató de que había llorado y estaba temblando. Por un momento, un instinto homicida se apoderó de él. De buen grado, habría degollado al emperador por haberle causado la angustia que leía en su mirada.

Sin embargo, trató de calmarse y le dirigió una débil sonrisa—. ¿Cómo os encontráis, prima?

Ella se secó las lágrimas con un pañuelo y respondió—. ¿habéis venido para sacarme de aquí? —Su tono esperanzado le causó un gesto de angustia—. No. No puedo hacerlo. Ahora estáis bajo la tutela del emperador.

—¡Ese hombre es un monstruo! Por favor, os lo ruego Louis Antoine, sacadme de aquí con vos. No aguantaría ni un solo días más aquí dentro. Estoy enloqueciendo.

Él se aproximó a ella y le cogió las manos entre las suyas. Estaban heladas.

—¿Qué os ha pasado, Ernestine? Parecíais deseosa de vivir en la corte austriaca. ¿Qué ha cambiado?

Al sentir oír pronunciar su verdadero nombre, se sobresaltó, y nuevas lágrimas volvieron a cubrirle el rostro.«Todo ha cambiado. Ya no soy libre para hacer nada sin la aprobación de mi presunto primo. Me mantiene apartada en esta estancia, y no puedo ver a nadie. Me asombra que vos hayáis logrado obtener el permiso para hablarme.

Louis Antoine se puso tenso. Por tanto, ¿la situación era tan grave? ¿Ernestine era ahora una prisionera? Le acarició una mejilla, esforzándose por disimular la rabia que le invadía la idea de que le hubieran hecho daño.

—Pero aquí estoy, prima. Jamás dudéis que vendré a por vos en cualquier ocasión que me lo pidáis.

Su llanto se transformó en un sollozo desesperado—. ¿Y cómo podré pedir os socorro si mis cartas están controladas?

Louis Antoine suspiró. Ernestine tenía razón. ¿Cómo podría correr en su ayuda, si no podía recibir noticias suyas?

—Entonces, ¿qué queréis que haga? —se percató de que ella estaba dispuesta a desafiar, incluso, al todopoderoso imperio de los Habsburgo; solo tenía que pedirselo.

Pero Ernestine apartó los ojos—. Si no podéis sacarme de aquí, al menos prometedme que os pondréis en contacto con mi hermana, en mi lugar.

—¿Ponerme en contacto con Charlotte? ¿Y para qué? Vuestras vidas deben permanecer separadas. No es prudente...

—Oh, ¡al diablo la prudencia! Mi hermana se halla en manos de Van der Valck, un hombre sin escrúpulos a las órdenes del emperador. ¿Sabíais que le han quitado a su niña?

Si a Louis Antoine le pilló por sorpresa la noticia, no lo dejó ver—. Esa niña era el fruto de una violación —, le respondió con una calma glacial.

A Ernestine le entró un ataque de náuseas. Por un momento, recordó las circunstancias de su *propio* nacimiento: le habían contado que su padre, durante los primeros años de matrimonio, había tenido graves dificultades en concebir un hijo legítimo. El problema era que el soberano de Francia tenía la singular idea de que, cumpliendo sus deberes conyugales, podía poner en peligro la propia salud, y así, se abstenía de cumplirlos. Había sido tentado de todo por los doctores de la corte: baños calientes, pociones, incluso le habían hecho ingerir limadura de hierro. Al final, desalentados antes tantos infructuosos intentos, le habían metido en la cama una criada a su completa disposición. En la corte, muchos sostenían que, en gran parte, el problema del rey dependía de la ineptitud de su joven esposa. Por lo que se creía que, una muchacha más desinhibida podría lograrlo donde ella había fracasado. Y así había sido. No era por casualidad, que ella y Charlotte había sido concebidas con pocos meses de distancia.

Pensándolo bien, la experiencia de su madre no había sido tan distinta de la de Charlotte: no se había tratado de un acto de amor, sino de algo sórdido y humillante.

—Ernestine, ¿me estáis escuchando?

La voz de Louis Antoine la trajo de sus propios pensamientos—. Por supuesto que os escucho, pero no comparto vuestras opiniones. Conozco bien a mi hermana, y estoy segura de que, a pesar de todo, ella desea a la niña. Pero, ¿no lo entendéis? Hasta ahora se han limitado a alejarla de su hija, ¿qué se propondrán después? ¿Y si el emperador ordenase a Van der Valck eliminar a Charlotte? ¿Deshacerse de ella como de esa pobre criatura? ¿Cómo podríamos seguir viviendo, sabiendo que la hemos abandonado?

Ernestine contuvo la respiración. Tal vez, había exagerado al fingirse tan preocupada por su hermana. Pero, ¿cómo podía tratar de convencerlo, si no era suscitando su piedad? Tenía una desesperada necesidad de un aliado, y Louis Antoine era su única esperanza.

El duque sacó del bolsillo de la chaqueta un pañuelo y se secó la frente salpicada de sudor.

—La hija de Charlotte está aún viva —exclamó nervioso—. Nadie tiene intención de quitarla de en medio, al igual que nadie intentaría nunca asesinar a la prima del emperador. Es absurdo incluso solo pensarlo.

—Entonces, ¿vos sabéis dónde se halla la niña?

La esperanzada mirada de Ernestine le enterneció—. Sé que ha sido confiada al cuidado de los cónyuges Thiolier. Pero no sé dónde se encuentra exactamente. —En sus ojos leyó una profunda desilusión. Luego, la mirada suplicante le provocó un sobresalto.

—Por favor, buscad a mi hermana y liberadla de la influencia maléfica de aquel hombre. Llevadla a Inglaterra. Allí es donde vive vuestro padre, ¿no es cierto? ¡Confiádsela a él!

Louis Antoine frunció el ceño—. ¿Por qué motivo os preocupáis tanto por Charlotte? Si no me equivoco, jamás habéis estado de acuerdo en nada.

Ernestine alzó los ojos al cielo. Parecía impaciente. ¿En qué estaba pensando?

—Charlotte siempre será mi hermana. Es natural que me preocupe por ella, a pesar de nuestras pasadas diferencias. Además, ahora conozco mejor al emperador y sé lo cruel que es. No podéis permitir que le haga daño.

No estaba seguro, pero sospechaba que algo ocultaba. Por regla general, jamás se habría atrevido a actuar contra el deseo del emperador, sin embargo, Ernestine ejercía sobre él una extraña influencia. Ella le fascinaba, ya fueran sus sonrisas y lágrimas, ciertas o fingidas. Decidió seguirle el juego, al menos por un tiempo.

—¿Y qué daríais a cambio, prima?

—¿Cómo?

Louis Antoine acortó la distancia entre ellos, hasta situarse pegado a ella. Demasiado. A tan corta distancia podía sentir su embriagador perfume: un dulce aroma de rosas que le hizo enloquecer. Empujado por un impulso irresistible, la cogió entre sus brazos y la besó. Antes de que pudiese darse cuenta de su gesto apresurado, los labios de la joven estaban ya unidos a los suyos, suaves y sumisos.

¡Cristo! Era demasiado.

Los recorrió con la lengua, obligando a Ernestine a abrirlos y se apoderó de su boca, con un ímpetu que ni siquiera sabía que tenía. Ella le hacía perder cualquier atisbo de razón.

Cuando se separó de ella, leyó en sus ojos la confusión que sentía, y se arrepintió de haber sucumbido a la pasión. Ernestine no merecía ser tratada de

ese modo. Y si hubiera aceptado desposar al idiota del archiduque, en vez de a él, habría debido aceptar su decisión con resignación.

Se aclaró la voz—. Por favor, disculpadme. Ha sido imperdonable por mi parte.

Ella siguió mirándole aturdida—. ¿Por qué lo habéis hecho?

—Ha sido un error, no se volverá a repetir. Os lo prometo.

En un abrir y cerrar de ojos, Ernestine se rio. Una carcajada rotunda que lo desarmó. ¿Qué diantre le pasaba? Frunció el ceño mientras ella recuperaba el aliento.

—¿Y si yo deseara otro beso?

Antes de que pudiera recuperarse del asombro, ella le lanzó los brazos al cuello y buscó de nuevo sus labios. La dulzura de aquella boca que recorría la suya, le encendió todas las pasiones.

Maldición.

Hundió las manos en su cabello para acercársela más. Todo lo que quería en ese momento, era a ella. La deseaba tanto que hasta sentía dolor.

Cuando se separaron, estaban los dos jadeantes, los ojos ciegos de pasión.

—¿Y si deseara algo más que un beso? —Ahora, Ernestine le estaba observando con malicia—. Antes me habéis preguntado qué os daría a cambio de vuestra ayuda. Pues bien, solo tenéis que pedir. Estoy dispuesta a todo.

Louis Antoine carraspeó de nuevo—. Aclarádmelo, qué queréis decir con *todo*.

Los ojos de Ernestine brillaban y él estaba en plena erección. Que alguien lo ayudara, si no, no estaba seguro que esta vez podría frenarse.

—Habéis entendido perfectamente qué quiero decir —respondió ella, en un susurro ronco.

Louis Antoine sabía muy bien que no podía tomar su virginidad. Sobre todo, cuando existía la posibilidad de que ella fuera al altar con otro. Pero... ¿Qué mal hacía si se concedía unos minutos de placer? La idea de aquellos labios carnosos, solo para él le estaban haciendo enloquecer.

Sin despegar sus ojos de los de ella, comenzó a desabrocharse la bragueta de las calzas. Ernestine le miraba atenta, con inquietud y curiosidad en los ojos.

¡Cielo santo, era tan condenadamente atractivo!

—Arrodillaos —le dijo, estudiando su reacción. Por un momento, temió que ella lo abofeteara, ordenándole que saliera inmediatamente.

No lo hizo.

Es más, obedeció sin rechistar, con los ojos clavados en los suyos, a la espera de más instrucciones. Parecía intrigada por la situación. Como si fuera un condenado se sentía con el corazón en un puño de solo pensar lo que estaba a punto de pedirle.

—Ahora, metéoslo en la boca.

Sus iris azules resplandecieron. En un abrir y cerrar de ojos, su boca envolvió su pene, arrancándole un gemido de satisfacción.

—Sí, así. Muy bien. —cerró los ojos y le sujetó la cabeza, hundiendo los dedos en aquella masa sedosa, sujeta sobre la nuca con algunas horquillas—. Ahora chupad. Oh, sí. Perfecto, Ernestine.

Estaba asombrado de su destreza. Ernestine era una mezcla de inocencia y perdición. Tenía el candor de una virgen y la habilidad de la más famosa fulana de París. Una combinación letal, para alguien como él. Dios, estaba literalmente en llamas, mientras ella seguía chupando.

Su lengua se movió, deslizándose, a lo largo de todo su miembro. Ese contacto le producía escalofríos.

Comenzó a mover la cadera, buscando su boca. Quería que llegara a todo, hasta el fondo. Quería... Diantre, el placer le estaba devorando.

Ernestine estaba eufórica. Sentir el pene de Louis Antoine en su boca, poderlo lamer y chupar, le daba una sensación de poder inimaginable.

Él había comenzado a gemir mientras le arañaba la cabeza como si la tuviera en una presa. Algunas horquillas le habían saltado del peinado y ahora, algunos rizos rebeldes caían por su espalda. Pero, ¿y qué importaba? Su amado suspiraba e imploraba dominado por el placer que *ella* le estaba dando. ¿Qué podía haber más importante que eso?

Estaba completamente mojada entre los muslos. Saber que podía ejercer este poder sobre él la excitaba. Nunca había experimentado nada parecido, en toda su vida. De pronto, sintió que él temblaba, y un chorretón caliente le llenó la boca. Parpadeó, preguntándose qué debía hacer, mientras su primo se apartaba de ella. Luego confió en su propio instinto y se lo tragó. Él la observó asombrado, como que había algo que no lograba descifrar. Quizás, pura y simple satisfacción masculina.

Se lamió los labios y lo vio sobresaltarse.

—Ernestine, vos me vais a matar.

Ella frunció el ceño—. ¿Por qué decís eso? ¿No os ha agradado?

Pero habría jurado que sí. Le había sentido gozar, de eso estaba segura. Su potente orgasmo era una prueba.

Una risita áspera lo sacudió mientras ayudaba a Ernestine a levantarse—. ¿Me preguntáis si no me ha *agradado*? ¿No es más que evidente mi satisfacción? ¡Santo Cielo!, ¿dónde habéis aprendido a hacer estos juegos con la boca?

Ernestine se encogió de hombros y se desempolvó la falda con la mano. Al estar arrodillada, se habían manchado. ¿Cómo se lo explicaría a su doncella?

—Era la primera vez que hacía una cosa así, claro.

Él parecía desconfiado—. ¿Decís la verdad?

Ahora su mirada se había vuelto más sombría. Mostraba los ojos de una rapaz que estudiaba su presa.

—Por supuesto. ¿Me estáis llamando mentirosa?

Se volvió a colocar las horquillas, tratando de dar a su pelo la misma forma de antes. Era inútil: siempre había tenido el cabello rebelde, imposible de domar sin la ayuda de una criada. Suspiró y volvió a mirar a Louis Antoine que parecía pensativo.

—¿Entonces?

—Vos debéis ser un ángel, enviada a la tierra para hacerme enloquecer.

La cogió por los hombros y volvió a besarla, con la lengua que jugueteaba en la misma que poco antes había tenido a su pene. Ernestine se sintió abrumada.

Cuando él la soltó, estaba sin aliento—. Entonces, ¿me ayudaréis con mi hermana?

Louis Antoine se puso firme. ¿Había oído bien? Todo lo que Ernestine había hecho con aquellos labios dulces y sensuales había tenido un único fin: inducirlo a colaborar. No sentía ni el más mínimo deseo por él, lo consideraba solo un medio para alcanzar sus objetivos.

Raramente una cosa como aquella le habría hecho enojar. Había logrado su propio placer, ¿qué importaba cómo lo había obtenido? En cambio, sintió que le crecía en el cuerpo una rabia repentina y abrasadora.

—Lo haré —, se oyó decir en un tono frío e impersonal—. Pago siempre mis deudas. Habitualmente, las prostitutas me exigen dinero y mis amantes joyas y vestidos para lucir en sociedad. Con vos, después de todo, me las he arreglado con mucho menos.

Era consciente de desear herirla con aquellas palabras, pero cuando la vio abrir los ojos de par en par y enrojecerse hasta la punta de las orejas, no se sintió en absoluto satisfecho. Habría querido empujarla contra la pared y levantarle la falda para poder saborear su sexo y controlar si estaba mojado.

Quería hacerla sentir el mismo ardiente placer que había sentido él, pero, con pocas palabras, Ernestine le había devuelto a su lugar.

La observó mientras apartaba la mirada para controlar el estado de sus zapatos. Un par de botines de raso azul, del mismo color que el vestido que llevaba—. Por tanto, ¿no debo temer nada? —preguntó, como si lo que le había dicho no la hubiera afectado. Por otra parte, ¿qué se había esperado? ¿Una escenita? Ernestine sabía que entre ellos no existía ningún vínculo, solo un acuerdo estipulado muchos años atrás. Probablemente, tampoco deseaba que lo hubiera y, a la postre, se habría desposado con el almidonado archiduque. Solo la idea de que aquel idiota pudiera meter sus manazas en aquel cuerpo estupendo, en aquellos senos grandes y duros, en aquel sexo que él ni siquiera había logrado rozar, lo sacó de sus casillas.

Inspiró.

—No, no tenéis nada que temer. Confiad en mí. Iré al castillo de Heidegg y hablaré con vuestra hermana. No será difícil convencerla del hecho de que Van Der Valck es un hombre disoluto e irresponsable. Sin duda se dará cuenta.

—¿Y si él no os permitiera llevárosla? A fin de cuentas, es su marido. La ley está de su parte.

Louis Antoine dobló los labios en una sonrisa.«No será difícil anular ese matrimonio, aunque sin revelar la verdadera identidad de Charlotte —dijo divertido—. Bastará declarar que el sacramento no ha sido consumado y ella volverá a estar soltera y llevará el nombre de Sophia Botta por el resto de sus días. Van der Valck será para ella solo un lejano recuerdo.

Ernestine le devolvió la sonrisa, más aliviada. Aún no le quedaba claro a Louis Antoine el motivo de tanta preocupación en relación con Charlotte. Tal vez, solo deseaba tenerla entre sus brazos para librarse de él y poderse casar, de verdad, con el gran duque. Esta idea le preocupó, pero ya había dado su palabra, y la mantendría. En efecto, él siempre pagaba sus deudas.

CAPÍTULO 13

Charlotte trató de ignorar los repetitivos cotilleos de su criada, pero no había forma de hacerla callar. Seguía haciendo chistes de mal gusto sobre ella, Leonardus y la noche que habían pasado juntos. Le estaba causando dolor de cabeza.

—No es como creéis —intentó convencerla. Tal vez, si se hubiera inventado una excusa creíble, habría dejado de atormentarla. Pero, ¿cuál excusa podía inventarse si había sido sorprendida desnuda sobre su cama? Solo el pensamiento le hacía enrojecer de vergüenza.

—¡Ánimo, condesa! —le interrumpió la mujer, sin dar mucho crédito a sus palabras. ¿Por qué no admitís que entre vos y vuestro marido las cosas parecen marchar viento en popa? Y pensar que yo estaba preocupada porque os veía tan fría con él.

—¡Yo no soy fría con él!

—Ahora ya no —insistió Grätel—. Pero no es un misterio para nadie que, si el conde se concedía ciertos *devaneos*, allá abajo en la posada, es porque vos no queríais admitirlo en vuestra cama.

Charlotte no acababa de creer que Grätel fuera tan impudente. Si no hubiera estado unida a ella por un sincero afecto, la habría echado a la calle en un instante. Abrió los ojos. «¿Qué?

La criada fingió no darse cuenta de su expresión escandalizada y continuó a defender la causa de su amo—. En cambio, él está tan enamorado... a simple vista se ve que está loco por vos.

Ante esas palabras Charlotte palideció. ¿Leonardus está loco por ella? ¿De veras que era eso lo que creía la servidumbre?

Se fingió indiferente—. ¿Que te hace pensar así?

—¿No habéis notado cómo os mira? —Grätel parecía sorprendida, como si estuviera realmente convencida de lo que decía, y creyese que nadie lo pudiera negar.

—¿Y cómo me mira, si puede saberse?

La doméstica se rio, lanzándole una mirada maliciosa—. ¿Que cómo os mira? Como si quisiera desnudaros con los ojos, así es cómo os mira.

Charlotte enrojeció nuevamente, no estaba acostumbrada a un lenguaje tan franco. ¡Cuánto habría deseado poder creer lo que Grätel sostenía con tanto

empeño! Sin embargo, no se atrevía: un mar de dudas se amontonaba en su mente—. Eso no significa nada. Es un hombre y, como tal, le atraen las mujeres.

Grätel echó las manos a la cintura y la observó con expresión sombría—. ¿Estáis insinuando que vuestro marido es un rompecorazones? ¿Y que mira del mismo modo a cualquier mujer hermosa que pasa delante de él? ¿Es eso lo que creéis?

Charlotte suspiró y le dio la espalda a su doméstica para no dejarle intuir su propio desánimo. En realidad, era justo lo que creía. ¿Cómo podía fiarse de él? ¿Cómo podía confiarle su corazón?

—Grätel, por favor. Tengo una terrible migraña. ¿Podríais dejarme sola? Deseo descansar.

La mujer sonrió maliciosamente—. Si estáis cansada es, seguramente, por culpa de vuestro marido, mi querida condesa, si me disculpa... —Y canturreando alegremente abandonó la estancia, con un cesto lleno de colada que lavar.

Una vez sola, Charlotte se dejó caer agotada sobre la cama y cerró los ojos. Sabía que no conseguiría calmarse, con todas las ideas que le circulaban por la cabeza. Por enésima vez se preguntó si no había cometido un terrible error al rechazar las atenciones del hombre que amaba.

Leonardus leyó por tercera vez la nota que le había sido entregado y la dejó nerviosamente sobre el escritorio. Se trataba de una invitación por parte de Su Alteza la duquesa Charlotte de Mecklemburgo, hermana de la reina de Prusia. Al parecer, se hallaba de viaje por esos lares y deseaba ver a la joven hija de los difuntos soberanos de Francia.

Por desgracia, el emperador no había podido ocultarle el cambio de persona verificado luego de la liberación de Charlotte. La duquesa había tenido la fortuna de conocerla durante una breve visita a Versalles y no habría tenido ninguna dificultad en comprender que Ernestine era una farsante.

Para colmo, a pesar de que la muchacha había recibido una buena educación, no había sido preparada lo suficiente para cumplir un papel tan prestigioso e importante. Mientras la verdadera Charlotte sabía cantar y tocar de modo impecable el clavicémbalo y el piano, Ernestine no estaba, en absoluto, hecha para la música e incluso, ignoraba las reglas del solfeo. Charlotte caminaba con un porte impecable y una feminidad natural. Ernestine, en cambio, se movía sin la más mínima elegancia.

Todas estas particularidades habían obligado a Francisco II a revelar a los soberanos de los demás países la verdadera identidad de la mujer conocida como Sophia Botta, obteniendo, sin embargo, su silencio en el asunto. No se tenía por qué sorprender si personas de alta alcurnia deseaban expresar sus respetos a una joven condesa, relegada en un castillo perdido en las montañas.

Van der Valck tamborileó sobre la mesa con sus largos dedos. Sin duda, estaba muy preocupado. Le importaban un bledo los poderosos de Europa. Lo que le apremiaba era la serenidad de Charlotte y temía que el encuentro con alguien que pertenecía a su vida anterior pudiera hacerle recordar tristes recuerdos. Al mismo tiempo, habría sido terriblemente maleducado rechazar una invitación de la hermana de una reina.

—Sea —murmuró levantándose de pronto para tocar la campanilla de la servidumbre. Había tratado de evitar a su *mujer* por todos los medios, después de la noche de pasión que habían pasado juntos. No estaba seguro de cómo reaccionaría si se encontrara frente a la persona que le había perturbado, hasta tal punto, su corazón.

Sin embargo, esta no era una decisión que podía tomar solo.

—Decid a la condesa que deseo hablarle —ordenó al criado que había venido.

Y que Dios nos asista. Añadió en voz baja, volviendo a sentarse en el escritorio.

Charlotte escuchó las palabras de Van der Valck en absoluto silencio. En cada ocasión que posaba la mirada sobre él, lo volvía a ver desnudo sobre ella, y tenía que hacer un tremendo esfuerzo de concentración para no permitir que esas imágenes, grabadas en su memoria, mostraran su agitación.

—Charlotte, ¿me estáis escuchando? —le preguntó, haciéndola enrojecer.

—S-sí, por supuesto —mintió, profundamente incomodada. En realidad, solo se había enterado de unas pocas palabras concernientes a una invitación para un té a la tarde.

—¿Y qué me respondéis? Si deseáis declinar la invitación...

—Oh, no. Sería una tremenda descortesía, ¿no os parece?

Leonardus asintió. Tenía un aire tenso que ella no podía entender. En realidad, eran muchas las cosas que no comprendía y hallaba francamente insólito que alguien les hubiera enviado una invitación. Había pasado tanto tiempo desde la última vez en la que había participado en un evento mundano.

De repente le entró miedo de no estar a la altura para la ocasión. Le miró temerosa y dio voz a sus temores—. ¿Qué tendré que ponerme? Solo poseo

ropa de luto y no sé... —se mordió el labio, mientras la mirada de Van der Valck se entristecía. Vio que le miraba la boca y frunció perpleja el ceño.

—Estarás espléndida, como siempre —le dijo, cogiéndole una mano entre las suyas y arrancándole una sonrisa incierta.

Se moría de ganas de abrazarlo y saborear de nuevos sus besos. Fantaseó con la idea de pasarle los dedos por entre su cabello y jugar con sus mechones negro azabache, pero no era ni el lugar, ni el momento. Sin contar con el hecho de que, con toda probabilidad, él la habría rechazado. Habría sido terriblemente humillante para ella. ¡Maldito hombre! ¿Cómo hacía para tener todo ese poder sobre ella? Le bastaba hallarse en la misma estancia junto a él para sentir deseos que nadie jamás le había suscitado.

Luego, Van der Valck le soltó la mano—. Vuestra doncella sabrá cómo aconsejaros, no lo dudéis —le dijo, poniéndose en pie. En ese instante, comprendió que tenía que salir.

El palacio en el que se alojaba la duquesa de Mecklemburgo estaba rodeado por un precioso y florido jardín, embellecido por fuentes de mármol y estatuas mitológicas.

Una enorme escalinata conducía a la entrada principal, donde un mayordomo de librea esperaba a los huéspedes para abrirles camino.

Charlotte dejó que Leonardus le ofreciera el brazo para ayudarla a subir y sintió que una ola de calor le subía por las mejillas y bajaba por el cuello. Ese simple contacto le bastaba para perturbarla y se sintió terriblemente estúpida. A continuación, fueron conducidos a través de un largo corredor, hasta una enorme sala pavimentada con mármol de Carrara y las paredes recubiertas de valiosas pinturas. Indudablemente, no era la residencia de un vulgar habitante del lugar y, de hecho, pertenecía a alguien de alto linaje.

Cohibida, Charlotte dirigió una mirada extraviada a su acompañante que le sonrió animosamente. En ese instante, una mujer de porte majestuoso apareció y dedicó a la joven una afectuosa mirada. Se trataba de una señora de mediana edad, que llevaba un vestido de seda de color esmeralda que hacía juego con sus ojos verdes. En lo alto de la cabeza llevaba, con natural elegancia, una estupenda diadema. Charlotte solo había visto semejante esplendor en su madre, mucho tiempo atrás.

Fue entonces cuando la reconoció: ya había visto a esa mujer años atrás, en Versalles. Recordaba su voz límpida y las palabras afectuosas que les había dirigido a ella y a sus hermanos, cuando habían sido presentados. De golpe, un mar de recuerdos la sacudió, y se sintió casi abatida.

—¿Va todo bien, Charlotte? —le preguntó Van der Valck en un susurro, mientras la sujetaba. Mostraba un aspecto tan protector que ella sintió que se le aceleraba el corazón.

—Sí claro —respondió, antes de prestarle nuevamente atención a su anfitriona.

La duquesa le sonreía claramente y había abierto los brazos para recibir su abrazo.

Con lágrimas en los ojos, Charlotte se dejó abrazar con fuerza—. *Ma petite* Charlotte, qué alegría volver a veros. ¡Cómo habéis crecido! ¡Estáis espléndida!

Luego, la mujer le echó un vistazo a Van der Valck. Parecía que quería examinarlo a fondo, antes de expresar un juicio sobre él, y, evidentemente, lo que vio le gustó.

—Noto que estáis en compañía de un hermoso joven, ¿no es así? —observó divertida—. Imagino que vos sois el diplomático holandés del que he oído tanto hablar. Os creía más viejo, a decir la verdad. ¿Cuántos años tenéis?

Charlotte notó que Leonardus contenía una sonrisa divertida. Al parecer, la duquesa no tenía pelos en la lengua. Sin embargo, a él no pareció afectarle su franqueza. Era una de las cosas que amaba de aquel hombre: la capacidad de conquistar a las personas solo con una mirada, si lo deseaba. Y siempre intrigaba a las mujeres.

Con una profunda reverencia, Leonardus respondió—. Cumpliré veintisiete años el próximo 22 de septiembre, *madame*.

La duquesa se dio aire con el abanico y le lanzó una mirada a Charlotte—. Querida mía, habéis sido terriblemente afortunada —le dijo al oído, con tono malicioso—. Por lo que veo habéis hallado un marido joven y guapo. Imagino que de seguro no os aburriréis con un hombre así en la cama.

La muchacha se ruborizó en un instante y apartó la mirada mortificada. Por poco no se tropezó con el dobladillo del elegante vestido que llevaba y, afortunadamente, Leonardus estuvo veloz en sujetarla, cogiendo al vuelo su indecisión.

La duquesa rio divertida, antes de dirigirse nuevamente a su acompañante—. Bien, joven, ¿por qué no nos dejáis solas un rato? Imagino que encontraréis las conversaciones femeninas bastante aburridas, como todos los hombres, por otra parte. Conmigo, Charlotte está en buenas manos, ¿no es así? —lanzó una fugaz mirada a la muchacha, y esperó a que Van der Valck se despidiera.

A continuación, las dos mujeres se acomodaron en un pequeño diván, frente a una mesita espléndidamente surtida de comida. Charlotte se quedó con la boca abierta ante la increíble cantidad de dulces y galletitas que la componían.

—Entonces, *ma petite*, tenéis que contármelo todo —le dijo su anfitriona, con aire conspirador—. ¿No encontráis que el hombre que el emperador ha elegido para vos es ciertamente mejor que vuestro primo? Yo le había dicho a vuestra madre que el duque de Angulema no poseía suficiente atractivo. Ese Van der Valck es completamente distinto. Se dice que las mujeres se arrojan literalmente a sus pies, ¿lo sabíais? Bien, ahora comprendo por qué motivo. Pero, decidme, ¿es verdad que es un amante apasionado?

Charlotte se quedó asombrada ante tal profusión de chismorreos y cotilleos, pero luego se relajó. Era tan agradable apartar los problemas y hablar de futilidades. Con una tímida sonrisa le replicó—. En realidad, nuestro matrimonio es solo una formalidad. *Monsieur* Van der Valck se ocupa exclusivamente de protegerme y de mantener oculta mi verdadera identidad.

La madura mujer le dirigió una mirada incrédula—. Vamos querida, ¿a quién queréis tomarle el pelo? Os he observado atentamente, y estoy segura de no equivocarme: la relación existente entre vosotros es mucho más íntima de lo que queréis hacerme creer. ¿No deseáis compartirlo todo conmigo?

Charlotte dudó. Le resultaba muy incómodo desnudar su alma. Sin embargo, necesitaba desesperadamente ahogar las penas con alguien, y ¿quién mejor que la amiga de infancia de su madre? Casi sin darse cuenta, comenzó a hablarle de los sentimientos que alimentaba en relación aquel hombre enigmático y fascinante.

La duquesa le escuchó con atención, y al final exclamó divertida—. Pero, ¿de verdad creéis que él solo siente por vos la obligación del deber? Oh, mi niña, sois tan condenadamente ingenua.

Charlotte ignoró la colorida expresión y la observó incrédula.

—Es más que evidente ese hombre está loco por vos —añadió la mujer, con sus ojos que le brillaban de malicia—. Creedme, ese empedernido donjuán se ha dejado atrapar como una mosca y no hay ninguna duda de que los tenéis a vuestra merced.

La muchacha enmudeció. ¿Sería posible que, tanto la duquesa como su doncella personal hubieran percibido algo que a ella se le había escapado? ¿De verdad Leonardus sentía algo hacia ella? ¿Tenía tanta necesidad de creer

esas palabras y al mismo tiempo no se atrevía! Si hubiera abierto su corazón a la esperanza y hubiese terminado desilusionada, se habría muerto de amor.

Durante el trayecto de retorno en carruaje, Charlotte quedó perdida en sus pensamientos melancólicos. Van der Valck, de vez en cuando, le lanzaba miradas de preocupación, pero no había querido interrumpir su silencio, por respeto a sus sentimientos.

De pronto, fue ella quien puso fin a la embarazosa situación—. La duquesa de Mecklemburgo ha dicho que le encantaría tenernos como huéspedes en su residencia de *Hildburghausen*.

—¿Por qué no? —le respondió—. Después de todo, no podemos permanecer para siempre en el castillo de Heidegg. No es prudente. Pensaba pasar un periodo en *Ingelfingen*, Alemania, pero podríamos continuar por *Hildburghausen*, si lo deseáis.

—Lo agradecería mucho. —Charlotte se movió inquieta en el asiento y suspiró—. La duquesa es lo más cercano a un familiar para mí. Mi madre y ella eran amigas de la infancia y, cuando vino a vernos a Versalles, fue muy afectuosa con mis hermanos y conmigo.

Era raro que ella se refiriera a su pasado, y Van der Valck la escuchó con vivo interés.

—Incluso consiguió conquistarse la simpatía del mayor de mis hermanos. Louis Joseph era un niño muy reservado. ¿Os he hablado alguna vez de él?

En realidad, nunca había hablado de ninguno de su familia, y el hecho de que desease, precisamente, hacerlo en ese momento, le sorprendió y, al mismo tiempo, le conmovió profundamente. Tal vez estuviese conquistando su confianza.

—No, no lo habéis hecho. Si no me equivoco era el heredero al trono, antes de la revolución.

La mirada de Charlotte se entristeció—. Sí. Louis Joseph era el tan esperado heredero varón, el orgullo de la nación. Por desgracia, enfermó y nos dejó a la edad de solo nueve años. Fue un periodo verdaderamente difícil para mi familia: el pueblo estaba alborotado, habían sido convocados los Estados Generales y el Tercer Estado, reuniéndose en la Sala del Juego de la Pelota, se había constituido la Asamblea Nacional. Como si no bastara, mi amado hermano se nos fue después de atroces sufrimientos.

Lágrimas silenciosas surcaron sus mejillas, y Van der Valck habría deseado secárselas con sus besos. Sin embargo, se mantuvo callado, animándola a continuar.

—En aquel entonces, no imaginaba que iba a perder, una a una, todas las personas que amaba.

Leonardus no comprendía por qué, de repente, Charlotte había decidido abrirle su corazón. Solo entendía que, para ella, era importante que él lo supiera.

—Muchas veces me he preguntado por qué solo he sobrevivido yo. Ha habido momentos, durante la prisión, en lo que habría querido estar muerta junto a ellos.

Ante aquellas palabras, Leonardus se emocionó. En un ímpetu de afecto, la abrazó y le susurró—. ¡Eso no lo digáis ni en broma!

—¿Por qué no? Mis parientes me han apartado como si fuera un personaje incómodo. Solo la duquesa de Mecklemburgo me ha mostrado un poco de cariño. Excepto ella, nadie me considera importante. Si solo hubiera sobrevivido uno de mis hermanos en mi lugar...

—Yo os considero importante, Charlotte.

Van der Valck dejó escapar esas palabras, casi sin darse cuenta. Sin embargo, eran absolutamente sinceras.

Ella, como golpeada por su desesperado tono de voz, alzó la mirada sobre él. Fueron sus ojos lo que hablaron, durante un larguísimo instante.

A continuación, Leonardus acercó sus temblorosos labios a los de ella, y en ese momento, se perdieron. Ella le correspondió el beso con ardor, agarrándose fuertemente a su chaqueta. La cabeza empezó a darle vueltas, hasta el punto de que ya no conseguía pensar coherentemente. Él acercó la mano al interior del corpiño del vestido, acariciándole los senos y sacándole un gemido. La otra mano, por su parte, le levantó la falda para terminar posándose entre sus muslos.

Estaba húmeda.

En ese instante percibió el deseo de ella. Lo quería dentro de ella, como la noche en la que se había abandonado a la pasión, entre sus besos. Estaba tan caliente y excitada que la sangre comenzó a bombearle por las venas. Mientras Leonardus la acariciaba, le observó el rostro: tenía los labios entreabiertos, presa del éxtasis.

Dios, ¡era tan hermosa!

Su erección le apretaba las calzas, deseosa de penetrar al interior de aquella húmeda ventana. Era casi un dolor físico.

La besó de nuevo, metiéndole la lengua en la boca. Le habría hecho el amor ahí mismo, en el carruaje, si el vehículo no se hubiera detenido de

improviso.

—¡Maldición! —imprecó, apartándola a regañadientes y volviéndole a colocar la arrugada falda—. Hemos llegado al castillo.

Una vez recogida en su estancia, Charlotte le cerró la puerta y se apoyó contra ella, con el corazón agitado. Lo que acababa de suceder en el carruaje le había afectado profundamente. Se había dado cuenta de que no lograba resistirse a la atracción que sentía por Van der Valck. Lo deseaba, como jamás había deseado a ningún otro. Ni siquiera por su primo había sentido nunca tan loca pasión. Sus sentimientos por él habían sido siempre bastante tibios: afecto y respeto, pero jamás concupiscencia. El impulso sexual que sentía por Leonardus, era en cambio, capaz de aturdirla.

Tal vez se había equivocado al alejarle. Quizás, también el sentía por ella, de algún modo, los mismos sentimientos, y había sido terriblemente estúpido por su parte no concederle ninguna posibilidad.

Cerró los ojos completamente desconcertada. Siempre había sido orgullosa. Desde niña, jamás había admitido sus propios errores, y su carácter rebelde había sido causa de muchos desencuentros verbales entre su madre y ella. Pero ahora era distinto. Estaba en juego su felicidad.

Le pediré perdón, pensó después de una atenta reflexión, le confesaré mis sentimientos, y, si él lo quiere, seré su esposa de verdad, por el resto de nuestros días.

Ese pensamiento la reconfortó profundamente. Ya no estaría más sola, de ahora en adelante. Leonardus formaría parte de su vida, y ella estaba dispuesta a cederle su corazón. Para siempre.

CAPÍTULO 14

Lo que Charlotte no se esperaba, cuando a la mañana siguiente se unió a Van de Valck para el desayuno, fue hallarlo en compañía de un visitante inesperado: su primo Louis Antoine.

Aparentemente, estaban charlando educadamente, pero ella estaba segura de percibir en los ojos de ambos una nota de desconfianza y de hostilidad reprimida.

Leonardus —que superaba al duque en altura aproximadamente un palmo— permanecía de pie, firme, escrutándolo con sus ojos de hielo. Por su parte, Louis Antoine parecía contener una abierta antipatía hacia él. Como dos leones que se estudian atentamente antes de pelear.

A su llegada, ambos se volvieron y se quedaron con la boca abierta. Quizás, sus intentos de mostrarse hermosa para su marido habían sido excesivos. Se ruborizó. Para la ocasión se había puesto una prenda de gasa azul oscuro con un amplio escote con mangas de pétalo. La falda comenzaba inmediatamente por debajo del pecho y caía recta, resaltando su esbelta figura. Para el peinado había optado, en cambio, por algo sencillo, que resaltara el oval perfecto del rostro, y se había hecho recoger su largo cabello en la nuca, sujetándolo con dos peinetas de plata, para luego dejarlo caer en delicados bucles por la espalda.

El primero en recuperarse del desconcierto fue el joven duque, que se apresuró a besar a su prima—. Querida, estáis espléndida —dijo, con una franca sonrisa—. Tengo que reconocer que el aire de la montaña os ha sentado bien.

Charlotte se puso firme. ¿Qué hacía él ahí? Primero, le había abandonado bajo la custodia de Van der Valck y luego, ¿se atrevía a presentarse ante ella como si no hubiera pasado nada?

—No puedo negarlo, primo —, respondió nerviosa—. Estoy muy feliz viviendo aquí. ¿Puedo saber qué os trae por aquí?

—Estaba muy preocupado por vos —le explicó él, lanzando una mirada a Van der Valck—. Después de todo siempre habéis sido mi prima preferida.

—¿De veras? Pues esa no es la impresión que tuve la última vez que nos vimos. Más bien me pareció ser un incómodo estorbo para vos y el resto de la familia.

Charlotte se percató de que Leonardus reprimía a duras penas una sonrisa, mientras el duque se ponía tenso. Sin embargo, se mantuvo impassible y se quedó a la espera. Como sospechaba, el estupor del primo no duró mucho, y en seguida retomó la palabra.

—¡Santo cielo, Charlotte! ¿No pensaréis en serio lo que acabáis de decir? Siempre hemos actuado únicamente en vuestro bien.

—Sí, claro... —respondió ella, con un tono irónico.

El duque, nervioso, se aclaró la voz. Probablemente no se esperaba que ella hubiera abandonado el papel de tímido cervatillo para transformarse en un tigre. Pero no se dejó intimidar—. ¿Podríamos hablar en un lugar más adecuado y apartado de oídos indiscretos?

Ella le lanzó una mirada incendiaria—. ¿Consideráis, tal vez, a mi marido un extraño? Sin embargo, habéis sido vos quien me ha empujado a esta boda que yo no deseaba. Hace unos meses, su presencia os era muy útil, ¿no es verdad?

El rostro de Louis Antoine había enrojecido y parecía estar a punto de explotar. A Charlotte le pareció todo muy divertido. Por una vez, era ella quien ponía en dificultad a su primo. Bien. ¡Desde luego se lo había merecido! Lanzó una mirada interrogativa a Van der Valck, como si quisiera pedirle una confirmación, y él le sonrió de manera alentadora.

—No representa para mí ningún problema dejaros solos —dijo, con una reverencia de despedida—. Más aún cuando tengo asuntos que resolver y ya he terminado el desayuno. Discúlpenme.

Charlotte le observó cómo se alejaba y cerraba la puerta del comedor, a sus espaldas.

De pie, frente a la ventana que daba al parque, Louis Antoine se encendió un cigarro y dejó que sus ojos vagaran libremente por los floridos prados que rodeaban el castillo.

—¿De verdad sois feliz tal y como tratáis de hacerme creer? —preguntó a su prima, sorprendiéndola.

Charlotte estaba un poco incómoda—. No ha sido precisamente fácil, lo admito. Pero podía haberme ido peor. Leonardus es muy bueno conmigo.

El duque frunció el ceño—. ¿Leonardus? ¿Desde cuándo os referís a él con semejante familiaridad?

Charlotte se enrojeció y empezó a ponerse nerviosa. Cogió el dobladillo del vestido, apretándolo con fuerza entre sus delicados dedos. Luego se sentó a la mesa, y empezó a servirse pan, mantequilla y mermelada, fingiendo una

absoluta indiferencia—. Bueno, después de todo, es mi marido —respondió tensa.

Louis Antoine se acercó a ella, tomando asiento a su lado—. Un marido solo en apariencia. Deseo pensar que no os ha tocado.

Charlotte tuvo la impresión de que la sola idea le hiciera enfurecer. ¡Por supuesto! En el fondo, Van der Valck era, únicamente, un diplomático ávido de gloria. Bajo ningún concepto adecuado para una mujer que tenía sangre real en las venas. Y, sin embargo, no habían dudado en desposarla con él. ¡Qué hipócritas!

La confusión y la incomodidad que se veían en su rostro fueron para él un reconocimiento incluso demasiado evidente—. ¡Maldito sea! —gritó—. ¿Ha llegado a forzaros?

—¡Oh, no! Yo le amo.

Era la primera vez que lo reconocía, tal vez incluso consigo misma. Y, sin embargo, no había nada más cierto: ¡ella le amaba! Y le amaba con locura.

Oyó a su primo suspirar, y, a continuación, inhalar otra bocanada de humo. Pasaron unos segundos antes de que hablase de nuevo—. La situación es mucho más grave de lo que pensaba.

—¿Por qué habláis así? ¿Deseabais para mí un matrimonio sin amor? —ahora su tono era feroz; las palabras de su primo le habían herido profundamente.

—Charlotte, él es un hombre sin escrúpulos, a sueldo del emperador. ¿Cómo podéis llegar a pensar que sea fácil para mí aceptar que le hayáis entregado vuestro corazón? Y no solo eso, por lo que veo.

Ella se mordió el labio, inquieta. ¿Qué trataba de decirle su primo? ¿Qué no debía fiarse de su marido—. Yo no... —trató de argumentar, con el vano intento de dar voz a su compunción.

—Ernestine está muy preocupada por vos.

De pronto, Charlotte se sobresaltó. Se habría esperado cualquier cosa, salvo esa—. ¿Cómo? Ella me odia. Me resulta difícil creer lo que me decís.

—Y sin embargo es la verdad. ¿Pensáis que os mentiría?

—¿Y por cuál motivo está preocupada? No lo estaba cuando me desposaron con Van der Valck. Parecía, más bien, muy satisfecha.

La herida permanecía aún abierta en su corazón. Su única hermana le había dado la espalda, como todos los demás.

Louis Antoine dudó antes de responder. ¿Le estaba ocultando algo? Ese pensamiento la perturbó profundamente.

—Al parecer, Ernestine ha escuchado conversaciones, durante su estancia en la corte austriaca.

—¿Qué conversaciones?

—Hablaban de vuestra hija. El emperador se la ha llevado y confía en Van der Valck para manteneros alejada de ella. Ese hombre es su cómplice.

—¿Qué? —Fue como recibir una bofetada. Por un instante permaneció inmóvil contemplando a su primo. Luego una explosión de dolor se apoderó de ella.

—¿Estáis seguro? Él sostiene no haber tenido nada que ver con el secuestro.

—Ernestine dice haber oído algunas palabras del mismísimo emperador. Está preocupada por vos, porque no sabe hasta dónde llegará el holandés, con tal de cumplir las órdenes.

—¿Y si Ernestine hubiese mentido? —era una posibilidad que no se podía excluir, pensó. La última vez que habían discutido, para ella solo había habido palabras de rabia y desprecio.

Louis Antoine inclinó la cabeza—. Ernestine ha sido siempre ambiciosa y envidiosa, pero ha cambiado. Últimamente, ha madurado mucho, y creedme si os digo que ella misma está atravesando un periodo difícil. Ha arriesgado mucho para ponerse en contacto con vos, y esta es una prueba de su lealtad.

Charlotte se alzó de pronto de la mesa, y le miró fijamente con una mirada angustiada.

—¿Cómo puedo fiarme de vos? Sois las mismas personas que me han puesto en las manos de ese hombre. ¿Y ahora venís a decirme que él es un peligro para mí?

El duque dejó escapar otro suspiro; a continuación, se levantó igualmente, apoyando las manos en la mesa como si buscara apoyo. Sus ojos expresaban desconcierto. Probablemente confiaba convencerla fácilmente, y su reacción le había sorprendido.

—Cuando el emperador me pidió que os confiara a Van der Valck, pensé que era por vuestro bien —dijo, con el rostro blanquecino—. Aunque ese hombre no gozase de buena fama, creía que —si el emperador lo había elegido— se podía confiar en él. ¡Diantre! ¡Francisco es vuestro primo! ¿Cómo podía siquiera imaginar que no se ocuparía mejor de vos?

Los ojos de Louis Antoine estaban desconcertados. Charlotte los estudió atentamente, buscando cualquier signo de falsedad, pero no los halló. Parecía sinceramente disgustado.

—Creedme, prima, si solo hubiera sospechado cuáles eran sus verdaderas intenciones, no os habría entregado a su cuidado. Y no tanto por el hecho de que se haya desembarazado de vuestra niña, que, en el fondo, era una hija ilegítima, concebida como consecuencia de una violación. Si vos no hubieseis deseado tenerla, lo habría entendido y habría apoyado las intenciones del emperador. Pero vos deseabais educar esa criatura, ¿no es así?

Los ojos de Charlotte se cubrieron de lágrimas—. Por supuesto que deseaba tenerla. Es mi hija —dijo, con voz temblorosa—. Y no la he podido tener entre mis brazos ni un solo instante. ¿Tenéis idea de qué significa para una madre verse privada de su pequeña?

El duque bajó la mirada—. Lo siento, Charlotte. Creedme. Y este es el motivo por el que me hallo aquí: deseo poder servirlos de ayuda.

—¿Y cómo? ¿Qué me sugerís hacer ahora? Mi matrimonio con Van der Valck ya ha sido celebrado. Pertenezco a él. Sin contar que no tengo ni idea de dónde han llevado a mi niña. No se puede volver atrás.

—El matrimonio puede anularse. Venid conmigo a Inglaterra, yo me ocuparé de vos. Es verdad, lo que ha sido no puede cambiarse. Pero se puede seguir adelante.

Charlotte vaciló un instante. ¿Abandonar a Leonardus y anular el matrimonio? ¿De verdad era eso lo que quería? Ella amaba a ese hombre. A pesar de todo, continuaba amándole y era una cosa terrible. Sin embargo, no podía aceptar la idea de pasar el resto de su vida con la persona que le había quitado su hija.

—De acuerdo —dijo susurrando—. Concededme solo el tiempo de hacer el equipaje.

Encerrada en su estancia, Charlotte estaba dando órdenes a la servidumbre con el fin de que todas sus pertenencias fuesen colocadas en los baúles que llevaría consigo. Trataba de no pensar en la profunda desilusión que sentía, y en el sordo dolor que le atormentaba el corazón. Si se hubiera detenido a reflexionar sobre lo que Van der Valck había hecho a sus espaldas, se habría desmoronado.

Justo cuando estaban colocando los últimos vestidos, la puerta se abrió, y el hombre que había tratado de evitar hasta ese momento, cruzó el umbral. Sabía que tendría que haberlo afrontado antes de su partida, pero esperaba poder aplazar aún un momento tan doloroso para ella.

Él la miró hostil, con los ojos convertidos en dos témpanos de hielo—. ¿Qué es esa historia de que estáis a punto de partir junto a vuestro primo?

—¡Oh! ya habéis sido informado. Bien, esto me evitará inútiles explicaciones. Deseo irme lo antes posible.

Leonardus la agarró de un brazo, apretándole la muñeca con fuerza. Por un momento, Charlotte temió que se la despedazaría.

—¿Cuál es el motivo de esta repentina decisión? ¿Qué os ha dicho vuestro primo para induciros a...?

—Nada —le interrumpió ella, con un nudo en la garganta. No quería afrontar ese tema. No se sentía lo suficientemente fuerte para enfrentarse a Van der Valck—. Solo me ha propuesto que vaya con él a Inglaterra. Vos sabéis que siempre he estado enamorada de él, ¿no es cierto? Imaginad mi felicidad cuando Louis Antoine me ha hecho esta propuesta. Vos no debéis preocuparos de nada. Yo se lo explicaré a mi primo, el emperador, los motivos de mi repentina partida. Nadie os culpará por lo sucedido, y podréis retomar vuestra vida anterior, sin caer en desgracia ante sus ojos.

Le observó fruncir el ceño, pero se esforzó por permanecer indiferente frente a mirada disgustada. Aquella era la enésima actuación, pensó. Solo ahora se daba cuenta de que, hasta aquel momento, él siempre le había mentado. Se había mostrado afectuoso con ella, incluso preocupado por su felicidad, pero en realidad, estaba solo interpretando el papel de marido enamorado para conquistar su confianza. Qué tonta había sido al creerlo así. Le había seducido solamente para apartarla del pensamiento en su niña. Tal vez pensaba que, dándole placer, ella olvidaría a su hija.

—¿No estáis contento? —preguntó, simulando mostrarse despreocupada, cosa que no sentía en absoluto—. Por fin, sois un hombre libre. Podréis volver con vuestra familia, sin tener que preocuparos de mi incolumidad.

Leonardus apretó los dientes. Parecía que estuviese entablando una lucha interior para mantener la calma. ¿Qué se pensaba? ¿Qué sería suficiente unas palabras para hacerla caer a sus pies? ¿La consideraba tan ingenua?

—Vos sois mi esposa —respondió, sin apartar los ojos de ella—. No podéis, simplemente, hacer el equipaje e iros.

—¿No? —Charlotte le desafió con la mirada—. ¿Y cómo pensáis impedírmelo?

—La ley está de mi parte.

Ella estalló en una risa nerviosa—. No seáis ingenuo. Puedo hacer anular nuestro matrimonio cuando quiera.

—¿Y cómo? ¿Declarando que no se ha consumado? Sería una mentira y lo sabéis bien.

En ese momento, Charlotte se enrojeció y apartó la mirada de su imponente figura—. No podéis demostrarlo —respondió al final, luego de un interminable silencio—. Yo ya no era virgen cuando me habéis desposado, y mi primo testificará en mi favor. ¿Quién se atrevería a poner en duda la palabra de un duque?

Leonardus permaneció un instante mirándola con desprecio. Luego le dio la espalda y salió.

Charlotte se quedó sola con el corazón enloquecido. Se dio cuenta de que lo había herido, pero, ¿eso tenía que importarle algo? Él le había herido a ella, de manera aún más grave. Aguantando a duras penas las lágrimas, se dirigió a una de las doncellas—. Llevad mi equipaje abajo. No quiero permanecer en este lugar ni un momento más.

CAPÍTULO 15

Colonia, abril de 1799

Van der Valck estaba sentado de mala manera en el sillón de una casa de juego, con la mirada inyectada en sangre y un vaso de güisqui en la mano derecha. Estaba visiblemente ebrio, pensó su compañero de jarana, echándole un vistazo. Algo que le sucedía, últimamente, bastante a menudo.

—Entonces, ¿quieres decirme que te pasa? —le preguntó el amigo, que se hundía a su vez en un diván, en la salita privada donde habían buscado refugio después de una partida de cartas.

Leonardus apartó la mirada y bebió de un trago el contenido de su vaso, hasta la última gota. Era molesto tener que rendir cuentas de su propia vida a alguien, aunque se tratase de su mejor amigo; la persona que, probablemente, le conocía mejor que nadie.

—Acabo de perder una mano al póquer, querido Joseph. Creía que lo habías adivinado.

Él le devolvió la mirada con una impaciencia mal disimulada. Leonardus sabía por experiencia, que no se rendiría hasta que le hubiera sonsacado algo de cierto. Lástima que no tuviera ninguna gana de hablarle de sus problemas.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Desde que has llegado a la ciudad te comportas como un hombre consumido por el dolor. Ya no eres tú. Hace bien poco, una de las mujeres más hermosas de la casa de juego, ha intentado abordarte y no le has concedido, siquiera, una mirada. Eso no es propio de ti, amigo mío.

Leonardus dejó caer al suelo el vaso —ya vacío— como si tenerlo en la mano le costase un tremendo esfuerzo. El vidrio se rompió en mil pedazos, exactamente igual que le había sucedido a su corazón, cuando Charlotte le había dejado.

—Era solo una ramera —dijo, con voz pastosa—. Todas las mujeres son unas rameritas, querido amigo.

—Bien, en tiempos apreciabas la compañía de las cortesanas. ¿Qué ha cambiado ahora? No me irás a decir que has sentado la cabeza y quieres encontrar una bella mujercita y tener una familia.

—Ya estoy casado.

El amigo le miró incrédulo—. ¿Cómo?

—Lo que has oído. Cometí el error más grande de mi vida y me he casado.

Joseph frunció el ceño, como si no se atreviera a creerle o tomar sus palabras como el delirio de un borracho—. ¿Estás hablando en serio? ¿Y ella quién es?

—Nada menos que una princesa —continuó Leonardus, con una sonrisa en los labios. No había tenido la más mínima intención de hablarle de Charlotte, pero, evidentemente, era cierto que los borrachos terminaban por confesar siempre la verdad.

—¿Alguna vez habrías imaginado eso, Joseph? ¡*el* consorte de una princesa!

—¿Y dónde se encuentra tu princesa mientras estás aquí estropeándote el hígado con whisky de pésima calidad?

La mirada de Van der Valck se transformó. El odio que ocultaba en su interior surgió, imposible de contener. Sin embargo, mostró un tono calmado mientras respondía—. En Londres con su amante. Un duque engreído e insignificante que ejerce una gran influencia sobre ella. Como ves, mi esposa también es una ramera, amigo mío. ¿Te he dicho que quiere la anulación del matrimonio? Pretende desposarse cuanto antes con su duque.

Leonardus dejó escapar un suspiro. Se había enterado, precisamente esa misma mañana, leyendo la correspondencia. Charlotte le había informado con una carta, que ya no deseaba ser su esposa y que se casaría con Louis Antoine.

No habría sabido decir que le dolía más, si el hecho de que ella hubiera pasado página a toda su historia en común como si no hubiera pasado nada —mientras que él no conseguía hacerse a la idea de que la había perdido—, o la obligación de poner, de una vez por todas, la palabra fin a su matrimonio.

Desde que lo había abandonado, hacía tres años, para él había comenzado un verdadero calvario. Había vuelto al hogar e intentado olvidarla, pero nada había vuelto a ser como antes. Todo le recordaba a ella. La volvía a ver en los rostros de las mujeres que veía, en ocasiones, le parecía oír su melodiosa voz. Había comenzado a beber para sofocar los recuerdos, aunque se tratase solo de un paliativo. Ahora ya estaba seguro de que Charlotte formaría siempre parte de él y no había nada que pudiese hacer para impedirlo.

—Tú la amas —dijo Joseph incrédulo. Su frase no era una pregunta, y Van der Valck se dio cuenta. Por lo que no le respondió, y se limitó a mirarle con rostro angustiado. Pero, ¿era posible que fuera tan fácil leerle en su corazón?

—¿Se lo has dicho? —le preguntó el amigo, luego de un momento de silencio.

—¿Decirle qué?

—Qué estás enamorado de ella. ¡Qué si no!

—¿Estás loco? —Una amarga carcajada escapó de su boca, mientras se pasaba una mano por su cabello despeinado—. Solo lograría divertirla, si le confesara mis sentimientos.

—¿Por qué?Tú gustas a las mujeres. Siempre han caído a tus pies.

—No esa clase de mujer. Ella es distinta.

—Bueno, imagino que lo es, si te has enamorado de ella. Pero esa no es la cuestión. —Joseph parecía valorar, seriamente, la posibilidad de que ella pudiera, por alguna razón, corresponderle sus sentimientos, y Leonardus lo encontró terriblemente ridículo.

—¿Y cuál sería la cuestión, si puede saberse?

—¿No se te ha pasado por la cabeza que, tal vez, ella quiere anular el matrimonio porque piensa que no es amada? Las mujeres necesitan oír eso.

A esas alturas, Leonardus casi había pedido la capacidad de hablar. Miró fijamente a su amigo, como si le acabase de decir que los burros podían volar.

Tragó saliva. Quizás necesitaba tomar otra copa. ¿Dónde estaba la botella de güisqui? Miró nerviosamente a su alrededor sin hallarla. A continuación, volvió a prestarle atención a su interlocutor.

—Charlotte no sabría qué hacer con mi amor.Ella tiene su duque.

—Ah, ya. Lo olvidaba...

El tono burlón de Joseph le irritó. ¿Cómo se atrevía a poner en duda su palabra?

—E incluso si no estuviera enamorada de él, jamás se dignaría en echarle un vistazo a un diplomático, adicto al alcohol y al juego. Charlotte es una criatura delicada y pura. No tiene nada que ver con alguien como yo.

—Mmm... por tanto ha pasado de mujerzuela a criatura pura y delicada. —Joseph parecía que se lo estaba pasando en grande, mientras posaba su mirada irónica en él.

—Esta conversación es ridícula. ¿Cómo puedes llegar a pensar que una princesa pueda enamorarse de un hombre disoluto como yo?

—Princesa o no, es una mujer. Y las mujeres tienen cierta debilidad por los hombres disolutos, créeme.

En ese momento, Leonardus era ya presa de los nervios. Se alzó, colocándose bien la ropa arrugada, y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro, como un león enjaulado.

—¿Lo crees de verdad? —se decidió a preguntar, después de una atenta reflexión.

—Por supuesto. Y también creo que te estás infravalorando. Probablemente tienes miedo al amor, por eso titubeas. Pero si quieres a esa mujer, debes apostararlo todo. Igual que en una partida de cartas.

Leonardus sopesó largamente las palabras de su amigo. Tal vez era verdad que tenía miedo del amor. De niño, habría dado cualquier cosa por tener el afecto de sus padres y, a pesar de su empeño y de sus éxitos escolares, nunca consiguió lograrlo. Él era solamente el medio para obtener riqueza y poder para su familia. No era de extrañar que se hubiera convertido en un ser cínico que no creía en los sentimientos. Probablemente, alimentaba un terror atroz a ser rechazado, y esto le impedía sincerarse frente a la mujer amada.

—Lo he decidido —dijo de pronto, mientras su corazón empezaba a latir más rápido—. Creo que haré un viaje a Londres. Siempre he deseado visitar la capital inglesa.

Joseph sonrió satisfecho—. Excelente decisión, amigo mío.

Londres, un mes más tarde.

Louis Antoine observaba el intenso tráfico peatonal desde la ventana de su salón privado. Londres estaba sumergida en la niebla, como sucedía a menudo, y esto intensificaba la nostalgia que sentía por la Francia. Tuvo que reprimir una imprecación mientras se volvía hacia su padre, sentado junto al fuego de la chimenea.

—Ni siquiera parece primavera —se lamentó—. Nunca se ve el sol en esta condenada ciudad.

—No estoy aquí para discutir de banalidades como el tiempo, hijo mío. Ha pasado ya un mes desde que Charlotte escribió al holandés para obtener la anulación de su matrimonio, y todavía no hay noticias. Como sigan así las cosas, vuestra boda no se celebrará jamás.

El joven duque se puso firme. No deseaba ese matrimonio que le había sido impuesto y no tenía especial interés en recibir novedades de Van der Valck. Sus pensamientos se dirigían, cada vez con mayor frecuencia, hacia su otra prima, recluida en el dorado palacio de los Habsburgo.

—Probablemente ese hombre no desea conceder la anulación. No olvidéis que está al servicio del emperador.

—Entonces tendremos que tramar un sistema para convencerlo, tal vez ofreciéndole dinero. Todos se muestran más conciliadores cuando se les ofrece una adecuada recompensa.

Louis Antoine suspiró exasperado—. ¿Por cuál motivo habéis tenido toda esta prisa para verme desposado con mi prima? Si no me equivoco, hasta hace bien poco, vuestro deseo era que llevara al altar a Ernestine. ¿Qué ha cambiado, padre?

El hombre le dirigió una mirada severa—. Sabes perfectamente qué ha cambiado. Ernestine se ha convertido en un peón de Francisco II de Habsburgo, que ha decidido darla en matrimonio a su propio hermano. Confía en asegurarse así el derecho de sucesión al trono de Francia, ahora que esa muchacha ha asumido la identidad de Madame Royale. Y eso es precisamente lo que quiero evitar. Hasta que se pruebe lo contrario, Charlotte es la única hija legítima de mi difunto hermano, y es a nuestra familia a la que corresponde el derecho a reinar, una vez que esos pordioseros de revolucionarios sean derrotados.

—Entonces, ¿tenéis intención de revelar al mundo la verdadera identidad de Sophia Botta? ¿No es una tentativa arriesgada? Todos los soberanos europeos apoyan a Francisco, en su deseo de mantener ocultos sus orígenes. ¿Quién nos creará?

El conde de Artois le devolvió una sonrisa indulgente—. ¿Quién podrá cuestionarlo? Bastará mostrarles a todos a nuestra Charlotte. La muchacha es el vivo retrato de su madre. Pero no nos preocuparemos de esto hasta después de tu boda. Deberás desposarte en secreto, cuando aún es tomada por una irascible condesa extranjera. A continuación, el emperador no podrá hacer nada para reclamar derechos familiares sobre su persona y utilizarla para su propio beneficio.

—¿Y Ernestine? ¿Qué será de ella? —Su pensamiento seguía encaminándose en una única dirección. Afortunadamente, su padre no sospechaba, ni por asomo, de los sentimientos que alimentaba por su prima.

—Ernestine se desposará con el archiduque Charles, como estaba establecido. Una auténtica fortuna para esa muchacha, ¿no te parece, hijo mío?

Louis Antoine no podía estar más en desacuerdo con dicha afirmación. El archiduque, jamás la habría amado, como él lo habría sabido hacer.

Maldición.

¿Por qué las cosas no eran más simples?

El carruaje se detuvo delante de un elegante palacete en Belgrave Square, y Leonardus observó el edificio, al tiempo que lo estudiaba. Había empleado más tiempo del previsto para llegar a Londres y esto le había puesto nervioso. Primero, tuvo que ocuparse de unos asuntos familiares, y cuando por fin se

había puesto en viaje, el tiempo había sido desapacible, obligándole a pasar un par de noches en una casa de postas, antes de poder embarcar.

Ahora que por fin se hallaba en la capital inglesa, casi estaba molesto. Las dudas ante la idea de presentarse directamente en casa de Charlotte le habían atormentado largamente. Al final, había decidido visitar a un viejo amigo, que había conocido en una de las innumerables noches de juerga, en las que había participado cuando aún era un joven soltero y balarrasa.

Descendió del carruaje y se decidió a llamar. Pasaron cinco largos minutos antes de que el mayordomo abriera la puerta, y posara sobre él una irritante mirada escrutadora. Se sintió examinado de la cabeza a los pies, y lo halló poco agradable. Sin embargo, mantuvo su aire inescrutable y entregó al sirviente su tarjeta de visita. Sabía que le esperaban, ya que había hecho preceder a su llegada una carta. Hacía ya años que Jonathan Drake, un barón que trabajaba para los servicios secretos británicos, le rogaba que se juntara con él en Londres para la *Temporada*. Pues bien, ya le había complacido.

—Milord os espera en la biblioteca, señor Van der Valck —se apresuró a decir el mayordomo, abriéndole paso al interior de la enorme casa de tres plantas.

Leonardus le siguió por una escalinata de caracol, hasta alcanzar una puerta de madera con trabajo de marquetería. Aguardó a que el mayordomo le anunciase, para a continuación pasar al interior de una estancia con paredes de color crema y estantes repletos de libros. El suelo estaba cubierto de una preciosa alfombra oriental y, por todas partes, se respiraba un aroma intenso de tabaco y licor.

Van der Valck localizó a su amigo en el centro de la estancia. Se había levantado al verlo entrar y se dirigió a su encuentro con una sonrisa cordial en los labios. Hizo un gesto al criado que, silencioso, desapareció, dejándolos solos.

—Es un verdadero placer tenerte como huésped —dijo mientras le invitaba a sentarse en un sillón, cubierto de terciopelo ocre.

Leonardus se puso cómodo y esperó a que él tomase asiento. Drake era una persona alegre y jovial. Siempre se había encontrado a gusto en su compañía, aunque ya había pasado mucho tiempo desde la última que lo había visto.

—¿Qué razón te ha empujado a aceptar mi invitación precisamente ahora? —le preguntó el barón, sin más rodeos. «¿Hay algún motivo particular que te trae a Londres?

Leonardus esperaba esa pregunta y, al mismo tiempo, la temía. Le daba vergüenza confesarle a su amigo sus propios problemas sentimentales. Consideró la idea de mentirle, pero luego, con un suspiro, la descartó.

—De hecho, hay una razón —dijo, apoyándose en el respaldo—. Estoy buscando una persona. Una mujer, para ser más preciso.

Drake arqueó una ceja y sonrió—. Mmm, interesante. ¿Quién es ella?

—Se llama Sophia Botta —respondió Leonardus, utilizando el nombre con el que Charlotte ocultaba su verdadera identidad.

El barón se sobresaltó—. ¿La condesa de las tinieblas?

Al parecer, el apodo le había seguido también en la gris Inglaterra, se percató él con ironía.—. ¿La conoces?

—Todo Londres habla de ella. Es un personaje bastante extraño, si me permites decirlo. Se la ve siempre tapada y vestida de negro. Hay quien dice que es una rica viuda, otros, en cambio, sostienen que es una espía de incógnito. Pero solo son habladurías. En realidad, es una criatura, más bien, reservada y tímida. ¿Por qué la buscas?

—Es mi esposa.

Drake se quedó ojiplático—. ¿Cómo has dicho? Me resulta inconcebible que el soltero más impenitente que conozco, haya tomado esposa. ¡Esto sí que es una noticia chocante!

Leonardus cambió de posición y estiró las piernas. No le agradaba el tono irónico. Le molestaba.

El barón le examinó por un instante—. Parece una coincidencia, pero conozco muy bien a tu hermosa mujer. Está bajo la protección de los Servicios Secretos, y me han pedido en más de una ocasión que la escolte durante sus salidas por Londres. Siempre me he preguntado por qué estaba obligada a salir con escolta, y quién era en realidad. Pero imagino que no querrás desvelarme su identidad, ¿no es cierto?

Leonardus suspiró—. Por desgracia, no puedo hacerlo, Drake. Pero tengo que verla. Si estás en contacto con ella, ¿puedes arreglarme un encuentro?

El amigo pareció titubear—. Uno de mis tareas es la de preservar su intimidad. No se le permite recibir visitas. Solo sale acompañada, y, como te he dicho, vive en la más absoluta discreción. Otra cosa extraña es que se halla bajo la protección del duque de Angulema. Corre la voz de que existe una unión secreta entre ambos, pero no sabría decirte nada más al respecto.

Leonardus evitó una imprecación al enterarse del vínculo entre Charlotte y el duque. No obstante, permaneció impassible—. Entonces, ¿no hay manera de

hablar con ella a solas?

—No he dicho eso. Todo depende de tu habilidad.

—¿Qué quieres decir? Explícate mejor, Drake.

El amigo sonrió, claramente intrigado por la misteriosa situación—. Sé con absoluta seguridad que la hermosa condesa participará esta noche en un baile organizado por el mismísimo Rey Jorge. Puedo conseguirte una invitación, y luego depende de ti conseguir juntarte a solas con ella. Te advierto que no es fácil. Está vigilado por la familia del Duque...

Leonardus lanzó un suspiro exasperado—. Lo sé. Este es el motivo por el que no voy a ella directamente. No quiero encontrarme en mi camino con ese inepto aristócrata.

Drake asintió comprensivo—. Algo en tu tono me sugiere que se trata de una cuestión de vital importancia, ¿no es así? —le preguntó, con una sonrisa en los labios—. En realidad, nunca te he visto tan interesado en una mujer.

Leonardus bufó y le lanzó una mirada encendida—. Vamos al grano, Drake, ¿me ayudarás o no?

—Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada.

Se sintió más aliviado. La complicidad de un hombre tan influyente sólo podía hacer que se sintiera cómodo.

CAPÍTULO 16

Charlotte estaba sentada en una silla recubierta de un fino brocado, en una esquina de la sala de baile. Como acostumbraba, vestía de negro y evitaba, escrupulosamente, mezclarse con los demás invitados. La expresión de su rostro expresaba algo de aburrimiento y, tal vez, un cierto enojo. No había por qué asombrarse que los asistentes a la recepción, la observaran con una mezcla de desaprobación y de sospecha.

Leonardus la localizó en seguida, nada más entrar en el enorme salón. Observó su figura grácil y elegante, tratando de encontrar un detalle que le pudiese sugerir el estado de ánimo en el que se hallaba.

¿Triste?

¿Amargada?

En realidad, era su ego herido, el que buscaba en sus ojos un punto de melancolía, que, probablemente, no existía. Por lo que sabía, Charlotte era feliz y estaba enamorada de su duque. Por mucho que deseara firmemente lo contrario, no debía ilusionarse al respecto.

Se dio cuenta de que había cambiado durante los años de separación. Su rostro había tomado color y su cuerpo se había recuperado, mostrándose menos débil, y ocultando bajo el vestido de seda sus formas voluptuosas y provocadoras. Un escalofrío de excitación le recorrió el cuerpo, mientras la imaginaba sin el obstáculo de la ropa, y tuvo que alejar rápidamente de su mente semejante pensamiento libidinoso. No estaba allí para dejarse dominar por la intensa atracción que sentía por ella.

Echó una ojeada a la sala entera, buscando a sus familiares. Con una sonrisa triunfal, se percató de que se habían alejado, seguros de que la presencia de Drake bastase para protegerla de curiosos. No podían saber que el impecable agente de los Servicios Secretos británicos fuera amigo suyo, e igualmente, fiel aliado.

Se aproximó a la mujer con paso firme y dirigió una mirada a Drake, que, divertido, le guiñó un ojo, antes de desaparecer para dejarle el campo libre.

Ella tenía los ojos medio cerrados, y, las largas pestañas rubias creaban una sombra sobre sus mejillas rosadas. Parecía concentrada en la música que provenía de la orquesta: una alegre y rítmica cuadrilla que, al parecer divertía sobremanera a las parejas empeñadas en el baile, en el centro de la sala.

Charlotte seguía el ritmo moviendo ligeramente su elegante pie, que se transparentaba de la larga falda negra, y Leonardus casi se quedó hipnotizado al mirarla. Sintió el loco impulso de cogerle el delicado pie y besárselo, para subir luego por sus largas y sedosas piernas, hasta llegar... se despertó a tiempo antes de incurrir en otros inoportunos y peligrosos pensamientos.

¡Maldición!

¿Por qué le resultaba tan difícil concentrarse? Terminaba siempre por imaginársela, desnuda sobre la cama.

En cuanto estuvo a pocos pasos de distancia, se aclaró la voz, provocándole un sobresalto—. ¿Queréis concederme el próximo baile, Sophia? —le preguntó con voz aterciopelada.

Charlotte abrió los ojos incrédula y le miró fijamente, como si ante ella se acabara de materializar un demonio. ¿Entonces sintió tanta aversión por él?

—Van... ¿Van der Valck? —balbuceó la joven con un hilo de voz. Miró a su alrededor, como si tratara de buscar a su guardaespaldas, mientras Leonardus dejaba escapar una sonrisa amarga.

—Si queréis reclamar la atención de vuestro agente para que corra en vuestro auxilio, me temo que os veréis obligada a renunciar. Drake nos ha dejado a solas a propósito, a petición mía.

Ella se puso firme al instante—. ¿Qué pretendéis de mí?

—Deseo bailar con vos. ¿No he sido lo bastante claro?

—Y-yo no bailo.

—¿No? Quizá, ¿no se os ha enseñado el arte de la danza en la corte de Versalles?

Su expresión alarmada le divirtió—. Tranquila, no revelaré a nadie vuestra verdadera identidad. Pero, a cambio, deseo hablar a solas con vos. Si no queréis bailar, podemos dar un paseo por el parque. He oído decir que los jardines reales son, ciertamente, una delicia.

Charlotte vaciló, como si la idea de hallarse sola con él le aterrorizase. Luego, finalmente, se alzó y le dirigió una mirada altanera—. Como deseáis, pero no puedo concederos más que unos minutos. Mi tío y mi primo vendrán en seguida a buscarme y cuando sepan...

—Me serán suficientes —respondió él, llevándola detrás de la puerta ventana que se hallaba a pocos pasos de ellos.

Fuera de la sala de baile se respiraba el aroma de las flores del jardín y una ligera brisa les acariciaba. Era casi agradable, respecto al calor opresivo del salón. Sin embargo, Leonardus vio que Charlotte temblaba.

—¿Tenéis frío? —le preguntó interesado.

Ella le miró furiosa, con los ojos reducidos a la mínima expresión—. No perdamos el tiempo inútilmente y decidme por qué estáis aquí.

—He recibido vuestra carta.

—Bastaba con que firmarais la solicitud de anulación. No era necesaria vuestra presencia aquí.

Van der Valck se agitó de indignación. ¿Estaba tan molesta con él? ¿Pretendía que rompiera su matrimonio, sin siquiera intentar una reconciliación?

—Me duele informaros que no firmaré, Charlotte —replicó fríamente.

—¿Cómo?

—Lo habéis entendido perfectamente. No os dejaré el campo libre para desposaros con el duque de Angulema, ¿He sido claro?

—Perfectamente, *monsieur*. Sin embargo, no logro entender el motivo de vuestra negativa. ¿Cuál es? ¿El mero rencor? ¿O bien el emperador os ha ordenado que rechazéis mi petición?

—¡Al diablo el emperador! —Una ira ciega se adueñó de él: no podía aceptar el hecho de que deseara desposarse con otro. La sola idea de ella en la cama con el engreído duque le hacía agitarse de rabia. De pronto, la sujetó de los hombros y la empujó contra el tronco de un árbol, mientras sus ávidos labios se adueñaban de los de ella.

Al principio, Charlotte opuso resistencia, pero luego Leonardus sintió que se rendía a su pasión y acogía su beso con la misma intensidad. Sus brazos rodearon el cuello de Van der Valck, acercándolo más hacia ella. Leonardus sintió el calor de su cuerpo pegando al propio y un deseo cegador le invadió. La habría tomado allí mismo, en el jardín, si su parte racional no le hubiese frenado.

¡Al diablo, no he hecho este viaje para esto!

Reticiente, se apartó de ella, jadeando ligeramente—. Dios mío, me hacéis perder la razón.

Ella volvió a abrir los ojos lentamente. Sus senos —que se transparentaba a través del atrevido escote del vestido— subían y bajaban al ritmo de la acelerada respiración. Parecía confundida, casi aterrorizada de la fuerza de la insaciable pasión que, un momento antes, le había poseído.

—¿Qu-qué queréis de mí, Van der Valck?

Esas palabras pronunciadas en un tono desconcertado le hicieron recuperarse del todo—. Una oportunidad —respondió, con una calma que le

sorprendió—. Os pido solo eso.

—No entiendo...

Los ojos de ella parecían confundidos. Dos profundos lagos azules en los que habría querido sumergirse.

—Permitidme que os corteje. Es un privilegio que me ha sido negado, ya que nos han obligado a desposarnos contra nuestra voluntad, pero ahora deseo hacerlo. Si no logro conquistar vuestro corazón, entonces os concederé la anulación y desapareceré de vuestra vida para siempre. Os lo prometo.

Charlotte le miró desorientada. Él ya poseía su corazón, pero no podía decírselo.

No debía.

Seguía repitiéndose, a sí misma, que debía permanecer alejada de aquel hombre. Él había destruido su vida, quitándole la única cosa de valor que tenía: su hija. ¿Cómo podía perdonarle? Sin embargo, en lo más profundo de su alma, ya lo había hecho. Había creído que lo había olvidado. De ser capaz de reconstruirse una vida al lado de Louis Antoine, aunque por él solo sintiera un profundo afecto y no la ardiente pasión que había conocido entre los brazos de Van der Valck. Le bastaría, se lo había repetido muchas veces. En cambio, había sido suficiente volver a verle una vez para que el corazón le estallase en el pecho, movido por una emoción demasiado grande para poder ser explicada con palabras.

—¿Por qué? —fue todo lo que consiguió decir.

—Porque no puedo resignarme a perderos, sin haber luchado.

Parpadeó, incrédula. Era imposible que Leonardus se preocupara sinceramente por ella. Creerle sería un suicidio. Sin embargo, una vocecita interior le sugería que le diese esa posibilidad. Ella *quería* dársela. Desesperadamente.

—De acuerdo —se oyó a sí misma responder, como si voz proviniese de lejos—. Os concederé lo que pedís. Pero, ¿al término del cortejo me dejaréis libre para desposarme con Louis Antoine?

—Si aún lo queréis, sí.

—No cambiaré de idea —en realidad, lo dijo más para convencerse a sí misma. Sentía mil dudas al respecto.

Él sonrió con un gesto divertido en la mirada—. Lo veremos.

Y con esa última frase se alejó.

Una vez sola en el jardín, sumergido en la oscuridad, Charlotte dejó escapar un suspiro. Ese hombre, ¿Cómo lograba turbarla de tal modo?,

¿hacerla temblar de deseo con una sola mirada? En cuanto lo había visto en el salón, había sentido un alocado impulso de abrazarse a él. ¡Era tan hermoso! Su atractivo no había cambiado en esos tres años, es más, incluso, había aumentado, si esto era posible. El tiempo transcurrido le había conferido un aire más masculino, que hallaba decididamente atrayente. ¿Cómo podría permanecer cercana a él durante el periodo de cortejo, sin ceder a sus halagos? Sin embargo, tenía que mantenerse firme en su decisión. No podía cargarse el matrimonio con Louis Antoine por su absurdo encaprichamiento por Van der Valck. Significaría su completa ruina.

A pesar de ello, una parte de su ser sentía la necesidad de esperar. ¿Qué podría haber sido más maravilloso que pasar toda una vida con el hombre que amaba? ¡Aquel del que había tratado desesperadamente de alejarse, pero que aún moraba en sus sueños!

Confundida por sus propios sentimientos encontrados, se acercó con paso inseguro a una elegante fuente de mármol, e introdujo los dedos en el agua fresca, que surgía de la boca de un *amorcillo*.

¿Era más correcto, seguir al corazón o la razón? ¡Si solamente una persona hubiera podido sugerirle la elección correcta que tomar!

De pronto, el rumor de unos pasos atropellados a sus espaldas, la hicieron volverse.

—¡Louis Antoine! —exclamó, reconociendo la figura alta y ágil de su primo. Se preguntó cuánto tiempo había estado allí y si la había visto hablando con Van der Valck. Sin embargo, sus palabras le convencieron de lo contrario.

—¿Qué hacéis aquí sola en el jardín? —le inquirió visiblemente preocupado—. ¿Dónde diablos está vuestro guardaespaldas? Sabéis de sobra que no debéis alejaros de Drake ni siquiera por un instante.

—Solo quería tomar algo de aire fresco, primo —le respondió ella, presa de la irritación—. ¿Ni siquiera se me concede esto?

El duque suspiró, pero no añadió nada más. ¿Se daba cuenta de lo exasperante que era su vida? Al menos Leonardus había tratado de hacérsela lo más placentera posible. Experimentaba una fuerte nostalgia de sus paseos con Leonardus en el parque del castillo, las largas conversaciones y su mirada atenta cuando en su rostro despuntaba la sombra melancólica de los recuerdos. Habría esperado de su primo la misma comprensión. Él, además, había conocido a sus padres y hermanos. ¿Quién mejor que Louis Antoine podía comprenderla? En cambio, durante estos años, se había mantenido rígido e inflexible con ella. No le concedía la más mínima libertad o debilidad. Era

como hallarse constantemente controlada, y esto no le agradaba.No le gustaba en absoluto.

—Vamos —dijo de pronto, dirigiéndose al duque—. Estoy muy cansada y deseo regresar a casa.

Leonardus se había alejado de la recepción sin hacerse notar, tal como había entrado.

¡Maldita sea! Imprecó entre dientes.

Se había prometido conquistar a Charlotte con calma y paciencia, y todo lo que había logrado hacer había sido irrumpir ante ella como un semental en celo y besarla con brutal avaricia. No era de extrañar que la joven fuera tan reacia a aceptar su propuesta de cortejo. Era más que evidente que él no sabía comportarse según las reglas de la buena sociedad: ¡no era para nada un gentilhombre! Mientras le pedía otra oportunidad, humillándose ante ella como nunca le había sucedido con ninguna mujer, en sus ojos había leído desconcierto y miedo. De hecho, se había extrañado de que, a la postre, Charlotte hubiera consentido en dejarse cortejar, aunque no le hubiera concedido ilusiones con respecto a la que sería su decisión final. Delante de ella se había mostrado seguro de sí mismo, pero en lo más profundo de su alma, temblaba ante la idea de que nunca estaría a la altura del duque de Angulema.Tenía que imponerse disciplina y autocontrol, si quería tener una posibilidad con Charlotte. Jamás la conquistaría con el arma de la seducción, la única que conocía bien. Con Charlotte tenía que ser educado y paciente. Gentil y cauto. No debería permitirse pasar de saludarla con un besamanos o un casto beso en la mejilla. Y desde luego, no era metiéndole la lengua en la boca como le haría comprender que sus intenciones eran serias con respecto a ella.

¡Maldición! No estaba seguro si sería capaz de tal modo, pero debía intentarlo.

Apresuradamente, montó en su vehículo y extrajo su reloj de bolsillo. No era demasiado tarde y tenía en mente otra visita para aquella noche; otra carta que jugar. Indicó al cochero que tenía gracias a Drake y, por fin, se relajó, apoyándose en el respaldo y estirando las piernas para hallar una posición más cómoda.

El carruaje se encaminó a una velocidad intensa, a lo largo de las calles iluminadas por las luces de los faroles. Embocó St. James Street, donde proliferaban los clubs frecuentados por aristócratas, y prosiguió en dirección a South Kensington que, al estar en la periferia, se consideraba una zona más

que aceptable en la que vivir. Allí, si su amigo le había provisto de la información correcta, debía hallarse la morada de una vieja conocida suya.

Mientras el vehículo alquilado se detenía frente a un imponente edificio, con columnas de mármol blanco en la fachada, Leonardus sonrió y se apresuró a descender. Después de haber pedido al cochero que le esperase, lanzó un último vistazo a la casa: tenía las paredes cubiertas de enredaderas, pero, al fin y al cabo, aquella era una zona semirural. Apresuró el paso, encaminándose hacia la puerta. Por regla general, no visitaría a nadie a una hora tan intempestiva, pero había enviado previamente una nota en la que explicaba sus intenciones, y sabía que la señora en cuestión, estaba sola en casa y le esperaba.

Llamó a la puerta y atendió. Unos minutos después la puerta se abrió, y una mujer de largo cabello pelirrojo le hizo entrar.

—Leo, ¡qué placer volver a veros!

La mujer se arrojó en sus brazos con tanta familiaridad que se quedó sin palabras. Había mantenido con ella una breve relación, cuando había realizado el servicio militar en Francia, pero habían pasados años desde entonces, y se había imaginado un recibimiento un poco más formal.

Se apartó de ella para observarla mejor, a la luz de las velas. Todavía estaba bellísima con la melena pelirroja suelta por encima de los hombros. Llevaba una ligera bata de seda, como si estuviese esperando a su amante y no a un viejo amigo. Deseó que no hubiera malentendido el motivo de su visita.

—Yo también me alegro de veros, Juliette. Dejadme que os mire... ¡os encuentro espléndida!

Ella esbozó una sonrisa maliciosa y sonrió—. Oh, ¡siempre tan adulador! Pero por favor, seguidme. ¡No querréis permanecer en la entrada como una visita indeseable!

Leonardus dejó escapar una sonrisa—. Bien, ¡me alegra que no me consideréis un indeseable! Después de tanto tiempo, incluso habríais podido negaros a recibirme.

—¿Os he rechazado alguna vez, Leo? —El tono de Juliette estaba cargado de insinuaciones que él fingió ignorar. No había venido para llevarse a la cama a la hermosa esposa del embajador francés. Solo deseaba su ayuda, si era posible.

La siguió por una escalera de madera y, a continuación, por un pasillo, hasta llegar a una puerta. Ella la abrió de par en par y le invitó a entrar. Se trataba de una sala privada, decorada con gusto y muy acogedora. La sospecha

de que en dicha estancia ella acostumbraba a recibir a sus amantes le puso nervioso, pero cuando miró de nuevo a Juliette era, nuevamente, dueño de sus propios actos.

—¿No me preguntáis por el motivo de esta visita? —le preguntó, esperando su reacción.

Ella rio socarronamente, reduciendo la distancia entre ambos. Caminaba contoneándose ligeramente, de un modo que, tiempo atrás, le habría parecido sensual, y que sin embargo, ahora le irritó.

—¿No es obvio? —Juliette le abrazó, apretando sus caderas contra su cuerpo en un gesto inequívoco. Leonardus tuvo que reprimir un movimiento de reproche—. No estoy aquí para acostarme con vos, Juliette.

La mujer abrió sus ojos castaños y le observó incierta—. No entiendo... ¿ya no os atraigo? —Parecía desilusionada y dolida.

—Estáis hermosísima y lo sabéis —fue su respuesta de hábil diplomático—. Pero no es para disfrutar de vuestra gracia que os he pedido ser recibido. Necesito un favor—. Le pareció que ser claro desde el principio le ahorraría andarse por las ramas. Aun y todo, ella parecía perpleja.

—¿Qué tipo de favor?

—Estoy buscando a un médico francés apellidado Thiolier, y sé que vos estáis en contacto con muchos exiliados franceses. Me han dicho que celebráis fiestas en vuestra morada londinense, y que acostumbráis a recibir a aristócratas que permanecen fieles a la corona, durante vuestras *soirées*. No debería ser difícil para vos localizar para mí esta persona, en nombre de nuestra vieja amistad.

Juliette le lanzó una mirada recelosa—. ¿Por cuál motivo estáis buscando al doctor Thiolier? Si no me equivoco era el médico personal de la reina Marie Antoinette.

—Precisamente. Lo busco porque tiene algo que me pertenece.

—Debe ser algo que os importa mucho, si os habéis molestado tanto con tal de recuperarlo.

—Así es, en efecto.

Juliette empezó a caminar de un lado a otro de la estancia, con el ceño fruncido. Luego se detuvo, y se giró de pronto—. Y yo, ¿qué gano si os ayudo?

Leonardus le dedicó una de sus sonrisas descaradas y seductoras—. Mi eterna gratitud.

CAPÍTULO 17

Ernestine permitió que la doncella que le había sido asignada para sus primeras necesidades –esta vez, una persona de confianza del emperador–, la ayudase a colocarse un vestido de seda color crema, adornado con bordados de oro con forma de rosa. Luego se miró al espejo con un suspiro melancólico.

Aquella tarde debería ver al archiduque Charles para discutir los detalles del matrimonio de los dos. La fecha estaba ya cada vez más cercana y la sola idea le intimidaba. No habría podido escapar de su destino, un destino que había sido decidido para ella por otros y que le hacía sentirse, dolorosamente, atrapada.

Desde hacía un par de meses, ya no recibía noticias de Louis Antoine. Sus cartas había sido su único consuelo durante su reclusión dorada en Viena, pero se habían hecho cada vez más esporádicas, hasta desaparecer por completo.

Sabía que también él estaba a punto de desposarse. Al final, su hermana lograría coronar su sueño de unirse en matrimonio con el hombre que ambas amaban desde la infancia.

Debería haber sentido rabia y frustración, en cambio, casi estaba contenta. Deseaba la felicidad de Louis Antoine más que la propia –un sentimiento que una vez, le había sido extraño– y se había convencido de que Charlotte le haría más feliz de lo que ella podría haberle hecho.

Por otra parte, su hermana se merecía un poco de serenidad, después de todos sus padecimientos. Por último, se daba cuenta de lo injusto que había sido privarla de su añorado esposo, y saber que había contribuido, al menos en parte, a su reencuentro, le daba una sensación de paz y calma interior.

Aunque amaba a Louis Antoine con todo su corazón, siempre había sabido que jamás sería suyo. Se había ilusionado con lograr lo que para ella era una meta inalcanzable, y, por obtenerla, incluso había jugado de manera desleal.

No podía lamentarse si ahora todas sus maldades se volvían contra ella.

Ella no poseía el dulce carácter de su hermana, ni sus adorables maneras. Nunca habría sido una buena esposa para su primo y tenía que sentirse afortunada de poder desposar a un archiduque. Cualquier muchacha en su lugar, estaría feliz y honrada.

Aun así, aunque tratase de repetirse este argumento todos los días, sentía un enorme peso en su corazón, conforme la fatídica fecha de la celebración se

acercaba. Una lágrima le cubrió una mejilla y se apresuró a secársela con el dorso de la mano. No debían verla llorar. No mostraría ninguna debilidad. Por lo menos, en esta ocasión su padre estaría orgulloso de ella, mirándola desde el más allá.

—Ya está, *madame* —dijo la doncella, admirando el trabajo terminado—. Estáis lista.

Ernestine apartó la mirada de su imagen, reflejada en el espejo. Carecía de la imagen clásica de Charlotte, sin embargo, jamás había estado más elegante. Parecía una reina. Y como una reina marcharía al encuentro de su destino.

—¿Cómo habéis podido hacer una cosa semejante? —Louis Antoine caminaba de un lado a otro de la estancia, con paso nervioso y una mirada asesina. Charlotte, de pie delante de la chimenea, se retorció las manos y permanecía mirándolo atemorizada. Nunca le había visto tan furioso, él que raramente perdía la calma y su rígida compostura.

—Me ha puesto en un aprieto —intentó justificarse—. ¿Qué otra cosa habría podido hacer? Ha dejado bien claro que no me concedería la anulación si yo no aceptaba su propuesta.

—¡Una propuesta vergonzosa! —vituperó el duque, lanzándole una última mirada fulminante.

—Estoy de acuerdo con vos, primo. Pero no hay de qué preocuparse. Solo debo aceptar su cortejo durante un tiempo; después me dejará libre para desposarme con vos. Me lo ha prometido.

Su risa arrogante la sobresaltó—. ¿Y vos creéis que mantendrá la palabra dada? ¿Un hombre de su calibre? ¿Un sinvergüenza y un jugador? Vuestra ingenuidad no tiene límites, Sophia.

Charlotte palideció y se dejó caer sobre el sillón, con aire afligido. Incluso cuando estaban solos, Louis Antoine se dirigía a ella llamándola con aquel odioso nombre. Solo Van der Valck había seguido llamándola Charlotte, en privado; el nombre que habían usado siempre sus padres.

—¿Que teméis? ¿Que me deje seducir, arruinando el matrimonio?

Su sonrisa burlona le hizo poner el grito en el cielo. Resultaba claro que no se fiaba de ella y de su capacidad de rechazar las tiernas muestras de amor de Van der Valck, pero, lo que más le irritaba era el hecho de dudar ella misma de su propia reacción frente al encanto de aquel hombre.

—No sería tan difícil de creer, prima —dijo él, con tono irrisorio—. En una ocasión ya ha sido capaz de llevaros a la cama, si no recuerdo mal.

Charlotte se enrojeció y bajó inmediatamente la mirada. Era terriblemente humillante que él le echara en cara sus propias debilidades.

—Cuando sucedió, yo era una joven inocente e inexperta —, se apresuró a replicarle enojada—. Esta vez no me dejaré embelesar por sus encantos. Podéis estar seguro de ello.

—Así lo espero. Está en juego vuestro futuro. Y también el mío.

Louis Antoine se despidió con una rígida reverencia y salió de la estancia, sacudiendo la puerta. No podía culparle si se ponía tan furioso. Debía darse cuenta de que por él no probaba la misma pasión que sentía con Van der Valck. Cualquiera hombre habría perdido la paciencia ante su tonto e inmaduro comportamiento.

Habría debido alejar a Leonardus de su vida. Para siempre. Sin embargo, ¿por qué le dolía tanto el corazón ante la sola idea de no poderlo ver nunca más?

Se sentó en una butaca, soltando un suspiro de angustia que había aguantado hasta ese momento. El vestidor había sido su refugio durante los años de su estancia londinense. Era una estancia cálida y acogedora, en la que le resultaba fácil relajarse. Sin embargo, ese día no lograba encontrar paz. Con manos temblorosas sujetó la taza de té, ya frío, que estaba colocada en la mesita delante de ella, y se esforzó en beberse el oscuro brebaje, en pequeños sorbos. Tenía dolor de cabeza por la confusión y el insomnio de la noche anterior, cuando había estado en vela, dando vueltas en la cama, recordando el encuentro con su marido y el beso apasionado que se habían intercambiado.

Había tenido que masturbarse para placar el desenfrenado deseo que aquel beso le había provocado. Se ruborizó con el recuerdo de sus dedos moviéndose entre los pliegues de su sexo palpitante mientras pensaba en él. Había gozado imaginando que era Leonardus quien le tocaba de esa manera.

Era mortificante.

Se preguntaba cuál sería el siguiente movimiento de Van der Valck, cuando una leve llamada a la puerta la apartó de sus oscuros pensamientos y una doncella entró en la estancia, trayendo un enorme ramo de rosas rojas.

—Un cartero ha entregado estas flores para vos, *madame*.

Charlotte colocó torpemente la taza, haciéndola tintinear. Luego se levantó para hacerse cargo de las rosas. Tenían un perfume maravilloso que, por un momento, le recordó los floridos jardines de Versalles. La nota que las acompañaba solo llevaba una firma, pero no necesitó leerla para comprender quién las había enviado.

—Leonardus —exclamó, aguantando la respiración.

Su corazón comenzó a latir apresuradamente. Desde luego, resultaría difícil permanecer indiferente a su cortejo. Prácticamente imposible, añadió amargamente para sus adentros.

Aquella misma tarde, Van der Valck la obsequió con una visita. Según las costumbres inglesas, un gentilhomme que había sido golpeado favorablemente en una recepción, hacía preceder su llegada con un presente de flores y, por lo que resultaba, su marido se estaba ateniendo a las reglas. Esta galantería suya la sorprendió, incluso porque ella no era, en ningún caso una novata. Nunca lo había sido, en realidad, desde el momento mismo en que su infancia había sido bruscamente interrumpida por la prisión y, a continuación, por un matrimonio de conveniencia. Tontamente, cuando le recibió en el salón de visitas, tenía las manos sudadas por el ansia y la expectativa del encuentro.

Él se inclinó y le besó la mano, en señal de saludo. Luego se detuvo a observarla, como si tratase de descifrar su estado de ánimo.

—He recibido vuestras rosas —dijo ella, esforzándose en no mostrarse demasiado entusiasta. También esa era una costumbre inglesa: no permitir que se percibieran las emociones—. Os lo agradezco, pero no era necesario que os molestarais.

Leonardus se sentó a su lado, en una butaca y le respondió con una sonrisa—. En absoluto, no ha sido una molestia. —Estaban tan cerca que sus rodillas casi se rozaban. Charlotte tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar sus ojos a la ansiedad. Siguió un momento de embarazoso silencio, en el que le pareció poder oír el sonido del propio corazón que le martilleaba en el pecho. Luego, Leonardus rompió la calma con voz alegre y clara—. ¿Qué os parece si damos un paseo por el parque?

—¿Cómo? —Charlotte se sobresaltó y le miró como si le acabara de hacer una proposición indecente.

Él se aclaró la voz y se apoyó contra el respaldo, intercambiándole la mirada con una intensidad tal, de provocarle un escalofrío a lo largo de toda la espalda—. Os he preguntado si os apetecería un paseo en el parque. Hace un día precioso, y Hyde Park es la meta más codiciada de las personas que importan. No debéis preocuparos por hallaros a solas conmigo, sin carabina. Ya no soy el ser disoluto que conocíais y tengo toda la intención de comportarme correctamente, de ahora en adelante.

Ella se ruborizó de repente y empezó a abanicarse. La sangre le palpitaba en las orejas, y su voz pareció muy lejana cuando respondió—. Oh, no quería

decir... es sólo que nunca voy a dar un paseo por el parque. Y, ¿si alguien me reconociera?

Leonardus frunció el ceño. Seguramente consideraba excesiva su prudencia, pero, en realidad, no eran disposiciones suyas. Había sido su primo quien le había prohibido mostrarse en público, sin su autorización.

—Entiendo —dijo aun y todo, mostrándose comprensivo—. Pero, ¿quién puede reconoceros entre toda esa gente?

—Muchos nobles franceses se han trasladado aquí, a Londres, después de la revolución.

—Estoy convencido de que ninguno nos molestará. ¿No deseáis poder llevar una vida normal, Charlotte?

Una vida normal. ¡Es lo único que deseaba!

—Vale —respondió, con un suspiro—. Me habéis convencido. Esperadme solo un segundo. Estaré preparada en un momento.

El paseo por Hyde Park fue para Charlotte el más feliz de los últimos tres años. Después del periodo de oscuridad y constricción al que había sido sometido en aquella tétrica ciudad extranjera, por fin descubría un Londres totalmente distinto: el de la diversión y el chismorreo del *Bon ton*. Leonardus parecía conocer bastantes cosas de las costumbres inglesas, y le ilustró con anécdotas y divertidos episodios que le hicieron reír con ganas.

De vez en cuando, alguno se detenía a mirarlos desde lejos, con abierta curiosidad. Pero, como había previsto Van der Valck, nadie la reconoció como una princesa mártir. A los ojos de todo el mundo, sólo era una joven aristócrata de paseo con su pretendiente.

En muy poco tiempo, Charlotte recuperó la tranquilidad y consiguió disfrutar de cada momento de aquella tarde. Volvió a descubrir el placer de charlar con el hombre que, una vez, había sido su amigo y confidente; el mismo hombre que una noche inolvidable la había amado con tal pasión como para dejarla aturdida, y que aún estaba unido a ella por el sagrado vínculo del matrimonio.

Qué fácil habría sido olvidar el dolor de la traición y la pérdida, y dejarse caer, otra vez, en sus fuertes brazos, ignorando los deberes con tu familia y con todo lo demás.

Desgraciadamente, la verdad era que él no la amaba y habría terminado por romperle de nuevo el corazón, si sólo se hubiera dejado hechizar, una vez más, por sus artes de seducción.

Durante todo el tiempo no hizo más que hablar animadamente, divirtiéndola y alimentando el ansia que la había abrumado desde que había reaparecido en su vida, pero, en ninguna ocasión, intentó besarla o abrazarla. Era, más que evidente, que no la deseaba y quién sabe, por qué oscuro motivo, quería reconquistarla. Sostenía que no había sido el emperador quien le había enviado a ella. Sin embargo, no lograba entender la razón de su interés, visto que no la encontraba, bajo ningún concepto, atractiva. Tal vez, ella le diese pena. O bien la quería por conveniencia.

Charlotte no era tan tonta como para no darse cuenta de la importancia que tenía él ser la única hija supérstite del difunto rey de Francia y del poder que ello conllevaba. Si Van der Valck hubiera seguido siendo su marido, habría podido sacar partido de dicho poder. Y él jamás había ocultado su propia ambición.

¡Pues claro! Ese tenía que ser el motivo.

Sin embargo, en lo profundo de su corazón, aún deseaba sus besos. ¡Qué muchacha tan ingenua era! Louis Antoine tenía toda la razón del mundo al no fiarse de su vulnerabilidad.

De pronto, mientras rodeaban el lago *Serpentine*, no distante de Kensington Gardens, dos damas vestidas elegantemente, tomaron su dirección. Una de las dos mujeres era de una belleza extraordinaria: con largos cabellos cobrizos, recogidos en un moño en el cuello, y un físico escultural que le provocó una gran envidia. La otra era menos llamativa: más menuda y con el cabello corto, según la última moda.

Charlotte observó a la dama del cabello pelirrojo apresurar el paso, arrastrando con ella a la que debía ser una amiga, o una pariente. Frunció el ceño: parecía completamente decidida a alcanzarles. ¿Le habían reconocido? Una cierta inquietud la oprimió, hasta que se dio cuenta de que no estaba, en absoluto, interesada en ella, sino en su atractivo acompañante.

En cuanto se halló a pocos pasos de distancia de Van der Valck, le dirigió una resplandeciente sonrisa y le saludó calurosamente—. Leo, querido. ¡Parece que nos volvemos a ver! Qué pequeño es Londres, ¿no es cierto?

Van der Valck hizo una pequeña reverencia—. Juliette, es un verdadero placer veros de nuevo.

—Permitid que os presente a mi prima, Paoline de Bligny. Paoline, esta es la persona de la que os he hablado tanto: Leonardus Van der Valck.

La dama más menuda se ruborizó, saltando con un gesto de la cabeza.

—Encantado, *madame* —dijo Leonardus, galantemente.

Charlotte observó a las dos mujeres a través del velo negro que le cubría el rostro. Tenía la impresión de que la señora del cabello pelirrojo le hubiera, voluntariamente, ignorado, aunque no consiguiera explicarse el motivo. Luego, Juliette volvió a dirigirse a Leonardus, en tono confidencial—. Me alegró mucho vuestra visita de anoche. Quiero que sepáis que siempre sois bienvenido en mi humilde casa.

Poco le faltó a Charlotte para que sufriese un desfallecimiento. Luego, ¿esa era una de las amantes de Van der Valck? ¡Y con cuánta insolencia lo pregonaba! La discreción, ciertamente, no debía ser su fuerte.

En ese instante, la mujer fingió darse cuenta, repentinamente, de su presencia, y le lanzó una mirada despectiva. Charlotte habría preferido seguir siendo ignorada, pero Leonardus, evidentemente, no era de la misma opinión.

—Juliette, os presento a mi esposa, la condesa Sophia. Sophia, Juliette de Senonnes es la esposa del embajador francés. Nos conocimos hace años en París.

Charlotte esbozó una sonrisa forzada. ¿Cómo osaba Van der Valck presentarla a esa mujer? No solo era inapropiado presumir de la propia amante delante de todos, pero ni siquiera se había preocupado, lo más mínimo, del hecho de que era francesa y podría haberla reconocido. Se colocó mejor el velo sobre el rostro, mientras Juliette abría sus grandes ojos castaños.

—¿Vuestra *esposa*? ¡No me habíais dicho que estuvierais casado!

Leonardus arqueó una ceja—. ¿Debería haberlo hecho?

Aquello fue, realmente, demasiado para Charlotte. ¡Este hombre no tenía la más mínima decencia! Le lanzó una mirada encendida y, por fin, dio voz a su indignación—. Tengo un dolor de cabeza horroroso. Querría volver a casa.

Durante el trayecto en carruaje ninguno de los dos habló. Leonardus estaba ocupado en estudiar a su mujer, y ella fingía indiferencia mientras mantenía la mirada clavada, fuera de la ventana. Solo cuando el vehículo se detuvo frente a la elegante morada donde ella residía con su familia, él decidió interrumpir el silencio—. Salí con esa mujer antes de conoceros —explicó, con un suspiro. No sabía por qué se sentía obligado a darle explicaciones. Sin embargo, no soportaba ver su rostro herido—. He dicho la verdad cuando he declarado haber acabado con el juego y las aventuras fáciles, por lo menos desde que he decidido reconquistaros. Yo no...

—No estáis obligado a excusaros, Van der Valck. Sois libre de hacer lo que queráis con vuestra vida. Podéis jugar y acostaros con todas las rameritas

que deseáis. ¿Qué importa, cuando nuestro matrimonio está a punto de ser anulado?

Maldición.

—Charlotte, por favor, no debéis creer que...

—¿Crear qué? ¿Qué os atrae ese tipo de mujer? Pero si es evidente, incluso en Heidegg no conseguíais permanecer alejado de los prostíbulos. Está en vuestra naturaleza. Siempre he sabido que erais un hombre disoluto, y las palabras de esa mujer no han añadido nada nuevo a la opinión que me he hecho de vos. Ahora, perdonadme... me gustaría bajar y entrar en casa. Necesito reposar.

El tono frío y acompasado de ella lo irritó profundamente. ¿Cómo se atrevía a juzgarlo sin darle la posibilidad de explicarse? De acuerdo, había sido un hombre disoluto y amoral, pero estaba firmemente decidido a cambiar por ella.

—Muy bien —respondió, con la misma frialdad—. Pasaré a recogeros mañana por la mañana para montar a caballo por el parque.

—¿Cómo? —Charlotte abrió los ojos incrédula.

—Si no recuerdo mal, adoráis la equitación.

—Pero yo no...

—Nada de excusas. ¿Había un acuerdo entre nosotros, lo habéis olvidado?

Ella se puso firme, pero no objetó nada. Van der Valck la vio cerrar los ojos, como si se esforzara por controlar los nervios. Por un momento temió que se negara a volver a verle y su corazón se detuvo por un instante.

—De acuerdo —respondió al final, con una sonrisa forzada—. Hasta mañana entonces.

Leonardus dejó escapar un suspiro de alivio y la observó mientras descendía del carruaje con aspecto estirado. Había arriesgado mucho a causa de aquella mema de Juliette. Pero, ¿qué diantre le había pasado? ¡Le echaría un buen rapapolvo!

Charlotte estaba completamente furiosa cuando volvió a entrar en casa. Marchó a refugiarse a su dormitorio, cerrando de golpe la puerta, con las uñas clavadas en las palmas de las manos. Al parecer, Van der Valck era un hueso duro, pero ella no cedería. De ahora en adelante, ya no bajaría la guardia, y él se aburriría con un juego tan inútil.

Pero, ¿cómo se había podido atrever a pedirle permiso para cortejarla y, a continuación, encontrarse con su amante? ¿Cómo podía ser tan cínico y disoluto? Y ella, ¿cómo podía continuar amándolo?

Se dejó caer sobre la cama, cubriéndose el rostro con las manos. Los ojos le ardían, pero no derramaría ni una sola lágrima por él. No se las merecía.

Inevitablemente, su pensamiento se dirigió a la mujer. Era tan bella y atractiva. No era difícil entender por qué Leonardus se sentía tan atraído por ella. *Leo* le había llamado, ¡con ese diminutivo tan cariñoso! Bueno, después de todo, eran *íntimos*. Sintió que envidiaba a Juliette con todas sus fuerzas, aunque fuese inútil. Ella jamás lograría aparecer tan sensual y sofisticada. ¡Ya podía borrarse de la cabeza que, un día, él la miraría como ahora miraba a esa mujer!

CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente, Charlotte se puso un traje de amazona que le favorecía especialmente, y observó la reacción de Leonardus, mientras se montaba en la silla con la elegancia de una reina. Parecía asombrado por el hecho de que supiese controlar su propio caballo con tal destreza.

—¿Quién os ha enseñado a montar con tanta habilidad? —le preguntó, sin conseguir ocultar su estupor.

Ella le dirigió una mirada triunfal—. Mi padre. Adoraba montar a caballo y la caza. Fue él quien me transmitió la pasión por los caballos. ¿Os sorprende? ¿Pensabais que una mujer solo era capaz de bordar y organizar recepciones?

—Sois una mujer muy especial, Charlotte. No, no me esperaba estas cosas de vos. En realidad, siempre sois capaz de sorprenderme.

Lo dijo en un tono de tanta admiración, que ella sintió un cosquilleo de placer. Quizás no era el tipo de mujer que él pudiese amar o desear, sin embargo, experimentaba una evidente estima hacia ella, y esto enorgullecía a Charlotte. Por un instante, deseó poder reconquistar, al menos, la relación de amistad que había existido entre ellos. Le disgustaría, después del matrimonio con Louis Antoine, truncar cualquier relación con Van der Valck. Tal vez podrían escribirse, de vez en cuando.

—¿En qué estáis pensando? —le dijo él de pronto, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué os parece si hacemos una carrera? —propuso ella, en tono desafiante.

Un momento después, habían lanzado los caballos al galope, con los ojos rebosantes de diversión. Era hermoso dejarse llevar. Sentirse aún libres y sin preocupaciones. Sobre todo, era hermoso compartir aquella alegría con el hombre que amaba. Mientras espoleaba su caballo a un paso aún más intenso, notó que también Leonardus era un jinete experto. Se movía en la silla con una naturalidad excepcional, hasta tal punto que, su caballo y él parecían un solo ser. En contadas ocasiones había visto a alguien cabalgar de ese modo, y esto incrementaba la admiración por él.

En el fondo no era únicamente un mujeriego balarrasa, comenzó a pensar. Tenía muchas otras cualidades que le hacían increíblemente fascinante. Por desgracia, no era la única mujer que estaba enamorada de él. Un hombre como

Van der Valck raramente estaba solo. ¿Habría vuelto a ver a Juliette? Quizás se juntaban todas las noches después de haber estado con ella. La sola idea le provocaba una punzada de dolor en el pecho. Debía admitirlo: era absolutamente celosa. Habría querido tener los encantos que poseían las otras y que, evidentemente, ella carecía. En cambio, podía aspirar únicamente a su amistad y contentarse con los raros momentos en los que podía gozar de su presencia. Le bastaría, se dijo. Pero sabía que se estaba mintiendo a sí misma.

Con un último impulso, el semental de Van der Valck se adjudicó la victoria y él le dedicó una sonrisa deslumbrante mientras exclamaba divertido—. He ganado. Puedo reclamar mi premio, ahora.

Ella fingió escandalizarse—. ¿Qué premio? No habíamos acordado nada parecido.

—Nunca compito si no hay en juego un premio, querida. Podemos hablarlo ahora, si os parece bien.

—No llevo dinero. Cualquiera que sea la cantidad que decidáis, tendréis que dirigiros a mi primo. Él es el quien administra mis bienes.

La mirada de Van der Valck se oscureció. Y Charlotte no logró comprender si el imprevisto cambio estuviera debido al hecho de haber nombrado a Louis Antoine —por el que sentía una profunda aversión— o bien, por algún otro motivo.

—No quiero dinero de vos. Encuentro ofensivo que me lo hayáis propuesto.

—¿Qué queréis entonces?

—Un beso.

Charlotte sintió que le fallaban las fuerzas. Deseaba ardientemente que la besara, pero temía caer irremediabilmente entre sus brazos y en su cama, con solo permitirle esa venia. Y, si así hubiera actuado, se sentiría muy mal con respecto a Louis Antoine. No debía olvidar que había olvidado su propuesta de matrimonio.

—Yo no.—. balbuceó, confusa. Sin embargo, Leonardus no le dejó elección. Acercó su caballo al de ella y le sujetó la nuca con fuerza y decisión. Luego, posó los labios sobre los suyos y los rozó delicadamente. No fue el beso arrollador y apasionado que se había esperado y se quedó un poco desilusionada. Probablemente, reservaba ese tipo de besos para sus amantes. Ella le inspiraba solo ternura. Nada más.

Cuando se separaron, los ojos de Van der Valck miraron intensamente los suyos—. Y decidme.—. dijo, con voz grave—. ¿Qué otras pasiones tenéis,

además de la equitación?

Titubeó antes de responder—. El teatro. Amo muchísimo el teatro. De niña, me gustaba que mi madre me llevara al *Petit Trianon* durante las representaciones teatrales, solo para verla actuar. Era una excelente actriz, ¿lo sabíais?

La observó fruncir el ceño. Seguramente le había sorprendido: ya que pocas personas habrían imaginado que una reina amase pisar el escenario. Su familia, de hecho, jamás había sido convencional.

—Estupendo —dijo él, después de un instante de duda—. Entonces mañana por la tarde iremos al teatro. La temporada londinense destaca por este tipo de entretenimientos. Hallaremos sin duda algo que sea de vuestro gusto.

Charlotte se perdió en la intensidad de su mirada y casi se sobresaltó cuando le oyó añadir en tono más seco—. Os acompaño a casa.

Durante el trayecto de retorno Leonardus estuvo pensativo y taciturno. Había tenido que realizar un terrible autocontrol para besarla de modo tan casto. Habría deseado hundirle la lengua en su boca, saborearla larga y profundamente. Pero sabía que habría terminado por hacerla descender del caballo, para luego arrojarla al suelo y cubrirla con su cuerpo excitado. Le habría hecho el amor en aquel maldito parque, demostrando una vez más no ser el caballero que ella deseaba a su lado. Por fortuna, había conseguido dominarse, pero ahora se sentía terriblemente frustrado y con una fastidiosa erección que le presionaba las estrechas calzas de equitación. Esperaba que ella no se percatara del estado en que se encontraba, porque habría entendido la enorme diferencia entre él y el duque. Estaba convencido de que el presuntuoso aristócrata era capaz de controlar sus instintos mejor que él.

¡Maldición!

El deseo que sentía por ella era tan ardiente que no le daba tregua. Jamás le había sucedido con ninguna otra mujer. De hecho, normalmente se mostraba prácticamente indiferente ante las zalamerías femeninas. Usaba a las mujeres para su propio placer, pero evitaba cuidadosamente dejarse arrastrar por los sentimientos y, una vez satisfecho su lívido, perdía el interés por la señora en cuestión.

Con Charlotte era distinto. Incluso después de haberla usado, aquella noche en el castillo, había continuado deseándola, cada vez más. Se había convertido en una obsesión, hasta tal punto que el solo hecho de rozarle los labios le había reducido a aquel estado de loca excitación.

Mientras la observaba cabalgar todo tiesa, se preguntó si ella no había intuido algo. Parecía agitada y no lograba comprender la razón. Quizás, ¿se había equivocado al besarla? Diantre, ¿cómo se comportaba un gentilhombre en estos casos? Bueno, seguramente un caballero no iba de paseo con una más que patente erección entre las piernas, solo por haber rozado los labios de su amada. Se estaba comportando como un inexperto adolescente, pero, por otra parte, ¿desde cuándo no se acostaba con una mujer?

Desde la partida de Charlotte a Inglaterra, había probado a tener alguna amante, pero no había obtenido ningún placer. Seguía recordando la única noche vivida con ella y, a la postre, había dejado de buscar los favores de otras mujeres. Era Charlotte a la que quería. Solo a ella.

Incluso la otra noche, cuando Juliette se le había ofrecido sin ningún pudor, no lo había querido. Habría sido fácil para él desahogar sus instintos primarios con la mujer del embajador. Sabía que estaría más que feliz por recibirlo en su cama, pero se habría tratado de un inútil placebo que no habría resuelto sus problemas, ni borrada la obsesión que sentía por Charlotte.

De pronto, se dio cuenta de que había llegado a su destino. Charlotte detuvo el caballo delante de la casa, y permitió que él la ayudase a descender, pero sin mirarle a la cara.

Diantre, ¿qué le pasaba?

Murmuró un saludo imperceptible y salió disparada, antes de dejarle tiempo para reflexionar sobre su extraño comportamiento. Su idea de cortejarla no estaba dando sus frutos. ¡Era tan condenadamente frustrante! Debería pensar en algo para la tarde en la que la acompañaría al teatro. Se deseó que para entonces su humor mejorase.

Una vez dentro de casa, Charlotte se apoyó en la puerta y mantuvo los ojos cerrados por unos segundos. No le importaba que el servicio la mirase con curiosidad; necesitaba reponerse. Le resultaba imposible quitarse de encima el beso que le había dado Leonardus: tan casto y carente de sentimiento. Probablemente se sentía disgustado por su culpa. O, en el peor de los casos, le había besado a regañadientes solo para convencerla a aceptar su propuesta, pero sin sentir hacia ella la más mínima pasión.

¿De verdad le resultaba tan repugnantes a sus ojos?

Un suspiro escapó de sus temblorosos labios. Deseaba estar sola.

Se movió hacia la escalinata para alcanzar su estancia y, prácticamente se tropezó con su tío que salía de la biblioteca. Él la escrutó visiblemente

sorprendido y se dirigió a ella bruscamente—. ¿Dónde has estado? ¿Ha pasado algo? Pareces descompuesta...

Charlotte se detuvo, esforzándose por mostrarse calmada y relajada—. Todo está bien, tío. Solo estoy un poco cansada. Van der Valck me ha acompañado a pasear a caballo por el parque, pero debo estar desentrenada. Hacía mucho tiempo que no montaba a caballo.

Esbozó una sonrisa para aparecer más creíble, pero su tío no se dejó convencer.

—¿Aún ese hombre? —Sus palabras denotaban una nota de irritación—. Louis Antoine me ha dicho que casi te ha obligado a aceptar su cortejo. Has de saber que no lo encuentro, bajo ningún concepto, una buena idea. Estás a punto de desposarte con mi hijo, no lo olvides.

—No lo olvido, tío. No ha sido idea mía...

—Entonces, ¿por qué has aceptado?

Charlotte estaba poniéndose nerviosa. ¿Cómo era posible que toda su vida estuviera controlada por los demás? El primo, el tío, ahora también su marido. A ninguno de ellos parecían importarles sus sentimientos o sus deseos. Ella era solo un juguete roto en sus manos. Un ser inanimado del que disponían cuando querían.

—Ya se lo he explicado a mi primo: no he tenido elección. Van der Valck amenaza con no concederme la anulación, y sin esta no habrá ningún matrimonio, lo sabéis bien.

El anciano conde le lanzó una mirada desconfiada—. Querida, ese hombre no puede hacer nada para evitar la anulación. Vuestro matrimonio no fue consumado, por tanto, no es válido. No necesitamos su aprobación. Si no quiere firmar los documentos que le hemos enviado, acudiremos al Tribunal de la Rota Romana...

—Pero, ¿cómo demostraremos que nuestro matrimonio es nulo? Olvidáis que yo ya no era virgen al momento del matrimonio.

Charlotte bajó la mirada. No se sentía cómoda hablando de este asunto con su tío. ¿Por qué no la dejaban en paz? Estaba cansada de ser manejada como un peón de ajedrez.

—No te preocupes por esto. Bastará tu juramento. ¿Quién osará cuestionar tu palabra? No olvides que eres la hija del difunto rey de Francia, prima.

—Temo no poder estar en condiciones de jurar nada, tío. —Su voz temblaba de vergüenza y temor. Ya no podía ocultar más la verdad.

—¿Cómo? ¿Qué diantre significa todo esto?

—No es cierto que mi matrimonio con Van der Valck no haya sido consumado. No puedo jurar en falso.

El conde de Artois le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué has dicho? ¿Ese hombre se ha atrevido a ponerte las manos encima? Esto no era lo establecido...

—No fue culpa suya. Lo quise yo.

Su voz resonó en el atrio, seguida de un gélido silencio. No era normal dejar a su tío sin palabras. Si no estuviera aterrorizada por su reacción, a Charlotte le habría parecido divertido.

—¿Tú...? Maldita seas, ¿cómo has podido? ¿Te das cuenta de que ahora estamos a merced de ese diplomático? ¿Y si se le ocurriera chantajearnos?

—No lo hará. Os prometo que le convenceré para que firme los documentos, es solo cuestión de tiempo.

Pero tampoco ella estaba segura de lo que afirmaba. Sería todo mucho más sencillo si le hubiera pedido dinero a cambio. Sin embargo, no parecía estar interesado en él. Pero entonces, ¿qué quería de ella?

Francisco II estaba sentado en la sala del trono, cada vez más preocupado. La novedad que le trajo el conde Brank no le agradó en absoluto—. ¿Así que el duque de Angulema tiene la intención de desposarse con mi prima?

—Siempre y cuando consiga obtener la anulación del precedente matrimonio. He oído decir que Van der Valck le está interponiendo todo tipo de obstáculos.

El emperador bufó contrariado—. ¿Y qué puede hacer para evitarlo? Debió habérselo pensado antes e impedir que esa estúpida muchacha partiera a Inglaterra. Era su deber mantenerla controlada. ¿Por qué motivo decidí entregársela como esposa, si no para que la vigilase?

Brank carraspeó nervioso. El emperador sabía que había sido él el que confió la misión al diplomático holandés. Hasta ese momento, había decidido no ensañarse con el conde porque aún necesitaba de sus servicios. No obstante, ya no toleraría más errores y Brank era consciente de ello.

—Parece, sin embargo, que vuestra prima tenga a Van der Valck en gran consideración. Tengo la impresión de que está prendada de él...

—¡Eso son tonterías!

Brank se sobresaltó asustado. Le gustaba mantenerlo sobre ascuas—. No puedo arriesgarlo todo por unos rumores que podrían resultar falsos. El duque, sin duda pretende revelar al mundo entero la verdadera identidad de Sophia Botta, después de la boda. Y de este modo el matrimonio que estoy

organizando para mi hermano sería inútil, es más, sería desastroso. ¡Tengo que hacer algo!

—Decid, Majestad. Cualquier orden vuestra será cumplida, estad seguro de ello.

Francisco no tenía dudas respecto a la fidelidad del conde. Era un hábil espía y un hombre totalmente entregado a su causa. Sin embargo, lo que quería pedirle era bastante delicado.

—Quiero que quitéis de en medio a mi prima. La verdadera, quiero decir.

—¿Cómo decís? —El conde abrió los ojos totalmente sorprendido. Probablemente encontraba descabellada la idea de que pudiera ordenarle la muerte de un pariente suyo.

—Ahora ya resulta un personaje incómodo. Si queremos que Ernestine sea la única y legítima heredera al trono de Francia debemos actuar lo más rápidamente posible.

Brank se secó una gota de sudor de la frente y asintió nervioso—. Sí Majestad, así se hará.

El emperador se sintió más aliviado, ahora que había tomado esa decisión. Habría debido pensarlo mucho antes, pues se había convencido de que habría sido fácil mantener alejada a Charlotte de las cortes europeas y del juego de poder. Solo ahora se daba cuenta de que había sido un iluso.

Cerró los ojos en un intento de aliviar la tensión que había acumulado durante los últimos días y se dirigió de nuevo a Brank con voz cansada, pero resuelta—. Tenemos que alejar de Londres al duque de Angulema y a su padre. Mientras vigilen a la muchacha, será difícil intervenir.

—Pero, sin duda, la mantendrán bajo vigilancia.

—Cualquier vigilancia es sobornable, Brank. Eso no me preocupa.

De pronto, volvió a abrir los ojos y miró al conde con aire severo—. Yo me ocuparé de los familiares de Charlotte. No será difícil atraerles aquí, a Viena. Bastará enviarles una invitación a la próxima boda de mi hermano. No osarán ofenderme con una negativa.

—Por supuesto que no, Majestad.

—Vos os ocuparéis de todo lo demás. ¿Estamos de acuerdo?

Brank asintió, poniéndose en posición de firmes—. No temáis. Así se hará.

CAPÍTULO 19

Londres, Drury Lane.

Aquella noche el teatro estaba abarrotado de gente. Leonardus se abrió camino a través de la multitud: temía que su mujer pudiera sentirse abrumada, después de haber vivido los últimos años en un completo aislamiento. Pero todo lo que leyó en su rostro, fue auténtica alegría.

La vio estudiar los ires y venires de la muchedumbre, con los ojos brillándole de curiosidad. El vestíbulo estaba lleno de damas enojadas y caballeros que se apresuraban a subir por la escalinata que conducía a los palcos privados. Afortunadamente, nadie les molestó más de lo necesario.

En más de una ocasión, se había preguntado si no era un riesgo llevar a Charlotte a un lugar tan concurrido, donde cualquiera podría reconocerla. Sin embargo, su sonrisa le recompensó de todos sus temores. ¡Era tan agradable verla sonreír!

Se acercó a ella para retirarle de los hombros la capa de terciopelo negro, lanzando un vistazo distraído a su esbelta figura, envuelto en un vestido de noche de color bígaro. Era de una belleza deslumbrante, y se extrañó de que los hombres presentes en la sala no le lanzaran miradas de admiración. Luego, sus ojos quedaron hipnotizados del atrevido escote y del medallón que colgaba de su cuello y que descansaba justo encima de la unión de los senos.

De repente, su temperatura subió unos grados, y por poco no se tropezó con los escalones de la escalinata.

—¿Qué pasa? ¿algo va mal? —le preguntó ella, con una ingenuidad desarmante.

Leonardus aguantó una imprecación—. ¿Por qué razón os habéis vestido de ese modo? —se aflojó el nudo de la corbata, pero las manos le temblaban.

Charlotte frunció el ceño—. Muchas señoras a la moda visten ropa como esta. Pensé que te gustaría.

Su tono parecía mortificado, pero él no estaba de humor para dejarlo pasar. En ese preciso instante se sentía carcomido por los celos. ¡Cualquiera habría tenido una amplia visión de sus pechos, si solo le hubiera mirado a ella!

—¿Que si me *gustaría* ver los ojos de todos los hombres pegados al pecho de mi esposa? Querida, tenéis un extraño sentido del humor.

Se colocó delante de ella, tratando de protegerla de miradas indiscretas. Por desgracia, algunos petimetres ya estaban apuntado en su dirección, con evidente interés. Tuvo la tentación de liarla a puñetazos, y aceleró el paso, llevándose consigo a Charlotte.

Al final, llegaron al palco que tenían reservado. Le movió la butaca para permitirle que se sentara y, a continuación, tomó asiento a su vez.

Unos minutos después, las luces se bajaron, y el espectáculo comenzó.

Leonardus intentó tranquilizarse, concentrándose en la actuación. Aquella noche, los actores de la compañía teatral más conocida del momento representarían Hamlet. Se recostó en el respaldo para disfrutar de la actuación, pero su mirada estaba como imantado a la mujer que estaba a su lado. Volvió a mirarla con el corazón en un puño. Algunos sedosos rizos dorados rozaban su delicado cuello, mientras sus mofletes estaban enrojecidos por el calor.

¿No se podía respirar en aquella enorme sala o era impresión suya? Pero quizá, no era el calor el que producía ese efecto. ¿Qué diantre pasaba por la cabeza de Charlotte? ¿Quería atraer a toda costa la atención sobre ella?

La vio inclinarse ligeramente hacia adelante para ver mejor desde el palco y aguantó la respiración. A este paso, se volvería loco. Sus deliciosos pechos, a duras penas resistían la ligera tela del corpiño, hasta tal punto que conseguía distinguir los rosados pezones.

Por Dios, ¿qué tipo de tortura era esta? Era prácticamente imposible interpretar la parte de gentilhomme respetuoso, si la sola vista de ella le provocaba una enojosa reacción por debajo de la cintura.

Muy enojosa.

¿A qué papelón habría tenido que hacer frente, si alguno hubiera pasado a saludarle durante el intervalo? Por fortuna, no conocían a muchas personas en Londres. Ese fugaz pensamiento le arrancó un suspiro de alivio, pero no apaciguó su tormento.

Miró de reojo su reloj de bolsillo y suspiró. Necesitaba un poco de aire.

Charlotte agitó el abanico, sentada en la butaca. Se estaba esforzando por seguir la representación, pero sus pensamientos estaban en otra parte. No lograba entender el comportamiento de Van der Valck. Parecía encolerizado con ella, pero ¿por qué motivo?

Se había esforzado por gustarle. Queriendo vestirse algo seductor, había pedido consejo a Grätel, y a ambas, ese vestido les había parecido adecuado. Por una noche quería parecerse a aquellas señoras sin prejuicios que tanto

llamaban la atención de su marido, pero una vez más había fallado. Miserablemente.

Se mordió el labio, fingiendo estar concentrada.

Pero, ¿en el fondo que quería ella? ¿Seducirle? Incluso pensarlo era ilógico, ya que su objeto debía ser obtener la anulación del matrimonio.

No, en realidad, pensaba que ejercer su atractivo sobre él podría serle útil. Podía convencerle para que firmase los documentos. Si hubiera estado comprensivo con ella, tal vez le habría aceptado. Pero, ¿a quién quería engañar? No era por lo que se sentía tan herida y deprimida.

Por fin, el primer acto terminó y ella se dirigió a su acompañante con una sonrisa forzada—. Desde luego, es una representación excelente, ¿no os parece?

Él gruñó algo como respuesta y se puso de pie por su parte—. Creo que necesito un poco de aire fresco —fue su único comentario.

Perfecto. Si Van der Valck no lograba aguantar en su compañía durante más de una hora, significaba que su atractivo era igual a cero. Nada de lo que estar orgullosa, en cualquier caso. Le vio dirigirse hacia la puerta, precisamente cuando un visitante se acercaba a ellos. Charlotte se puso en pie a su vez, reconociendo al instante al agente de los servicios secretos.

—Sir Drake, ¡qué placer veros!

Van der Valck dirigió una fugaz mirada al amigo y la dejó a sola con él. Afortunadamente, Drake parecía no haberse percatado del aire tenso que se respiraba allí dentro. O, probablemente, actuó como si nada pasara. Se limitó a dirigirle una sonrisa amable, mientras se inclinaba para besarle la mano enguantada.

—¿Cómo estáis, *madame*?

Ella se encogió de hombros—. Creo que Van der Valck no soporta mi presencia. No comprendo por qué se obstina con esta farsa del cortejo cuando podría librarse de mí al instante, concediéndome la anulación del matrimonio.

La carcajada límpida de Drake le cogió de sorpresa—. Querida mía, qué poco conocéis a los hombres —le respondió amablemente—. Me parece más que evidente que la última cosa que él desea es librarse de vos.

Charlotte cerró de pronto el abanico y le dirigió una mirada de desconfianza—. No entiendo a qué os referís.

Drake le guiñó el ojo—. Confíad en mí, sé de lo que hablo.

En otras circunstancias, se habría sentido ofendida por un comportamiento tan informal. Pero se dio cuenta de que el hombre solo deseaba ser su amigo,

le respondió con una sonrisa y entabló con él una animada discusión sobre el espectáculo.

Unos minutos más tarde Leonardus volvió a aparecer y Drake se despidió. Las luces volvieron a apagarse, mientras el telón de fondo se alzaba de nuevo. El segundo acto comenzaba.

Leonardus se dejó caer sobre la butaca, más irritado que nunca. No le había sentado bien la sonrisita satisfecha de Drake, cuando se había cruzado con él mientras salía. En ese momento, no sabía si preocuparse más de que este notara su inoportuna erección, o bien del indecente escote de su esposa.

Estiró las piernas, en busca de una posición más cómoda. Nunca se había sentido tan incómodo en su vida, y menos aún por causa de una mujer. Y tenía por delante un acto entero, antes de poner fin a aquella tortura.

Afortunadamente, después de la que le pareció una espera interminable, estallaron los aplausos. Sin darle tiempo a Charlotte a comentar nada, Leonardus ya la tenía firmemente sujeta de un brazo. Su intención era escoltarla lo más rápidamente posible a la salida, no sin antes haberle tapado sus hombros con la capa, alejando de ella miradas indiscretas.

—¿Qué pasa? ¿A qué se deben estas prisas? —preguntó ella alarmada.

La ignoró. Lo único que quería era arrojarla en el interior del carruaje y llevarla a casa. Bueno no. En realidad, quería otra cosa de ella. Quizás era el momento de decirle cuatro cosas. ¡No se podía provocar a un hombre de esa manera, y esperar salirse con la suya!

Ordenó al cochero conducirlos a la dirección de Drake, echó una ojeada a la expresión de su mujer: tenía el ceño fruncido y taconeaba el pie con impaciencia.

—¿Cuál es el motivo de este desvío?

De sus ojos brotaba fuego, pero también lo ignoró—. Tenemos que hablar.

Charlotte arqueó las cejas—. Podemos hacerlo en el carruaje, porque...

—Cerrad la boca o no respondo de mí.

—Me estáis llevando a casa de Sir Drake, ¿no es así?

Su mujer tenía el maldito vicio de ignorar sus órdenes. Suspiró, antes de responderle con tono impaciente—. Exacto. Pero no os preocupéis, él no volverá hasta el amanecer. Y como le conozco bien, después del teatro irá a alguna mansión a correrse una juerga. En cuanto al servicio, Drake les ha concedido a todos la noche libre.

Charlotte abrió los ojos—. ¿Eso significa que estaremos *solos*?

Él le respondió con una sonrisa—. Sí señora.

Una vez en el interior de la gran casa, Leonardus cogió un candelabro y la condujo por la escalera de caracol, hasta llegar al saloncito privado. Después de cerrar de golpe la puerta a sus espaldas, dirigió a su esposa lo que ella se pensó que era una mirada amenazadora, y dejó el candelabro sobre una estante, de modo que iluminase el ambiente lo suficiente, para poderle mirar a los ojos.

—¿A qué estás jugando, Charlotte?

Ella se humedeció los labios con la lengua—. ¿A qué estoy jugando? No os entiendo...

—Si vuestra intención es provocarme, bien, lo habéis conseguido. ¡Sois condenadamente buena!

Charlotte parecía confundida. Abrió sus ojos azules, haciéndole sentirse como un lobo que se ensaña con una presa indefensa.

—¿Provocaros yo? ¡Todo lo que quiero es que me dejéis en paz!

Una risita despectiva le brotó de la garganta—. Si esta es vuestra intención, vais por mal camino. No es presentándoos medio desnuda como conseguiréis mantenerme alejado de vos. ¡Soy un hombre, diantre!

—¿De qué habláis? Es más que evidente que no sentís la más mínima atracción hacia mí, entonces, ¿por qué deberíais preocuparos de cómo me visto?

Estaba asombrado. ¿Pero de verdad Charlotte pensaba que él no la deseaba? O estaba loca o era terriblemente ingenua. Si no hubiera estado tan enojado, lo habría encontrado divertido.

—Claro —continuó ella, ignorando su desconcierto—. Las únicas mujeres que os atraen son las prostitutas, ¿no es así? Incluso cuando vivíamos en el castillo de Heidegg, os resultaba difícil alejaros de la taberna. Decís que no queréis la anulación de nuestro matrimonio, pero también os disgusta mi presencia. Incluso el beso que me disteis el otro día, no era un beso de verdad. Yo nunca podré competir con vuestras amantes, ¿por qué no lo admitís?

Leonardus estaba pasmado. Mientras ella hablaba, notó que sus senos subían y bajaban al ritmo de la acelerada respiración. ¡Era tan provocador! Estaba claro que estaba jugando con fuego, pensó, cubriendo a pasos decididos la distancia que los separaba. Y él ya no tenía más ganas de jugar.

Vio cómo se estremecía e intentaba buscar y buscar, en vano, una vía de escape, pues él ya la había sujetado y acercado hacia él con fuerza. Aferró su

boca, ávido e impaciente, empujándola contra la pared e inmovilizándola con su cuerpo.

Sus lenguas se tocaron en una danza sensual y erótica, y Charlotte comenzó a temblar mientras él le pasaba una mano por detrás de la nuca para mantenerla firme. Frotándose contra ella, la saboreó. Una y otra vez.

—Tengo la intención de demostraros cuánto os deseo —dijo de improviso, apartándose de sus labios con la respiración jadeante—. Por eso, es inútil que tratéis de escapar de mí. Me habéis provocado, y, ahora querida, sufriréis las consecuencias.

Charlotte parecía conmocionada—. Vos no me deseáis: solo estáis tratando de confundirme. Si de verdad me queréis, no os arrojaríais en los brazos de otras mujeres.

En ese momento, Leonardus no logró aguantar una carcajada grave—. ¿Qué otras mujeres, Charlotte? Desde que os conozco, no consigo pensar en nadie más que en vos. Durante estos años, intenté olvidaros, tener amantes, pero eran solo un paliativo. Es a vos a quien quiero. Desesperadamente.

Buscó de nuevo sus labios, pero ella giró el rostro de modo que evitó su beso.

—¿Y Juliette de Senonnes? ¿Osáis negar que es vuestra amante?

La mirada desafiante que le lanzó casi le hizo sonreír. Entonces, ¿está celosa?

—Juliette fue mi amante hace muchos años, cuando aún no os conocía. Desde entonces, ya no la he tocado.

—¿Estáis mintiendo! ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué me engañáis, cuando está clarísimo que por mí jamás habéis sentido nada más que aversión?

A Leonardus se le encogió el corazón—. ¿Aversión? ¡Santo Dios, Charlotte! ¿La noche en la que hicimos el amor, os di la impresión de sentir *aversión*?

Charlotte se mordió el labio. Cuando volvió a mirarle a los ojos, tenía la cara sonrojada, como si no se hubiera esperado de él un lenguaje tan sincero.

—En aquella ocasión, fui yo quien os lo pidió. Sé de sobra que lo hicisteis por complacerme, pero que habríais preferido mil veces estar en brazos de una de vuestras amantes en la taberna.

Él se quedó ojo plástico. ¿Estaba bromeando? No podía decirlo en serio. Se pasó una mano por el cabello, mientras continuaba teniéndola prisionera contra la pared.

—A la taberna iba a emborracharme. Conozco las habladurías que corren sobre mis aventuras con las prostitutas del lugar, pero eran solo eso, habladurías. Jamás toqué ni una sola de aquellas mujeres, ¡lo juro!

La sintió sobresaltarse, el cuerpo aplastado contra el suyo. Cielos, ya no podía aguantar más. Quería... no, ¡*tenía* que tocarla! Hundió los dedos en la masa brillante y sedosa de sus cabellos, deshaciendo el peinado y arrojando las horquillas al suelo.

—Desde que os he visto esta noche, deseaba hacerlo —dijo con voz grave, mientras los bucles rubios caían sobre la espalda como una pesada cortina color miel.

Volvió a besarle los labios, esta vez disfrutándolos lentamente mientras con una mano le acariciaba los senos, a través de la fina tela del vestido.

Charlotte cerró los ojos y permaneció quieta, inmóvil. Habría podido forcejear, tratar de alejarse de él. Pero no lo hizo. Es más, casi estaba a punto de animarle.

Y Leonardus no necesitaba, precisamente, que le animaran.

El corazón empezó a martillearle entre las costillas, mientras sus labios ardientes se separaban de los de Charlotte para posarse sobre su cuello aterciopelado. El perfume de ella le embriagó los sentidos.

Comenzó a manipular los lazos del corpiño, soltándolos bruscamente.

—Maldita sea, Charlotte... ¿no sentís cuánto os deseo?

Su potente erección presionaba contra ella. Charlotte debía haberla sentido a través de ropa porque se puso tensa. Él dejó escapar una risita ahogada. Le costaba creer que la había arrinconado contra la pared y que estaba a punto de tomarla allí mismo, de pie, como si se tratara de una vulgar prostituta, y no la hija de un rey. Y, sin embargo, en todo aquello había algo increíblemente excitante.

Continuó soltando todos los lazos que se encontraba, poseído de un ímpetu imprevisto. La quería desnuda debajo de él. Totalmente desnuda. Le arrancó el corpiño, tirándolo al suelo, y jugueteó con la tela almidonada de la falda de tafetán.

¡Dios, tenía que quitarle el maldito vestido!

Charlotte jadeó. En cuanto la falda y el miriñaque se soltaron, dejó que él se los retirase. Incluso le ayudó a librarse de ellos, presa de su misma urgencia. Quería sentirlo dentro de ella, saborear sus besos en la piel y disfrutar de sus caricias. ¿Se había vuelto loca? No sabía exactamente cómo

explicar su impaciencia si, hasta hacía un momento, todo lo que deseaba era alejarse de él.

Leonardus la ayudó a quitarse también la combinación y la ropa interior, con una prisa que la excitó. ¿También a él le parecía que el tiempo pasara demasiado lento?

—Fuera todo. Te quiero sin ropa. Ya —le dijo, en un grito ahogado.

Su voz le causó un nudo en el estómago. Ya le daba igual qué pasaría a continuación: el disgusto de Louis Antoine, si se enterara, o la vergüenza que ella misma sentiría. Lo único que le apremiaba en ese momento era ser suya.

Se inclinó entregándose a sí misma con indecencia. Le habría suplicado, si hubiera sido necesario. Pero Leonardus no se hizo suplicar. Comprendió al instante qué deseaba y se lo dio. Con manos expertas le acarició primero un seno y luego el otro, tocando con el pulgar la punta de los pezones que se pusieron duros e hinchados.

Ya no podía respirar. ¿Cuántas veces había soñado que Leonardus le tocaba así, de ese modo? Sin embargo, la realidad superaba cualquiera de sus fantasías. Oía un zumbido en los oídos y un pulso insistente en las sienes. A continuación, Van der Valck le puso la mano entre los muslos, acariciándola suavemente.

¡Oh Dios!

Charlotte se estremeció, dejando escapar un gemido de placer. Los dedos de él hallaron la zona caliente de su sexo y estimularon su punto más sensible, hasta que ella sintió las piernas flaquear y temió perder el equilibrio. Si él no la hubiera sujetado, se habría desmoronado como una muñeca de trapo.

De repente, se sintió levantada por sus fuertes brazos. Leonardus la condujo sobre un escritorio, a pocos pasos de distancia, y, de un impaciente manotazo, tiró al suelo pluma, tintero y algunos cartapacios que estaban apilados encima.

—¿Aún estás convencida de que no te deseo? —le preguntó, obligándola a tumbarse y abriéndole las piernas.

Charlotte se sentía tremendamente vulnerable en esa posición. Sin embargo, no se rebeló.

La mano de Van der Valck le rozó, lentamente, el estómago, recorriendo con las yemas de los dedos la delicada piel y provocándole escalofríos por todo el cuerpo. Él tenía una expresión absorta, como si lo que veía fuera para él de incommensurable belleza.

—¿Crees que es aversión lo que siento por ti? —le susurró, mientras su mano seguía descendiendo, hasta rozarle el vello púbico.

Ella contuvo la respiración. ¡Santo Cielo! ¡Ese hombre sí que sabía cómo tocar a una mujer! Ya se sentía completamente mojada, mientras sus dedos le abrían íntimamente.

Charlotte dejó caer de nuevo la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, respirando profundamente mientras esos mismos dedos se deslizaban por su interior. Se retorció sobre el escritorio, deseando más.

—En realidad, todo de ti me hace enloquecer —continuó la voz grave de él—. Adoro tu coñito mojado.

Por un momento, ella se quedó estupefacta. Nadie hasta entonces, se había dirigido a ella así, usando un lenguaje tan procaz. Sin embargo, descubrió que le gustaba. Sí, le gustaban las frases obscenas que él le susurraba, deslizando su dedo dentro y fuera de ella.

Un gemido ahogado salió de su garganta.

—¿Te gusta, princesa? —Leonardus parecía disfrutar de su respuesta. Estaba inclinado sobre ella, concentrado en observar la expresión extática de su rostro. Luego se apartó por un instante, haciéndola gemir en señal de protesta.

Riendo disimuladamente, él se desabrochó la bragueta de las calzas. Cuando sacó el pene, Charlotte se dio cuenta de que estaba preparado para el coito y el estómago se le contrajo en una fuerte excitación.

—Tranquila, tesoro. Es todo tuyo —le dijo divertido. Luego, le cogió una mano por debajo de la cadera, haciendo que sujetara su propio miembro excitado.

Cuando él presionó para evitar introducirle su sexo, Charlotte levantó los ojos incierta, como si quisiera estudiar la reacción. Respiraba con dificultad, y unas gotas de sudor bañaban la frente de él. Comprendió que trataba de controlarse por miedo de hacerle daño a ella.

—Te quiero —exclamó, atrayéndolo hacia ella.

Leonardus no le dejó repetirlo y la penetró con un gemido ronco. Ella sintió que un dolor candente le atravesaba, pero lo ignoró. Su miembro era tan grande y la invadía, duro e inexorable. Pero, la sensación de molestia duró solo un momento.

La boca de Leonardus recorrió sus mejillas y luego el cuello, dejando una estela caliente y húmeda. Luego comenzó a moverse dentro de ella, empujando

cada vez más profundamente. Se hizo más fácil recibirlo y sus caderas empezaron a levantarse rítmicamente, yendo a su encuentro.

Lo sintió gemir y jadear en su oído, la respiración se volvió ansiosa por el coito. Todo era tan excitante: saber que era ella quien le daba placer le causaba una profunda satisfacción.

Empezó a temblar violentamente, sacudido por un poderoso orgasmo. Poco después Leonardo también alcanzó el zénit del placer, gritando su nombre.

Por un momento se quedaron unidos ambos, tratando de recuperar la respiración. Todo le parecía irreal a Charlotte, como si se tratase de un sueño. Sentía los miembros pesados y entumecidos, pero era feliz. Feliz como jamás lo había sido.

Cuando el latido acelerado de su corazón se rebajó, Charlotte sintió que la levantaban de nuevo. Leonardus la llevó a través de la salita y abrió una puerta, introduciéndola en la estancia adyacente. Un dormitorio, intuyó un momento después.

—¿Qué...? —susurró confundida, sin lograr terminar la frase. Los ojos grises de Van der Valck parecían dos profundas pozas, y daban la impresión de quererla atravesar con la mirada.

—No he terminado con vos —le respondió, con una risa burlona—. Tengo intención de haceros el amor aún, lentamente. Quiero poseeros de todas las maneras posibles, hasta que no podamos más.

Sus palabras le provocaron un nuevo escalofrío de excitación. Cómo era posible que él... se ruborizó, no atreviéndose a dar voz a su perplejidad. Pero, Leonardus debió adivinar sus pensamientos porque se rio socarronamente, diciéndole—. ¿Aún estáis convencida de que no os deseo bastante?

La echó sobre la cama y comenzó a toquitar algo en la mesilla. Una lámpara de aceite, tal vez. Un momento después una luz se encendió, dando a la estancia una atmósfera íntima y acogedora.

Charlotte vio a Van der Valck que se acurrucaba delante de la chimenea para reavivar el fuego y volverse de nuevo hacia ella, acercándose a la cama con paso indolente.

Con los ojos aún encadenados a los suyos, dejó caer su chaqueta al suelo. Le vio arrojar el chaleco de seda y desabrocharse febrilmente la camisa, mostrando un pecho poderoso y viril, con un ligero vello oscuro, que iba reduciéndose hasta desaparecer por el interior de los pantalones.

Charlotte estaba prácticamente hipnotizada. Con la vista fija en su musculoso cuerpo que, poco a poco venía descubierto y del que no podía

apartar la mirada.

Podría haber huido en ese momento, mientras él se sentaba en un sillón para quitarse las botas. Pero se sentía clavada a la cama, incapaz de tomar una decisión.

Leonardus le lanzó una mirada mientras se volvía a poner en pie, descalzo, y se bajaba los pantalones. Sus ojos brillaban y prometían dulces delicias que ella no era capaz de rechazar.

La terrible realidad la desconcertó: lo quería. De nuevo. Desesperadamente.

Se estremeció, al darse cuenta de que aún estaba en plena erección, y levantó los ojos hacia él, que volvió a reír burlesco.

—¿Veis qué efecto producís en mí, Charlotte? Jamás tengo bastante de vos.

Charlotte se humedeció los labios y se dio cuenta de que le estaba mirando a la boca, como si fuera a devorársela. El estómago se contrajo solo de pensarlo.

Antes de juntarse con ella en la cama, Leonardus abrió un cajón de la mesilla y cogió una cuerda y un pañuelo para el cuello.

Charlotte frunció el ceño—. ¿Y eso para qué?

Él se limitó a reír burlesco—. En seguida lo descubriréis. — Entonces, de repente, se acercó a ella, acostándose a su lado.

Con enorme sorpresa para Charlotte, en vez de besarla, le agarró las manos, pasándolas por encima de su cabeza. Sintió que le ataba las muñecas y las sujetaba a los barrotes de la cama, mientras un escalofrío de miedo le atenazaba el estómago.

El recuerdo de otro hombre que la sujetaba para someterla a su voluntad, le cortó la respiración.

—¿Qué pretendéis hacerme? —La voz retumbó ligeramente trémula, pero Leonardus la tranquilizó.

—Calma, no os haré ningún daño. Será agradable, veréis.

Ella tragó saliva—. ¿Por qué me habéis atado?

—Porque os quiero completamente en mi poder. Ahora os taparé los ojos con esto —le mostró el pañuelo para el cuello—. No veréis lo que os haré para que se incremente vuestro placer.

Charlotte dudaba, pero, al mismo tiempo, estaba intrigada.

—¿Confiáis en mí? —le preguntó Van der Valck, antes de proceder.

—S-sí.

Le observó inclinarse hacia ella con el pañuelo. Tenía los ojos rebosantes de pasión y una sonrisa divertida en sus labios túrgidos. Charlotte sabía que debería tener miedo, en cambio, solo sentía una fuerte curiosidad.

El pañuelo cayó sobre los ojos y todo se hizo negro. Podía sentir el sonido de su acelerada respiración mientras Leonardus se lo anudaba detrás de la cabeza. Luego, le escuchó apartarse de ella, y, de repente, se hizo el silencio.

¿Qué estaba haciendo?

Oyó un leve crujido, y algo le rozó una mejilla. Probablemente, la punta de un dedo. El toque era tan ligero que se preguntó si, de hecho, no se lo hubiera imaginado.

—Eres tan hermosa —La voz profunda de Van der Valck la sobresaltó. Luego el dedo se desplazó sobre los labios, acariciándolos dulcemente, varias veces, hasta que los abrió.

En ese instante, percibió algo húmedo... ¿su lengua? Gimió y se movió, tratando de acercarse más a él. Quería que le besara.

—Tranquila, princesa. Debes ser paciente.

Leonardus comenzó a chuparle y a mordisquearle los labios, provocándola. Era una dulce tortura que terminó cuando, por fin, se apoderó de su boca, apasionadamente.

Charlotte habría deseado tocarlo, hundir los dedos en su cabello. Era tan frustrante no poderse mover, y al mismo tiempo, lo encontraba fuente de excitación.

Le devolvió el beso, perdiéndose en las sensaciones que él le suscitaba. Nada existía más allá de aquella boca que se movía sobre la suya y de sus cuerpos unidos.

Cuando se separó de ella, respiraba con dificultad. Intentó aspirar aire en sus pulmones mientras se preguntaba qué le haría ahora.

El dedo se resbaló sobre su seno, recorriéndolo con exasperante lentitud.

—Tienes unos pezones fantásticos, ¿lo sabías? —le dijo, con la boca pegada a su oreja—. Me entran ganas de comérmelos.

Charlotte gimió. Escuchó una risita sumisa, luego algo húmedo le rozó en ese punto. Casi quería llorar por el placer sentido en ese momento. Su lengua, tenía que serlo, se movió en torno a su pezón.

Se le escapó otro gemido.

—Dime qué quieres, princesa.

Ella no logró emitir ningún sonido. Sentía la garganta seca mientras se agitaba en la cama, en busca de algo a lo que no conseguía darle un nombre.

Por fin, la boca de Van der Valck se cerró alrededor del pezón, como si hubiese intuido su silenciosa necesidad. Comenzó a chuparlo, lentamente.

Charlotte sentía que la pasión le ardía. Era verdad: el hecho de que se le impidiera la vista, lo hacía todo más excitante. Luego, su boca se apartó de ella, y Charlotte percibió el aire fresco en su caliente piel. Se estremeció, los pezones tiesos, duros como piedras.

—Dime, princesa —la voz de Leonardus era un leve susurro—. ¿Tu duque te ha hecho sentir un placer tan intenso?

Le rozó entre las piernas, donde estaba mojada de modo decididamente embarazoso. Ni siquiera se había dado cuenta de que se las había separado, por el deseo de que se las tocara. Sintió que las mejillas le ardían a causa de la vergüenza.

—¿Entonces? —le presionó él sin darle tregua—. No has respondido a mi pregunta.

Comprendió que no seguiría mientras no hubiese obtenido una respuesta—. Louis Antoine y yo no...

—¿No...? Continúa, princesa.

—Él y yo nunca hemos yacido en el mismo lecho.

—¿Nunca? —El tono de voz de Van der Valck parecía desconcertado. Y, quizás, había también una nota de satisfacción.

—No he vuelto a hacer el amor con nadie desde aquella noche, en el castillo.

Vale, lo había dicho. No le quedaba claro el motivo por el que deseaba hacérselo saber. Había actuado, simplemente por instinto.

Siguió un prolongado silencio, durante el que imaginó que él la estuviera mirando. Era embarazoso saber que yacía delante de Van der Valck, con las piernas abiertas, en toda su propia vulnerabilidad.

Se sintió más húmeda.

Luego aguzó el oído: escuchó un crujido, como si él se estuviera moviendo hacia abajo. La cama se hundió en el punto en el que se encontraban sus muslos separados.

Por fin, la besó, entre los muslos. La lengua húmeda y segura que se desplazaba sobre su carne temblorosa, chupándola con movimientos decididos.

Charlotte creyó enloquecer.

Se arqueó, presionándole el pubis contra el rostro. Quería más. Quería... ¡Cielo santo! Él le rozó el clítoris y ella lanzó un grito. Le parecía tener fuego

líquido en las venas. Sus miembros estaban entumecidos por el placer, y cuando sintió que se chupaba, pensó que se moría.

Estaba en el umbral del orgasmo, cuando Van der Valck se detuvo. Ella se agitó insatisfecha. ¡Maldición! no lograba verlo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué...?

Por fin, su voz, cálida y ronca, le susurró al oído—. Ahora no. Quiero estar dentro de ti cuando vengas.

Se estremeció. Un momento después, sintió la presión de su pene contra su húmeda abertura. Era suave y duro, y se rozaba sobre la parte de su sexo tan excitada y caliente. Luego, al final, la penetró.

A diferencia de la primera ocasión, no fue un asalto impetuoso. Leonardus empezó a moverse con estudiada lentitud, penetrando y retirándose de ella, sin ninguna prisa. Al mismo tiempo le había cogido con los labios un pezón para chupárselo, mientras su pene entraba y salía, sin pausa.

Era tan hermoso.

De nuevo, Charlotte comenzó a gemir en cada gesto.

—¿Me sientes, princesa? —Sus palabras le parecieron lejanas. Estaba tan absorta en tan deliciosas sensaciones que casi no le oyó.

Suspiró—. Oh, sí.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Van der Valck, que ahora se apremiaban a besar su cuello—. Y te gusta, ¿no es verdad?

Asintió frenéticamente con la cabeza mientras levantaba la ingle, para ir a su encuentro en aquella danza primordial.

Él le besó la oreja y aumentó el ritmo, conduciéndola, de nuevo, al culmen. Charlotte se percató de tener los ojos cubiertos de lágrimas. El placer era tan intenso... casi insoportable.

Chilló, y él apagó su voz en un beso apasionado, mientras seguía moviéndose dentro y fuera de ella.

En ese instante, el mundo le pareció hacerse añicos y fue presa de agitados temblores.

—Sí, princesa. Ven a por mí —dijo Leonardus, interrumpiendo el beso.

A continuación, aumentaron los impulsos, luego Charlotte le sintió gemir contra su cuello, y comprendió que había alcanzado el éxtasis, por su parte.

Un momento después, su peso se desmoronó encima de ella. Siguió un momento de quietud, en el que sus respiraciones se fundieron, una y otra. Por último, le retiró el pañuelo de los ojos.

Charlotte pestañeó como cegada por los ojos grises de Leonardus, clavados en los suyos.

—¿Entonces, princesa? ¿He estado a la altura de sus expectativas?

Ella no respondió. Se sentía lánguida y satisfecha, pero muy cansada. Cerró los ojos, y todo fue de nuevo oscuridad.

Cuando Charlotte despertó, después de un largo sueño reparador, Leonardus permanecía inclinado sobre ella y la observaba. Parecía perdido en sabe Dios qué pensamientos, y ella sintió un sobresalto en el corazón. Le hicieron falta unos minutos para darse cuenta de la locura que acababa de cometer: se había entregado a él, a pesar de estar prometida a su primo. Pero ahora no quería pensar en ello. Ahora se sentía tan bien.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó susurránoselo.

—Pienso en cómo es posible que hayas creído que yo no te desease.

Charlotte se mordió el labio inferior. Se sentía incómoda mientras sus ojos se posaban en ella, estudiando cada centímetro de piel desnuda. En ese instante, recordó todo lo que habían hecho durante la noche y se ruborizó. Sus ojos cayeron sobre sus muñecas: Van der Valck debía haberlas soltado mientras dormía.

—Eres aún más hermosa de lo que recordaba —continuó Leonardus, como hechizado—. Tus senos están más plenos, más duros.—. Le acarició ligeramente, la mirada tierna y soñadora—. Eres más mujer, no la muchachita aterrorizada que conocí hace años.

—Yo...

—Y tan sensual. Harías enloquecer a un hombre solamente con una mirada.

Esas palabras la confundieron. Habría deseado creerle y ceder a su intento de seducción, pero era casi de día y, muy probablemente, su familia estaría preocupada, al no verla en casa.

—Tengo que irme —dijo decidida, levantándose de la cama.

¿Dónde había dejado la camiseta? Con las primeras luces del alba, su desnudez le parecía, francamente, inconveniente. Pero, Leonardus la sujetó antes de que pudiese escapársele—. ¿A dónde vas? Ven aquí, tesoro. Todavía no he obtenido mis respuestas.

De improviso, Leonardus echó a Charlotte sobre el colchón, entre las sábanas arrugadas. Su mirada se detuvo en las sonrosadas mejillas de ella, muestra evidente de la vergüenza que sentía al ser contemplada desnuda.

—¿Qué respuestas?

—Quiero saber por qué creías que yo no te quería. Era tan evidente que yo estaba loco por ti. ¿Crees que me resultó fácil reprimirme? No te toqué sólo porque, por una vez, quería comportarme como un gentilhomme. Quería estar a tu altura.

—¿A mi altura?

La incredulidad que leyó en sus ojos le pareció sincera. Era una Charlotte completamente desarmada la que yacía en su cama, con los párpados caídos, y las manos tratando de cubrirse en un exceso de pudor.

Sonrió—. Sé perfectamente que no tengo la clase de tu duque. Creía que, si te hubiera respetado, quizás habríais podido amarme a mí igual que a él.

Ahora ella frunció el ceño, confundida—. Yo no amo a Louis Antoine. Le quiero mucho, por supuesto. Pero no es amor lo que...

Él se giró en la cama, sujetándola de manera que terminó tumbado boca arriba con ella a horcajadas sobre él. A Charlotte se le escapó un grito de sorpresa, pero le dejó actuar.

—¿Qué significa que no le amas? —leonardus no sabía si creerle. ¡Durante todo ese tiempo había estado tan convencido—. Es lo que tú misma me dijiste, ¿recuerdas?

—Oh, te refieres a antes de mi partida. Lo dije sólo porque estaba muy enfadada contigo y deseaba que me dejaras partir.

Leonardus frunció el ceño—. ¿Por qué motivo estabas enfadada conmigo? Explícamelo.

Charlotte dejó escapar un suspiro. Parecía indecisa entre responder a su pregunta o huir. Afortunadamente, optó por la primera solución.

—Sé que estás de acuerdo con el emperador y que eres responsable de la desaparición de mi hija. He tratado de ignorarlo durante mucho tiempo, y casi me había convencido de tu inocencia, pero Louis Antoine me reveló cómo fueron las cosas.

Leonardus sintió una punzada de rabia que le subía por la garganta. Por un instante, no logró proferir palabra.

—¿Y cómo fueron las cosas? Adelante, quiero escucharlo.

Ella intentó alejarse, pero él la mantuvo sujeta, clavada a él. Resultaba difícil concentrarse en esa posición, con el cuerpo desnudo de Charlotte encima del suyo. Sin embargo, Leonardus apretó los dientes y aguardó. Quería, es más, *exigía* una respuesta.

—Permitiste que se llevaran a mi niñita, ¿no es así? Me habías prometido que la encontrarías, pero en realidad, el emperador contaba con tu

colaboración, para que yo estuviera alejada de ella.

Leonardus estaba desconcertado, pero se puso una máscara de imperturbabilidad. En el ejército se le había adiestrado para no mostrar las emociones. Nunca.

—¿Y tú le creíste a tu primo? ¿Ni siquiera pensasteis, por un momento, en preguntármelo a mí? Creía que entre nosotros existía una relación basada en la confianza. ¡Por Dios! ¿cómo pudiste dudar de mi honestidad?

—¿Tu honestidad? —Charlotte le dirigió una amarga sonrisa—. Tú eres un jugador acostumbrado a mentir continuamente. ¿Cómo podía creer en tus palabras?

—Jamás te he mentado, Charlotte.

—¿No? Y entonces, ¿por qué mi hermana dice haber oído al emperador declarar que tú me habrías disuadido de intentar localizar a mi hija?

—Lo que dice y piensa el emperador no tiene nada que ver conmigo.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente seguro. No obedezco ciegamente sus órdenes. Pensé que estaba claro.

Charlotte chasqueó la lengua, en un gesto de rabia. Estaba irritada y nerviosa, se intuía por la rapidez de la respiración, y de cómo sus ojos miraban de un lado a otro, en busca de un pretexto. Saber interpretar el lenguaje del cuerpo era otra de las cosas que había aprendido en el ejército.

Parecía también dividida, como si una parte de ella deseara, desesperadamente, creerle, y otra —probablemente la más racional— desconfiara.

—Entonces, ¿por qué no detuviste al doctor Thiolier aquella noche? ¿Por qué no impediste que se llevara a mi hija? ¿Dónde estabas mientras la apartaba de mí?

Las palabras le salieron de la garganta con un sonido ahogado, como si todo lo que almacenaba en su interior hubiera salido de repente, chocando contra él.

Leonardus titubeó. Habría debido decirle la verdad. Contarle que, en aquel momento estaba ebrio, tirado en el diván, completamente inconsciente. Pero la sola idea de su debilidad era tan vergonzosa que le resultaba insoportable. Así, hizo la única cosa que era capaz de hacer.

—Te deseo —le dijo, acercándosela aún más, para que los senos de ella no estuvieran al alcance de sus labios—. Dejemos de discutir, por favor. Solo quiero perderme dentro de ti. Otra vez.

No era bueno con las palabras, pero aquello lo sabía hacer bien: follar a una mujer hasta hacerle perder el juicio. Le cogió un pezón con la boca, chupándolo dulcemente. Luego pasó al otro. Escuchó que gemía y entendió que cualquier deseo que tuviera de huir de él, había quedado aparcado, mientras se agitaba, frotando su vagina sobre él.

—Sí, así —, le susurró suavemente—. Tú también me quieres, ¿no es cierto?

La levantó con fuerza, arrastrándola hacia su rostro, para acercarse a la boca su húmeda abertura. Allí permaneció de rodillas, inmóvil y con los ojos cerrados. Su sabor le embriagaba mientras le lamía para oírla temblar, sacudida por intensos y placenteros escalofríos.

Luego, cogiéndola por las caderas, la colocó sobre su pene erecto y, deslizándolo dentro de ella, la ayudó a moverse hasta que sintió el ritmo y empezó a imitarle, siguiendo su instinto.

Era tan hermosa con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y su largo cabello despeinado sobre los hombros, con los ojos cerrados y los labios abiertos. Parecía una diosa perdida en el éxtasis. Los senos se movían al ritmo de los empujones, y Leonardus acabó pensando que no había nada más atractivo que el cuerpo desnudo de Charlotte encima del suyo. Le habría encantado dibujarla así, con esa expresión extática, a punto de alcanzar el orgasmo.

En ese momento, le habría gustado confesarle su amor, pero ¿cómo habría reaccionado ella? ¿Le creería? ¿O, sencillamente, no le habría importado? Luego, sus pensamientos se fueron mezclando y no tuvo fuerzas para proferir ni una palabra, mientras ella continuaba montándole hasta el éxtasis final. Todo lo que le salió de la boca fue un gemido ronco.

—Tengo que irme, ahora —dijo Charlotte, levantándose de la cama, con los miembros aún entumecidos por el coito. Ignoró la mirada contrariada de Leonardus y corrió a la estancia adyacente para recoger su ropa abandonada sobre el suelo. Comenzó a ponerse, con gestos metódicos, la camisa, para luego intentar atarse el corsé a la espalda. Habría necesitado ayuda de una doncella, pero, nunca, bajo ningún concepto, lo habría admitido. Solo la idea de dejarse ver por alguien en una situación tan indecorosa la intranquilizaba.

Mientras tanto, Leonardus se había juntado con ella, con sus ojos convertidos en dos témpanos de hielo—. ¿Por qué no te quedas? Después de todo, estamos desposados y tu sitio es este, junto a mí.

Ella resopló irritada. No le permitiría confundirla una vez más. Seducirla con sus halagos, reduciendo a cenizas cualquier intento de resistencia, así como su dignidad.

—Nuestro matrimonio está a punto de ser anulado, ¿lo recuerdas? Estoy prometida a Louis Antoine. Nada ha cambiado.

—Tres orgasmos en cuestión de pocas horas son un buen cambio, me parece a mí.

La mirada fulminante que le lanzó no consiguió disuadirlo. Parecía calmado y relajado, a diferencia de ella, que era un manojo de nervios. ¿Nunca aprendería de él? Para Leonardus Van der Valck, lo único que importaba era el sexo. Ahora que había añadido una nueva muesca a su lista de conquistas, nada podía perturbarlo. Era la viva imagen de la satisfacción sexual. Se ruborizó ante semejante pensamiento tan explícito y suspiró. ¿Por qué era tan condenadamente difícil vestirse sola? ¡Estaba perdiendo demasiado tiempo! Unas lágrimas de irritación le quemaron los ojos, mientras deseaba hallarse lejos de aquella casa. Lejos de él.

Leonardus observó que Charlotte se estaba vistiendo, inmerso en una gélida calma. En realidad, estaba furioso. Furioso consigo mismo por no haber sido capaz de amarrarla a él, ya que ella, después de haber hecho el amor, pensaba volver como si nada hubiera pasado al lado de su duque. Tiempo atrás, no se habría preocupado. Numerosas mujeres casadas habían pasado por su cama, y luego vuelto con su marido, una vez apagados los sentimientos. En dichas ocasiones, se había limitado a disfrutar de sus cuerpos, para abandonarlas inmediatamente después, sin una mínima queja e, incluso, olvidando sus nombres. Con Charlotte era distinto. Ella era parte de él, de su alma.

La vio hacerse un lío con los lazos del corsé y gruñó—. Deja que te ayude.

Se acercó a ella, aún completamente desnudo, pero Charlotte le frenó con una mirada letal—. No te acerques, por favor.

Leonardus alzó los brazos, como si se rindiera incondicionalmente—. De acuerdo, de acuerdo... ni siquiera te rozaré con un dedo. Es un poco tarde para que me lo pidas, pero si prefieres arreglártelas sola, no insistiré. Pero te advierto, querida, que es casi de día, y no conseguirás volver antes de que se den cuenta de tu ausencia.

Esas palabras tuvieron el poder de hacerle cambiar de idea. Evidentemente no veía el momento de escapar de él para lanzarse en los

brazos del aristócrata de pacotilla. Con un suspiro exagerado y unos ojos que lanzaban puñales, Charlotte se le acercó, ofreciéndole la espalda.

—Puedes ayudarme, pero recuerda que debes atar el corsé, y no al revés.

Él le torció el gesto, mientras alargaba las manos hacia ella—. Me sobrevaloras, tesoro. También un mujeriego como yo necesita un poco de recuperación, después del desenfrenado sexo de hace poco. Aunque lo quisiera, no lograría arrastrarte de nuevo a la cama.

La observó de refilón y se dio cuenta de que estaba ruborizada. Adoraba su pudor. No lograba explicarse como podía mantener aquella patina de inocencia después de semejante noche, pero era evidente que esa característica suya, era parte de su atractivo.

—Hecho —afirmó, mientras seguía observándola. Ella echó un veloz vistazo en el único espejo presente en la estancia, y empezó a ponerse el vestido de noche. De nuevo le ofreció la espalda para que se la abotonase, y él así lo hizo, silbando una tonadilla. Estaba claro que a ella le resultaba irritante su fingida indiferencia, y él prefería su rabia a la compasión. La vio ajustarse los zapatos de raso, manteniendo la espalda rígida y tiesa. Sí, estaba francamente irritada.

—Probablemente, me consideráis una pobre ingenua, ¿no es así? —farfulló de pronto Charlotte, volviendo a dirigirse a él con un tono más formal—. Es evidente que después de haberos divertido conmigo, ahora no veis el momento de libraros de mi presencia.

Leonardus tuvo la decencia de callar. La princesita era muy hábil en darle vuelta a las cosas, como si fuera él quien le echaba de casa, y no ella la que estaba deseando largarse.

—¿No decís nada? ¡Pues claro! Este es el comportamiento típico de vosotros, los libertinos, ¿cierto? Pero si pensáis que yo soy tan estúpida como para poner en peligro mi futuro con Louis Antoine por una noche de lujuria, pues bien, ¡os equivocáis por completo!

Él la observó mientras trataba de arreglarse el cabello despeinado delante del espejo. No pudo aguantar una sonrisita—. ¿Habéis terminado? —le preguntó mostrándose, adrede, hastiado y con la consiguiente mirada furibunda de Charlotte. Incluso verla tan enfadada era un placer.

Haciendo caso omiso de su sarcasmo, Charlotte se puso sobre los hombros la pesada capa, y se apresuró a cruzar la puerta, sin siquiera un gesto de despedida.

Van der Valck tuvo que reprimirse una imprecación obscena para no hacer notar la irritación provocada por su comportamiento. Decidió no seguirla por las escaleras. Que se fuera de allí como una prostituta que acababa de concederle sus favores, él no se humillaría corriendo detrás de ella.

Drake volvió a casa, después de una larga noche de jarana. La cabeza le dolía muchísimo, y tenía la sensación de que las paredes que le circundaban estuvieran dotadas de vida propia. O, ¿quizás veía doble? Sin duda, debía tener alucinaciones, porque le pareció ver a la condesa de las tinieblas precipitarse por la escalinata que conducía a los aposentos privados.

Se frotó los ojos, enrojecidos por el alcohol y la escasa dosis de sueño, y volvió a mirar a las escaleras. Ella aún estaba allí.

Al darse cuenta de que no se trataba de una alucinación, una sonrisa irónica le brotó en los labios—. ¡Madame Sophia, qué sorpresa hallaros por estos lares, y a estas horas de la madrugada!

Ella se ruborizó, apartando apresuradamente la mirada—. Si me disculpáis, sir Drake. Es muy tarde y tengo que irme.

—Demasiado tarde o demasiado temprano, según el punto de vista — comentó él divertido, mientras la observaba atravesar, corriendo, el umbral de la casa. Fuera, un carruaje le esperaba, probablemente desde la noche anterior. Drake la vio subir al vehículo y salir apresuradamente.

Una vez solo, aunque sus cansados miembros le suplicasen que se acostara en la primera cama o diván disponible, cerró la puerta y subió las escaleras hasta llegar a la estancia de Van der Valck.

Lo encontró de pie, delante del espejo mientras terminaba de vestirse.

—Entonces, amigo mío... nos hemos divertido esta noche, ¿no es cierto? Acabo de ver salir a la condesa Sophia. Desde luego tienes razón cuando afirmas que no eres un caballero, pero al menos, podrías haberla acompañado a casa.

Como respuesta, obtuvo un gruñido, pero no se acobardó. Provocar a Van der Valck se había convertido en uno de sus pasatiempos preferidos. Le divertía inmensamente.

—¿Y bien? No pareces muy feliz de haber reconquistado a tu mujer.

—No he dicho que la haya reconquistado.

Drake parpadeó y resopló.

—De acuerdo. Nos hemos acostado. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —El tono irritado del amigo le desorientaba.

—Exactamente.

—A mí me parece bastante. ¿Qué le falta, por favor, a un idílico reencuentro entre vosotros?

—Esta noche, he tenido su cuerpo, pero no su corazón. Para entendernos, ha sido placentero. Más que placentero, extraordinario. Pero no es suficiente.

Drake estaba estupefacto. Le miró atónito por un instante, en un intento de entenderlo.

—Vale, ¿qué pasa? —Leonardus tenía el ceño fruncido.

—Seré franco contigo, amigo mío. No creo que una mujer como Sophia Botta ceda a los halagos de un libertino como tú, sin que sienta algo hacia ti. No es de esa clase.

—Quizás he sido demasiado convincente.

Una carcajada ronca surgió de la garganta de Drake—. Es típico de nosotros, hombres, creer tener la última palabra. En realidad, son las mujeres las que deciden, querido amigo. Y si ella ha aceptado acostarse contigo, es, sin duda, porque te ama. No tengo dudas a este respecto.

—¡Por supuesto! ¡cómo no! Y precisamente porque me ama apasionadamente, luego ha escapado para reunirse con su extraordinario duque. ¿Por qué no lo he entendido antes?

El tono sarcástico de Leonardus le divirtió profundamente. ¿Qué tonterías decía la gente cuando se enamoraba? Ese era uno de los motivos por los que evitaba ese sentimiento como si fuera la peste—. ¿Le has dicho que la amas?

—Claro que no. ¿Debería haberme humillado ante ella, para luego ser rechazado y puesto en ridículo?

Drake se aguantó otra carcajada. No pretendía ensañarse demasiado con él. Por lo que recordaba, Leonardus era bastante susceptible—. Diría que te has puesto en ridículo tú solito. Lógico que haya huido. Probablemente crea que la sedujiste por pura diversión. Y considerando tu pasado, no sería tan descabellado.

—Aunque le hubiera confesado mis sentimientos, no me habría creído. Está convencida de que yo hice raptar a su hija.

Drake enmudeció. Después de todo, se las había arreglado para sorprenderlo.

—¿Madame Sophia tiene una hija?

—Sí, una niña que le fue arrebatada nada más nacer. Ella cree que estoy involucrado en el rapto.

—¿Y por qué diantre no le has dicho que tú no tienes nada que ver? Porque es así, ¿verdad? No te creo capaz de una cosa similar.

—¡Claro que no tengo nada que ver! Pero para explicarle cómo se desarrollaron realmente las cosas, debería abrirle, completamente, mi corazón.

—¿Sería tan grave, si lo hicieras?

Leonardus dejó escapar un suspiro. Parecía un león enjaulado mientras daba vueltas por la habitación con el ceño fruncido—. He sido un idiota, ¿no es verdad?

Drake se rio—. Pues, sí. Pero siempre puedes remediarlo.

CAPÍTULO 20

Charlotte entró en casa, intentando que no la descubrieran. Su tío y su primo debían estar aún en sus estancias. En contadas ocasiones se levantaban a primera hora, lo que le garantizaba el tiempo necesario para un baño rápido y volver a vestirse, antes de que se sirviera el desayuno.

Solo la servidumbre estaba ya de lleno en sus labores cotidianas. Dos criadas, ocupadas en lavar los suelos, le lanzaron una mirada de soslayo y en seguida, apartaron los ojos. Les oyó susurrar algo a sus espaldas, pero no prestó atención. ¡Que chismorreen! Desde luego, no tendrían el valor de referir a sus familiares que había vuelto a casa al amanecer. Existía un claro límite entre criados y señores, y raramente, sucedía que se comunicasen entre ellos.

Subió las escaleras sin mostrar la más mínima preocupación, la espalda recta y el paso majestuosos. Delante de su estancia, abrió la puerta sin hacer el menor ruido y la cerró a sus espaldas con un suspiro de alivio. Luego, hizo sonar la campanilla para llamar a su doncella personal y se dejó caer sobre la cama.

Su mente pensó inmediatamente en Van der Valck, y en lo que le había hecho durante aquella larga noche. Habría deseado disipar el recuerdo, pero no podía. Estaba demasiado vivo dentro de ella, hasta tal punto que, un inmenso acaloramiento se apoderó de su pensamiento.

Sabía que era un error sufrir por él. Sin embargo, no consiguió impedir que su corazón latiera más fuerte, mientras las sensaciones vividas entre sus brazos, volvían a su mente.

¡Basta!

Por cualquier medio, tenía que olvidarlas.

Para su suerte, oyó unos leves golpecitos en la puerta, y la llegada de Grätel la apartó de sus preocupaciones. Había sido una excelente idea la de llevarla consigo a Inglaterra. Era la única presencia amiga que tenía entre aquellas paredes.

—¿Habéis llamado, *madame*?

—Sí, Grätel. Deseo darme un baño. Ayúdame a desvestirme, por favor. Y haz que traigan agua caliente.

La mujer frunció el ceño—. ¿Lleváis aún el vestido de noche? ¿Eso significa que no habéis vuelto a casa para dormir?

Levantando los ojos al cielo, Charlotte suspiró. ¿Ahora hasta las criadas exigían explicaciones? De acuerdo, Grätel era para ella algo más que una doncella. Sin embargo, no iba a permitirle que indagara en su vida privada.

—Por favor, no ahora —gimió—. En este momento solo necesito un baño caliente.

Ella le lanzó una mirada amonestadora, pero no insistió. Estaba claro que desaprobaba su comportamiento, y probablemente, también estaba un poco preocupada por ella. Pero al mismo tiempo, sabía cuál era su lugar.

—Sí, *madame*. Como deseáis —le respondió, sin volver más al asunto.

En el plazo de pocos minutos, se encontró desnuda e inmersa en la bañera, perfumada con aceites y sales de lavanda. Con una pizca de remordimiento, se quitó del cuerpo el olor de Van der Valck que había permanecido en él. Luego permitió que Grätel la ayudase a colocarse un atuendo de día y la peinase, estando más presentable.

Cuando bajó a la planta inferior, la ansiedad que le había acompañado, después de haber abandonado la casa de Drake, había desaparecido. Dedicó una amplia sonrisa al mayordomo que le correspondió su amabilidad, saludándola con una profundo reverencia.

—Su excelencia ha pedido que se reúna con él la biblioteca, *madame*.

Charlotte se sobresaltó. En contadas ocasiones Antoine le convocaba a esas horas de la mañana, y la sospecha de que se hubiera percatado de que había pasado la noche fuera de casa, le asaltó de nuevo.

—Oh, está madrugador esta mañana.

—Sí señora. En seguida ha preguntado por vos. Debe tratarse de algo importante.

Mordisqueándose nerviosamente el labio inferior, Charlotte se dirigió hacia la puerta. Tomarse su tiempo no le habría servido de nada, pensó amargamente. Si tenía que enfrentarse a su primo, lo mejor era hacerlo inmediatamente.

Nada más entrar en la estancia, el duque se levantó y le dedicó una rígida reverencia, a la que ella respondió con una leve inclinación de la cabeza.

—Buenos días, prima —le saludó cordial.

—Buenos días, Louis Antoine. ¿Deseabais hablarme?

Él le indicó un sillón junto a la chimenea—. Será mejor que os sentéis.

—¿Ha pa-pasado algo grave? —No consiguió evitar un ligero temblor de la voz, pero él pareció no preocuparse. Permaneció de pie, observándola, con

las manos detrás de la espalda, y una actitud seria. En esa posición parecía, en todos los aspectos un duque autoritario y presuntuoso.

—He recibido una carta de vuestro primo, el emperador. Mi padre y yo hemos sido invitados a la fiesta nupcial que se celebrará en honor de vuestra hermana y del archiduque. Saldremos hacia Viena mañana por la mañana.

Charlotte abrió los ojos. No se esperaba una noticia semejante—. ¿Y yo? —preguntó con un hilito de voz. «¿No he sido invitada?»

Louis Antoine le respondió con una mirada impaciente—. Vos misma podréis comprender, querida, que vuestra presencia podría representar un problema. Si alguno os reconociese y pusiera en duda la identidad asumida por Ernestine, el emperador no estaría nada contento. Tenemos que actuar con cautela.

—¿Entonces? ¿Tengo que quedarme aquí, sola, en Londres? —Charlotte se alarmó. No quería permanecer en aquella lúgubre ciudad, a merced de Van der Valck. Sabía que, si él hubiera deseado tenerla de nuevo en su cama, no habría sabido decirle que no. Aquel hombre la hacía vulnerable, y la idea de convertirse en amante del que se había llevado a su niña le disgustaba.

¡Si solamente le hubiera demostrado su inocencia! Pero cuando le había interrogado a ese respecto, había preferido distraerla con un largo y apasionado abrazo. Sentía una inmensa vergüenza por haberse dejado seducir tan fácilmente y no quería repetir el error.

—Os lo ruego Louis Antoine, llevadme con vos —le suplicó.

El duque tomó asiento en un sillón frente a ella. Tenía unas terribles ojeras y parecía muy cansado. Por un momento, a Charlotte se sintió culpable. ¿Y si sabía lo que había pasado entre ella y Leonardus, y lo sufría en silencio?

—Tampoco yo me quedo tranquilo ante la idea de dejaros aquí. Mi padre y yo pensamos que podría ser una buena solución la de acompañaros a visitar a la duquesa de Mecklemburgo, en Hildburghausen. Ella estará contenta de recibirlos, y vos hallaréis un refugio seguro en su castillo. ¿Qué os parece?

Charlotte intuyó la preocupación de su primo por la respuesta. ¿Y si su aspecto tenso dependiese de esto—. Oh, sí. ¡Me encantaría volver a ver a la duquesa!

Louis Antoine se relajó—. Perfecto. Creía que te opondrías. Es un alivio notar que habéis recuperado la razón, prima.

—¿Recuperado la razón?

—Últimamente parecíais muy obsesionada con Van der Valck. Temía que no habríais acogido con entusiasmo alejaros de él, pero os aseguro que es por

vuestro bien.

El sentimiento de culpa volvió a hacerse latente—. Oh, Louis Antoine —al pronunciar esas palabras le acarició una mejilla—. Alejarme de ese hombre, para mí es solo un alivio, os lo aseguro.

Sabía mentir muy bien. Pero no le importaba. Solamente deseaba tranquilizar a su primo en lo concerniente al afecto que sentía por él.

El le cogió una mano y se la llevó a los labios—. No sabéis qué feliz me hace oíroslo decir.

Una vez solo en la biblioteca, el joven duque se pasó una mano por el cabello. El problema de Charlotte y de su encaprichamiento por el libertino sin escrúpulos, estaba resuelto. Dudaba de que ese hombre la siguiese incluso hasta Hildburghausen, y desembarazarse de su desagradable presencia era para él, motivo de alivio.

Pero no era por eso por lo que había perdido el sueño. Desde que había recibido la carta del emperador, dos días antes, el perenne pensamiento en Ernestine y su inminente matrimonio, lo atormentaba.

En cuanto cerraba los ojos, veía su rostro bañado de lágrimas, y recordaba el apasionado beso que se habían intercambiado y lo que había pasado. ¿Por qué no se la había llevado consigo aquella vez? ¿Por qué había dudado?

Participar en la fiesta de su compromiso era para él una tortura. No estaba seguro de lograr disimular sus sentimientos por ella. ¿Qué pasaría si se traicionara? Desde luego, su padre no le perdonaría tal debilidad. Especialmente ahora que él estaba prometido a otra mujer.

Una risita nerviosa le estremeció. ¡Qué ironía de la suerte! Charlotte estaba enamorada de Van der Valck, pero se casaría con él, que, a su vez, amaba a Ernestine.

Ninguno de ellos hallaría la felicidad. A veces se preguntaba incluso si Ernestine había aceptado la boda con el archiduque por sentido del deber o si, en realidad, estaba enamorada de él.

Hallaba intolerable que *su* Ernestine pudiera amar a otro hombre, y, sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo.

Se levantó de pronto para coger una botella de brandy y se sirvió una buena cantidad en un vaso. Las manos le temblaban, pero no se preocupó. Bebió el líquido ámbar de un trago, con la esperanza de que el alcohol anulara sus recuerdos. Pero, desgraciadamente, no había remedio a su sufrimiento.

Ernestine apartó el libro que estaba leyendo y suspiró. Le habían dicho, que Louis Antoine y su padre estarían presentes en la fiesta de su compromiso,

y la noticia le había provocado sentimientos encontrados. Una parte de ella deseaba ardientemente volver a abrazar al primo, mientras la otra parte temía dicho encuentro con todo su ser.

Verlo de nuevo, significaría para ella reabrir una herida. Habría sido más fácil casarse con el archiduque, si entre ella y su amado se hubiera mantenido una cierta distancia.

¿Cómo podía fingir estar contenta con ese matrimonio, sonreír a los invitados y comportarse como si nada pasara, cuando su corazón estaba hecho añicos? ¿Y cómo habría aguantado la mirada del hombre que amaba sin traicionar la profunda emoción y la turbación que le causaba?

Se levantó de golpe de la butaca en la que estaba rígidamente sentada, incapaz de estar quieta mientras pensamientos de ese tipo le atormentaban. Se dirigió a la ventana. En ese momento, alguien llamó a la puerta, pidiendo permiso para entrar. Inmediatamente después, una joven criada pasó tímidamente. Había pedido que le trajeran una taza de té para aliviar su tormento, pero ya se le habían pasado las ganas de beber algo caliente. Con un suspiro, devolvió la mirada al exterior de la ventana. Tenía las mejillas ardiendo, mientras recordaba la belleza perturbadora de Louis Antoine, su porte real y la pasión que había suscitado en ella la única vez que la había besado. A menudo se había preguntado por qué lo había hecho, pero nunca había hallado una respuesta plausible.

—¿No os encontráis bien, *madame*? —preguntó la criada, observándola de reojo.

Reprimiendo los deseos de echarse a llorar, se volvió hacia ella—. Solo tengo un poco de dolor de cabeza. Debo haber pasado demasiado tiempo leyendo.

—Estáis nerviosa por la boda, ¿no es cierto?

Ernestine estaba desconcertada. En contadas ocasiones el servicio se detenía para comenzar una conversación con ella. Regían unas reglas precisas, allí en la corte, que prohibían a la servidumbre familiarizarse con sus amos. Sin contar con que ella siempre había sido vista como una extraña que suscitaba temor e intimidación.

Sin embargo, aquella jovencita parecía ignorar todo eso. Debía haber sido empezado a trabajar hacía poco tiempo, y tal vez, deseaba simplemente ganarse su simpatía. En cualquier caso, era un alivio poderse confiar a alguien en aquella lúgubre prisión.

—Tú también lo estarías, en mi lugar, si te vieras obligada a desposarte con uno al que no amas. A propósito, ¿cómo te llamas?

—Esther, *madame*. ¿Deseáis que os traiga otro?

Ernestine le negó con la cabeza, volviendo a mirar de nuevo a la ventana, con la mirada sombría y melancólica. Tuvo que suscitar la compasión de la joven doncella ya que, en vez de retirarse, permaneció quieta observándola con el ceño fruncido.

—No temáis, después del matrimonio os acostumbraréis sin duda a él, aunque no lo améis. Y, si no es así, siempre podéis tener un amante. Lo hacen todas las señoras de alto linaje.

Ernestine se sobresaltó. Nunca había pensado en tal eventualidad; no era tan espabilada como para concederse semejantes y audaces pensamientos. Sin embargo, Esther no estaba del todo equivocada. ¿Por qué ser fiel a un hombre que le había sido impuesto por razones de Estado? ¿Y si ella hubiera sido entregada a Louis Antoine? Le habría bastado una única vez. Un único recuerdo que conservar en lo más profundo de su corazón.

—Os ruego perdonéis mi atrevimiento, *madame*. Simplemente, es que parecéis tan triste... —la doncella se mostraba verdaderamente preocupada por su suerte, y esto la obligó a responderle con una sonrisa forzada.

—Puedes marchar, Esther. Deseo estar sola un rato.

CAPÍTULO 21

Van der Valck observó enfurecido al mayordomo detenido ante la puerta. Había decidido ir a visitar a Charlotte, decidido a abrirle su corazón, de una vez por todas. Sin embargo, según el idiota vestido de pingüino, la condesa Sophia ya no vivía en esa casa.

Absurdo.

Había pasado la noche con ella hacía apenas dos días, era prácticamente imposible que hubiera hecho las maletas y marchado en tan poco tiempo. ¿O no? Recordaba incluso demasiado bien, la última vez que le había dejado plantado de un día para otro.

Maldijo para sus adentros y dirigió una mirada glacial al *pingüino* que le observaba de arriba a abajo—. Déjame entrar. Quiero ver con mis propios ojos si mi esposa está en casa o si simplemente se niega porque no desea verme... —tampoco sabía que sería capaz de hacerle en tal caso, pero de seguro, no sería nada bueno.

El mayordomo no se descompuso—. Os estoy diciendo la verdad, señor. El duque ha marchado con toda su familia esta mañana al alba, y no estoy autorizado a dejaros entrar. Así que, por favor, sed tan amable de no insistir.

Trató de cerrarle la puerta en las narices, pero Leonardus fue más veloz y se lo impidió. De un formidable empujón le obligó a retroceder un paso, y así poder colarse en el interior.

No le importaba suscitar un escándalo. Estaba furioso y no se habría calmado hasta encontrarse con Charlotte. Con voz atronadora la llamó, y al no recibir respuesta alguna, empezó a subir las escaleras que conducían a las plantas superiores.

—Señor, os lo ruego... —Suplicó el mayordomo, siguiéndole a paso redoblado.

—¿Dónde están sus aposentos?

—¡Ya os he dicho que no se encuentra en casa!

—¿Dónde?

El tono impaciente de su voz le indujo a rendirse—. Si verdaderamente deseáis controlarlo con vuestros propios ojos, señor, poneos cómodo.

Con un suspiro resignado, el hombre le indicó una gran puerta de madera barnizada, al final de corredor—. La del fondo *era* su estancia, señor.

Leonardus tiró de la manilla de la puerta sin tener la delicadeza de llamar. Pero cuando la hubo abierto, todo lo que vio fue un dormitorio abandonado. Ningún objeto personal indicaba la presencia de que alguien durmiera entre las paredes. Se dirigió a grandes zancadas hacia el armario de madera de nogal y lo abrió con un golpe sordo.

Nada.

—No hay ropa aquí dentro.

El mayordomo asintió exasperado—. Ya os he dicho que se ha ido, ¿no? Ha llevado consigo todas sus pertenencias, obviamente. Si no me creéis, podéis investigar el resto de la casa, señor. Pero os advierto que no hallaréis nada.

La evidencia le dolió como un puñetazo en el estómago—. ¿Adónde ha ido? —preguntó, en un susurro.

—A *Hildburghausen*, señor.

Leonardus se pasó una mano por el cabello, en un gesto desesperado. Se le había escapado otra vez. No acababa de creer que se lo hubiera hecho de nuevo.

Por un momento se quedó paralizado, atónito, observando la que por un tiempo había sido su estancia. No había rastro de ella entre aquellas paredes, y, sin embargo, le pareció poder oler aún su perfume. Respiró a pleno pulmón, con un sentimiento de estupor. Por último, se giró para salir de allí. No quería permanecer en aquella casa ni un minuto más. Sentía que se sofocaba.

Mientras se alejaba consternado, se prometió a sí mismo que la volvería a encontrar. Sabía dónde estaría: solo tenía una amiga en *Hildburghausen*, donde podía haberse refugiado. Imprecando para sus adentros, juró que no se rendiría hasta que le hubiera dicho toda la verdad.

Hildburghausen, dos semanas más tarde.

Sacudida por el balanceo del carruaje, Charlotte cerró los ojos y se dejó caer sobre el respaldo. No veía el momento de volver a abrazar a la duquesa de Mecklenburgo, pero, al mismo tiempo, se sentía una cobarde por haber abandonado a Van der Valck, sin decirle una palabra.

Cuando se trataba de él, se convertía en una criatura terriblemente estúpida y vulnerable. Anteriormente, ya había escapado de aquel hombre, con la convicción de poner un poco de paz en su angustiada existencia, pero todo había resultado inútil.

¿Cómo podía pensar en lograrlo ahora, después de aquella noche de pasión que habían compartido? Desde luego, para él aquella noche no había

significado nada. No había razón para pensar lo contrario. Sin embargo, para ella había tenido más importancia de lo ella misma quería admitir.

Sus caricias, sus besos... cada gesto suyo le había conducido a un mundo desconocido. Y a pesar de que aquella no hubiera sido su primera noche juntos, todo le había parecido más intenso. Hasta su deseo. Quizás porque ya no era una muchachita aterrorizada y él, la persona encargada de su seguridad.

Cuando había hecho el amor con ella la primera vez, Leonardus había sido muy dulce y atento. Se intuía en cada gesto suyo que temía hacerle daño, y su principal preocupación había sido la de borrar el recuerdo de la violencia que ella había sufrido.

En cambio, esta vez, se había convertido en el libertino del que todos hablaban. Le había llevado a las puertas del placer más extremo, y dudaba que podría olvidar, incluso solo por un momento, las sensaciones vividas en sus brazos. Había sido un coito salvaje y pleno, el consumado con Van der Valck.

Empezó a moverse nerviosa en el asiento, agitada por recuerdos tan íntimos. Al final, miró de reojo a su primo que dormía profundamente, frente a ella. Durante la travesía en mar para alcanzar el puerto de Hamburgo, había sufrido mucho y, ahora, descansaba agotado, con la cara lívida y demacrada. ¿Cómo podría desposarse con él? Pasar el resto de su existencia a su lado y hacer con él las cosas que había hecho con Leonardus. Era prácticamente imposible.

Solo la idea de dejarse besar y acariciar por Louis Antoine le resultaba muy molesta. Sabía que continuaría deseando al hombre que amaba, en su lugar. Y los remordimientos la destruirían, tarde o temprano.

Apartó la mirada, en un intento de evitar las lágrimas. Estaba segura de haber tomado la decisión correcta. No se habría podido quedar junto a Van der Valck con el pensamiento de que el hombre que dormía con ella, dándole un placer celestial, en realidad era la misma persona que le había robado su niña. Pero, del mismo modo, hallaba completamente equivocado desposarse con su primo.

Con un suspiro se asomó a la ventanilla. El carruaje había cruzado una verja dorada y se encaminaba por un camino arbolado. Podía distinguir en la lejanía la silueta de un castillo, y tuvo la repentina certeza de haber llegado a su destino.

Una sensación de alivio la envolvió. La presencia de la duquesa le sería de gran ayuda y de confort. Solo tenía que recuperar un poco de tranquilidad y paz. Luego, probablemente, encontraría la solución a sus problemas.

A su llegada, la duquesa le abrazó. Su acogida era reconfortante como la de una madre, y Charlotte, por un momento, se sintió como en casa. Después de tanto tiempo, había encontrado a alguien dispuesto a colmarla de afecto y atenciones.

—Bienvenida a vuestra casa, querida niña.

—Oh, *madame*, me siento tan feliz de volver a veros.

Unas lágrimas de emoción le cubrieron el rostro, mientras levantaba la mirada hacia ella.

—Vamos, no hay de qué llorar, *ma petite*. Venid, os mostraré vuestros aposentos —le respondió la mujer, con voz un poco brusca.

Charlotte intuyó que no amaba mostrar en público sus sentimientos y sonrió ante su sonrojo. Se dejó guiar por la escalinata de mármol, olvidándose por completo de Louis Antoine y de su tío.

Fue el mismo duque el que le recordó su propia presencia, en un tono molesto—. No querría ser descortés, prima, pero mi padre y yo debemos partir inmediatamente. Viena está aún lejos, y un largo camino nos espera.

Ella se detuvo, ruborizándose al instante—. Oh, perdonadme Louis Antoine.

Volviendo sobre sus pasos, se acercó y se unió a él en un apresurado abrazo—. ¡Qué tonta soy! Casi olvidaba despedirme. Dadle mi enhorabuena a Ernestine por su próximo enlace.

Ante tales palabras, él asintió nervioso—. Por supuesto. Lo haré gustosamente.

Luego, la joven se despidió de su tío con una profunda reverencia. El conde de Artois no amaba los sentimentalismos y permaneció rígido delante de ella, limitándose a inclinar ligeramente la cabeza en su dirección—. Cuidaos, Sophia. Volveremos a buscaros lo antes posible.

—Oh, no hay ninguna prisa. Estaré muy bien aquí, estoy segura. —Dirigió una mirada llena de gratitud a la duquesa que se había detenido en las escaleras y los observaba. Por último, los dos hombres se despidieron y ella se quedó sola con su anfitriona.

Fue la mujer la que rompió primero el silencio—. No parecéis en absoluto enamorada del duque. ¿Estáis convencida de querer casaros con él?

A Charlotte le pilló por sorpresa su franqueza, pero luego le sonrió—. En este momento, no estoy segura de nada, *madame*.

Había estado tentada de mentirle. Sin embargo, sentía la necesidad de confiarle a alguien sus penas.

La duquesa asintió—. Venid. Hablaremos con más calma en vuestros aposentos, delante de una taza de té. ¿Os he dicho ya que tenemos una cocinera divina? Prepara unos *strudels* de miel que son deliciosos. Estoy deseando haceros probar una porción; estáis tan escuálida, hijita, tenéis que comer más.

A Charlotte se le escapó una risita y se relajó. Apreciaba esas conversaciones frívolas para rebajar la tensión. Sí, indudablemente había tomado la decisión correcta, dejando Londres atrás.

Sentada en un sofá, en un saloncito con tapicería en tonos rosa pastel, Charlotte y la duquesa de Mecklemburgo tomaban un té, confiándose todo lo que les pasaba por la cabeza. A una respuesta ingeniosa de la muchacha, la duquesa respondió con una franca sonrisa. A continuación, se puso seria de repente y le preguntó—. ¿Qué fue de Van der Valck?

Charlotte se sobresaltó ante una pregunta tan directa y empezó a jugar con la cucharilla de plata que sostenía en la mano—. Vino a buscarme a Londres —respondió, titubante—. Dice que no quiere concederme el divorcio. ¡Es tan exasperante! —Deseó haberle dado a su voz un tono de verdadero fastidio. No deseaba que la duquesa se percatara de cuáles eran sus verdaderos sentimientos por el diplomático holandés.

Sin embargo, ella pareció leer entre líneas—. No me esperaba otra cosa de él. En cambio, no logro entenderos a vos. ¿Por qué motivo queréis el divorcio, si aún le amáis?

—¡Yo no le amo en absoluto!

—Ah, ¿no? Solo el nombrarle os hace temblar la voz. Y no vengáis diciéndome que estáis enamorada de vuestro primo, porque no estoy tan chocha como para no darme cuenta de que por él solo sentís un afecto fraterno. Entonces, ¿queréis contarme qué pasa?

Charlotte dudó. Se sentía muy unida a esa mujer, pero ¿cómo podía confesarle la turbida atracción que Leonardus ejercía sobre él?

Suspiró—. Él me mintió. Juró ante Dios protegerme y amarme por el resto de nuestros días, en cambio, hizo raptar a mi hija que era el bien más precioso que tenía. ¿Cómo puedo seguir amándolo?

—¿Os lo estáis preguntado a vos misma o a mí, mi niña? —El tono de la duquesa se había endulzado y ahora la miraba con ternura mientras ella se agitaba en el sofá, tensa como la cuerda de un violín.

—No se lo estoy preguntando a nadie. De sobra sé que no le amo. Deseo desposarme con Louis Antoine, y eso es todo.

—¿Pensáis que unir vuestra vida con otro hombre es la solución correcta?

Charlotte agachó la cabeza, fingiendo examinar la taza de té colocada sobre la mesita que estaba frente a ella—. No sé si es la solución correcta. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Ya le he dado mi palabra a Louis Antoine. Me he comprometido y...

La duquesa alzó una mano, agitándola con descontento—. ¡Tonterías! Un compromiso tomado se puede deshacer. No se puede decir lo mismo de los votos hechos ante Dios. Y, si no me equivoco, vos habéis pronunciado los votos nupciales junto a Van der Valck.

—Ese matrimonio no es válido. Firmamos los documentos con nombres falsos y...

—Lo que no quita que os hayáis prometido amor eterno delante de un sacerdote, *ma chérie*.

—¡Pero nos vimos obligados a hacerlo! —Charlotte le dirigió una mirada que parecía una súplica. La conversación para ella era un tormento al que deseaba ponerle punto final. Sin embargo, la duquesa ignoró su intento de poner fin a la charla.

—Lo que decís es cierto, *ma petite*. Pero luego os habéis enamorado, ¿no es así? Y no es bueno ignorar este sentimiento.

—Está claro que Van der Valck no me ama. ¿Cómo podéis pensarlo? No me habría apartado de mi hija si sintiera un sincero afecto por mí.

Las palabras le salieron de su interior como un rugido. Recordar lo que él había hecho, era como renovar el dolor y la humillación.

—Tesoro, ¿estáis segura de que él está involucrado en esa historia? Le conocí cuando os acompañó a mi casa hace tres años, y me di cuenta de cómo os miraba. Habría besado la tierra que pisabais. Me cuesta creer que pueda haberse manchado de semejante crueldad con vos.

Charlotte tomó un trago de su té, dejando que la infusión le infundiera un poco de fuerza. Era muy penoso para ella afrontar ese tema.

—Por supuesto que estoy segura, *madame*.

—¿Lo hablasteis con él?

—Sí, lo hice.

—¿Y...? —La condesa le miró con ojos inquisidores, como si quisiera arrancarle las palabras de la boca. De ninguna manera se iba a rendir.

Charlotte se ruborizó y colocó la taza sobre la mesita, haciéndola tintinear al contactar con el plato de porcelana. Las manos temblaban y tenía la frente salpicada de gotas de sudor.

—Él no me ha respondido.

—Pero algo os habrá dicho, ¿no? Habréis insistido para saber la verdad.

—No, no pude. —Sus mejillas ardían como si tuviera fiebre. Jamás en su vida, se había sentido tan incómoda. Y todo por culpa de aquel hombre.

—¿Por qué no pudisteis? ¿Él que hizo? ¡Sed más clara!

—Él... —se detuvo, lanzando miradas nerviosas a la puerta, como si estuviera deseando que alguien las interrumpiera, y la salvara del interrogatorio. Pero como nadie llegó en su socorro, continuó en voz baja—. Él empezó a besarme y a acariciarme... no supe resistirme.

Por un instante reinó en la habitación el más absoluto silencio. Charlotte estaba segura de que podía sentir los latidos de su corazón, de lo alterada y nerviosa que se encontraba. Al final, la condesa lo rompió con una sonora carcajada, dejándola de piedra—. Oh, niñita. ¡No me he divertido tanto en toda mi vida! Luego, ¿son ciertos los rumores que corren sobre él? Si consiguí haceros callar acostándose con vos, entonces, debe ser muy bueno.

Charlotte habría deseado desaparecer—. Por favor, no os burléis de mí. Me avergüenzo profundamente de haberme rendido a sus artes de seducción. Jamás me lo perdonaré.

La duquesa de Mecklenburgo resopló, elevando los ojos al cielo—. No seáis mema, hijita. No debéis sentir vergüenza por lo que habéis hecho con Van der Valck y por haberos dejado seducir por él. Creedme, ninguna mujer con un poco de cerebro habría rechazado las artes de un hombre como él. Y vos estáis enamorada de él, ¿no es así?

A esas alturas, era inútil negarlo—. Sí, es así, *madame*.

—Pues entonces no debéis dejarlo escapar, querida. El amor verdadero es una cosa tan rara de hallar en la vida, que sería un verdadero pecado perderlo por orgullo o por necesidad.

—Pero yo...

—¡No me interrumpáis! Sería un gran error si os desposarais con el duque y no lo amaseis. Un matrimonio sin amor es algo muy común en la sociedad, pero es también bastante triste. Vuestra madre fue obligada a desposarse; lo sabíais, ¿no es cierto?

Charlotte se sobresaltó y le lanzó una mirada suplicante a la duquesa. No deseaba enfrentarse a ese tema, demasiado doloroso para ella. Sabía de sobra que su madre jamás había amado a su adorado padre. Circulaban así, muchas voces sobre la reina y sus continuos engaños que había sido prácticamente imposible ignorarlo. Sin embargo, ella jamás había querido aceptar la terrible verdad.

La duquesa pareció darse cuenta de su consternación, y suavizó el tono de voz—. Sentía mucho afecto por vuestro padre, no lo debéis dudar. Pero no podía amarlo. Había sido obligada a desposarlo por razones de Estado, cuando era poco más que una niña. Y cuando el verdadero amor llegó, ella no pudo vivirlo abiertamente, como habría deseado.

Charlotte habría querido no escucharlo—. Os lo ruego.—. dijo con un hilito de voz, pero también en esta ocasión, ignoró sus protestas.

—No cometáis su mismo error, Charlotte. Vos que podéis, no os desposéis con vuestro primo. Lo lamentaréis toda la vida.

Ella apartó la mirada y empezó a mirarse la punta de sus pies. En el fondo, sabía que la duquesa tenía razón, pero aún no estaba preparada para tomar una decisión.

—Lo pensaré —respondió, después de un largo instante—. Es todo lo que puedo prometeros.

La mujer asintió. Luego, volvió a sonreírle—. Y bien, aún no me habéis dicho que os parece el *strudel* de miel. ¿No está divino?

Agradecida por el cambio de tema, Charlotte le devolvió la sonrisa—. Estoy de acuerdo con vos. A propósito, ¿podrías darme un poco más?

—Por supuesto. ¿Ya os he dicho que estáis demasiado delgada? De ahora en adelante, me ocuparé personalmente de vuestra alimentación, mi querida niña.

CAPÍTULO 22

Viena, una semana después.

Louis Antoine intentó soltar el nudo del pañuelo de seda que llevaba en el cuello. Tenía la sensación de sofocarse en el enorme salón, que tanto le recordaba a la Galería de los Espejos de Versalles. O quizás era la presencia de Ernestine, con su frágil mano enguantada posada sobre el brazo del archiduque, lo que le hacía enloquecer.

Realmente parecía una princesa de sangre, envuelta en un elegante vestido de tafetán azul, con un escote cuadrado bordeado de encaje que mostraba sus procaces formas. A diferencia de su hermana, Ernestine no poseía una comprensión débil. Tenía unos senos rotundos que se mostraban deliciosamente firmes, bajo la ligera tela del vestido. ¡Lo que habría dado por poder acariciarlos!

En un intento por apartar tal inoportuno deseo, aferró una copa de vino de la bandeja que uno de los criados ofrecía a los invitados y bebió de un trago. Ignoró intencionadamente la mirada severa que le lanzó su padre, y se alejó hacia una esquina apartada de la sala.

Se daba perfecta cuenta de no encarnar la imagen de invitado ideal durante aquella tarde. Estaba nervioso y excitable, particular que no había escapado a su astuto progenitor. Sin embargo, no deseaba encarar dicha cuestión con él. Lo único que quería era ocultarse de los ojos curiosos de los invitados, y de los Ernestine, especialmente.

¿Por qué tenía que mostrarse tan hermosa aquella tarde? Se preguntó, sumido en un ataque de cólera. Con gusto la habría emprendido a puñetazos con el arrogante de su prometido, si hubiese servido de algo. Pero únicamente habría causado un enorme revuelo, además de una profundo reprimenda de su padre.

Intentó por todos los medios mostrarse despreocupado. Se apoyó en una pared con fingida indiferencia, pero su mirada no lograba apartarse ni un instante de ella, que ahora sonreía eufórica al archiduque, como si tuviera ante sus ojos a la criatura más fascinante del universo.

¡Maldita sea!

Quizás, si la hubiese tomado a puñetazos contra la pared en la que se encontraba apoyado, habría, en parte, desahogado su propia frustración. Pero

cualquiera habría podido notarlo. Una cosa era morir de amor por una mujer que jamás sería suya, y otra muy distinta la de arrojar al fango el buen nombre de su familia. Su padre, nunca se lo habría perdonado. Es más, habría exigido su cabeza servida en una bandeja de plata.

—¿Qué diablos estás tramando? —La voz severa del conde de Artois le sobresaltó. Evidentemente le había seguido hasta aquella remota esquina de la sala y no tenía intención de darle tregua.

—Nada, padre —mintió, con estudiada naturalidad—. Estoy disfrutando de la fiesta.

—¿Me tomas por un imbécil? ¡No has apartado los ojos de esa mujer ni un segundo!

—¿Os referís a mi prima? ¿No la encontráis particularmente elegante esta noche? Nadie pensaría que ella, en realidad, es una hija ilegítima, ¿no lo creéis?

El conde estudió al hijo largamente, antes de explotar impaciente—. ¡Cierra la boca, por el amor de Dios! Si alguien os oyera...

—Si alguien me oyera, sería una excelente ocasión para dar por terminada esta farsa. En el fondo, ¿no es lo que queréis? ¿Que yo despose a la verdadera Charlotte y que revele su identidad al mundo entero?

—Por supuesto, pero no es este el lugar y el momento. ¿Quieres decirme de una vez qué te pasa?

—Me pasa que estoy harto de todos vuestros enredos. Al principio, queríais que llevase a Ernestine al altar, una vez que hubiese tomado la identidad de la hermana. Ahora, en cambio, pretendéis que me despose con Charlotte y que ella recupere su nombre. Para vos solo somos piezas sobre un tablero de ajedrez, ¿no es así?

El conde resopló y bebió un trago de vino del vaso que sujetaba en la mano—. Ya te he explicado cuáles son los motivos que han motivado los cambios de mis planes.

—Sí, es verdad. Teméis que el emperador pretenda apoderarse de la corona francesa, y queréis impedirselo. En realidad, no hay ningún rey en Francia, ni una corona de la que apoderarse. Nuestro amado País se ha convertido en una república, ¿lo habéis olvidado?

El rostro del conde se enrojeció, y casi se le atragantó el vino que estaba bebiendo. «¡No oséis pronunciar esa palabra!

—¿Cuál palabra? ¿República? ¿Os molesta mucho, padre?

Louis Antoine sabía muy bien que no había debido provocarle de tal modo, pero discutir era, sin duda alguna, mejor que atormentarse por una mujer que estaba a punto de desposarse con otro.

—También debería molestarte a ti, hijo. ¿O has olvidado que tu familia ha sido obligada a abandonar su patria por culpa de aquellos sanguinarios rebeldes? ¿Has olvidado que a mi hermano le han cortado la cabeza en nombre de la república? ¿Y que el trono nos corresponde por derecho?

—No a nosotros padre, sino a vuestro hermano, el conde de Provenza. Es él el heredero al trono, por tanto, no se explica todo este frenesí por conseguir casar a Ernestine con el archiduque. Desde esta perspectiva, también es absurdo mi matrimonio con Charlotte.

El conde le dedicó una mirada exasperada—. Lo único que no se explica es tu mal humor. Es cierto, el trono corresponde por derecho a mi hermano y, en caso de defunción, a mí. Pero no podemos negar que la única descendiente en línea directa del anterior soberano, es tu prima.

—Que, al ser mujer, no puede heredar la corona.

—Exacto. Pero un posible marido suyo, sí. Si un día, el emperador deseara poner las manos sobre el trono de Francia, le bastaría declarar que su hermano está casado con la hija de Luis XVI, hermana de Luis XVII. Es esto lo que deseamos impedir. Si te casaras con Charlotte y ella asumiera nuevamente la identidad que le corresponde por derecho, la corona de Francia permanecería para siempre en manos de nuestra familia, pase lo que pase.

Ya. Pase lo que pase.

Louis Antoine suspiró y se llevó una mano a la sien. Le estaba viniendo un fuerte dolor de cabeza, esas discusiones le daban náuseas. Con un movimiento repentino le dio la espalda a su padre y se alejó. Deseaba, esta vez, no ser reconocido por nadie. Necesitaba un poco de soledad.

Ernestine estaba cansada de sonreír a los invitados y, sobre todo, al gran duque. Así, acogió con alivio la oportunidad de alejarse un poco, cuando se le presentó. Su futuro esposo había sido rodeado por un grupo de viejos amigos que, entre un vaso de vino y otro, habían atraído completamente su atención, concediéndole un momento de respiro.

En cuanto se quedó sola, buscó con la mirada a Louis Antoine. Le vio hablar animadamente con su padre, para luego alejarse en dirección a la terraza que daba al parque. Sabía que habría sido un error seguirle, pero una vocecita en su interior, le sugirió que no dejase escapar la ocasión.

Ahora ya se había decidido. Deseaba seducir al joven duque y, aunque no supiera nada de tácticas de seducción, se sentía animada por una fuerte convicción.

Quizás, se vería obligada a desposarse con el gran duque, pero sería él quien tendría su virginidad. Correspondía por derecho al hombre que amaba. Era una idea descabellada, pero absolutamente deliciosa. Incluso había decidido ignorar los remordimientos que le recordaban que él era el prometido de su hermana. Charlotte lo tendría a su lado el resto de su vida; ella, por una sola noche. Y esa noche, sería el recuerdo más dulce de su completa existencia.

Cuando le alcanzó tenía las mejillas enrojecidas por la emoción y por la prisa. Louis Antoine le dirigió una mirada sombría y pareció haber perdido el uso de la palabra. Se había percatado demasiado tarde su presencia. Tal vez, si la hubiera visto llegar, habría desaparecido por algún rincón del parque. En cambio, se vio obligado a esbozar una falsa sonrisa, mientras se inclinaba para presentarle sus respetos.

—Buenas noches, archiduquesa. Una velada espléndida, ¿no os parece?

—Aún no soy archiduquesa —fue su decidida respuesta—. El matrimonio aún no se ha celebrado.

—Pero lo será muy pronto, ¿no es así?

Ella asintió, apretándose las manos enguantadas. No deseaba hablar de sus nupcias. Entre tanto, a lo lejos comenzaban a sentirse las notas de un vals. Ernestine tuvo una idea, y se inclinó a su vez graciosamente—. ¿Queréis concederme este baile, primo?

Normalmente, eran los hombres quienes invitaban a bailar a las damas, pero aquella noche, había decidido hacerlo y no se detuvo a pensar en las reglas de etiqueta.

Sonrió y permaneció a la espera. De su respuesta dependía el éxito de su plan.

Louis Antoine comenzó a sudar. La reverencia de Ernestine había puesto de relieve el escote del vestido, y estaba convencido de haber distinguido un pezón rosado saltar fuera de la decoración del encaje.

—No deseo bailar —respondió malhumorado, tratando de alejar los pensamientos lujuriosos que se agitaban dentro de él.

—¿Y qué deseáis hacer? —La voz de Ernestine resonó extremadamente tentadora para sus oídos y el duque ya no pudo resistirse. La sujetó por los hombros, acercándola hacia él, y se apoderó de sus labios. El beso que siguió

fue, casi brutal, pero Ernestine no pareció contrariada. Es más, en realidad, todo lo contrario.

—Esto —murmuró el duque, contra su boca—. Y esto. —Sus dedos se introdujeron por el interior del corpiño para acariciarle un pecho.

Ernestine tembló. Él sintió como el pezón se endurecía al contacto y la vio estirarse más hacia su mano, pidiendo más. Mientras tanto, Louis Antoine había vuelto a besarla apasionadamente. Parecía estar a punto de punto de devorarla, ya que tanto era el frenesí con el que su lengua acariciaba la de ella. Ernestine le puso los brazos alrededor del cuello y se entregó, devolviéndole el beso con el mismo ardor. Era ligera y dócil entre sus brazos, notó el joven duque. Lo que, sin duda, era una bendición para él. Sin embargo, no habría debido pasar. Ella estaba prometida a otro, y poseerla habría significado su ruina. La amaba demasiado para comprometerla.

Con mucho pesar, se apartó de sus ardientes labios, y trató de recuperar la respiración—. No podemos hacerlo —dijo, con voz ronca—. Sería un error, ¿lo entendéis?

Los ojos de Ernestine, apenas más oscuros que los de la hermana, le escrutaron con una pizca de desilusión. Era más que evidente que ella también le deseaba, aunque esto fuera para él una verdadera sorpresa. Luego, su voz aflautada le respondió—. Sí, lo entiendo perfectamente.

—Por favor prima, perdóname por haberme tomado la libertad. Os deseo que paséis una divertida noche.

Lanzándole una última mirada, Louis Antoine se alejó y descendió la escalinata de mármol que conducía al parque.

Ernestine se quedó observando al duque mientras desaparecía en la oscuridad de la noche, el corazón acelerado y un sentimiento de frustración que le entumecieron los miembros. Aquel beso la había confundido y excitado. Había estado a punto de entregarse a él, allí en la terraza.

Pura locura. Lo sabía, pero no podía hacer nada: su primo ejercía sobre ella una atracción irresistible. Se maravillaba por la infinidad de sensaciones que sus caricias habían desencadenado en ella, y estaba segura de que a él también le habían afectado.

¿Por qué besarla de ese modo, si no la deseaba? ¿Y para qué tocarla tan profundamente? Ni siquiera los prometidos se permitían caricias de ese tipo. Charles no se había permitido más de un casto beso en los labios en las raras ocasiones que se habían quedado a solas.

Ella se lo había permitido y, cerrando los ojos, había imaginado estar entre los brazos de Louis Antoine.

Pero ahora ya no le bastaba la imaginación. Ahora deseaba sus manos sobre ella. Quería sentir su lengua lamerle la piel. En pocas palabras, deseaba ser suya. Del todo. Pero, si quería seducirlo, debería arriesgar más. Poco a poco, una idea disparatada, apareció en su cabeza. Sí, tal vez sabía cómo hacerlo.

Louis Antoine deambulaba entre los setos del parque, rodeando las fuentes de mármol de las más variadas formas, acompañado únicamente de la débil luz de la luna. Habría sido un perfecto escenario para un encuentro romántico, pero la única mujer con la que habría deseado compartirlo, no le pertenecía, y probablemente, ya había vuelto a la velada. Probablemente en ese mismo instante estaba bailando con el archiduque, desconocedora de la turbación que él sufría, y de la fastidiosa erección que le oprimía bajo sus ajustados pantalones.

Quizás había sido un loco al rechazarla, pero su conciencia le sugería que no había tenido otra posibilidad de elección. Sólo un libertino habría arrebatado la virginidad a una inocente doncella, sin el más mínimo escrúpulo. Más aún, cuando la inocente doncella en cuestión era su prima, aunque fuese una bastarda.

Siempre había tenido principios morales firmes, y nunca se había abandonado a los placeres de los sentidos, sin antes evaluar sus pros y sus contras. También era cierto que ninguna mujer hasta entonces había suscitado en él una atracción tan intensa. Terminó por preguntarse desde cuándo Ernestine había comenzado a ser el centro de su existencia. ¿Aquella ocasión en la que la había besado, tres años atrás? ¿O, incluso, en los tiempos en que ambos vivían en Versalles, y ella se había transformado, de la niña irritante, a la mujer cautivadora que era ahora? ¿Cuándo había empezado a desearla con tal vibrante intensidad?

Sin embargo, Ernestine no poseía la belleza clásica de la hermana. Su nariz era un poquito respingona y el rostro poseía rasgos más bien irregulares. A pesar de ello, para él era la criatura más fascinante que sus ojos jamás habían visto. Sus labios carnosos le sugerían pensamientos licenciosos que no lograba controlar. En muchas ocasiones, se había preguntado qué habría podido hacer con aquellos labios, y el recuerdo de aquella boca, introduciéndose su excitado miembro, no era de gran ayuda. ¿Y sus senos? Eran grandes como melones maduros, como a él le gustaban. Aquella noche

los había catado, cuando los acarició por debajo de la delicada tela del vestido. No era suficiente. Se moría de ganas por sentirlos en la boca, y esa idea era un tormento constante para él.

Se percató del tiempo que había pasado solo cuando, a lo lejos, cesó la música, y los invitados se apresuraron a montar en los carruajes. La recepción debía haber concluido, y probablemente, su padre se estaba preguntado dónde había ido a parar. No le importaba gran cosa. En ese momento, solo quería la tranquilidad de aquel inmenso parque y oír, de fondo, el sonido del agua que manaba implacable de las fuentes. Decidió esperar aún un poco más, antes de dirigirse a su estancia y arrojarle sobre la cama, con la esperanza de dormirse.

Cuando se encaminó hacia el palacio imperial, este estaba ya inmerso en el más absoluto silencio. Hasta los criados se habían retirado y podía oír sus propios pasos resonar por los corredores desiertos. Por un momento, temió perder la orientación, pero luego, afortunadamente, reconoció el ala en la que se le había reservado alojamiento. Abrió la puerta, tratando de no hacer demasiado ruido. No deseaba despertar a nadie, ni ser objeto de la curiosidad de algún invitado. Ya aguantaría el sermón de su padre a la mañana siguiente. No había necesidad de provocar preguntas fastidiosas e inoportunas.

Cuando entró, el interior estaba completamente oscuro. Tuvo que encender una lámpara de aceite, antes de conseguir ver algo. Fue en ese momento cuando la notó. Era una forma vaga, tumbada de costado sobre la cama con dosel. Completamente desnuda. Durante un brevísimo instante, temió haberse equivocado de estancia y de haber perturbado la intimidad de algún miembro de la familia imperial. Luego oyó una voz ronca, casi imperceptible, que reconoció inmediatamente.

—Os esperaba, primo.

Se estremeció, como si hubiera sido abofeteado—. ¡Ernestine!, ¿qué hacéis aquí?

Ella rio maliciosamente—. Eres el único que sigue llamándome así. Hasta vuestro padre se dirige a mí llamándome Charlotte o Marie Thérèse o, peor incluso, Madame Royale. Solo para vos sigo siendo Ernestine.

—No habéis respondido a mi pregunta...

Una carcajada la alteró. La mirada de Louis Antoine se dirigió hacia las redondeadas nalgas de Ernestine, que parecían agitarse bajo la tenue luz de la lámpara de aceite—. ¿Hace falta que os responda? ¿No es más que evidente? Estoy aquí para seduciros.

Louis Antoine estaba convencido de haber enloquecido. *Ella* no podía haber dicho de veras esas palabras. Respiró profundamente y repitió confundido—. Seducirme, ¿habéis dicho?

—Así es. Quiero que continuéis lo que habíais empezado en la terraza. Deseo conocer el amor carnal del que tanto he oído hablar, pero que, para mí, aún es un misterio.

—Para eso tendréis que esperar todavía un poco. Vuestro matrimonio se celebrará, si no me equivoco, la próxima semana. —No supo cómo tuvo la fuerza para pronunciar esa frase. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que pudiera seguir hablando, ya que respiraba de manera entrecortada desde que había oído la voz de Ernestine.

—No quiero esperar a mi matrimonio para saber lo que se siente al ser amado. Deseo que seáis vos quien me lo muestre.

—Ernestine, no puedo hacerlo...

—¿No? —Su figura grácil se movió ligeramente—. Pues me lo debéis. ¿O acaso os habéis olvidado de aquella vez en la que os corristeis dentro de mi boca?

En el instante en el que se giró, se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta. Pero eso no fue lo que le iba a dejar completamente mudo. ¡Cielos!, ahora sus senos se erguían en todo su esplendor ante sus ojos. Y era exactamente como él los había soñado.

—No habéis sido, en absoluto, un caballero al venir a deleitaros sin nada a cambio.

Él trago saliva. No lograba pensar de manera coherente. De lo único que era consciente era del cuerpo desnudo de Ernestine, sobre la cama. Se apoyaba sobre los codos, y sus senos subían y bajaban al ritmo de la respiración, hipnotizando su mirada.

—¿Entonces? —Su voz ronca le sobresaltó—. ¿Tenéis la intención de permanecer ahí, embobado, toda la noche?

Vio como levantaba las rodillas y estiraba las piernas, mostrándole la estrecha hendidura de su vagina. Fue demasiado. En ese instante perdió la cabeza por completo. Cubrió la distancia existente entre ambos y se sentó en la cama, a su lado, con una respiración irregular, fruto del deseo que crecía en su interior.

—Sé que no soy hermosa como mi hermana —dijo Ernestine, con voz titubeante—. Pero os prometo que no os arrepentiréis. Soy receptiva y aprendo rápido. Os haré enloquecer.

La mirada ardiente que dirigió a Louis Antoine, le dejó sin aliento. En realidad, ya había tenido buena prueba de sus habilidades amorosas: no había olivado el frenético placer que le había hecho sentir, chupándole la polla.

El corazón de Louis Antoine estaba a punto de explotar. En un intento de aclarar su mente, cerró los ojos. Pero era aún peor: así, lo percibía todo con mayor intensidad y el perfume de ella le embriagaba, hasta hacerle dudar.

¡Maldita sea!

Con un movimiento inesperado la atrajo hacia él. Ahora ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Ernestine sonrió. Estaba convencida de que Louis Antoine se rendiría. ¿Qué hombre permanecía indiferente ante una mujer que se le ofrecía sin el más mínimo pudor? Quizás jamás obtendría su amor, pero cuerpo le pertenecería a ella esa noche. Solo a ella.

Él lanzó un pequeño gruñido y la cubrió con su musculoso cuerpo, inmovilizándola sobre el colchón. Sus fogosos ojos la miraban con tanta lujuria que un temblor recorrió su cuerpo, cortándole la respiración aliento.

—Louis Antoine.—. Le susurró, presa de un ardiente deseo. Luego le puso los labios encima. Primero le rozó la mejilla, luego el cuello, acariciándola con la lengua. Ernestine no podía creérselo. Tenía la sensación de estar ardiendo, mientras él la lamía con una calculada lentitud.

Únicamente se apartó de ella para liberarse de la chaqueta, de la camisa y del pañuelo del cuello, que arrojó con un gesto apresurado al suelo. Aquella era la primera vez que lo veía desnudo, se percató Ernestine. En su tórrido encuentro de hacía tres años, él se había limitado a desabrocharse los pantalones. En cambio, ahora, podía admirar sus esculpados abdominales, sus amplios hombros, su viril pecho, recubierto de un tupido vello de color castaño.

Era condenadamente guapo.

Con delicadeza, Louis Antoine le tocó un rizo dorado y se lo enrolló en el dedo—. Adoro vuestro cabello, desde que éramos niños ¿Recordáis cuando os pedía que os lo soltarais para mí?

Ernestine asintió. Ese era el motivo que la había empujado a liberarlo de lazos y horquillas aquella noche. Lo había hecho para él. Solo para él.

La sonrisa que le dedicó, cuando la miró a los ojos, era cautivadora. Se llevó a los labios un mechón y aspiró su perfume—. Cuantas veces he deseado besarlo. Era mi único pensamiento.

—¿Os referís a mi pelo, primo?

Su sonrisa se hizo más grande—. Ah, ¡qué picarona sois! —le acarició la delicada piel de detrás de la oreja, haciendo que se estremeciera—. No. No me refiero *solo* a vuestro espléndido cabello.

Vio cómo se inclinaba sobre ella y aguantó la respiración. Louis Antoine, continuó observándola con una mirada de fuego, acercó la boca a un seno y lamió su delicada punta con los labios y con la lengua—. Me refería también a esto —le susurró, mientras su caluroso aliento hacía que sus pezones se hincharan—. ¿Tenéis idea de cuántas veces he soñado con esta fruta madura?

—En realidad, no —respondió, decidida—. ¿Estáis seguro de que no era mi hermana la mujer que aparecía en vuestros sueños?

Su carcajada la pilló por sorpresa—. ¿Charlotte? Cielos, ¡no! No está tan dotada como vos, para ser sinceros.

Un brillo de satisfacción le iluminó la mirada. Tal vez, Louis Antoine no la amaba, pero estaba segura de que la deseaba, y a ella eso le bastaba. Era más que suficiente.

En cuanto se acercó al otro pezón, lamiéndolo y chupándolo lentamente, sintió una quemazón que se extendía hasta sus extremidades. Ella le sujetó de la cabeza, invitándolo a continuar. Louis Antoine se rio y tomó entre sus dedos la oscura punta del otro seno, apretándolo lentamente.

Ernestine dejó escapar un pequeño gemido de satisfacción. Lo que él le estaba haciendo era tan... ¡no tenía palabras!

Sus temblorosos labios recorrieron el abdomen, hasta llegar al ombligo. Luego prosiguieron hasta lamerle los muslos. Se los extendió y con una sonrisa voraz se quedó mirándola—. Queríais que os devolviera el favor, ¿no es cierto?

Ernestine comprendió que se refería a su encuentro anterior de tres años atrás, y asintió convencida—. Sí, lo quiero.

—Encantado, prima.

Louis Antoine escondió el rostro entre sus piernas. Por un instante, ella sintió un cierto desasosiego, sintiéndose completamente expuesta: ella, completamente desnuda, mientras que él aún llevaba puestos los pantalones. Sin embargo, luego sintió cómo los labios se posaban sobre sus húmedos rizos, los dedos abrían los carnosos pliegues de su sexo y la lengua se introducía justamente *allí*. Todo pensamiento coherente se desvaneció repentinamente, dejándola a merced de sensaciones devastadoras.

Entre gemidos y jadeos, empezó a balancearse, en el intento de acercarse más a su boca. Casi sin darse cuenta, le agarro la cabeza. Su lengua le estaba

haciendo cosas inimaginables: primero, le lamió la delicada y vibrante carne del clítoris, y luego la penetró.

Ernestine sintió que explotaba: el placer era tan intenso que los ojos lagrimearon. Incapaz de controlarse, se retorció y temblaba, con los labios entreabiertos a punto de punto gritar.

Y en efecto, gritó. Con todo el aire que tenía. Con tal intensidad que Louis Antoine se vio obligado a taponarle la boca con una mano. Pero en ese momento, el hecho de que alguien la pudiese oír, era el último de sus pensamientos.

Mientras seguía dándole placer, Louis Antoine alzó la mirada sobre ella. Vio sus iris brillar de algo que no habría sabido definir. ¿Orgullo? ¿Satisfacción?

Sin embargo, no tuvo el tiempo de preguntárselo. Su lengua estaba estimulando un punto especialmente sensible, y ella se halló presa de una suerte de delirio, al tiempo que una explosión de placer la hacía vibrar, agotándola.

En ese momento sintió que él se apartaba de ella y se levantaba. Un ligero gemido brotó de sus resecos labios.

—¡Ni se os ocurra moveros de aquí!

Él soltó una ronca carcajada—. No os preocupéis, prima. No soy tan caballeroso, y llegados a este punto, no creo que tenga la fuerza para irme insatisfecho.

Ernestine se apoyó sobre los codos, con el cabello sudoroso que le caía por encima de los hombros y los senos, provocándole escalofríos.

Le observó mientras se desabotonaba los pantalones, con los ojos encadenados a los suyos. Por supuesto, él aún no se había desnudado del todo. Sonrió, observando fascinada su potente erección que se liberaba del impedimento que representaba la ropa.

Louis Antoine se bajó presuroso los calzones y los arrojó al suelo, donde yacía el resto de su indumentaria. Luego expuso a su vista su miembro viril.

—Es todo vuestro, *madame* —dijo, en tono divertido—. Espero que estéis satisfecha de lo que veis. —Como para corroborar sus palabras, aferró de la base su pene, con los ojos siempre dirigidos a ella.

Ernestine se chupó los labios, y de nuevo fue presa de la excitación—. Me quedaré satisfecha cuando lo sienta dentro de mí, primo.

Él se rio socarronamente y se colocó entre sus piernas—. ¿Estáis segura? Luego, no hay marcha atrás. Esto lo sabéis, ¿no es así?

Ernestine asintió, desafiándole con la mirada. Abrió sus muslos, dispuesta a recibirlo, y observó cómo su miembro se acercaba a su cálida abertura. En ese momento se sentía palpar, por muy fuerte que era su deseo.

Él dio un empujón para entrar, y Ernestine lanzó un grito.

—Os haré un poco de daño —observó Louis Antoine—. Decidme si queréis que me detenga.

—¡No!

Su rotunda respuesta le hizo sonreír—. De acuerdo. Luego, ¿lo quieres dentro del todo?

Ella se mordisqueó el labio inferior, el corazón le latía velozmente en el pecho—. Sí.

Louis Antoine la complació y le introdujo el miembro hasta el final, con el ceño fruncido, como si se estuviera controlando. ¿Temía provocarle dolor?

Ernestine se sintió conmovida por su gesto—. Adelante, más —le animó, al ver que se había detenido—. No es tan doloroso, ¿sabéis? Un poco al inicio, pero ahora ya no.

Le rodeó las caderas con las piernas, como queriendo demostrar que todo iba bien. Al principio, él se movió lentamente, con cautela. Parecía evaluar sus reacciones. Pero cuando Ernestine relajó los músculos y empezó a ir al encuentro de sus empujones, impuso un ritmo más rápido.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró de placer. Era tan hermoso sentirlo moverse dentro—. Más fuerte —le incitó—. Por favor, Louis Antoine.

Él la satisfizo, cambiando incluso la amplitud y la velocidad de los movimientos. La oyó, a su vez, suspirar y gemir contra su cuello.

Sí, era lo que quería: darle el mismo placer que él provocaba en ella. Le acarició la espalda, disfrutando de la sensación de su piel sudada contra sus manos. Luego, experimentó otro orgasmo, más potente que el primero. Louis Antoine se hundió aún un par de veces dentro de ella, y, murmurando su nombre, se corrió a su vez.

Cuando terminó, parecía saciado y apagado. Ernestine sonrió. Era precisamente así cómo había soñado su primera vez con Louis Antoine. Era tan feliz que, en aquel momento, tampoco le importaba que fuera también la última.

Un embarazoso silencio cayó sobre ellos. Louis Antoine se giró de un lado y no logró callar la imprecación—. Cielos, ¡os he arruinado! —Solo en ese momento se percató de la gravedad de la situación.

—He sido yo quien os lo ha pedido. No debéis sentir os culpable.

Sin embargo, no se sentía en absoluto aliviado. ¿En qué problema se había metido? Se preguntó, presa de la agitación.

—Tendremos que cambiar nuestros planes. Ahora es imposible un matrimonio entre vos y el archiduque. Hablaré con el emperador. Le diré que os he comprometido y que...

—¡No! —La voz consternada de ella le sobresaltó. Ernestine aparecía pálida, tumbada sobre la cama, aún completamente desnuda, con sus ojos desorbitados y los labios agitados por un ligero temblor.

—No, os lo ruego. No lo hagáis. No debéis sentir os obligado a desposarme. Soy la única culpable: quería conocer el amor carnal y os he atraído a esta trampa, pero no deseo romper mi compromiso con el archiduque. Nadie sabrá de lo sucedido entre nosotros. Yo mantendré el secreto, y vos haréis lo mismo.

Louis Antoine se tensó. Entonces, ¿no quería casarse con él? Le había seducido, pero no deseaba unirse en matrimonio a un duque en el exilio. ¡Era natural que prefiriera al archiduque! Para Ernestine, él era solo un semental con el que divertirse, nada más.

—Como deseéis —dijo fríamente, esforzándose por no revelar su desilusión—. Tal vez haríais mejor en volver a vuestros aposentos, si no queréis que os descubran.

Ella asintió, visiblemente tensa. Se volvió a vestir apresuradamente y desapareció de la estancia en silencio. No se giró para mirarlo antes de salir, y Louis Antoine no la volvió a llamar. Sentía un gran pesar mientras la observaba alejarse de él. Pero nunca le habría aceptado. En absoluto.

CAPÍTULO 23

Van der Valck llegó a la residencia de la duquesa de Mecklemburgo en una soleada mañana de junio, luego de un extenuante viaje. Cuando descendió del carruaje y se detuvo a mirar el enorme castillo que se alzaba ante él, en toda su grandeza y elegancia, casi se sintió como un tonto persiguiendo un sueño imposible. Nunca podría ofrecer a Charlotte el nivel de vida al que ella estaba acostumbrada, pensó para sus adentros. No poseía un título nobiliario, ni una residencia antigua como aquella. Todo lo que habría podido ofrecerle era su amor incondicional y no estaba seguro de que ella lo deseara.

Entre suspiros, se encaminó hacia la entrada principal y llamó a la puerta. Permaneció a la espera solo unos pocos minutos, antes de que un sirviente le dejara pasar. Un momento después, se halló en un elegante salón de la planta superior, a la espera de la duquesa. Había preguntado por ella y no por su mujer, ya que no estaba seguro de que Charlotte habría consentido en recibirlo. Muy probablemente, tendría necesidad de la intercesión de la dueña de la casa y estaba más que decidido a obtenerla.

Cuando la puerta se abrió, dejando entrar a una mujer ricamente vestida, Leonardus estaba de pie delante de la ventana, con la mirada perdida en sus profundas reflexiones. Prácticamente se sobresaltó, antes de volverse para mirar a su anfitriona.

—Van der Valck, esperaba vuestra visita —exclamó la duquesa, esbozando una sonrisita pedante.

Él frunció el ceño, sorprendido—. ¿De verdad?

—En efecto, me preguntaba cuánto tardaríais antes de venir a buscar a Charlotte.

—Entonces, ¿se encuentra aquí?

Antes de responderle, la duquesa le invitó a sentarse en un sofá y ella, por su parte, se acomodó en un sillón con tela de raso—. Sí, es mi invitada —le confirmó, sin dejar de sonreír.

—¿Puedo verla?

—¿Por qué motivo debería permitirlo? Por lo que sé, ella está muy enfadada con vos.

Él se puso firme, pero no apartó la mirada—. Solo deseo hablarle y aclarar un malentendido que se ha creado.

—¿Un malentendido?

Intuyendo que la duquesa habría mantenido a su protegida lejos de él, salvo que hubiese obtenido una minuciosa respuesta, Leonardus replicó—. Charlotte está convencida de que yo soy responsable del rapto de su hija.

—¿Y no es así?

—No, no lo es.

Vio a la dama asentir satisfecha, con la mirada iluminada por una luz maliciosa—. Y, decidme, ¿estáis enamorada de ella?

Leonardus no se esperaba una pregunta tan directa. Se aclaró la voz—. ¿Cómo decís?

—Os he preguntado si la amáis. No la mandaré llamar hasta que no me hayáis confesado los sentimientos que alimentáis por ella.

—¿No creéis que esto es un asunto privado? Solo confesaré mis sentimientos a mi mujer y vos no tenéis ningún derecho de...

—¡Mamarrachadas! Vosotros, los hombres no sois capaces de hablar de amor. —El tono de la duquesa era impaciente, mientras le dirigía una mirada de reproche—. Quizá, si no hubieseis sido tan terco, no habríamos llegado a esta situación, ¿no os parece?

Van der Valck apretó los dientes e imprecó en voz baja, despreocupado ante el hecho de hallarse en presencia de una señora—. Si no la amase, ¿creéis que la perseguiría por toda Europa? Primero en Londres, luego aquí en Alemania... ¿pensáis que me divierta?

La dama sonrió de nuevo. Parecía entretenerse con la situación—. No, no lo creo en absoluto —se decidió por fin a responder, escrutándolo con atención—. Solo deseo cerciorarme de que seáis honesto con mi pupila, esta vez. Sería muy estúpido por vuestra parte dejar escapar esta ocasión.

Cada vez más nervioso, él se movió en el sofá—. Entonces, ¿puedo verla?

La duquesa cogió una campanilla de la mesita redonda que estaba a su derecha y la tocó con impaciencia. Un instante después una sirvienta se apresuró a responder a la llamada—. ¿Qué deseáis, señora duquesa?

—Id a avisar a Madame Sophia. Inmediatamente.

—En seguida señora duquesa. —La chica le saludó con una profunda reverencia y desapareció, dispuesta a cumplir la orden recibida. Ente tanto, Van der Valck observó fascinado a la aristócrata. Parecía una persona gruñona y entrometida, sin embargo, estaba seguro de que poseía un carácter afectuoso. Desde luego, era muy protectora con respecto a Charlotte. Tal vez la única

persona que se preocupaba sinceramente de ella, y esto le gustaba—. Os lo agradezco, duquesa.

—No me lo agradezcáis. Cumplid solo con vuestra obligación, joven. — Luego, levantándose de repente, le dirigió una última y concienzuda mirada y se dirigió a la puerta. Se despidió para poderle conceder un poco de intimidad con su mujer, gesto que agradeció profundamente. Deseó que Charlotte le permitiera hablar, antes de que le echara con cajas destempladas de la estancia.

Habían ya pasado cerca de diez minutos, cuando la puerta del saloncito se abrió de nuevo, si bien a Van der Valck le hubieran parecido horas. Se alzó como un resorte, en cuanto Charlotte hizo su entrada, y la saludó con una formal reverencia. Ella, incrédula, abrió los ojos y palideció, mientras clavaba la mirada en la puerta, incierta de si atravesarla nuevamente y huir de él, o bien, quedarse allí y enfrentarse a él. Después de un momento que pareció una eternidad, se decidió por la segunda opción y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Por qué estáis aquí? Os creía en Londres —El tono era severo, pero Leonardus percibió una especie de nerviosismo en su voz que le dio esperanzas.

—No tenía ninguna razón para permanecer en Londres si vos ya no estabais allí.

Sintió cómo suspiraba mientras se sentaba erguida en el sillón que anteriormente había ocupado la duquesa. Se alisó un imaginario pliegue de su falda de seda azul, antes de alzar nuevamente la mirada hacia él.

—Verdaderamente, ¿no queréis dejarme en paz, Van der Valck? —Sus palabras fueron pronunciadas con un hilillo de voz, pero él las escuchó claramente. Por su parte, él volvió a sentarse, antes de exclamar—. No puedo hacerlo. Aún no he respondido a vuestra pregunta, ¿lo recordáis?

Ella arqueó sus sutiles cejas rubias—. ¿Cuál pregunta?

—Me habíais preguntado por qué yo no impedí que se llevaran a vuestra pequeña la noche del parto.

Charlotte se colocó un mechón de cabellos detrás de la oreja—. ¿Y bien? —dijo, con voz trémula. Parecía asustada y anhelante al mismo tiempo, mientras permanecía a la espera de la respuesta, que quizás, podría cambiar su vida.

—Me avergüenzo profundamente de confesároslo, pero estaba completamente ebrio aquella noche. Me había encerrado en la biblioteca a

beber, hasta que me quedé dormido completamente inconsciente. No me di cuenta de nada, y francamente, no habría podido evitar que alguien secuestrara a una recién nacida.

Los ojos de Charlotte se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—¿Cómo?

—¿Por qué os emborrachásteis? Habíais prometido protegerme, y en cambio, bebisteis hasta perder el conocimiento. ¿Por qué lo hicisteis?

Leonardus se pasó una mano entre sus cabellos oscuro. Apartó la mirada, porque mirar el inmenso azul de sus ojos le hacía sentirse escoria—. Ya no razonaba. Escuchaba vuestros gritos de dolor durante las contracciones, y me sentía terriblemente impotente. Tenéis razón, había prometido protegeros, y en cambio, me quedé allí, sin poder impedir que sufrieseis.

Charlotte se secó una lágrima con un pañuelito de encaje y volvió a mirarle—. Era un parto, Van der Valck. Se supone que todas las mujeres sufren durante las contracciones.

—Y me doy perfectamente cuenta de ello, pero yo nunca había presenciado un nacimiento, y vos no erais una mujer cualquiera. ¡Sois mi esposa!

—Una esposa con la que os visteis obligado a desposar. ¿Cómo es posible que estuvierais tan preocupado por mí como para beber hasta la extenuación? ¡Todo esto es absurdo! ¿De verdad pensáis que lo voy a creer?

—Y sin embargo es la verdad, Charlotte. No sé ni el cómo ni el porqué de lo sucedido, pero vos habéis entrado lentamente en mi corazón. Ahogaba mis pensamientos en el alcohol porque no conseguía apartar la atención de vos. Os habíais convertido en una obsesión para mí.

—¿Una obsesión? No comprendo... —se mordió el labio e inspiró. En sus ojos leía distintas emociones: duda, desconcierto... no debía olvidar que, para ella, él era únicamente un apostador; un hombre al que resultaba imposible concederle su confianza.

—Tampoco yo lograba entenderlo, si era por eso —prosiguió, apretando sus manos sudadas sobre sus propios muslos—. No sé cuándo comencé a amaros, Charlotte. Solo sé que os amo con todo mi ser. Sois el aire que respiro, y la vida no tiene sentido para mí sin vos. Probablemente, no sepáis qué hacer con este amor. Sólo soy un humilde diplomático con el vicio del juego y las mujeres. Quiero demostraros que he cambiado, que para mí nada importa más que vos, pero, aunque lo que os diga sea verdad, jamás seré duque ni príncipe. No poseo ni castillos, ni títulos, ni reinos y no puedo

ofreceros nada más que mi persona. Bien poca cosa, respecto a lo que puede daros vuestro primo, ¿no es así? —hizo una pausa, mientras ella le miraba asombrada. Era la primera vez que desnudaba su alma y se sentía terriblemente incómodo confesando sus deseos más profundos. Sin embargo, era necesario—. Lo que quiero deciros es que no impediré vuestro matrimonio con el duque, si es eso lo que deseáis. Solo quiero que seáis feliz, y firmaré ese condenado documento, si sirve para devolveros la sonrisa.

Charlotte tragó saliva. Se había quedado de piedra ante tal confesión; le faltaba aire y casi tenía una sensación de mareo. ¿Era impresión suya o en aquella estancia la temperatura había subido repentinamente? Abrió de pronto el abanico para darse aire, mientras Van der Valck la miraba a la espera de una respuesta.

Cielos, ¿qué tenía que responderle?

—Y-yo no sé qué decir.—. balbuceó confundida—. O-os lo agradezco.

¿Qué estaba diciendo? No era eso, en realidad, lo que deseaba responder.

Por último, Leonardusse levantó. Era tan alto que le daba la impresión de estar a punto de cernirse sobre ella. La miró fijamente durante un instante con sus ojos grises y amagó con hablar de nuevo, pero ninguna palabra surgió de sus fascinantes labios. Movi6 la cabeza como si estuviera reordenando sus pensamientos, y se dirigió lentamente hacia la puerta. La abrió, y un momento antes de atravesarla, le dirigió una última mirada—. Os haré llegar lo antes posible los documentos firmados. Sed feliz, Charlotte.

Ella se quedó petrificada. ¿Se iba? ¿Acaba de declararle su amor y ahora la dejaba? Era cierto. Ella, ingenuamente, le había hecho entender que no estaba interesada en él. En lugar de admitir que compartía sus sentimientos, ¡le había dado las gracias! Era obvio que para él la conversación había terminado. Le oyó encaminarse por el corredor y comenzar a descender las escaleras, mientras unas lágrimas recorrían sus mejillas.

Al final, se levantó a su vez, con un gesto tan repentino que hizo caer el sillón—. Esperad —, le gritó, mientras le perseguía—. ¡Por favor, esperad!

Van der Valck se detuvo. Se volvió hacia ella, que permanecía firme en lo alto de la escalera, con las mejillas acaloradas y la respiración entrecortada. Es hermosísima, pensó sintiendo una punzada en el corazón. A continuación, Charlotte se arrojó entre sus brazos y le besó. Aquella era la primera vez que lo hacía de propia iniciativa. Siempre había correspondido a sus besos, pero nunca había sido ella la primera en besar. ¡Y qué beso! Sus lenguas se tocaron en un intento por comunicarse las palabras que, un momento atrás, no se habían

pronunciado. Leonardus percibió toda la tensión de Charlotte en el beso. La sentía suave y ardiente entre sus brazos, hasta el punto que, de buen grado, le habría levantado las faldas para hacerle el amor allí mismo, sobre las escaleras, si no hubiera conservado un atisbo de sensatez. Mantener el control, en aquel momento, fue extremadamente difícil. La abrazó, acariciándole la espalda, y continuando a saborearla como un hambriento que tiene entre sus manos un bocado delicioso.

Luego, la voz de la duquesa les interrumpió—. ¡Santo cielo! ¡No pretenderéis consumarlo sobre las escaleras, a la vista de todos! Ya no tengo edad para tales espectáculos. Mi pobre corazón podría resentirse. —La voz parecía escandalizada, pero Van der Valck percibió una nota de alegría en sus palabras. Sonrió y se volvió, mientras Charlotte se ruborizaba avergonzada.

—O pido perdón, duquesa. Mi esposa y yo tenemos aún asuntos que aclarar. —Dicho esto, la cogió entre sus brazos y empezó a subir las escaleras—. Discúlpenos.

Rozándole la oreja izquierda con un beso, se dirigió a Charlotte en un tono de voz más suave—. ¿Dónde diablos está vuestra estancia?

Ella ignoró la imprecación—. Esta al final del corredor, a derecha. Pero no sé si deberíamos...

—Por supuesto que debemos. Es cuestión de vida o muerte, amor mío. Os quiero desnuda entre mis brazos, y no resistiré mucho más si no puedo teneros.

Ella estalló en una carcajada reprimida, posando una de las mejillas en su pecho y agarrándose a su cuello como si fuera su tabla de salvación.

Cuando estuvieron solos entre las paredes de su dormitorio, después de que él hubiese cerrado la puerta a sus espaldas, Charlotte le miró maliciosamente—. ¿Y ahora?

Él la dejó en el suelo, mirándola seriamente—. ¿Estáis segura de quererlo? —De pronto se sentía inseguro, lleno de dudas.

—Sí, lo estoy. No quiero desposarme con Louis Antoine. Os quiero a vos.

—¿Y no le añoraréis?

—Jamás.

Charlotte se unió nuevamente a él, besándole por todas partes: en el cuello, en las mejillas, sobre su amplia frente. Recordaba la sensación de sus labios sobre la piel y deseaba devolverle aquellas atenciones, en la esperanza de comunicarle con el cuerpo lo que no había logrado expresar con palabras. Habría deseado decirle cuánto le quería, pero estaba aterrorizada de sus propios sentimientos. Admitirlo significaba delatar su debilidad. ¿Y si también

se lo arrebataran a él? Todos aquellos a los que ella había amado en el pasado, la habían dejado sola, ahora no quería perder a Van der Valck. Era mucho más fácil pretenderlo, ya que unirlos era solo una atracción física muy fuerte.

—Os deseo —, le susurró, quitándole la chaqueta y dejándola caer en el suelo. Luego llegó el turno de la camisa, desabrochando uno a uno todos los botones. Empezó a besarle en el pecho, recorriendo con la lengua cada centímetro de piel. Poseía unos pectorales magníficos, que parecían esculpidos en mármol. No le costaba creer que las mujeres se lanzasen a sus pies por pasar aunque solo fuera una noche en su compañía. Era tan bello, y era suyo. Ese pensamiento le procuró una gran explosión de felicidad imprevista. Por fin, se sentía segura de sí y de sus sentimientos. Quería atreverse, procurarle a su hombre el mismo placer delirante que él le había dado a ella, la última vez que se habían amado. Se arrodilló para desabrocharle los pantalones. Sus delicados dedos rozaron ligeramente el tejido y Leonardus dejó escapar un gemido.

Era como arcilla entre sus manos. ¿Había algo más estimulante en el mundo que su propio hombre retorciéndose de placer por sus caricias? Estaba segura de que no.

—Charlotte —pronunció Van der Valck, susurrándole. Estaba asombrado. La criatura tímida e insegura que conocía, se había transformado en una hechicera. Se hallaba a sus pies y acababa de liberar su miembro erecto de la opresión de la ropa, comenzando a acariciarlo con movimientos delicados, pero decididos.

—¡Dios! —otro susurro. No conseguía creérselo. Su refinada y elegante mujercita, habituada a moverse con destreza en los ambientes de la alta sociedad y entre los máximos exponentes de las cortes europeas, estaba a punto de... ¿metérselo en la boca?

—Cielo, Charlotte... ¿qué estáis haciendo? —La voz le salió de la garganta tremendamente ronca. Vio cómo alzaba la mirada hacia él, vacilante —. Os estoy amando, como vos habéis hecho conmigo. Simplemente, estoy repitiendo vuestros mismos gestos y... ¿quizás me he equivocado en algo? — Sus largas pestañas se levantaron y bajaron con adorable inocencia, y Leonardus sintió a su corazón latir furioso en su pecho—. No, por supuesto que no, pero...

Ella no esperó que terminase la frase y, satisfecha, acercó sus aterciopelados labios a su pene erecto. Van der Valck creyó enloquecer, sintió

una explosión de calor fluir por las venas y contuvo la respiración, mientras ella le hacía cosas inimaginables con la boca. Por supuesto, no era la primera vez que una mujer le daba placer de ese modo. Había tenido centenares de expertas amantes en su cama, antes de desposar a Charlotte. Pero era distinto. Aquellas no eran inocentes muchachas, ¡y mucho menos hijas de un rey! Jamás, ni en sus más fervientes fantasías, había imaginado que ella llegara a tanto. Estaba, al mismo tiempo, sorprendido y encantado. Metió los dedos por entre su sedoso cabello, precisamente cuando Charlotte empezaba a lamer lentamente. No supo decir si su intención era la de alejarla o la de acercarla hacia él, pero de lo que estaba seguro, era de que había perdido el control. Cerró los ojos mientras un sonido bajo, gutural, le surgió del pecho. Gimió, mientras su cuerpo era sacudido por un temblor incontenible. Tenía que detenerla, pero no tenía las fuerzas. A pesar de esto, se negaba categóricamente a introducirla en la boca. Un gentilhomme jamás se lo permitiría y, aunque él jamás lo había sido, se había jurado firmemente cambiar.

Con un grito ronco halló las fuerzas para apartarse de ella y levantarla del suelo, para atravesar la habitación a grandes zancadas y depositarla sobre la cama—. Ahora es mi turno, ¿no os parece? —dijo, con la mirada presa de la pasión.

Charlotte le miró encantada, con una sonrisita imperceptible en sus tímidos labios. Era la imagen de la sensualidad, pensó Van der Valck antes de cubrirle la boca con la suya, en un beso ardiente. Trató de desatarle el corpiño del vestido, pero lo único que consiguió hacer fue desgarrarle completamente la tela. Le arrancó literalmente el corsé para hundir el rostro en el canalillo de sus pechos, aspirando de lleno su perfume.

—Te amo —suspiró lentamente—. Te amo como jamás he amado en mi vida. —Luego, comenzó a levantarle la falda, impaciente por hundirse dentro de ella.

Charlotte le miraba confiada, con ojos excitados. Y él sintió una dulce languidez en el pecho, algo que jamás había experimentado antes, y que le llenó los ojos de lágrimas.

Se amaron apasionadamente y durante mucho tiempo, sin preocuparse porque ya fuera de día, y en una casa que no era la suya. Ya pensarían después cómo excusarse con la duquesa por la impetuosidad de sus sentimientos. Lo único que contaba en aquel momento eran sus cuerpos entrelazados y sus afanosas respiraciones.

—Te amo —, repitió Leonardus una y otra vez. Ahora que le había confesado lo que sentía, nunca dejaría de recordárselo.

Al rato, se encontraron abrazados, los miembros relajados y la mirada perdida. Leonardus aún no se creía que la tuviera entre los brazos, de que pudiese sentir el latido de su corazón y tocar su piel cándida. ¿De verdad le había elegido a él y no al huidizo duque? ¿Realmente le había amado con toda aquella pasión o solo se lo había imaginado? La realidad había superado ampliamente la ficción, y ahora se preguntaba si no lo había soñado todo.

—Dame un pellizco.

—¿Qué? —los ojos divertidos de ella le miraron asombrados.

—Te he pedido que me pellizques. Quiero darme cuenta si todo es verdad, o si es sólo un hermoso sueño del que no quiero despertarme.

Charlotte se acurrucó a su lado y le rozó el cuello con un leve beso—. Es todo real. Pero, si no te fías, podemos volver a empezar todo desde el principio.

Él sonrió ligeramente—. Tú quieres matarme. No creo que pueda sobrevivir a ese ritmo, ni con toda mi buena voluntad.

—¿Entonces todos los rumores que corren sobre ti son falsas? —le picó Charlotte divertida—. Se dice que eres un amante incansable, en cambio...

—Cuidado con provocarme, amor mío. Podrías arrepentirte.

Los ojos de Van der Valck también brillaban divertidos. Era extremadamente placentero bromear con ella, después de hacerle el amor. Estaba seguro de no haberse jamás sentido tan feliz en toda su vida. Solo una nubecilla ofuscaba aquella felicidad: ella aún no le había dicho que le amaba. Sabía que no podía pretender tanto, ya resultaba increíble que lo deseara hasta el punto de renunciar a su matrimonio con el duque de Angulema. Sin embargo, las ganas de lograr conquistar su corazón, además de su cuerpo, se abrió camino en él con prepotencia. No le era suficiente con tenerla en su cama. Quería más.

—¿En qué estás pensando? —Charlotte le apartó de sus pensamientos de improviso. Fruncía el ceño de un modo tan adorable que le hacía parecer una niña. Verdaderamente deliciosa.

—Pensaba que haría cualquier cosa por darte la felicidad que te mereces, de manera que tengas que no tengas nunca que arrepentirte de la decisión que has tomado.

—Pero si ya soy feliz. Te tengo a ti.

Aquellas palabras templaron su corazón, pero eran insuficientes. Él quería su amor, pero sabía que tendría que conquistarlo con paciencia y constancia—. Ven aquí. Más cerca. —se la acercó más y le cogió los labios con un beso.

—Mmm, ¿no decías que estabas cansado?

—No del todo, amor mío. ¿No querías que te demostrase que soy un amante incansable? —La carcajada de Charlotte desapareció de su boca al volver a besarla. Nunca estaría saciado de ella. Nunca.

CAPÍTULO 24

Viena, 10 de junio de 1799

La capilla del palacio imperial estaba decorada para una fiesta. Flores provenientes de los invernaderos más renombrados del País embellecían el altar con composiciones dignas de un artista, mientras las notas de la marcha nupcial resonaban alegres en una iglesia atestada.

Solo Louis Antoine estaba tenso e inquieto, detalle que no había escapado a su austero padre—. ¿Qué diantres te pasa, hijo mío? —le susurró, para no ser escuchado por los demás invitados—. De unos días a esta parte, estas particularmente irritable.

—Nada, padre. Solo estoy un poco cansado. No he dormido bien las últimas noches.

Decir que no había dormido bien no era correcto.

No había dormido nada.

En cuanto se acostaba, sus pensamientos se encaminaban hacia Ernestine: en sus labios húmedos pegados a los suyos y en su cuerpo caliente pegado al suyo. Soñaba con abrazarla y acariciarla en sitios que no era propio de un caballero mencionarlos, y recordaba los gemidos de ella, cuando le había hecho el amor, aquella única vez, en su estancia.

Si continuaba así, enloquecería.

De repente, el rumor de voces a su alrededor aumentó, y Ernestine apareció por la puerta, luciendo un maravilloso vestido de encaje de color crema que la hacía aparecer como un ángel.

Tragó saliva. No sabía si lo aguantaría. Ver a la mujer que amaba desposarse con otro estaba entre las más crueles torturas que un hombre podía soportar. Frente a ella se sentía pálido y perdido.

La vio recorrer la nave central del brazo del emperador, la cabeza inclinada, cubierta de un finísimo velo que le impedía ver su mirada. Si lo hubiera hecho, de seguro que habría notado que estaba empañado por las lágrimas, y que su rostro estaba pálido y los labios temblorosos.

En cambio, a él le pareció una criatura etérea, fascinante, dichosa de desposarse con un archiduque, en una de las cortes más poderosas de Europa.

Se dio cuenta de haber aguantado la respiración solo cuando su padre le dio un codazo—. Estás tenso como la cuerda de un violín. ¿Quieres decirme

de una vez qué te pasa?

—No es el momento, padre.

Entre tanto, Ernestine se había detenido delante del altar y había sido entregada a su futuro marido, que le había cogido la mano derecha para rozarla con un beso. Louis Antoine se puso firme al instante. De buena gana la habría emprendido a puñetazos con aquel presuntuoso caballere. En cambio, permaneció allí, quieto, tratando de aguantar la rabia y la envidia.

No hubo manera de seguir el sermón del alto prelado que celebraba el matrimonio. Solo percibía el latido furioso de su corazón y solo la veía a ella, hermosa como una diosa, la espalda erguida y los hombros rectos, mientras pronunciaba los votos nupciales con voz temblorosa.

De pronto, pareció despertar de su propio estupor. La voz atronadora del obispo se había dirigido a la platea—. Si alguno de entre vosotros conoce de algún impedimento para la celebración de este matrimonio, que hable ahora o que calle para siempre.

La respiración se le había hecho más dificultosa, y un dolor sordo en la cabeza le impedía pensar. Fue el instinto quien le empujó al gesto irreflexivo.

—Un impedimento hay, en verdad —gritó, abriéndose paso.

Centenares de cabezas, entre ellas la horrorizada de su padre, se volvieron para mirarle.

—¿Qué dices hijo? ¿Estás loco?

Sí, loco de amor. Pensó, con una sonrisa cansada.

—Esta mujer me pertenece. Ha sido mía, en alma y cuerpo. La he deshonrado, y ahora quiero aceptar mi responsabilidad. Conmigo es con quien debe desposarse.

El rumor se hizo más intenso. Acalorados susurros, frases entrecortadas y exclamaciones horrorizadas rompieron el silencio. Solo Ernestine podía habérselo imaginado. No era posible que se hubiera atrevido a hacerlo, que acudiera en su socorro precisamente en el momento en el que se sentía tan desesperadamente perdida. Alzó una mirada ansiosa en su dirección y suspiró.

—¿Dice la verdad? —explotó el archiduque, con la mirada belicosa y hostil.

—Sí —, respondió ella con voz temerosa.

Lo que siguió fue el más absoluto caos. El emperador se puso en pie enfurecido. Se vieron obligados a sujetarlo para que no golpeará a la muchacha. El conde Artois, en cambio, frunció el ceño y miró a su hijo, exclamando—. ¿Cómo has podido? ¡Dejarte seducir por esa mujerzuela!

El obispo, mientras tanto, se secaba la frente salpicada de gotas de sudor con un pañuelo, con la mirada clavada en los dos protagonistas, como para pedirles el comportamiento que exigía la situación. No estaba preparado para tal. Estaba convencido de celebrar un matrimonio normal y corriente, como tantos otros. ¿Por qué el destino se había ensañado con él de esa manera?

A esas alturas, el archiduque Charlesse volvió de espaldas a la novia y se dirigió con paso decidido hacia la salida. No dijo una palabra, pero era más que evidente que la boda se había ido al garete. Ernestine no sabía si echarse a llorar o a reír. Por una parte, se sentía aliviada, pero por otra, se preguntaba qué sería de ella ahora. Solo entonces, Louis Antoine le cogió la mano y la apretó.

—¿Entonces, deseáis unirnos en santo matrimonio? —dijo, dirigiéndose a un cariacontecido obispo—. No pretenderéis que vivamos en pecado, ¿no es cierto?

Luego de un momento de desconcierto, el prelado se aclaró la voz y volvió a empezar desde el principio la ceremonia. Los invitados continuaron murmurando entre ellos durante unos instantes, pero luego callaron, permitiéndole proseguir.

Ernestine no se atrevía a mirarle a la cara a Louis Antoine. Era consciente de haberle arruinado la vida. Él debía haberse desposado con Charlotte, no con ella. Una vez unidos en matrimonio, no podría echar marcha atrás. Si lo hacía todo por su nobleza de espíritu y por sentido de responsabilidad hacia ella, no merecía permanecer prisionero en un matrimonio no deseado.

A pesar de ello, la ceremonia se celebró y fueron proclamados marido y mujer.

Francisco II estaba furioso. Entró en la sala del trono, seguido por De Gavre, y soltó una imprecación bien poco imperial. Luego, dirigió una mirada nerviosa sobre su servil ayudante—. ¿Hay algún modo de detener al conde Brank? Me refiero a la misión que le encomendamos.

De Gavre sabía muy bien a qué se refería. No había sido fácil para él organizar el homicidio de la verdadera Madame Royale. Tragó saliva—. No, mi señor. No hay tiempo para enviar un mensajero.

—¡Maldición! No era Charlotte la que debería eliminar. De hecho, jamás habría debido acoger a su hermanastra, ¡cría cuervos y te sacarán los ojos! Imagino que ahora el duque de Angulema ya no tendrá ningún interés en desvelar la verdadera identidad de Sophia Botta. ¡Viviré con el remordimiento

de haber ordenado asesinar a mi propia prima, sin obtener ni la más mínima ventaja!

—¿Queréis decir que ya no es necesario quitarla de en medio?

El emperador le lanzó una mirada impaciente—. De Gavre, ¿qué he estado diciendo hasta ahora? ¿Me habéis escuchado o no? ¡Está claro que su muerte ya no es necesaria! En cualquier caso, el trono de Francia nunca será nuestro. Esa golfilla que hemos colocado por mi prima, ha desposado el duque de Angulema, y mi hermano ya no tiene ninguna opción de ser un pretendiente al trono.

De Gavre palideció, y el emperador soltó un puñetazo sobre una mesita que estaba a su derecha. Tendría en su conciencia aquella joven e inocente mujer, sin obtener ningún provecho. ¿Cómo había podido la situación precipitarse, de esta manera, repentinamente?

Se dirigió a De Gavre, con un gruñido—. ¿Cómo diablos ha sucedido? Era tarea vuestra vigilar a mi presunta prima. ¿Cómo ha podido acostarse con el duque sin que nosotros no supiésemos nada?

De Gavre empezó a sudar. Sospechaba que la culpa del incidente recaería sobre él. En estos casos, siempre se busca un chivo expiatorio. Tosió nervioso y bajó la mirada—. Nada dejaba prever una cosa semejante —trató desesperadamente de justificarse—. La muchacha parecía haber aceptado el matrimonio con vuestro hermano y, últimamente, no nos había dado problemas.

—¡Eso no os autorizaba a bajar la guardia! —El rostro del emperador estaba lívido, su voz reducida a un murmullo—. Si la hubieseis mantenido controlada, como era vuestro deber, todo esto no habría sucedido. Sabed que os considero responsable de este desastre.

De Gavre aguantó la respiración. No lograba creer que por culpa de aquella irritante mujer hubiera caído en desgracia ante el emperador. Si solo la hubiera tenido entre sus manos en ese momento, le habría hecho pagar aquella imprudencia de una vez por todas.

Ernestine lloraba silenciosamente, sentada en la cama de la estancia nupcial. Entre ella y Louis Antoine había caído un imprevisto silencio, ahora que estaban solos. Los ojos de él se mostraban gélidos como una mañana de invierno.

—Lo siento..—. dijo en voz baja—. Por favor, creedme.

Él se soltó el pañuelo del cuello y lo arrojó sobre el sillón que estaba al lado de la cama—. Sí, os creo. De sobra sé lo desilusionada que estáis por el hecho de no tener a vuestro lado al archiduque, pero meto que tendréis que

resignaros al hecho de que, ahora, *yo* sea vuestro marido. —Su tono era brusco, y Ernestine estaba segura de conocer el motivo. La despreciaba por haberse visto obligado a desposarla. Si ella no se hubiera acabado en su cama aquella noche, él habría sido libre para desposarse con su hermana.

—¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó, levantado sus ojos enrojecidos hacia él—. Os había pedido que mantuvierais el secreto. Así, yo habría estado casada con Charles si vos... —Calló de improviso, mordiéndose el labio inferior. Tampoco ella lograba imaginarse junto al archiduque. Prefería la furia del primo, a la idea de estar en brazos de aquel hombre que ella despreciaba.

Mientras tanto, Louis Antoine se había sentado en la orilla de la cama para quitarse las botas. Incluso sus gestos venían dictados por la cólera. Se movía a impulsos nerviosos y sus labios estaban curvados formando una sonrisa amarga—. No tengo ni la más mínima duda de que le habríais preferido a él. Os fastidia no poder ser llamada archiduquesa, ¿no es cierto? Bien, haberlo pensado antes, querida. ¿O debo recordaros que fuisteis vos quien se metió en mi cama?

Ernestine se sobresaltó. No pensaba que llegaría a echarle en cara su precipitado gesto. Se ruborizó, bajando la mirada—. No era necesario todo esto. Sé muy bien que yo soy la única culpable, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer sino deciros que lo siento?

Le vio volverse hacia ella con una mirada burlona—. Por ejemplo, podríais empezar a desnudaros. Me resulta francamente incómodo haceros el amor si lleváis la ropa puesta.

—¿Có-cómo? —balbuceó confundida.

—Es nuestra noche de bodas, ¿ya lo habéis olvidado? —Su sonrisa irreverente le cortó la respiración. En realidad, no había pensado en ese particular. Deseaba a Louis Antoine con toda su alma, pero no quería que sucediera de ese modo, con él profundamente enfadado. Sentía los labios secos y tragó saliva muy nerviosa.

—¿Entonces? ¿Os habéis vuelto tímida de repente? No os mostrabais tan cohibida la otra noche. —Mientras le dirigía la palabra se había despojado de la inmaculada camisa de seda y se había puesto en pie para desabrocharse los pantalones.

—¿Qu-qué queréis que haga? —le preguntó ella, cada vez más nerviosa.

—Ya os lo he dicho. Quiero que os desnudéis para mí. —La miró de reojo y observó cómo se retorció las manos, presa de la ansiedad.

Ernestine se levantó a su vez. Sus gestos eran lentos y torpes mientras intentaba soltarse los lazos del vestido de novia. De pronto, él se acercó a ella —. Dejad que os ayude —dijo, con voz ronca—. A este paso, nos costará una eternidad.

Un segundo después, percibió sus ágiles dedos sobre la espalda. Estaban tan juntos que podía sentir su aliento en el cuello, y un escalofrío de excitación la cogió por sorpresa. Cuando todos los lazos estuvieron desatados, el vestido resbaló por su espalda y cayó al suelo con un ligero roce.

Louis Antoine se detuvo a admirar a su joven esposa. Vestía una combinación de encaje tan transparente que le cortó la respiración. Por un instante, olvidó que se había vestido de tal modo para Charles y no para él. Sus ojos quedaron hipnotizados por la erótica visión de sus pezones oscuros que se distinguían por debajo del sutil tejido de la ropa interior.

Tragó saliva—. Continúa —le pidió con un hilillo de voz. La rabia estaba a punto de sustituirse por un deseo insaciable y salvaje. En esta ocasión, temía no lograr ser un amante amable, y se preguntó qué pensaría ella, si la hubiera tomado de un modo rudo y violento. Probablemente la habría aterrorizado y no era eso lo que quería.

Entre tanto, Ernestine se había despojado de la combinación y le miraba temerosa. ¿Tenía miedo de él? La situación le pareció a Louis Antoine grotesca.

—El corsé. Quitáoslo también.

Ernestine, abrió los ojos en una expresión que parecía implorante—. Por favor..—. Le dijo, en voz baja.

Él estaba cada vez más impaciente—. ¿Cuál es el problema? La otra noche no tuvisteis ningún problema en desnudaros en mi estancia, si mal no recuerdo. ¿Ahora jugáis a ser una tímida doncella conmigo? Pues ya podéis dejar de fingir. Para nada sois tímida, ni doncella. Esta escenita os podría servir con el archiduque, conmigo no.

Sí, estaba decididamente furioso. La vio retroceder unos pasos, como si metiendo un poco de distancia entre ellos, pudiera servir para ponerla a salvo.

—La otra noche no estabais enfadada conmigo.

—Es verdad. Y, ¿por cuál motivo pensáis que yo esté tan enfadado?

Ernestine se humedeció los labios con la lengua, un gesto que a él le pareció terriblemente erótico.

—Porque por culpa mía, ahora ya no podréis desposaros con mi hermana.

—Clavó la mirada en él, que frunció el ceño, perplejo.

—Ese matrimonio era deseado, esencialmente, por mi padre. ¿En serio creéis que era tan importante para mí?

—¿N-no lo es?

—No, en absoluto. Y apostaría a que también Charlotte se sentirá aliviada con la idea de no tener que casarse con un servidor.

—¿Cómo podéis decir semejante cosa? —Parecía casi escandalizada mientras le observaba con los ojos sorprendidos—. ¡Ella estaba enamorada de vos!

La carcajada de Louis Antoine le pilló por sorpresa—. ¿Enamorada, decís? Bueno, no de mí, en cualquier caso. Vuestra hermana ama aún a Van der Valck.

—¡Oh, cielos! ¡Qué disparate!

—No es un disparate. Fue ella quien me lo reveló, tres años atrás. Desde entonces, nada ha cambiado, basta ver cómo le brillan los ojos cuando está en su compañía. Francamente, muy desagradable, me atrevería a decir.

—Entonces, ella no os ama. ¿Y vos? ¿Vos la amáis?

Él ya empezaba a impacientarse. Delante de sus ojos, tenía la erótica visión de Ernestine vestida solo con el corsé y la camisa que le llegaba hasta medio muslo. Se moría de ganas por tenerla, y en cambio, estaban perdiendo el tiempo hablando de futilidades.

Con un gesto imprevisto la sujetó, y la empujó, poco elegantemente, sobre la cama—. ¿Cómo es posible que estemos hablando de mis sentimientos por Charlotte en vez de los vuestros por el archiduque?

Le arrancó el corsé con un movimiento decidido y le miró a los ojos. Parecía intimidada, pero, al mismo tiempo, tenía una luz insólita en la mirada. Quizás miedo, o tal vez, ... ¿excitación?

—Yo no estoy enamorada de Charles. Creía que era evidente.

—Entonces, ¿por qué anhelabais tanto convertirlos en su mujer? ¿Por su parentesco con el emperador? ¿Por su título nobiliario?

—También vos tenéis un título nobiliario y no necesito desposarme para vanagloriarme de un parentesco con el emperador. ¿Olvidáis acaso que, al tomar el puesto de mi hermana, me he convertido en prima de Francisca todos los efectos?

—Por lo tanto, ¿es por amor por lo que queríais desposaros con él? —Su mirada se había oscurecido. Aunque lo hallase ridículo, eran los celos quienes le carcomían. Se sentía presa de una ira ciega ante la idea de que Ernestine pudiera preferir a aquel inepto antes que a él.

—Yo no quería desposarme con él. Como en vuestro caso, la decisión no dependía de mí.

Louis Antoine posó la mano sobre uno de sus pechos, provocándole un escalofrío. Sin apartar la mirada de ella, comenzó a rozar suavemente el pezón con el pulgar, a través del encaje de la combinación.

—No queríais desposaros... entonces, ¿por qué llorabais hace poco?

Gustosamente, habría pospuesto aquella conversación para más tarde, pero quería saber toda la verdad. De improviso, se había convertido en esencial la cuestión sin resolver entre ellos, incluso más que el sexo. Vio como cerraba los ojos y suspiraba, mientras continuaba acariciándola en tan sensible zona, para luego, dedicarse al otro pezón.

—Lloraba porque no quería arruinaros la vida.

—¿Arruinarme la vida? —de pronto se detuvo, y ella gimió en señal de protesta—. ¿Por qué ibas a arruinarme la vida?

—Obligándoos a desposarme. No era para maniataros por lo que os seduje la otra noche. Lo hice porque os amo, pero, por encima de todo, deseo vuestra felicidad.

Louis Antoine se había quedado de piedra—. ¿Qué habéis dicho? Repetidlo, por favor.

—Os amo.

—¡Dios! —El corazón había empezado a latirle locamente en el pecho. ¿Debía creerle? ¿De verdad Ernestine le amaba? ¿Y temía arruinarle la vida? Santo cielo, ¿no se había dado cuenta de lo que representaba para él su amor?

—Pero precisamente porque os amo, no deseo obligaros a un matrimonio no deseado. Louis Antoine, quiero que seáis feliz.

¿Matrimonio indeseado?

¿Esa era la impresión que le había dado? ¿De no querer desposarla?

—Ernestine, yo no os he desposado porque me sentía en la obligación hacia vos.

—¿No? —Su mirada era de duda.

—No. Os he desposado porque os amo y no podía soportar la idea de que aquel pusilánime archiduqueso tuviera. Moría de celos, lo admito.

Ernestine abrió los ojos incrédula. Le pareció tan hermosa en ese momento, la mujer más hermosa del mundo.

—Y solo existe un modo para que me hagáis completamente feliz.

—¿Cuál?

—Besadme. Enloquezco solo de las ganas que tengo de saborear vuestros labios.

Su boca se curvó en una sonrisa. Por último, le besó.

El corazón de Ernestine latía cada vez más fuerte. Se sentía intensamente excitada mientras su boca se juntaba con la del hombre que amaba. Su hombre. Él le murmuró algo y le rodeó la nuca con una mano, sujetándosela. La otra mano, en cambio, empezó a acariciarle un pezón.

Dios, no solo estaba excitada. Estaba... ansiosa. Lo deseaba con una fuerza tal que le confundía.

Usó la lengua para humedecer los labios de él con movimientos rápidos. Luego, por último, Louis Antoine abrió la boca y la pasión del besó se dobló.

Era tan agradable que le clavó los dedos en la espalda, en un intento de tenerlo más cerca. Quería fundirse con él. Ser un único cuerpo, una única alma. Con mucho cuidado, le mordisqueó el labio inferior, y él reaccionó con un gemido. Ernestine sintió sus dedos bajo el dobladillo de la combinación, acariciando la piel desnuda de sus muslos.

La respiración se hizo más dificultosa. Apartó los labios de los suyos, y le cogió el lóbulo de la oreja entre los dientes, sintiendo cómo temblaba.

Sí, quería darle placer. Hacerlo enloquecer. Mientras él le acariciaba el clítoris con movimientos circulares, su mano buscó la abertura de sus pantalones. La abrió, con gestos atolondrados debido a la prisa, y con sus dedos sujetó su miembro erecto. Sonrió, sintiendo a Louis Antoine sobresaltarse. Luego, deslizó su mano a lo largo del pene y lo agarró lentamente.

—¡Virgen santísima, Ernestine! —exclamó él, entornando los ojos. Sí, le estaba gustado lo que le hacía, y mucho.

Más animada al saberlo, continuó acariciándole con movimientos inexpertos. Él sonrió—. Esperad —dijo, con voz ronca—. Os mostraré cómo se hace.

Le cogió la mano y la guio. No era difícil. Ernestine aprendió en seguida: con gran satisfacción, vio cómo se relajaba y se entregaba a sus caricias.

—Basta con esto, cariño —volvió a susurrarle Louis Antoine, un momento después—. Si no, acabaré entre vuestras manos como un adolescente novel. Dejadme a mí hacerlos ahora.

Ernestine sonrió—. Quiero aprender a daros placer.

—Aprenderéis. Pero ahora, permitidme que yo conduzca el juego. ¿Queréis?

Ella asintió. Haría cualquier cosa por él. Por su marido.

Louis Antoine acercó su boca a un pecho, chupándole el pezón a través de la sutil tela de la combinación.

Ella se estremeció y cerró los ojos, entregándose al placer. Trató de acercarse a él para hacerle comprender cuánto apreciaba sus atenciones, y le oyó reír de nuevo. Luego, Louis Antoine apartó el tejido humedecido, para dejar al descubierto la carne desnuda. Cogiendo entre sus dedos índice y pulgar el pezón, pellizcádoselo suavemente.

Ernestine jadeó—. ¡Oh, cielos!

—¿Qué os parece si os quito esta condenada combinación, amor mío? —le susurró él, contento ante sus intensas reacciones.

—Sí, por favor. —Ernestine se puso de pie para facilitarle la tarea. No veía el momento de estar completamente desnuda, ante él.

Louis Antoine no se lo hizo repetir. Sujetó los bajos de la combinación de encaje, levantándola por encima de cintura, pechos y quitándosela por la cabeza. Algunos mechos escaparon del trabajado peinado y cayeron sobre hombros y cuello. Desprovista de su ropa, Louis Antoine se dedicó al cabello.

—Lo quiero suelto —dijo, retirando cintas y horquillas.«Sois tan condenadamente bella, cubierta solamente por vuestros largos mechones rubios.

En un abrir y cerrar de ojos, solo llevaba puestas las medias. Louis Antoine le bajo una, y al hacerlo, le rozó con las palmas de las manos los muslos y los gemelos. Ernestine se estremeció. Hasta respirar le resultaba difícil. Aún y todo, halló fuerzas para levantar las piernas y ayudarle.

Por fin, también las medias terminaron arrojadas en el suelo. Los fuertes dedos de Louis Antoine comenzaron a masajearle entre los muslos, y ella echó la cabeza hacia atrás, aguantando un gemido. Trató de concentrarse en las maravillosas sensaciones que él le despertaba. Mientras tanto, con las yemas de los dedos le trazaba, lentamente, círculos sobre su suave y excitada piel, Ernestine cerró los ojos. Su deseo crecía con una intensidad sorprendente.

Louis Antoine le hizo extenderse otra vez y volvió a besarla, con el dedo sondeaba su humedecido sexo. Seguí moviéndolo lentamente, en su interior, incrementándole el placer, mientras sus bocas chocaban, en una danza sensual y erótica.

Era demasiado para ella. Exhaló un largo suspiro de placer, moviendo las caderas hacia la mano que le está haciendo cosas inimaginables

—Abrid los ojos, tesoro mío —, le susurró él, de pronto—. Miradme.

De mala gana le obedeció. Le vio extraer el dedo y lamerlo, delante de ella.

¡Oh, cielos!

Ruborizada, Ernestine sonrió. Se sentía terriblemente acalorada. Luego bajó la mirada—. Lleváis aún los pantalones.

Una carcajada le recorrió el cuerpo—. Sí, imperdonable por mi parte. ¿No es cierto?

Por fin, Louis Antoine se despojó de los pantalones y se tumbó a su lado—. Decidme qué queréis que haga ahora. Estoy preparado para atender cualquier deseo vuestro.

Ella reflexionó ante semejante y seductora propuesta—. Querría...

—¿Sí? No tengáis miedo, hablad con franqueza.

Ernestine se puso a horcajadas sobre él—. ¿Recordáis cuando os conté que había expiado a una pareja de sirvientes en Versalles?

Él frunció el ceño—. Sí, claro.

—Pues bien, en aquella ocasión fue ella quien condujo el juego. Esta noche, me gustaría tener carta blanca con vos.

Louis Antoine parecía asombrado—. Normalmente, durante la noche de bodas es el hombre quien se ocupa de su esposa. Vuestra petición es bastante extraña.

Ernestine sonrió—. Me parecía que habíamos dejado claro que yo no soy una esposa como las demás: ni tímida, ni virgen... lo habéis dicho vos. Luego me he permitido infringir las normas.

—*Touché*. Haced de mí lo que queráis, querida.

Ella le miró con malicia. Él le fascinaba, con su poderoso y musculoso cuerpo. Y estaba más que decidida a sacar placer de él durante la noche, que se perfilaba muy placentera para ella.

Se inclinó sobre él para besarle los labios. Luego recorrió con la lengua el cuello y la oreja, entreteniéndose en una zona particularmente sensible. Sintió como se estremecía, y sonrió para sus adentros. Era tan excitante la idea de tener todo el control sobre él. Se sentía bella y deseable, aunque fuera descabellado el solo hecho de pensarlo. ¡Ella bella! Jamás lo había sido. Pero... mientras le besaba en el pecho, excitando con la lengua las tetillas de Louis Antoine, se sentía la reencarnación de la diosa Venus.

Cada vez más excitada, se incorporó para mirarle a los ojos: Parecían carbones ardientes, clavados en su cuerpo. Sí, Louis Antoine sabía cómo hacer sentirla deseable. Con la respiración entrecortada, comenzó a restregar su

vagina con el miembro de Louis Antoine. Lo quería dentro de ella. Ya. Lo cogió entre las manos y lo condujo hacia su excitado sexo. Jadeó en el exacto instante en que lo sintió entrar hasta colmarla, y él hizo exactamente igual.

—Oh Dios...

Se sentía feliz. Durante toda su vida, había deseado a ese hombre, y ahora, era completamente suyo. Para siempre.

Empezó a moverse sobre él, primero lentamente, saboreando sus reacciones de plenitud, que ella misma también experimentaba. Pero cuando Louis Antoine cogió sus senos con las manos, pellizcándole los pezones hasta hacerla gemir, el deseo se hizo tan irrefrenable que empezó a mover las caderas con mayor frenesí.

—Oh, Louis Antoine... es tan hermoso... tan... —No sabía qué decir, mientras se perdía en suspiros y gritos de placer, en seguida imitada por él. Por un instante, se preguntó si alguien los habría oído, pero no le importaba. Qué se enteren todos. En ese momento, lo único que contaba eran ellos dos. Luego, los músculos de su vagina se contrajeron, provocándole un orgasmo incontrolable. Oyó la voz de Louis Antoine que decía su nombre, mientras le sujetaba firmemente la cintura. Ella continuó montándolo frenéticamente hasta que sintió que él eyaculaba, con lo que le pareció un gruñido muy poco digno.

Abandonándose contra su cuerpo, saciada y consumida, una sonrisa brotó de sus labios.

CAPÍTULO 25

Hildburghausen, el día siguiente.

Charlotte detuvo su cabalgadura en las inmediaciones del lago y sonrió. Tenía una expresión de alborozo en el rostro, pero no se preocupó. ¡Era tan feliz! Tan sumamente feliz que casi tenía miedo. A su alrededor, la naturaleza parecía no haberse enterado del cambio: los pajarillos piaban alegremente como cualquier día, los árboles agitaban las ramas a cada ráfaga de viento y las aguas del pequeño lago fluían mansamente. Y, sin embargo, para ella todo era distinto. Estaba locamente enamorada y, por primera vez en su vida, había decidido abandonarse de tal modo a dicho sentimiento sin preocuparse de las consecuencias.

Aquella mañana, Leonardus había hecho de nuevo el amor con ella, antes de partir para resolver unos asuntos urgentes que le apremiaban en Inglaterra. Inútil decir que había sido maravilloso.

Antes, se habría angustiado por la distancia. Habría pensado que él quisiera abandonarla porque no la amaba lo suficiente. Ahora, en cambio, estaba más que decidida a otorgarle su confianza: esperaría su retorno con inquietud, tras lo cual habrían comenzado una nueva vida juntos.

Una sonrisa radiante le curvó los labios, mientras imaginaba todo lo que podrían hacer juntos. Incluso se había vuelto atrevida. ¿Qué prodigiosa metamorfosis había realizado Van der Valck en ella? Estaba a punto de dejar escapar una fugaz sonrisa, cuando un imprevisto ruido a sus espaldas la hizo girarse.

—Buenos días, madame Sophia.

Un hombre, cuyo rostro se le hacía ligeramente familiar, se había aproximado con pasos imperceptibles y ahora la miraba fríamente. ¿Dónde podía haberlo visto? se preguntó. Raramente olvidaba la fisionomía de una persona, pero en aquel preciso instante no conseguía recordar de quién era. Comprobó que se trataba de un hombre elegante, seguramente un caballero. Sin embargo, dudaba de que fuese una de las amistades de la duquesa de Mecklemburgo. Mostraba un porte demasiado rígido y austero para encajar en el carácter jovial de su huésped.

—Buenos días —respondió con aire circunspecto. Algo le inquietaba, aunque no lograba comprender de qué se trataba.

El desconocido sonrió. Una sonrisa cauta y distante que le heló la sangre de las venas.

—No me habéis reconocido, ¿no es cierto?

—Me temo que no, *monsieur*.

—Soy el conde Brank. Nos presentó Van der Valck, hace tres años.

De pronto, lo recordó. Le había conocido en el castillo de Heidegg, pero solo se habían intercambiado un saludo formal. Era más que natural que su rostro le resultara prácticamente desconocido.

—Ahora le recuerdo —exclamó curiosa—. Si no me equivoco, estabais al servicio de mi primo, el emperador.

—Y lo sigo estando en la actualidad, *madame*. Pero también soy buen amigo de vuestro marido, y de él he recibido el encargo de acompañaros.

—¿Acompañarme, señor conde? No entiendo...

—Creo que Van der Valck os explicará personalmente los motivos. Yo solo tengo la orden de llevaros con él lo antes posible. Me ha pedido que os diga que se trata de una sorpresa.

Charlotte vaciló. Se acababan de despedir hacía solo unas pocas horas, y él no le había insinuado nada. Por supuesto, no le había comentado nada de ninguna sorpresa, pero quizás era su deseo que no sospechase nada. O tal vez, sencillamente, se lo había replanteado y deseaba llevarla consigo a Londres. Sí, sin duda era así: al igual que le sucedía a ella, Leonardus no lograba soportar la idea de la distancia, y había pedido al conde que volviese a recogerla.

Le devolvió la sonrisa gentilmente y se preparó para seguirle—. Tengo que admitir que tengo mucha curiosidad —, dijo, observando sólo en ese momento, que un carruaje los esperaba a poca distancia. «Mi marido, a veces, sabe cómo ser muy misterioso.

Brank asintió, acompañándola al carruaje—. Tenéis toda la razón, pero quizás vale la pena ir al encuentro de un poco de misterio, mi querida condesa. Van der Valck sabrá, seguramente, cómo recompensaros por la confianza otorgada.

A Charlotte le recorrió por todo el cuerpo un escalofrío de excitación. Sí, sin duda sabría recompensarla como es debido. Un intenso rubor tiñó sus mejillas mientras imaginaba los besos que se darían. ¿Quizá pretendiese hacerle el amor en el mismo carruaje en cuanto estuviesen juntos?

Su paso se hizo más ligero. Su imaginación volaba ante la sola idea de todas las maneras en las que se amarían en el viaje en barco a Inglaterra.

Cualquier duda que tuviese saltaba en añicos ante el deseo que sentía por él, y no tuvo ni la menor duda de que pudiese tratarse de una trampa. Cuando la ayudaron a subir al carruaje estaba tan impaciente que no podía pensar en otra cosa.

Leonardus ordenó detener el carruaje alquilado frente a la residencia de la duquesa de Mecklemburgo. Llevaba ya más de una hora de viaje, cuando el recuerdo de Charlotte le vino a la mente repentinamente, haciéndole tomar la decisión de regresar. Ya encontraría una persona de confianza a la que encomendar sus urgentes asuntos. Llevaba muy poco tiempo con la mujer de su vida, y por nada del mundo quería dejarla, aunque solo fuese por unos pocos días.

Sin contar con la extraña sensación que experimentaba: un mal presentimiento que no sabía explicar racionalmente, pero que lo atormentaba. Descendió del vehículo de un salto, impaciente por volver a abrazar a su esposa. Pero algo le detuvo. A lo lejos, vio a la dueña de la casa apresurarse hacia él con una expresión de preocupación en el rostro.

Aligeró el paso, echándose prácticamente a correr, con el corazón a punto de explotarle en el pecho—. ¿Le ha pasado algo a Charlotte? —Ni se molestó en llamarla Sophia en aquella circunstancia; la ansiedad le oprimía el corazón.

La duquesa le respondió con una mirada incierta—. Esperaba que estuviese con vos. Salió para dar un paseo a caballo, luego de vuestra partida. Pero aún no ha vuelto. Cuando he visto vuestro carruaje, he pensado que os había convencido para volver al castillo y que hacíais la entrada juntos.

Leonardus palideció aún más—. No la he visto. Estaba convencido de que la encontraría aquí.

—No querría parecer una pobre vieja ansiosa, pero me temo que pueda haberle sucedido algo. Raramente se aleja de casa por tanto tiempo, aunque ame mucho salir a montar a caballo.

—Salgo a buscarla.

—Pero mi finca es muy amplia. Pasarán horas antes de que logreis encontrarla. Siempre que, claro está, no se haya alejado de mis propiedades...

—No lo haría nunca. Mi mujer conoce perfectamente los riesgos que correría si alguien la reconociese. Estará aquí, en cualquier parte, y aunque tuviera que recorrer cada ángulo de vuestras posesiones, la encontraré.

La condesa asintió preocupada—. Gracias, Van der Valck.

Leonardus volvió a subir al carruaje inmediatamente y ordenó al cochero que se pusiera en marcha. Ignoró sus protestas respecto al hecho de que los

caballos estuvieran agotados y necesitaran un poco de reposo. ¡Ya reposarían más tarde, maldita sea! Ahora lo único que le urgía era hallar a Charlotte.

¡Dios mío, te lo ruego, haz que esté sana y salva!

Charlotte se asomó por la ventanilla con aire pensativo. El carruaje había tomado un camino secundario y estaba más que convencida de que no estaba marchando en la dirección correcta. Van der Valck se había dirigido al puerto: pensaba tomar la primera nave con dirección a Inglaterra y, por tanto, ella se esperaba que se hubiese dirigido hacia el norte. En cambio, el cochero los estaba conduciendo a través de una zona boscosa, en un punto aislado del campo.

Cada vez más desorientada, miró de reojo a su compañero de viaje. El conde Brank yacía en el asiento del vehículo, mostrándose despreocupado, y con los ojos cerrados, como si tratara de dormirse. Sin embargo, Charlotte estaba segura que estaba totalmente despierto.

—Este no es el camino de Hamburgo.

El hombre abrió los ojos y le miró con aspecto aburrido—. De hecho no nos dirigimos a Hamburgo, *madame*.

—No lo entiendo... creía que nos dirigíamos a juntarnos con mi marido.

—Temo haberos mentido, condesa.

—¿No nos dirigimos al puerto de Hamburgo? —La voz le tembló claramente, pero mantuvo la mirada firme.

Él movió la cabeza, con una páfida sonrisa en los labios—. No señora.

—¿Entonces adónde me estáis llevando?

—Lo sabréis a su debido tiempo. De momento os aconsejo que permanezcáis calmada y no causéis ningún problema. Mi amigo, que va sentado en el pescante junto al cochero, es un tipo nervioso. Y no queremos que se enfade, ¿no es cierto?

Charlotte se sobresaltó. El conde le estaba hablando como si la considerase una prisionera, lo que era verdaderamente absurdo. Si Brank se hallaba al servicio de su primo, ciertamente no tenía la intención de hacerle daño. Pero entonces, ¿adónde la llevaba y por qué la había engañado?

Un sentimiento de inquietud se apoderó de ella. En un instante, revivió el momento de su captura en Francia, el viaje hasta el Temple escoltada por hombres armados y su reclusión. Un escalofrío de auténtico terror le recorrió el cuerpo.

Dios mío, por favor, ¡que no suceda de nuevo!

Van der Valck imprecó en voz baja. Había recorrido cada rincón de la finca, pero sin rastro de Charlotte. Llegado a un pequeño lago, se sentía agotado y desanimado. ¿Dónde podía estar? ¿De verdad había ignorado las advertencias que tantas veces le había dado, aventurándose al exterior de la propiedad? ¿Y si alguien la hubiese reconocido? ¿O si, tal vez, hubiera sido abordada por algún malintencionado? Una mujer sola era una presa fácil y la duquesa le había asegurado que no tenía ninguna escolta con ella.

¡Maldita sea!

¡Precisamente ahora que toda parecía marchar del mejor posible! No podía permitir que le sucediese nada. A la única mujer que había amado en toda su vida. Descorazonado, descendió del carruaje y se dirigió al lago. Tampoco quería pensar que su mujer pudiera haberse caído al agua y ahogado, pero, de todos modos, debía asegurarse de ello.

Mientras caminaba con paso nervioso, algo atrajo su atención. Observó atentamente la tierra del sendero, y vio lo que, sin duda, parecían huellas de cascos de caballo. Las siguió, cada vez más nervioso. Parecían acercarse al lago. Su respiración se detuvo al instante. ¿Y si se hubiera ahogado? Un nudo se le hizo en la garganta.

Se acercó a la orilla del lago y observó más de cerca, por si acaso había huellas. En el terreno, ligeramente cenagoso, se distinguían marcas de bota. Eran bastante pequeñas, y probablemente pertenecían a un pie femenino. A poca distancia, se hallaban otras huellas dejadas, sin sombra de duda, por un hombre.

¿Quién podría ser? ¿Quizás tuviera su mujer alguna cita con alguien allí, en el lago? ¿Un amante? La sola idea le pareció absurda. Sin embargo, por las huellas dejadas en el terreno, se podía intuir que un hombre y una mujer se habían marchado juntos. Si ella se hubiera visto obligada a irse con alguien a la fuerza, habría habido signos de una pelea, lo que no parecía ser el caso.

Cada vez más preocupado, las siguió un poco más, hasta que desaparecían y eran sustituidas por marcas de ruedas, seguramente pertenecientes a un carruaje tirado por dos caballos. Leonardus frunció el ceño. Dado que las huellas femeninas eran las de Charlotte, ¿adónde podía haber ido, y con quién?

Estaba pensando qué hacer cuando oyó el relincho de un caballo un poco distante, en el interior de un bosquecillo. Intrigado, se encaminó en aquella dirección. Atada al tronco de un gran roble, había una yegua de pelo moteado, blanco y negro. Podía ser la de Charlotte. Pero, ¿por qué motivo la había dejado allí? ¿Para subir al carruaje junto al misterioso hombre?

Un horrible presentimiento se apoderó de él. Charlotte jamás se habría dado a la fuga sin hablarlo con la duquesa de Mecklemburgo, sabiendo lo mucho que se preocupaba por ella. ¿Y si la hubieran engañado para subir al carruaje?

Maldiciendo su fortuna, Van der Valck regresó a donde el cochero que lo había llevado hasta allí, deambula nervioso de un lado a otro.

—¿Partimos, señor?

Leonardus examinó los caballos que tiraban del carruaje. Se trataba de dos animales castrados, ambos jóvenes y con patas robustas. Uno de los dos parecía inquieto y difícil de montar, pero, por lo general, las bestias de ese tipo eran las más veloces.

—Necesito uno de estos caballos para continuar.

El cochero le miró perplejo—. Lo siento señor, pero no puedo dejaros uno de mis caballos. Puedo llevaros a donde queráis, sin embargo...

—Con el carruaje no llegaremos a tiempo. Mi mujer podría estar en peligro, me basta un caballo para seguir sus huellas, y lo quiero ya.

El hombre se rascó su tupida barba, reflexionando sus palabras. Quizás por una módica cantidad, incluso podría cederle uno de aquellos animales.

Y como si le hubiera leído el pensamiento, Leonardus sacó una bolsita llena de monedas y se la lanzó—. Esto es solo un anticipo. Si logro encontrar a mi mujer sana y salva, tendrás más.

Los ojos del cochero se iluminaron mientras una sonrisa ávida le cubaba los labios—. ¡Trato hecho! Podéis tomar a Rayo. Sin duda es el más veloz de los dos.

Van der Valck asintió—. Vos podéis volver a la residencia de la duquesa de Mecklemburgo y esperarme allí.

—Sí señor.

Mientras desataba el caballo y lo ensillaba, Leonardus volvió a pensar en Charlotte. Confiaba que no fuese demasiado tarde y consiguiera alcanzarla lo antes posible. Por las huellas dejadas en el suelo, el carruaje se había dirigido hacia el suroeste, y allí los caminos eran aún más tortuosos. Seguramente este hecho los ralentizaría lo suficiente. Por lo menos, eso era lo que deseaba.

—Ha llegado el momento de descender, *madame* —dijo el conde Brank con una mueca que no prometía nada bueno. Se habían detenido en un lugar aislado entre las montañas y Charlotte, una vez más, se preguntó que querían de ella, y por qué motivo la habían conducido allí.

No veía casas por los alrededores, solo inmensas extensiones de arbolado y un sendero rocoso por el que solo se podía proseguir a pie.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó recelosa, mientras el hombre le abría la portezuela y le instaba a apresurarse.

—A ninguna parte. El viaje, para vos, termina aquí. —Esas palabras le causaron un sentimiento de temor. ¿Tenían la intención de abandonarla allí?

—No comprendo...

—No hay nada que comprender.

En cuanto descendió del carruaje, el conde buscó con la mirada al otro oscuro personaje que estaba con él. Se trataba de un hombre alto y musculoso, con una expresión siniestra y los ojos ligeramente hundidos. Infundía pánico solo mirarlo, pensó Charlotte con un escalofrío.

—Frank, ¿quieres venir? —le dijo el aristócrata, volviéndose hacia el inquietante ser—. Te corresponde a ti terminar el trabajo.

Frank no abrió la boca, pero atravesó al conde con una mirada hostil. Murmuró algo sobre que a él siempre le tocaban las tareas más ingratas y se volvió hacia ella, clavándole la mirada. Era una mirada extraña, como si ver a una mujer en dificultades le excitase.

El corazón de Charlotte se detuvo. Solo en ese momento se dio cuenta de que el hombre empuñaba una pistola con llave de rueda. Un intenso temblor le recorrió de la cabeza a los pies. Intentó escapar, pero Frank la sujetó firmemente.

—Me temo que tenéis que quedaros conmigo, querida —le dijo, manteniéndose firme. Mientras tanto, Frank seguía devorándola con los ojos. Se acercó y la retiró de la sujeción del conde, apuntándole con su arma de fuego a la sien.

Frank se alejó unos pasos y se secó unas gotas de sudor con el pañuelo. No parecía habituado a presenciar asesinatos a sangre fría. Pero era más que evidente que alguien más importante que él, le había ordenado hacerlo y que no podía evitarlo. Sin embargo, Charlotte sospechaba que toda la situación le resultaba repugnante.

—¡Frank, dispárale y terminemos con esto! ¡No tengo intención de pasar aquí todo el día!

El hombretón rio burlón, divertido evidentemente, ante la situación. «¿Y si antes nos divirtiéramos un poco con ella? ¿Qué decís?

El conde se quedó estupefacto. Por un momento dudó, como si no estuviera convencido de haber oído bien. Pero la luz maliciosa en los ojos de su

compinche era firme—. ¿Estás loco? ¡Tenemos la orden de matarla y punto!

—Bueno, ¿qué hay de malo en mezclar el trabajo con el placer?

Charlotte contuvo la respiración. Estaba más aterrorizada ante la perspectiva de que aquel hombre intentara abusar de ella, que ante la idea de que la mataran. El recuerdo de unas manos bastas acariciándola se amontonaron en su cabeza, junto con el dolor y la humillación.

No, por favor. ¡Prefiero morir antes que volver a vivir aquellos momentos!

Las lágrimas provocadas por el miedo la cegaron mientras trataba de liberarse, pero la sujeción se hizo más fuerte y el hombre la atrajo aún más hacia él. Podía sentir su erección rozarle las nalgas, a través de la tela del vestido, y tuvo que reprimir una ola de asco.

Entre tanto, Brank se había aclarado la voz y miraba fijamente a Frank, con cada vez más evidente fastidio.

—Dejemos las cosas claras: te pagan por cumplir las órdenes, y estas no prevén ninguna diversión con la muchacha, ¿lo has entendido? ¡Aprieta el gatillo y termina con esto!

Una sonrisita estiró los labios cortados del malhechor—. De acuerdo, señor conde.

En un abrir y cerrar de ojos, apuntó el arma contra él y abrió fuego. Brank cayó al instante sobre el polvoriento suelo, ante la mirada atónita de Charlotte. Yacía con los ojos completamente abiertos, como si la imprevista rebelión del subordinado le hubiera cogido por sorpresa. A su alrededor se estaba formando un charco de sangre, y Charlotte cerró los ojos, horripilada.

—Vos lo habéis querido —susurró Frank, a modo de respuesta. Luego, le devolvió a Charlotte toda su atención—. Entonces, muchacha, ¿has visto lo que le sucede a quien se opone a mi voluntad? Si eres atenta con el bueno de Frank, quizás podría dejarte marchar. ¿Qué te parece?

Charlotte tragó saliva. Sentía la garganta seca y le palabras le salían con dificultad—. O-os lo ruego, no me hagáis daño. Mi marido os pagará con creces si me devolvéis a casa, sana y salva.

El hombretón pareció sopesar sus palabras, pero luego negó con la cabeza—. No, querida. No voy a picar. Terminaría en la horca antes de que pudiera echarle la mano al dinero. ¡No soy un estúpido! Además, tengo que admitirlo, la recompensa más hermosa será la de follarte. Nunca le he echado un polvo a una mujer tan refinada, ¿qué te pensabas?

A Charlotte le pareció precipitarse en una pesadilla ya no lograba respirar a causa del terror. Intentaba tomar aire, pero era inútil. Por un momento, pensó que moriría asfixiada, pero de repente, Frank la abofeteó—. ¡Cálmate, estúpida muchacha! ¡No es divertido poseer a una mujer que parece estar a punto de asfixiarse!

El shock le hizo recuperar la respiración, pero el miedo seguía paralizándola. Fue empujada contra el tronco de un árbol, mientras Frank trataba de levantarle las faldas. Ella se rebeló. Empezó a agitarse como una posesa, sin darse cuenta del hecho de que aquel hombre tuviera una pistola en las manos, y que aún le quedase un disparo para usar contra ella. Era una de las características de aquella arma de fuego, la de poder cargarse una segunda vez. Lo había aprendido durante la revolución, cuando había sido hecha prisionera junto a su familia.

Sin embargo, cualquier intento suyo por liberarse fue vano. La presa del hombre era demasiado fuerte y lo único que consiguió fue hacerle reír groseramente—. Todo es inútil, preciosa. Agitarte de ese modo, solo sirve para excitarme aún más. ¿No sientes lo dura que se me ha puesto? —de pronto le sujetó una mano y se la puso a la altura de la ingle.

Charlotte mantuvo la respiración y cerró los ojos. Frank no era muy distinto del guardia que la había violado durante su prisión. Sabía que podía llorar y gritar, pero que nada lo detendría. Sintió sus manos encima. Se habían colado por el corpiño y lo manoseaban de manera brusca, casi haciéndole daño. Podía oír su ronca voz murmurándole vulgares palabras, que ni siquiera lograba entender, y pronto se encontró rogando que terminara, lo antes posible, lo que iba a hacerle. La muerte ahora parecía más una liberación que algo a lo que temer.

De pronto, cuando todo le parecía perdido, oyó un disparo y sintió el cuerpo de él endurecerse contra el suyo. Un momento después, un vómito de sangre brotó de la boca, y Frank se desplomó al suelo como, antes que él lo había hecho el conde.

Van der Valck había seguido las huellas del carruaje con el corazón en un puño. Por fortuna, el caballo que había tomado prestado, era verdaderamente un animal muy veloz. Pero ya llevaba en marcha un cierto tiempo, y temía que, tarde o temprano, se vería obligado a detenerse para darle descanso.

De repente se encontró en un cruce y tuvo que descender de la silla de montar para comprobar qué camino habían tomado. Las huellas todavía eran

bastante visibles en el suelo fangoso y parecían bastante frescas, señal de que casi los había alcanzado.

Un poco más de camino y lo habría logrado. La idea bastó para animarle, mientras espoleaba a Rayo a proseguir a lo largo del impracticable sendero. No conseguía comprender adónde diantre estaban llevando a Charlotte. Desde luego, el sitio estaba aislado y era inhóspito, hecho poco reconfortante. Algo le decía que, si su destino era un punto deshabitado en la cima de las montañas, no era, desde luego, para admirar el paisaje. ¿Y si los raptos hubieran sido bandidos y hubieran decidido matarla luego de haberla robado? Un nudo en la garganta le impedía, prácticamente, respirar, ante el pensamiento de lo que le habrían podido hacer, antes de poner fin a su vida.

Luego lo oyó. Un disparo en un punto impreciso delante de él, al otro lado de un espeso bosque. Un escalofrío le recorrió toda la espalda mientras saltaba del caballo para echar a correr entre los árboles.

Dios, te lo ruego, que no esté muerta.

Le pareció que los sonidos a su alrededor llegaban atenuados. Oyó una voz de hombre y gritos. Con un sobresalto en el corazón, reconoció la voz de Charlotte. Por lo tanto, ¡aún estaba viva!

En un instante, empuñó el mosquetón que había traído consigo, y se escondió detrás de un haya. Ahora podía ver claramente a un hombre imponente que arrastraba a una mujer hacia el tronco de un árbol. A poca distancia, un segundo hombre yacía en el suelo ensangrentado. Inmediatamente, apartó la atención de ese detalle, para concentrarse en la pareja que tenía ante sus ojos. Estaba seguro que la mujer era Charlotte, si bien no conseguía verle el rostro. Lo único que podía divisar era la amplia espalda del hombre que la tenía prisionera contra el árbol. Estaba intentando violarla, esto era claro. Una rabia ciega, jamás sentida antes, le nubló la vista. Habría deseado matar a aquel hombre con sus manos, solo por el hecho de haberse acercado a su mujer. Pero no había tiempo. Tenía que actuar inmediatamente, si quería salvar a Charlotte.

Afortunadamente era un hábil tirador, y no le resultó difícil apuntar desde aquella distancia. Encañonó el mosquetón contra la espalda de aquel gigantón y abrió fuego, mientras aguantaba la respiración.

Un momento después, lo vio desplomarse por el suelo, y un gran alivio le invadió.

Charlotte aún temblaba, presa del horror y del miedo. El cadáver de Frank yacía a sus pies, con los ojos vidriosos y una mueca de dolor marcada en su

rostro. Era una escena espeluznante, pero no conseguía apartar la mirada de él. En realidad, no lograba siquiera moverse, como si su propio cuerpo ya no respondiese a sus órdenes. Sentía los miembros pesados e inertes, y estaba convencida de que habría perdido el conocimiento si alguien no hubiera acudido a sujetarla.

Solo un momento después se percató de que ese alguien debía ser la persona que había disparado. Con el terror aún dibujado en su rostro exangüe, echó una ojeada a su salvador, y unas lágrimas de alegría cubrieron sus pálidas mejillas.

—Leonardus. Dios mío, ¿eres tú?

Él la cogió entre sus brazos, casi como si temiera que pudiera desaparecer de improviso. Parecía aún más aterrorizado que ella, si esto era posible.

—Amor mío, ¿estás bien? —preguntó, con la voz reducida a un ronco susurro.

Ella asintió confusa—. ¿Cómo has logrado encontrarme? Creía que estabas de viaje hacia Inglaterra...

—Deshice lo andado porque ya notaba tu ausencia. No debía haberte dejado sola. ¡Maldición, ha sido todo culpa mía! Si hubiera velado por ti, ¡ese bastardo no te habría hecho ningún mal!

Charlotte se apartó las lágrimas y apoyó la cabeza contra su pecho. Era confortante sentir el frenético latido de su corazón—. É-él no me ha hecho nada. Por fortuna has llegado a tiempo.

—¿Pero por qué has seguido a unos desconocidos? ¿Qué querían de ti? ¿Te han obligado a la fuerza?

—El conde Brank me dijo que tú le habías mandado a buscarme. He sido una necia al fiarme de ese hombre, pero no podía imaginar que un hombre al servicio de mi primo pudiera querer hacerme mal.

Leonardus frunció el ceño—. ¿El conde Brank has dicho? ¿Te ha raptado él?

Charlotte asintió, lanzando un vistazo de reojo a uno de los dos cuerpos inertes que yacían en el suelo. Se estremeció. El olor de la muerte le recordó cosas que no deseaba que su memoria sacara a colación. Luego cerró los ojos.

Leonardus se volvió y casi se sobresaltó a la vista del conde, inmerso en un charco de sangre. Al principio, había estado demasiado preocupado por la salvación de su esposa como para darse cuenta de que era Brank el hombre que estaba tumbado, sin vida. Respiró profundamente en un intento de calmarse y apretó contra sí el menudo cuerpo de Charlotte, aún convulso a

causa de los temblores. La preocupación por la suerte de la mujer casi lo había matado, por no hablar del impacto que le había causado cuando la había visto sujeta por aquel individuo, con intenciones en absoluto amistosas.

Si se ponía a pensar que aquel bastardo habría podido abusar de ella y matarla, sentía que sus piernas no le tenían en pie.

Imprecó en voz baja.

Por mucho que se esforzase por comprender qué diantre había sucedido, no podía. ¿Por qué el conde Brank podía desear la muerte de Charlotte? ¿Había sido contratado por alguien? ¿Y quién conocía la verdadera identidad de su mujer?

Lanzó una mirada al cadáver. Si no fuera porque ya estaba muerto, nada en el mundo le habría quitado la satisfacción de hacerle un agujero en el pecho. Movi6 la cabeza, en un intento por recobrar un poco de lucidez. Ambos estaban muy conmocionados, Charlotte y 6l.

Debía sacarla de allí.

La abrazó fuertemente, aspirando el olor de su cabello—. ¡Santo Dios! Por suerte he llegado a tiempo —le susurró, acariciándole suavemente por la espalda.

—Leonardus, yo... —Charlotte apretó el rostro contra su camisa.

—Shh, cariño... —intentó tranquilizarla—. Te prometo que no sucederá más. Jamás te dejaré sola, aunque tuviera que atarte a mí para el resto de nuestras vidas.

—¿Y tus negocios en Londres?

—Pueden esperar. Todo puede esperar. A mí solo me importas tú.

Un sollozó se le escapó de los labios entrecerrados—. Te amo —le dijo, con la más absoluta sencillez.

Leonardus se sobresaltó, con el corazón que le latía furiosamente en el pecho—. ¿Cómo?

Sentía la desesperada necesidad de oírsele decir de nuevo, como para tener la certeza de que no era un sueño.

—Te amo, con todo mi corazón. Antes me daba miedo decírtelo. Temía que, si te hubiera confesado mis sentimientos, me habría arriesgado a perderte.

—¿Perderme? No te dejaría por nada en el mundo, mi amada. Tú eres mi vida. El aire que respiro.

—Todas las personas que más he amado en mi vida, me han abandonado. Admitir el amor que siento por ti, significa exponerme a un riesgo.

—¿El riesgo de ser abandonada?

Ella asintió en silencio, con sus limpios ojos azules clavados en los de él. Leonardus le cogió las manos, en un gesto de consuelo. Sintió cómo temblaba de manera casi imperceptible, y su corazón se cubrió de ternura—. Yo no te abandonaré bajo ninguna circunstancia, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Pero esto no es suficiente. A veces, las personas que amamos nos dejan solos, contra su voluntad.

—¿Como tu familia?

—Exacto.

Demonios. Tanto tiempo a su lado, sin conseguir comprender su mayor temor. Estaba convencido de no ser digno de su amor —y aún lo pensaba así—, pero nunca había comprendido lo que pasaba por la cabeza de su joven esposa. Su deseo de mantener el corazón cerrado a los sentimientos, para defenderse. Siempre había dado por sentado lo que, sin embargo, no era tan obvio.

—¿Entonces me amas?

—Más que a mi propia vida.

Entonces sintió algo moverse dentro de sí, un impulso de felicidad unido a un sentimiento más profundo. Una emoción que creía perdida desde hacía ya mucho tiempo.

—Soy un hombre afortunado.

—No, yo soy la afortunada. Me he desposado con una persona que sabe ver más allá de las apariencias. Alguien que no juzga según las reglas dictadas por la alta sociedad, sino que sabe usar el corazón.

—¿Es así cómo me ves?

—Sí —respondió ella, con la voz reducida a un leve susurro—. Cuando te conocí, todos me consideraban una deshonra. Yo había sido violada y llevaba en mi vientre un hijo bastardo. Mi misma familia se avergonzaba de mí, en cambio, tú siempre me has tratado como una persona. No veías a la chica caída en desgracia, tú me veías a *mí*.

Leonardus no sabía si merecía tales palabras. En el fondo, no le había resultado difícil descubrir la belleza que había en ella; era de tal evidencia que solo un ciego no habría podido vislumbrarla. Aun así, Charlotte parecía convencida de lo que decía. Podía leer en sus ojos un amor profundo y verdadero, muy similar al que él sentía por ella.

Se aclaró la voz, avergonzado. Luego acercó sus labios a los de ella. La besó dulcemente, sin prisa, como si tuvieran a su disposición una vida entera.

—Ven —dijo, por último, apartándose de ella—. Volvamos a casa.

Viena, Palacio imperial

Ernestine impartió las últimas órdenes a los criados que se atareaban a su alrededor. El equipaje estaba dispuesto para la partida: no le parecía verdad que, por fin, dejaría aquella que en los últimos años había sido su prisión dorada, para trasladarse con su marido.

Dirigió una mirada dulce a Louis Antoine que se estaba colocando el pañuelo en el cuello, y se ruborizó. En las noches de su luna de miel, el duque había mostrado su pasión por ella, y su mutuo deseo se había convertido en algo más profundo, algo que iba más allá de sus sueños más halagüeños. Nunca se había sentido tan feliz y satisfecha, pensó mientras se acercaba a uno de los grandes ventanales.

Observó con aire ausente el bullicio habitual de la plaza que rodeaba la residencia imperial. Los carruajes iban y venían mientras los guardias a caballo hacían sus ejercicios matutinos.

—Tengo intención de ir a visitar a mi hermana —dijo de pronto—. Sé que reside en la residencia de la duquesa de Mecklemburgo.

Louis Antoine terminó de ponerse la chaqueta de terciopelo azul y le devolvió una mirada perpleja.

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—Deseo pedirle perdón por todos los males que le he hecho. incluido el de haberme quedado a su prometido.

El duque sonrió socarronamente—. Creo que ella no te guarda, en absoluto, ningún rencor por eso. Ya te he explicado que...

—Sí, lo sé. Ella no deseaba desposarte y está enamorada de Van der Valck. Lo que no quita que le deba una excusa.

Louis Antoine se acercó a ella, abrazándola desde atrás—. Has cambiado mucho estos últimos días. Creo que nunca te había oído pedir excusas, hasta este momento.

Ella se giró para mirarlo y rio. Una risa alegre y contagiosa—. *Tú* me has cambiado. ahora soy feliz. Inmensamente feliz. Y deseo compartir esta felicidad con los que me rodean, comenzando por Charlotte.

—Bien —.El duque posó los labios sobre su cuello.«A decir verdad, jamás comprendí por qué la odiabas tanto.

—Estaba celosa. Da niña le envidiaba las atenciones que nuestro padre le dedicaba y luego...

La boca de Louis Antoine recorrió toda su mejilla—. ¿Y luego?

Ernestine lanzó una mirada de reojo a los criados que se apresuraba a marchar hacia la puerta, para concederles un poco de intimidad. Sonrió—. Y luego comencé a detestarla porque era tu prometida. Desde su nacimiento, la habían destinado para ti. Y yo moría de celos porque te quería para mí. Te he amado siempre, Louis Antoine.

Él se apartó ligeramente de ella y le mordió una oreja—. Repítelo.

Ernestine se sentía acalorada, el deseo la devoraba como una fiebre. ¿Cómo era posible que nunca tenía suficiente con lo que él le daba?

—¿Qué tengo que repetir?

La mano del marido se introdujo por el interior de su corpiño, provocándole un escalofrío a lo largo de toda la espalda—. Lo sabes. Quiero oírte repetir cuánto me quieres, una y otra vez. Nunca me cansaré de oírte decir.

Sus dedos le pellizcaron un pezón y ella no pudo dejar escapar un gemido—. Te quiero, Louis Antoine. Ahora y siempre.

Su risa ronca la hizo sobresaltarse—. Tengo la impresión de que retrasaremos nuestra salida. ¡Por nada del mundo dejaría a mi mujer insatisfecha!

Ernestine cerró los ojos jadeando. Debería haberle dicho que se acababan de vestir y la mañana ya estaba avanzada. El comportamiento de ambos habría escandalizado a la corte entera. Pero sus palabras no pasaron de meros balbuceos.

Louis Antoine volvió a besarle el cuello. Su lengua recorrió una línea imaginaria sobre su piel, transmitiéndole pequeños escalofríos de placer—. ¿Qué pretendes hacer? —le preguntó, temblando de manera casi imperceptible. En realidad, era bastante evidente, pero sentía la necesidad de oírsele decir. Adoraba su voz ronca que le susurraba a la oreja, mientras le hacía el amor.

Él empezó a soltarle los lazos del corpiño, por detrás de la espalda—. Mmm... me parece que te voy a enseñar una nueva manera de hacerte el amor.

La respiración se hizo más jadeante—. ¿Cuál?

—Ya verás, amor mío, ya verás.

Con la mano diestra volvió a jugar con uno de sus senos. El pulgar realizaba pequeños movimientos circulares alrededor del pezón: ¡era fantástico!

Solo en ese momento se dio cuenta de que se hallaban aún delante del ventanal—. Temo que no soy la única en verlo, si no nos apartamos deprisa de

aquí. La plaza está abarrotada

Él sonrió—. ¿No te parece excitante la idea de que te vean mientras tu marido te toma por detrás?

Ernestine suspiró. La conocía muy bien. La sola idea de hacer el amor con él, frente a otras personas, la hizo humedecerse al instante. Quizás eran sus orígenes plebeyos los que la hacían tan descarada.

Entre tanto, Louis Antoine le había bajado los tirantes del vestido, descubriéndole por completo los senos.

Suspiró de nuevo, más fuerte aún. Ahora la otra mano le estaba levantando la falda. Sintió el aire fresco de la mañana acariciarle las nalgas.

—Inclínate hacia adelante, preciosa —murmuró otra vez él, con aquella voz tan sensual—. Sujétate a la ventana.

Ella obedeció, recibiendo como recompensa una palmadita en el trasero —. Sí, así, tesoro.

Luego la mano de Louis Antoine se deslizó entre sus mulsos, jugando dulcemente con los largos dedos. El corazón de Ernestine comenzó a acelerarse.

—¿Te gusta, tesoro?

—¡Oh, sí! —Era tan placentero que gimió, dejándose llevar por las sensaciones que experimentaba.

Él le sujetó por las caderas. Parecía todo irreal: la plaza que estaba ante ellos, el ruido proveniente de los hombres montados a caballo y los dedos de Louis Antoine que la acariciaban en lo más íntimo de su ser. Volvió a gemir.

Por fin, notó cómo se desabrochaba los pantalones con gestos apresurados, como si ya no pudiera esperar. Todo su peso cayó sobre ella desde atrás. Percibió su pene, duro como la roca, contra su sexo húmedo y palpitante y casi sintió que le faltaba el aliento.

—Hazlo, ahora—. Le rogó implorante.

Por último, Louis Antoine le abrió las piernas, deslizándose sin esfuerzo dentro de ella. La violenta penetración la hizo gemir. Había algo embriagador en hacer el amor de ese modo, con la ropa puesta y en pie. Su mano resbaló nuevamente sobre ella, en el punto exacto donde la quería. Seguía sorprendiéndole que su marido adivinara sus deseos más profundos.

Se hundió aún más. Ernestine se estiró hacia arriba para facilitar sus gestos y comenzó a gritar con fuerza. Se sentía deliciosamente atrapada entre su cuerpo y su mano, mientras la boca de él descendía por su espalda.

Ernestine se dobló, gimiendo, y Louis Antoine empujó aún más profundamente, hasta lograr establecer un ritmo para ambos. Entre tanto, sus dedos le acariciaban, colmándola de placer. Gritó de nuevo, agarrándose a sus musculosos antebrazos, uno posado en la ventana, junto a su cabeza, el otro entre sus piernas. Tembló mientras alcanzaba un orgasmo pleno. Louis Antoine murmuró algo que no logró entender y se hundió dentro de ella con un último empujón. Ella sintió como él se relajaba un momento después, con la respiración aún jadeante en su cuello.

—¡Dios mío! —exclamó, mientras continuaba teniéndola entre sus brazos. Ernestine sonrió. En ese preciso instante, tuvo la certeza de que su vida matrimonial con Louis Antoine nunca sería aburrida.

Se volvieron a vestir, de prisa y corriendo, sin prestar atención a sus acalorados rostros, que permitían que su actividad matutina se revelara de manera indecorosa. Después de todo, eran unos recién casados. Tal vez, serían perdonados por su debilidad.

EPÍLOGO

Hildburghausen, un mes después.

—¿Estás segura de quererlo hacer? —preguntó Leonardus, en pie delante de la pequeña iglesia de estilo románico. Charlotte asintió convencida y se volvió para mirarle con un sonrisa luminosa.

—Deseo renovar los votos nupciales ante Dios, de manera que nuestro matrimonio sea válido también ante sus ojos. En esta ocasión, usaremos nuestros verdaderos nombres, así sabrá que yo te pertenezco en cuerpo y alma, para toda la eternidad.

—Pero no tenemos testigos, y ni un sacerdote que recite la fórmula del rito.

Charlotte le lanzó una mirada indulgente y divertida al mismo tiempo—. No nos hará falta. Sobre el papel, ya somos marido y mujer. Este será un rito privado, entre nosotros y el Señor.

Deseoso de complacerla plenamente, Leonardus le cogió la mano derecha y la apretó, con el rostro dirigido al crucifijo de madera que parecía devolverles la mirada de manera cariñosa.

—Yo, Leonardus Cornelius Van der Valck, te tomo a ti, Marie Thérèse Charlotte de Borbón, como mi legítima esposa y prometo amarte y honrarte para siempre, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Ella tembló de la emoción y tuvo que aguantar una lágrima antes de responder—. Y yo, Marie Thérèse Charlotte de Borbón, te tomo a ti, Leonardus Cornelius Van der Valck, como mi legítimo esposo y prometo amarte y honrarte para siempre, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. Amén.

Leonardus sintió que le invadía una profunda alegría. Habría querido decir tantas cosas, pero de su garganta no le salió ningún sonido. Ya había desposado a esa mujer en otra iglesia —quizás en otra vida— pero no había sentido la misma emoción. Porque esta vez todo era distinto. Ahora él ponía en sus manos el propio corazón, para que lo guardara para siempre.

—Ven —le dijo a continuación, luego de haber recuperado la compostura—. Quiero darte mi regalo de bodas.

Charlotte se quedó perpleja—. No hacía falta que me hicieras un regalo. Yo no te he regalado nada; ¿ves que esposa más torpe soy? —Una risa nerviosa acompañó a sus palabras mientras Leonardus acercaba su mano a los labios para besarla cariñosamente.

—Nada de eso. Tu te has regalado a ti misma, y este es el regalo más precioso que podías hacerme.

Se encaminaron hacia la salida de la iglesia, cogiéndose de la mano. Charlotte estaba intrigada y atravesó la gran puerta de madera prácticamente corriendo.

Fuera, el sol relucía alto en un cielo azulado, calentando con sus rayos aquella mañana de verano. Ni siquiera una nube parecía trastocar la belleza del paisaje, como si Dios hubiera querido regalar a ambos una jornada perfecta, con ocasión de su segundo matrimonio.

Delante de la anteiglesia, un carruaje aguardaba, y, un poco más distante, una mujer de mediana edad sujetaba a una niña de la mano. Era una señora bastante baja y regordeta, pero con expresión maternal en su rostro mofletudo. La niña, en cambio, era delgadita y con largos mechones rubios que enmarcaban sus rosadas mejillas. Los ojos, del mismo color azul de los de Charlotte, eran vivos y avispados. En cuanto su mirada se posó sobre ella, una extraña emoción le asaltó. La niña se percató de la presencia de ambos, y, soltando su manita de la de la mujer, echó a correr hacia ellos. Se detuvo a pocos pasos de Charlotte, y continuó mirándola con los ojos clavados en ella —. *Vous êtes ma mère?* —preguntó, con voz clara.

El corazón de Charlotte se detuvo. Se volvió a Leonardus que la estudiaba con una cauta sonrisa y entendió por su mirada que no era una ilusión. *¿Sois mi madre?* Sí, habría deseado gritar, pero no le salieron las palabras. Su garganta estaba bloqueada por la profunda emoción. Entonces, se arrodilló delante de la niña y le tendió los brazos, en una invitación silenciosa. La pequeña pareció comprender inmediatamente y se lanzó hacia ella, apoyando la cabeza en su pecho. Su frágil cuerpecito olía a rosas y jabón, jamás un aroma le había parecido más embriagador. Charlotte la apretó contra sí con todas sus fuerzas, como si temiera que alguien, otra vez, pudiera quitársela.

—Este es el regalo que te había prometido —le dijo Van der Valck, un momento después—. Te dije que la encontraría, ¿no es verdad? He peinado toda Inglaterra a la busca de prófugos franceses, huidos de la revolución. Pensaba que alguno podía tener noticias del doctor Thiolier y no me

equivocaba. Después de largas pesquisas, conseguí localizarlo. La niña estaba aún con él, obviamente.

Charlotte le dirigió una mirada rebotante de amor—. Por tanto, ¿eran estos los asuntos urgentes que tenías que llevar a cabo en Inglaterra?

—Así es, ahora puedo confesártelo. Comencé las investigaciones nada más llegar Londres para reconquistar tu amor. Luego, le pedí a Sir Drake que ocupara mi puesto. Siempre ha sido un amigo fiel, y no tenía dudas de que lograría cumplir semejante empresa.

—¿Por qué no me hablaste de ello antes? —Su voz tembló de manera imperceptible, mientras volvía a abrazar a la pequeña, cubriéndola de besos.

—No quería crearte falsas esperanzas, en el caso de caso de que no hubiera logrado encontrarla. Habrías sufrido inútilmente, y preferí evitarlo. Ya has sufrido mucho en tu corta vida.

Charlotte se puso en pie, dejando por un momento a su hijita. Luego, se lanzó a los brazos de su marido, sollozando—. No existía regalo más hermoso que me pudieras hacer. No tengo palabras para decirte lo que siento, yo...

—No hace falta que me digas nada. Para mí, tu felicidad es mi mayor satisfacción.

No podía creer su suerte. A su lado tenía a un marido maravilloso que estaba convencida de no merecer en absoluto. Durante mucho tiempo, había desconfiado de él, creyéndolo un libertino sin escrúpulos, incapaz de amar verdaderamente a nadie. Y en cambio, había sido el único en ofrecerle su amor incondicional; el único en preocuparse de sus sentimientos y en comprender sus congojas. Sus ojos encontraron los iris grises de él, y todo el dolor que se había acumulado en su interior durante los últimos años, se disolvió.

Van der Valck se arrodilló a su vez, delante de la niña. Ella le sonrió confiada y se dejó abrazar—. Ahora somos una familia —dijo emocionado a su mujer. Charlotte asintió, con los ojos llenos de lágrimas. Sí, ahora eran una familia. Para siempre. Tendió una mano a Leonardus, y él, en pie otra vez, se la apretó. A continuación, también la niña se dejó coger de la mano. Juntos se dirigieron hacia el carruaje, y el futuro radiante que les esperaba.

NOTA DE LA AUTORA

La idea de esta novela me vino luego de haber consultado un sitio dedicado a Madame Royale, la desafortunada hija de Luis XVI y María Antonieta. En él, se sostiene la teoría de la sustitución, hasta hoy nunca demostrada, según la cual la verdadera Marie Thérèse Charlotte de Borbón, después de la liberación, asumió la identidad de una misteriosa dama llamada Sophia Botta. Su puesto fue tomado por Ernestine Lambriquet que, con toda probabilidad, era su hermanastra.

Sin embargo, debo precisar que, en mi novela, me he tomado ciertas licencias históricas. Así, para comenzar, Van der Valck no desposó jamás a la mujer que llevaba el nombre de Sophia Botta. Es más, luego de su muerte, sucedida el 25 de noviembre de 1837, él la describe como soltera.

Además, es obra de mi fantasía, la estancia londinense y el encuentro ente madre e hija al final del libro.

Igualmente, algunas fechas no encajan: el conde Vavel de Versay y la misteriosa condesa de las tinieblas llegaron a Hildburghausen en 1807, por lo tanto, algunos años después con respecto a la novela. He anticipado los acontecimientos por exigencias literarias, y pido excusas a los historiadores por la libertad que me he tomado.

En cambio, es completamente verídico el matrimonio entre Louis Antoine, duque de Angulema, y Madame Royale –verdadera o presunta que fuese–, celebrado el 10 junio de 1799, aunque todo giro romántico se debe, exclusivamente, a mi fantasía. Es también cierto, que el emperador había intentado desposar a la princesa con el archiduque Charles, pero que el matrimonio entre ambos, no tuvo lugar.

Otros detalles a los que me he mantenido fiel, son los inherentes a episodios de la vida de Van der Valck: su infancia, estudios, el servicio en el ejército, etc.

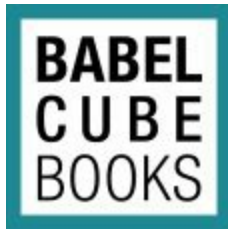
A pesar de todo esto, reitero que mi historia es una obra de ficción, y como tal debe ser considerada.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com